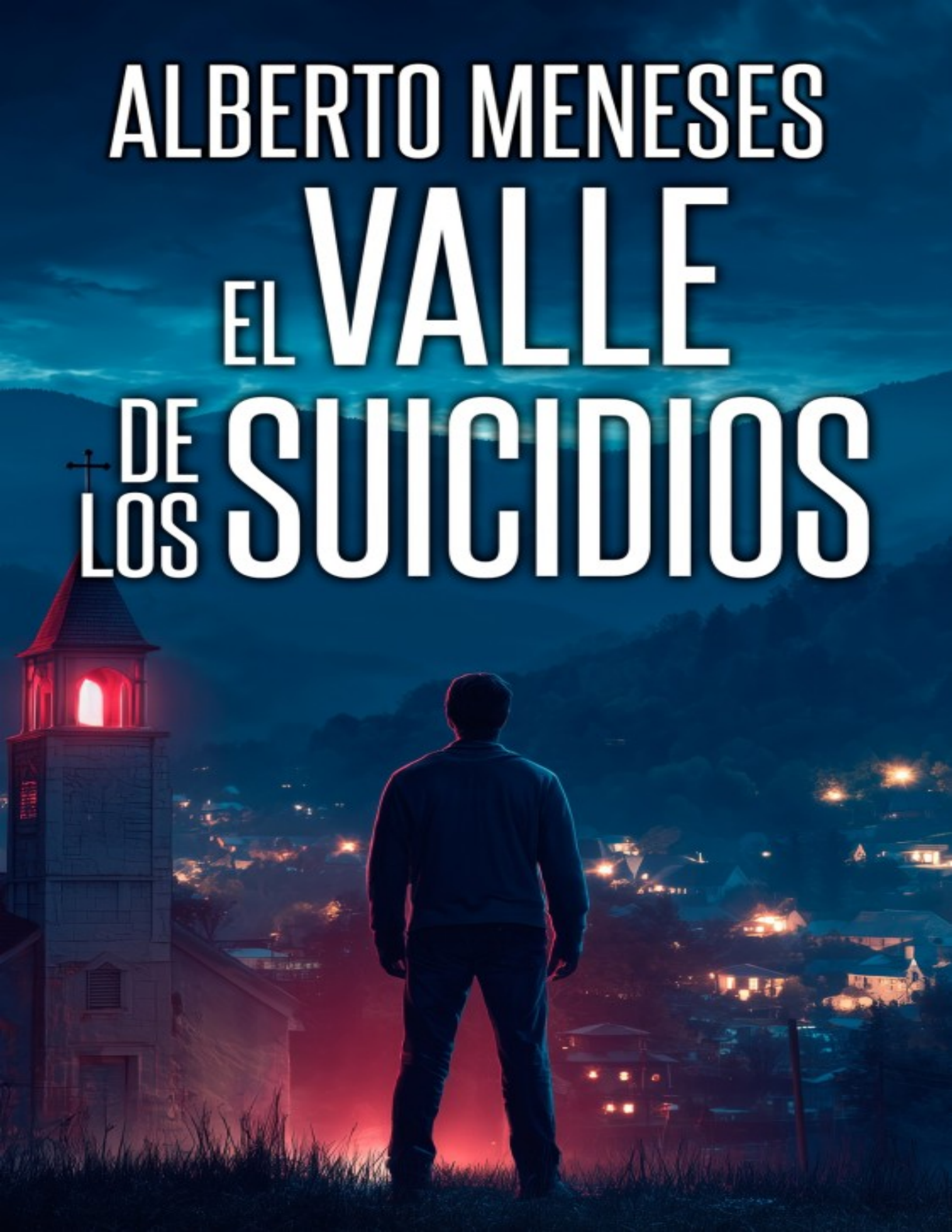
ALBERTO MENESES

EL VALLE DE LOS SUICIDIOS



EL VALLE DE LOS SUICIDIOS

(ROBERTO FUENTES 9)

ALBERTO MENESES

Copyright © 2026 by Alberto Meneses

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

ÍNDICE

Prólogo
JUEVES, 12 DE MARZO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
MIÉRCOLES, 18 DE MARZO
Capítulo 4
JUEVES, 19 DE MARZO
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
VIERNES, 20 DE MARZO
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
SÁBADO, 21 DE MARZO
Capítulo 23
Capítulo 24
DOMINGO, 22 DE MARZO
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

LUNES, 23 DE MARZO
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
MARTES, 24 DE MARZO
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
MIÉRCOLES, 25 DE MARZO
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
JUEVES, 26 DE MARZO
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
VIERNES, 27 DE MARZO
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
SÁBADO, 28 DE MARZO
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
DOMINGO, 29 DE MARZO
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
LUNES, 30 DE MARZO
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
MARTES, 31 DE MARZO
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
MIÉRCOLES, 1 DE ABRIL
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
JUEVES, 2 DE ABRIL
Capítulo 89
Capítulo 90
VIERNES, 3 DE ABRIL
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
SÁBADO, 4 DE ABRIL

Capítulo 94
Capítulo 95
Epílogo

Nota del autor
Querido lector
Novela gratis
Vidas ocultas
Verónica Cuevas
Inspector Fran Merino
Contacto con el autor
Acerca del autor
Otras obras del autor

SUSCRIPCIÓN LISTA DE CORREO

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y estar al tanto de las publicaciones y novedades del catálogo, así como disfrutar de contenidos exclusivos.

Además, podrás conseguir gratis **El precio de la culpa,** la precuela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses

https://geni.us/milibrogratis



ALBERTO MENESES

EL VALLE DE LOS SUICIDIOS



ROBERTO FUENTES 9

PRÓLOGO

El viento acariciaba su rostro, mientras los primeros rayos de sol teñían el horizonte. Eso hizo que las montañas que se extendían a lo lejos comenzasen a adquirir una tonalidad blanca, conforme la luz bañaba la nieve que las cubría. Una estampa que transmitía serenidad de un modo casi mágico.

Se agachó lo justo para pasar por debajo de la campana que tenía sobre su cabeza y avanzó hasta el amplio ventanal de piedra para subirse en el borde. Una vez allí de pie, dedicó unos segundos para recitar unas últimas palabras. Lo hizo con voz suave y pausada, consciente del valor que tenían.

—Acoge en tu reino, Señor, a esta humilde pecadora… Que la luz de la nueva vida guíe mis pasos… Y acoge mi alma, junto a la de aquellos que emprendieron este camino antes que yo… Alabado sea el nombre del Creador.

Después de eso su pie derecho se movió buscando el vacío. Un pequeño salto que hizo que se precipitase a gran velocidad en dirección al suelo.

No sintió miedo.

Ni arrepentimiento.

Antes de que terminase la caída, su cuerpo se detuvo en seco y luego todo se volvió oscuridad a su alrededor.

Hasta que su vida se apagó para siempre.

JUEVES, 12 DE MARZO

1

Roberto se sirvió una taza de café y salió a la terraza para observar cómo la ciudad despertaba. Al fondo, destacaba la cúpula de la basílica de San Pedro. Poderosa. Imponente. El símbolo de la hegemonía de la Iglesia católica en el mundo.

—Protectora de la humanidad —murmuró con un tono que sonó irónico, fruto del resentimiento.

Apoyó los codos en el muro que rodeaba la terraza y durante unos minutos siguió con la mirada cómo las calles se llenaban de coches y de gente que iniciaba su vida diaria.

Otro día más en Roma. La misma rutina de siempre.

¿Hasta cuándo será así?, pensó mientras le daba un sorbo a la taza de café que sostenía en las manos.

Ya se habían cumplido cinco meses desde que vivían en la capital de Italia. Una decisión que Eva y él habían tomado convencidos de que sería lo mejor para sus dos hijos y para ellos. En ese momento, no contaban con que los acontecimientos diesen un giro tan brusco al poco de instalarse en su nueva casa.

Se suponía que ambos iban a trabajar para el Vaticano, en concreto en la Comisión para Defensa de la Fe, dirigida por el entonces obispo Lombardo. La idea era crear un grupo especial de investigación, dedicado a perseguir y detener a cualquier asesino en serie que actuase en España. La Comisión se encargaría de que

recibiesen el apoyo de todos los cuerpos policiales del país: Policía Nacional, Guardia Civil y policías autónomas y locales. Todos les apoyarían en lo que necesitasen, por encima de jurisdicciones y barreras burocráticas.

Algo así solo iba a ser posible gracias a las buenas relaciones que el Vaticano mantenía con el Gobierno español y, sobre todo, a los contactos que poseía Lombardo y que tanto le habían servido a Roberto durante su última investigación.

Poder investigar los crímenes con total libertad y sin las trabas que se había encontrado a menudo en los últimos años era algo que Roberto llevaba mucho tiempo deseando.

Por desgracia, solo se había quedado en eso: un sueño.

El primer revés para que ese grupo de investigación echase a rodar fue una muerte tan inesperada como trágica para la institución que le había contratado. Apenas llevaban una semana en Roma cuando el fallecimiento del papa sacudió los cimientos de la Iglesia. Que el trono de San Pedro quedase vacío no solo implicó un largo proceso para la elección de su sucesor. Todo se detuvo, incluido el proyecto que Lombardo había decidido iniciar con él.

Mientras esperaban, se instalaron en un discreto apartamento no muy lejos de Ciudad del Vaticano, y Berto y Emily comenzaron a estudiar en un colegio cercano a ella. Fueron unas primeras semanas de aclimatación a la nueva vida, de pasar más tiempo con sus hijos, de pasear con Sella por la orilla del Tíber, de comer pizza en familia en el Trastévere y de disfrutar de un *gelato* en una terraza con vistas al Panteón. Poco se imaginaba que esa iba a ser su vida a partir de entonces.

El nombramiento del nuevo papa trajo consigo algunos cambios considerables en el Vaticano. El que más les afectó fue el ascenso de Lombardo a arzobispo y su nuevo destino en los Estados Unidos, siendo sustituido como director de la Comisión para Defensa de la Fe por el obispo Hans Braun, un alemán de corte serio y trato distante.

Cuando Roberto tuvo la oportunidad de hablar con él en su despacho, dos semanas después de que tomase las riendas de la institución, comprendió hasta qué punto iba a cambiar todo.

—La Iglesia católica necesita regresar a las antiguas costumbres, las que la han convertido en lo que es actualmente: un faro de esperanza para las almas perdidas —arrancó a decir el hombre en un inglés bastante fluido. Pasaba de los setenta años y destacaba por unos ojos de un azul intenso que lo escudriñaban todo—. La gente necesita volver a creer en Dios y tenemos que convertirnos en el mayor referente para ellos. Por eso, debemos centrar nuestros esfuerzos en defender la fe.

Antes de que Roberto pudiese preguntar dónde encajaba él y la misión que le había encargado el arzobispo Lombardo en sus planes, el alemán le dejó claro el futuro que le esperaba.

—Respeto y valoro lo que ha hecho mi antecesor en el cargo durante los últimos diez años, pero esta institución debe tomar un nuevo rumbo y centrar sus esfuerzos en lo que realmente es importante y nos compete. Y eso no le incluye a usted.

Lo dijo con una rotundidad tan demoledora como carente de empatía. Estaba claro que aquel hombre no se andaba por las ramas y que la decisión no era negociable.

¿Y para esto he arrastrado a mi familia hasta Roma?, fue lo primero que pensó Roberto. *¿Todas estas semanas esperando para que al final me diga que tengo que regresar a España?*

—De todas formas —prosiguió el hombre como si le hubiera leído el pensamiento—, pienso respetar los acuerdos a los que llegó con el arzobispo Lombardo. Eso significa que usted y su familia podrán seguir residiendo en el apartamento que el Vaticano les ha asignado. Correremos con todos los gastos y sus hijos seguirán cursando con nosotros sus estudios, recibiendo una enseñanza de la mejor calidad. Es algo que mi antecesor me pidió encarecidamente y pienso respetarlo. —Hizo una breve pausa para removerse en su asiento. Se le veía incómodo, como si esa decisión en realidad no le agradase—. También hemos hablado con las instituciones españolas y todo está arreglado para que su mujer y usted trabajen en el consulado español a partir de ahora. Un trabajo liviano que les permitirá pasar mucho tiempo con sus hijos y llevar una vida tranquila.

—No termino de entenderlo —dijo Roberto cuando por fin le dejó hablar—. ¿Qué pasa con el acuerdo de colaboración al que había llegado con el arzobispo Lombardo y por el que me vine a vivir aquí con mi familia?

—¿Se refiere a trabajar para el Vaticano?

—Me refiero a desarrollar nuestra labor policial bajo la protección de la Comisión para Defensa de la Fe, persiguiendo y deteniendo a los asesinos en serie que actúan en España.

El hombre se rascó la cabeza.

—Reconozco que es algo que me causó cierta confusión al hablar de ello con mi antecesor en el cargo y que nunca terminé de entender. ¿Nosotros íbamos a apoyarle para que persiguiese a criminales en España?

—Asesinos en serie —insistió Roberto—. La idea es actuar bajo el amparo de la Comisión. Mi propuesta al arzobispo Lombardo fue la de crear un pequeño equipo con gente de mi confianza y usar la influencia del Vaticano para recibir los apoyos necesarios en cada investigación. La propuesta inicial era hacerlo en España, donde he trabajado con las distintas instituciones policiales, pero no habría problema para actuar en otros países, si fuera necesario. Nuestro objetivo es detener el mal que se extiende por el mundo.

Pensó que ese argumento haría que el obispo meditara su decisión. Por la cara que puso, comprendió que no iba a ser así.

—Me temo que eso se aparta por completo del nuevo rumbo que quiero dar a esta institución. Lo siento, pero las labores policiales no entran dentro de los nuevos cometidos que asumiré a partir de ahora. No obstante —añadió sin darle tiempo a la réplica—, el Vaticano valora los servicios que ha prestado en su última investigación, por eso usted y su familia podrán quedarse en Roma el tiempo que deseen.

—Pero no vamos a trabajar para la Comisión ni para el Vaticano.

El hombre dibujó una mueca que quedó en un vago intento de sonreír.

—Creo que he dejado clara mi postura.

Esa fue la primera y única conversación que Roberto mantuvo con él. No volvieron a reunirse y tampoco mantuvieron contacto

telefónico.

Allí terminó cualquier posibilidad de trabajar para el Vaticano, así que no le quedó otro remedio que decidir lo que era mejor para su familia.

2

Roberto estaba sentado en uno de los sillones de la terraza cuando escuchó unos débiles pasos sobre el suelo. Al mirar por encima a su derecha, vio a Eva aproximarse. Llevaba puesto el pijama de color rosa con ositos blancos que le había regalado en su último cumpleaños, siguiendo el consejo de sus hijos.

—Buenos días. Has madrugado —dijo ella aproximándose para sentarse en sus rodillas.

—Buenos días —la recibió besando sus labios.

—¿Qué tal has dormido?

—Bueno… —No quería preocuparla más de lo necesario, pero tampoco tenía a nadie más con quien hablar de ello—. He vuelto a tener el mismo sueño.

—¿El de la chica que salta?

—Sí, aunque sigo sin ver su rostro. Solo veo a través de sus ojos. Imagino que es una chica joven por cómo suena su tono de voz.

—Soñaste con ella la semana pasada.

—Dos veces.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Ambos eran conscientes de lo que eso significaba.

—Llevabas mucho tiempo sin tener ese tipo de sueños, desde antes de instalarnos en Roma. ¿Por qué empiezas a tenerlos ahora de nuevo?

—Ojalá lo supiera. Parece que lo bueno nunca dura para siempre.

—No digas eso —le pidió ella acariciando su mejilla, consciente de cómo le afectaba.

—Pensé que esta vez sería diferente y que estando lejos de España los sueños no se repetirían. Está claro que me equivoqué. No ha servido de nada quedarnos en Roma.

—Claro que ha servido —aseguró ella—. Sabes que adoro Llanes, pero los dos somos conscientes de cómo les afectó a los niños el secuestro que sufrieron. Necesitaban un cambio de aires y pasar más tiempo con nosotros. Quedarnos en Roma creo que nos ha venido muy bien a los cuatro, ¿no te parece?

—Por ese motivo precisamente me da rabia que esté pasando esto de nuevo. Sé lo que significa haber soñado varias veces con esa chica, del mismo modo que sé que los sueños no van a dejar de repetirse hasta que haga algo. —Roberto carraspeó—. ¡Ojalá pudiera desprenderme de este maldito don y llevar una vida normal! Estoy cansado de hacer justicia por las víctimas.

—No lo dices en serio.

Por supuesto que no lo decía en serio. Roberto era consciente de que su don ayudaba a mucha gente, pero cada vez se le hacía más cuesta arriba lidiar con él. Estaba harto de los sueños, de tener que averiguar qué querían las víctimas y, sobre todo, de no disponer de los apoyos necesarios para resolver cada asesinato con rapidez y eficacia. Algo que el arzobispo Lombardo le había prometido y que terminó siendo una quimera.

—Si es la tercera vez que sueñas con la misma chica, quiere decir que los sueños no van a parar —continuó Eva—. Vas a tener que hacer algo, tarde o temprano.

—Soy consciente de ello.

—¿Tienes idea de quién es o dónde se encuentra?

—No. En ningún momento la veo a ella y tampoco identifico el entorno. La observo saltar desde lo que parece ser un campanario, aunque nunca llega a tocar el suelo. Su cuerpo se detiene en el aire antes de llegar abajo.

—Es extraño.

—Lo que sí es seguro es que está muerta o no soñaría con ella.

—¿Te pide ayuda en algún momento?

—No. Y eso es lo más extraño —añadió Roberto.

—¿Alguna vez habías soñado con algo parecido?

—Nunca. Las personas que se comunican conmigo en mis sueños lo hacen porque han sufrido una muerte violenta, alguien les ha arrebatado la vida, por eso no le encuentro explicación a los últimos sueños. —Sintió un abatimiento que le hizo cerrar los ojos—. Estoy cansado de todo esto.

Eva le besó de nuevo y, durante un tiempo, permanecieron abrazados, pegados el uno al otro, como si eso los aislase del mundo.

Pasaron un par de minutos, hasta que una vocecilla llamó la atención de ambos.

—Buenos días.

La pequeña Emily los observaba desde la puerta de la terraza, con una sonrisa que era mezcla de admiración y picardía. Sella estaba sentada a su lado, observándolos también. Desde que estaban en Roma, la perra dormía en su habitación y la seguía por toda la casa, como si su obligación fuese protegerla en todo momento.

—¿Ya estás despierta? —preguntó Eva, abandonando los brazos de Roberto para incorporarse.

—Sí, pero *Beto* sigue durmiendo. ¿Podemos hacerle el desayuno? Yo puedo, ya soy mayor.

El comentario hizo que Roberto soltase una carcajada.

—Pero si acabas de cumplir tres años.

—Ya soy mayor —repitió su hija apretando los labios e hinchando los carrillos.

Roberto no quiso quitarle la ilusión de sentirse más mayor de lo que era.

—En ese caso, vamos a preparar el desayuno. —Caminó a su encuentro y le tendió la mano, que ella no dudó en agarrar con una sonrisa de felicidad—. ¿Y qué preparamos para desayunar? ¿Tostadas?

—Tortitas. ¡Con mucha nata!

Roberto soltó una carcajada.

—Pero las tortitas solo las comemos en los fines de semana y hoy es jueves.

—Pero yo quiero.

—Habrá que preguntarle a mamá.

La pequeña miró a su madre con ojos de cachorro herido.

—*Porfi*, mami.

—Vale, pero no te acostumbres.

—¡Bien! —celebró su victoria.

Media hora después los cuatro desayunaban en la mesa de la cocina. Roberto sonrió al ver a sus dos hijos devorando una tortita con una montaña de nata encima, como si no hubiese un mañana. No pudo evitar preguntarse hasta cuándo podría seguir disfrutando de algo así junto a ellos. Disfrutando de una vida normal, sin más sueños, crímenes ni asesinos a los que perseguir.

Sin poner en peligro a su familia.

Llevado por ese sentimiento decidió que lo mejor era ignorar ese último sueño y seguir con su vida como hasta ahora, con la esperanza de que al final dejase de repetirse.

Después de todo, tampoco podía hacer mucho más.

3

El apartamento en el que vivían estaba situado en el distrito de Prati, muy cerca de la Piazza dei Quiriti. Desde allí se podía llegar caminando hasta el Consulado de España en tan solo veinte minutos, pasando primero junto al castillo de Sant'Angelo y luego cruzando el puente de Cavour sobre el río Tíber.

Se encontraban en mitad del puente cuando Roberto recibió una llamada en su teléfono móvil. Al ver el nombre en la pantalla, esbozó una sonrisa.

—Padre Miguel, ¡cuánto tiempo! —exclamó mirando de reojo a Eva, que caminaba a su lado.

—¿Qué tal va todo, Rober? —escuchó la voz de su amigo el párroco de Nueva de Llanes, menos alegre que otras veces.

—Bien, no me puedo quejar. Viendo crecer a los niños y disfrutando de una vida tranquila. Más tranquila de lo que esperaba, la verdad —dijo, intentando soltar una breve carcajada que apenas escapó de sus labios.

—Eso no es malo.

—¿Qué tal todo por Llanes? —preguntó Roberto.

—No estoy en Llanes. Llevo tres días en el Valle del Jerte, en la provincia de Cáceres.

—¿Está de vacaciones?

—Ya me gustaría. El párroco de Jerte, al que conozco desde hace años, me llamó para pedirme ayuda. Están sucediendo aquí algunas cosas bastante preocupantes a las que nadie parece dar la debida importancia, así que recurrió a mí. Sabe que hubo un tiempo en que me dediqué a los exorcismos y necesitaba mi consejo.

El padre Miguel había trabajado en el pasado para el Vaticano en la Comisión para Defensa de la Fe, motivo por el cual Roberto quiso que formase parte de su equipo de investigación. Por desgracia, la negativa del obispo Braun hizo que el padre Miguel se quedase en su parroquia de Nueva de Llanes.

—Me está empezando a preocupar lo que me cuenta, padre.

—Lo siento, no era eso lo que pretendía con esta llamada. Sé que llevas una vida tranquila y lo que menos pretendo es alterarla. Solo necesitaba saber si puedes hacerme un pequeño favor, uno que no te va a llevar mucho tiempo.

—Claro. ¿Qué necesita? —preguntó sin dudar.

—He intentado hablar con el obispo Braun, dado que este es un asunto que compete a la Comisión para Defensa de la Fe.

—¿En qué sentido?

—La investigación de las posesiones es uno de sus cometidos.

—Ahora sí que me está asustando de verdad.

—He intentado hablar directamente con el obispo Braun, pero después de varios intentos en los que no logré que me atendiese, hoy por fin recibí una llamada de su secretario. Es el mismo que trabajaba para el arzobispo Lombardo y tengo cierta amistad con él.

—¿Y qué le ha dicho?

—Habló con el obispo Braun del tema y este le ha dicho que ese no es un asunto que competa a la Comisión, así que no va a tomar ninguna medida. Por eso te he llamado, para saber si puedes hablar con el obispo en persona y hacerle ver la importancia de lo que está sucediendo.

Roberto resopló de manera inconsciente.

—Lo cierto es que no he vuelto a hablar con el obispo Braun desde que ocupó su puesto hace varios meses y me dejó clara su postura respecto a mi relación con la Comisión. Mi falta de relación a partir de ese momento, debería decir más bien.

—Lamento oírlo. Pensaba que al menos mantendría el contacto contigo, aunque no trabajes para la Comisión.

—Pues no, y tampoco volví a pisar el Vaticano desde entonces.

—Entiendo —murmuró el cura, tras lo cual se quedó callado unos segundos—. Siento haberte llamado para molestarte con mis problemas.

—Sabe muy bien que no me molesta. Además, todavía no me ha contado lo que está ocurriendo. La verdad, si es algo grave, me gustaría saberlo.

—No es sencillo de explicar. —Durante unos segundos el padre Miguel se quedó callado, como si buscase las palabras adecuadas—. Están pasando cosas que no tienen explicación.

—¿Se refiere a posesiones?

—Eso es lo que cree el párroco de Jerte que está sucediendo, aunque yo no lo tengo tan claro. Se trata de una serie de suicidios que no parecen tener una explicación lógica. El problema es que los investigadores no están poniendo el suficiente empeño en investigarlo, bajo mi punto de vista. Por eso necesitaba que el Vaticano interviniese, presionando para que lo hagan. No es normal que, con todos los suicidios que se han producido en los últimos meses, nadie vea que sucede algo extraño.

—¿De cuántos suicidios está hablando?

—Seis hasta el momento.

—Eso son muchos suicidios.

—Lo sé. La Guardia Civil dice que es normal que en un valle como este sucedan estas cosas y más teniendo en cuenta cómo es la vida hoy en día. La soledad, la crisis económica o la frustración que sienten muchas personas les lleva a tomar este tipo de decisiones. No es algo que yo vaya a negar. Ahí están los estudios de psicólogos y psiquiatras para demostrarlo. Muchas personas sufren depresión hoy en día. Sin embargo, no es normal que en un lugar como este se produzcan tantos suicidios en menos de un año.

—La verdad es que no. ¿Seguro que son suicidios?

—Eso han determinado los investigadores en todos los casos, por eso el párroco está convencido de que hay un espíritu maligno en

este valle, un demonio que posee a la gente y la empuja a suicidarse.

—¿Y usted qué piensa que está ocurriendo realmente, padre?

La respuesta se hizo esperar unos segundos.

—Creo que alguien debería investigarlo con mayor interés del que están poniendo las autoridades hasta ahora. Y más teniendo en cuenta que la última muerte que se produjo fue la de una joven de diecinueve años que tenía toda la vida por delante y que se ahorcó saltando desde lo alto del campanario de la iglesia de Jerte.

Roberto notó cómo sus pulsaciones se disparaban al escuchar eso.

—¿Cuándo sucedió esa muerte?

—Hoy se cumplen doce días. Fue una semana después cuando el párroco me llamó pidiendo ayuda. —Roberto tuvo claro que sus sueños habían empezado después de la fecha del fallecimiento—. Hablé con sus padres en cuanto llegué al pueblo y no dejaron de repetirme que no se explican por qué lo hizo. Era una chica con muchas ambiciones, que pensaba marcharse a trabajar a Madrid en cuanto terminase la universidad. No tenía problemas personales, al menos que supieran sus padres.

—¿Alguien lo investigó?

—La Guardia Civil, pero el sargento con el que hablé dice que no hay pruebas de que la muerte se produjera de forma violenta. Según la autopsia, nadie la golpeó y tampoco tenía marcas que indicaran que la obligaron a saltar. Es más, dejó una nota de suicidio bastante esclarecedora de sus intenciones.

—En ese caso…

—No me lo creo —le interrumpió el cura—. Sé que los suicidios entre jóvenes han aumentado mucho en los últimos años, pero eso no explica que ella se quitase la vida. Del mismo modo que no es normal que tanta gente se haya suicidado en este valle. No sé si es una fuerza maligna, una droga o alguien que los empuja a suicidarse, pero no es normal que hayan muerto seis personas del mismo modo y de distintas edades. Por eso quería que el Vaticano interviniese.

—Ahora entiendo su cabreo, padre. Podría intentar que me reciba el obispo Braun y…

—No, gracias. Prefiero que no te impliques en esto. Lo cierto es que no debería haberte llamado para contarte mis problemas. Lo siento.

—No lo sienta, para eso están los amigos.

—No, los amigos están para disfrutar de una buena comida y echarse unas risas, no para hablar de tragedias.

—Es cierto. ¿Piensa regresar a Llanes?

—De momento voy a quedarme por aquí unos días más, investigando por mi cuenta. ¡Quién sabe! Puede que tenga suerte y encuentre pruebas que hagan que el Vaticano se replantee su negativa a ayudarme.

—Llámeme si necesita ayuda.

—No te preocupes, procuraré solucionarlo sin que haga falta. Dale recuerdos a Eva y a los niños.

—Lo haré. Cuídese, padre.

En cuanto cortó la llamada, Roberto posó los ojos en Eva, que le observaba con expectación.

—¿Problemas? —preguntó ella.

—Eso parece.

—¿Qué ocurre?

Roberto le contó lo que habían hablado, centrándose sobre todo en la muerte de la joven.

—¿Crees que esa chica de la que te ha hablado podría ser la misma con la que estás soñando estos días?

—Podría ser. No lo sé —dudó Roberto, resoplando—. Mis sueños nunca son casuales, ya lo sabes, aunque en esta ocasión no encajan con mi don.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre sueño con personas que han muerto asesinadas y en este caso la Guardia Civil cree que se trata de un suicidio. La víctima no tenía signos de violencia.

—¿Cómo murió?

—Se ató una cuerda al cuello y saltó desde un campanario.

—Quizá tu sueño se refiere a otra chica.

—Tal vez, aunque el hecho de que se ahorcara explicaría por qué en mi sueño su cuerpo se detiene en el aire después de saltar y no alcanza el suelo. —Acto seguido sacudió la cabeza, contrariado—. Creo que lo mejor es que me olvide de todo y deje de buscar respuestas en algo que no parece tener ningún sentido.

—¿Estás seguro? Ya sabes que lo normal es que sigas soñando con ella hasta que resuelvas su muerte y, si no lo haces, los sueños se volverán cada vez peores.

Roberto sabía que Eva estaba en lo cierto, pero tampoco podía hacer nada más en ese momento.

—Si sucede eso, haré algo al respecto. Hasta entonces, seguiremos con nuestras vidas. Además, el obispo Braun ya me dejó claro en su día que no trabajo para el Vaticano y no voy a meter las narices en una investigación de ese tipo sin que nadie me apoye.

—Ahí tengo que darte la razón.

Eso dio el asunto por zanjado. Continuaron caminando en dirección al consulado, mientras cambiaban de tema y al llegar Roberto se centró solo en su trabajo.

Lo más probable era que todo se solucionara sin que el padre Miguel necesitara su ayuda.

MIÉRCOLES, 18 DE MARZO

4

Habían transcurrido seis días desde la charla telefónica con el padre Miguel y de momento no había vuelto a tener noticias suyas. Tampoco había vuelto a soñar con la chica que saltaba del campanario, por lo que pensó que el caso debía de estar resuelto. No obstante, decidió que le llamaría una vez se acostasen los niños esa noche.

—Mañana *teno* que entregar un dibujo a la profe —dijo Emily, captando la atención de todos mientras cenaban en la mesa del comedor.

—¿Y ya lo has hecho? —preguntó su madre.

—Sí. He dibujado a papá.

—¡No me digas! —exclamó él—. Espero que me hayas pintado bien guapo.

—Bueno…

—¿Ah, no? ¿No me habrás pintado con las orejas grandes?

Tanto ella como Berto soltaron una carcajada.

—No, estás en un río —dijo la pequeña.

—¿El río junto al que caminamos cuando damos un paseo con Sella?

La perra, que estaba echada en su cojín, en una esquina del comedor, alzó la cabeza y estiró las orejas al escuchar su nombre.

—No. Es un río que tiene una playa. Lo he visto en mi sueño.

Eso hizo que Roberto se tomase en serio sus palabras.

—¿Qué sueño, Emily?

—Uno que tuve —dijo encogiéndose de hombros, como si no tuviese importancia.

—¿Puedes enseñarme el dibujo?

—Claro.

Emily se bajó de la silla y corrió hacia la habitación, mientras él cruzaba la mirada con Eva. Ninguno de los dos dijo nada, aunque se les pasó por la cabeza la misma idea. Un minuto después, Emily regresó con un folio en la mano, que le entregó antes de sentarse de nuevo a cenar.

El dibujo, en el que predominaban los trazos irregulares y el uso de diferentes colores —lo normal en una niña de su edad—, reflejaba una escena en la que se intuía a una persona de espaldas, en la orilla de un río pintado de azul que recorría en horizontal la hoja. La parte superior estaba pintada de amarillo y en el lado izquierdo había una especie de puente gris con varios pilares. La parte inferior estaba pintada de verde y una mancha de color negro destacaba dentro del azul del río.

—¿Este soy yo? —preguntó Roberto señalando primero la figura que estaba de pie y que más bien parecía un espantapájaros.

—Sí.

—Pero me falta una oreja.

Ella soltó una breve carcajada.

—Luego te la pinto —dijo, divertida.

—¿Y qué es esto negro que hay en el río? ¿Es una barca?

—No, es un señor —respondió ella llevándose el tenedor a la boca.

—¿Cómo que un señor? ¿Qué señor?

—No sé.

—¿Está bañándose?

—No —respondió la niña negando con la cabeza—. Está muerto.

Roberto sintió cómo se le erizaba la piel. Al mirar de reojo a Eva vio que ella contenía la respiración. Por suerte, Berto parecía más concentrado en cortar el filete que tenía en el plato que en las palabras de su hermana.

—¿Cómo sabes que está… muerto?

—Lo vi en mi sueño.

Berto dejó de cortar la carne y entonces miró a su hermana, sorprendido. Esa fue la señal para dejar esa conversación para otro momento.

—Está muy bien el dibujo, Emily —dijo Roberto—. Me gusta mucho. ¿Me lo regalas?

—Es para la profe.

—Pero puedes hacerle otro.

—¿Por qué?

—Porque es un poco triste.

—Yo puedo ayudarte a hacer uno nuevo después de cenar —intervino Eva—. Uno en el que salga Sella. ¿Qué te parece?

—No sé —dudó.

—Podemos ponerle pintura de purpurina para que brille.

—¿Y estrellas? —preguntó Emily más interesada.

—Claro que sí. Venga, termina de cenar y en cuanto recoja la cocina nos vamos a tu cuarto a hacer el dibujo.

—Vale, mamá.

Los cuatro continuaron cenando como si nada hubiese pasado, aunque Roberto ya no pudo quitarse de la cabeza lo que su hija le había contado. Sabía que Emily era una niña muy especial y que debía tomarse muy en serio ese dibujo. Unos meses atrás, durante su última investigación en España, Emily le había mostrado un dibujo en el que aparecía un coche grande de color verde que, según ella, pertenecía al «señor malo». Poco después Roberto descubriría que ese coche era similar al que conducía el asesino al que perseguía.

Quizás este nuevo dibujo no significase nada. O tal vez sí. De cualquier modo, necesitaba que le contase exactamente lo que había soñado, por eso le susurró a Eva al oído que lo averiguase mientras pintaba con ella.

Él y Berto se encargaron de recoger la mesa después de cenar y luego lo acompañó a su habitación. Una vez el crío se puso el pijama y se acostó, regresó a la cocina para llevar a Sella a dar su último paseo del día. La perra le esperaba moviendo el rabo, consciente de que era la hora de salir.

Estaba cogiendo una cazadora del perchero de la entrada cuando recibió una llamada en su teléfono de un número que no tenía registrado.

—¿Dígame?

—¿Roberto Fuentes? —preguntó una voz de hombre.

Al no reconocerla, desconfió.

—¿Quién es?

—Soy el padre Francisco, párroco del pueblo de Jerte.

—¿Cómo ha conseguido este número?

—Me lo dio el padre Miguel para que le llamase si le ocurría algo.

Roberto contuvo la respiración.

—¿Le ha ocurrido algo al padre Miguel?

—Me temo que sí. Lleva dos días desaparecido.

—Un momento.

Dejó la cazadora de nuevo en el perchero y se dirigió a la terraza, seguido de cerca por Sella.

—Espera un minuto, enseguida vamos —se dirigió a ella mientras cerraba la puerta para retomar la conversación telefónica—. ¿Cómo que el padre Miguel está desaparecido?

—Es culpa mía. Le pedí ayuda para investigar las extrañas muertes que se están produciendo en el Valle del Jerte y hace dos días que no sé nada de él.

—Tal vez regresó a Asturias.

—No, me lo habría dicho. Además, había quedado con él esa mañana para visitar de nuevo a los padres de la última víctima, pero no pasó a recogerme por la iglesia. Fui a buscarle primero a casa de ellos, por si había ido solo, y luego al apartamento en el que está alojado, pero no se encontraba allí. Tampoco pude hablar con él por teléfono porque lo tenía apagado.

—¿Y no tiene ni idea de qué puede haberle sucedido?

—No lo sé. El día antes de desaparecer me comentó que tenía la impresión de que un coche le seguía.

—¿Le dijo cuál?

—No. Solo me dio su número de teléfono para que le llamase si le pasaba algo, como así ha ocurrido —añadió el párroco—. He

esperado un par de días para no alarmarle sin motivo, pero la verdad es que cada vez estoy más preocupado.

—¿Ha denunciado a la Guardia Civil su desaparición?

—Sí, esta tarde, y lo único que me han dicho es que lo investigarán. La verdad es que… —Su voz tembló, impidiéndole hablar durante unos segundos—. Estoy muy preocupado y tengo miedo de que le haya pasado algo por mi culpa.

—¿Por su culpa?

—Por hacerle venir hasta aquí.

Roberto se quedó unos segundos pensativo.

—¿Su desaparición puede estar relacionada con los suicidios de los que me habló cuando me llamó por teléfono?

—¿El padre Miguel le llamó? —preguntó el párroco con tono de sorpresa.

—Sí, la semana pasada.

—No sé si tendrá alguna relación. Los últimos días no me tenía al tanto de lo que estaba haciendo. Solo sé que quería hablar con los familiares y amigos de todas las víctimas de suicidio del valle. Lamento no ser de más ayuda.

—No se preocupe. ¿Me avisará si se produce alguna novedad?

—Por supuesto.

—Gracias por ponerse en contacto conmigo.

—No hay de qué.

Se despidieron y lo primero que hizo nada más cortar la llamada fue marcar el número del padre Miguel. Tal y como había asegurado su amigo, lo tenía apagado.

En ese momento se le vino a la cabeza el dibujo que le había enseñado Emily durante la cena, por eso se acercó a su habitación. La encontró tumbada en el suelo, rodeada de lápices de colores y concentrada en pintar, mientras su madre la observaba sentada a su lado. En cuanto Eva se percató de su presencia y vio la expresión de su cara, se puso en pie.

—¿Ocurre algo? —murmuró acercándose a la puerta para no distraer a la niña.

Roberto la agarró de la mano y se la llevó en dirección al comedor.

—¿Te ha contado algo más Emily de ese sueño?

—Le he preguntado qué recordaba y se ha limitado a contarme lo mismo que hay en el dibujo —respondió Eva—. Dice que te vio en la orilla del río, de espaldas, mirando cómo un hombre flotaba en el agua.

—¿Te dijo si sabía quién era ese hombre?

—No. ¿Por qué lo preguntas? ¿Ocurre algo?

—Parece ser que el padre Miguel ha desaparecido.

—¡Dios mío! —exclamó ella llevándose la mano a los labios.

—Me ha llamado un párroco amigo suyo desde Jerte para decírmelo.

—¿Crees que el dibujo de Emily tiene algo que ver con eso?

—Espero de corazón que no, pero no podré averiguarlo desde aquí. —Ella asintió con la cabeza, como si supiese lo que iba a decir a continuación—. Tendría que viajar a España.

—¿Hay alguien investigando su desaparición?

—Sí, aunque no sé si han puesto mucho interés. Le han dicho que lo investigarán. —Roberto hizo una breve pausa antes de seguir —. El padre Miguel nos ha ayudado mucho y no puedo permanecer de brazos cruzados, sin hacer nada, sabiendo que está desaparecido.

—Lo sé, no tienes que convencerme —dijo Eva—. Yo me quedaré con los niños mientras vas a averiguar lo que le ha pasado.

—¿Estás segura? No me hace ninguna gracia separarnos.

—Aquí en Roma estamos seguros, ya lo sabes. Me preocupa más que vayas tú solo a España.

—Tranquila, me las apañaré. Intentaré averiguar qué le ha ocurrido y, con lo que sea, avisaré a la Guardia Civil de la zona.

—¿Cuándo tienes pensado viajar?

—Mañana por la tarde. Antes tendré que ir al consulado para conseguir que me den unos días libres.

—No hace falta que esperes —aseguró ella—. Diré que estás enfermo en la cama y que tardarás unos días en recuperarte. Después de todo, tampoco te van a echar mucho en falta en el trabajo. No hacemos casi nada en todo el día.

—Es cierto. Miraré entonces qué vuelos hay para España y cogeré el primero que pueda por la mañana.

—Luego me dices. Yo voy a volver con Emily para ayudarla a terminar el dibujo.

Roberto la abrazó y sintió cómo el calor de su cuerpo le reconfortaba. No deseaba alejarse de ella y de los niños, pero le debía demasiado al padre Miguel como para ignorar su desaparición.

Solo esperaba que la situación fuese menos grave de lo que parecía en un principio.

JUEVES, 19 DE MARZO

5

Roberto tuvo una extraña sensación al aterrizar en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. No fue una premonición ni nada similar que pudiese asociar a su don, sino más bien una inquietud.

Eva tenía motivos para preocuparse por él, teniendo en cuenta lo que habían vivido en los últimos años. Todo había empezado cuatro años atrás, cuando la prensa había aireado su identidad y lo que era capaz de hacer gracias a su don. Eso le obligó a apartarse de su trabajo y de la vida pública durante bastante tiempo, debido al acoso que sufrió.

Luego, al poco de regresar a su trabajo en la Guardia Civil, tras dos años de excedencia, se vio implicado en un crimen que no había cometido y del que fue acusado injustamente, estando a punto de terminar en la cárcel. Todo por culpa del teniente que llevaba la investigación y al que alguien sobornó para que manipulase las pruebas y acusase a Roberto de ser el autor del crimen.

Incluso un guardia civil, al que Eva apenas conocía, trató de convencerla de una supuesta infidelidad que Roberto había cometido durante una investigación en Sevilla con Verónica Cuevas. Todo mentira y con el único objetivo de romper su matrimonio.

Estaba claro que alguien quería arruinar su vida del modo que fuese, por eso habían decidido quedarse en Roma, tras la negativa del obispo Braun a trabajar para el Vaticano. Lejos de España

esperaban llevar una vida tranquila, como así había sido durante los últimos meses.

Si ahora Roberto había regresado era únicamente por su deseo de encontrar al padre Miguel y, en cuanto lo consiguiese, regresaría a Roma junto a su familia.

Dado que solo llevaba consigo una maleta de cabina como único equipaje, fue directo al control de pasaportes y a continuación buscó una oficina de alquiler de vehículos. Su idea era conseguir un coche con el que viajar hasta el pueblo de Jerte, donde había quedado en verse con el amigo del padre Miguel. El párroco, al que había llamado antes de despegar, le dijo que le esperaría en su iglesia para verse con él y contarle con más detalle lo ocurrido.

Iba a dirigirse a la primera oficina de alquiler de vehículos que vio a su paso cuando una voz llamó su atención.

—¿Rober?

Se detuvo en seco y al girarse se encontró con una cara que conocía de sobra.

—¡Barrios! —exclamó, sorprendido de ver en ese lugar al inspector de policía destinado en Jaca, con el que había trabajado en su último caso en España—. ¿Qué haces aquí?

—Eso iba a preguntarte yo —dijo el policía acercándose con una amplia sonrisa dibujada en el rostro—. No esperaba encontrarte aquí.

Llevaba una maleta, que no dudó en soltar al llegar a su altura para tenderle la mano.

—¿Acabas de llegar o vas a coger un avión? —preguntó Roberto mientras la estrechaba.

—Vengo de Londres, de pasar unos días en casa de un primo. ¿Y tú? ¿Cómo no me has avisado de que venías a España?

Desde que estaba en Roma, Barrios le había llamado varias veces para preguntarle cómo le iban las cosas. Tras trabajar juntos unos meses atrás durante su último caso en España, Roberto quiso contar con él para el equipo de investigación del Vaticano. Gracias a Barrios había conseguido atrapar a uno de los asesinos en serie más prolíficos de los últimos años, por lo que confiaba en sus capacidades. Además, contar con un inspector de policía era algo

que podía beneficiar al equipo. Por desgracia, ese equipo nunca llegó a crearse, aunque Barrios le llamaba de vez en cuando para saber si el Vaticano había cambiado de opinión.

—Ha sido un viaje bastante precipitado.

—¿Va todo bien? —preguntó Barrios, pasándose la mano por su cabeza completamente pelada.

—Sí. He quedado en el Valle del Jerte con un amigo. —Prefirió no contarle de momento el motivo por el que había regresado.

—Imagino que por la floración.

Roberto no supo a qué se refería, por eso se limitó a encogerse de hombros.

—Solo serán un par de días.

—¿Y en qué vas a ir hasta allí?

—En coche. Pensaba alquilar uno ahora —respondió mirando en dirección a la oficina de alquiler.

—De eso nada, te vienes conmigo.

—¿Cómo?

—Que te llevo yo —aseguró Barrios agrandando la sonrisa—. Voy camino de Mérida. Todavía me quedan unos días libres y pensaba visitar a un antiguo compañero que lleva años pidiéndome que lo haga. Puedo acercarte a Jerte. Me pilla de camino.

—Te lo agradezco, pero una vez allí voy a necesitar un coche para moverme.

Barrios frunció el ceño.

—¿Ocurre algo grave? Porque tengo la sensación de que no es un viaje de placer. Te noto preocupado.

Roberto decidió sincerarse con él.

—El padre Miguel ha desaparecido, por eso he vuelto.

—¿El cura que nos ayudó hace unos meses? ¿El que tenía tan buena relación con el Vaticano?

—El mismo. Estaba investigando un asunto en el Valle del Jerte y no se sabe nada de él desde hace dos días. Tres días, en realidad —rectificó.

—Pero… —Barrios le miró perplejo—. ¿Qué tipo de investigación realizaba?

—Una referente a unas extrañas muertes que se están produciendo en el valle.

—¿Asesinatos?

—Suicidios.

El policía se rascó la cabeza.

—No termino de entenderlo.

—Es complicado y tampoco dispongo de toda la información. Lo único que sé es que me llamó hace una semana, preocupado por lo que estaba sucediendo. Me dijo que iba a investigar por su cuenta, porque había algo extraño en esas muertes, y dejó dicho a un cura amigo suyo que me llamase si le pasaba algo. Como así ha ocurrido —añadió—. Su teléfono está apagado y no parece que sea una desaparición voluntaria.

—Imagino que te manda el Vaticano.

—No. Como te conté en su día, desde que el arzobispo Lombardo abandonó el Vaticano, su sucesor dejó de contar conmigo.

—¿Y no te apoya nadie en este asunto? ¿Has venido solo?

—Así es. Eva se ha quedado en Roma con los niños.

—En ese caso, no se hable más. Me voy contigo.

—¿Adónde?

—A Jerte. No pienso dejarte tirado.

—¿No ibas a ver a un amigo?

—Esto es más importante. Vamos, tengo el coche en el aparcamiento del aeropuerto.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Está claro que necesitas mi ayuda.

—Gracias —dijo Roberto caminando a su lado en dirección a la salida.

—No tienes que dármelas. Me encanta la idea de volver a trabajar juntos y quiero ayudarte en todo lo que esté en mi mano. Seguro que conseguimos encontrar al cura.

Roberto también lo esperaba, aunque era consciente de que el tiempo corría en su contra. Después de tres días, las posibilidades de encontrar al padre Miguel con vida habían descendido bastante, aunque no quiso ponerse en lo peor.

Su idea era no rendirse hasta dar con su paradero.

6

Minutos después circulaban por la M-40 con relativa facilidad, gracias a que el tráfico no era demasiado denso a esa hora de la mañana.

—Me alegra estar juntos de nuevo, aunque sea en estas circunstancias —dijo Barrios, mientras conducía.

—Te agradezco que me lleves a Jerte —reiteró Roberto.

—Era lo mínimo que podía hacer. Además, ya te he dicho que echaba de menos trabajar contigo. Es una pena que el Vaticano diese marcha atrás en su decisión de formar aquel equipo de investigación. Podíamos haber conseguido grandes cosas trabajando juntos.

—Lo sé, aunque ahora solo me preocupa encontrar al padre Miguel.

Pasaron varios segundos hasta que el inspector comentó:

—La verdad es que no pensé que volverías a España. Las últimas veces que hablamos parecías muy contento con tu vida en Italia.

—Y lo estoy. Tengo mucho más tiempo para estar con mi familia y sé que allí no corren peligro.

—¿A qué peligro te refieres?

—A la persona o personas que han intentado destruirme los últimos años. Ya sabes, primero haciendo público mi don en la prensa y luego intentando que me condenasen por un crimen que no había cometido.

—¿En serio crees que esa gente todavía va a por ti? Ahora que no vives en España, lo más probable es que te hayan olvidado.

—Ese es el principal motivo por el que me quedé a vivir en Roma: porque allí vivo tranquilo, sin poner en peligro a mi familia.

—Y, sin embargo, has regresado.

La réplica de Roberto fue breve y certera.

—No podía permanecer de brazos cruzados al saber que el padre Miguel estaba desaparecido.

Barrios adelantó a un par de camiones y luego redujo la velocidad para no pasarse del límite que marcaban las señales.

—¿Qué tal te va todo por Jaca? —le preguntó entonces Roberto.

—Como siempre. Un trabajo aburrido, sin nada interesante que hacer. Estoy deseando largarme de allí para cambiar de vida.

—¿Y por qué no lo haces? Podrías pedir destino en otro lugar del país.

—Lo he pensado, no creas, pero tampoco creo que esa sea la solución. Me estoy planteando pedir el pase a la segunda actividad en cuanto pueda.

A Roberto le sorprendió el comentario.

—¿No eres joven para pensar eso? ¿Cuántos años tienes, cuarenta?

—Cuarenta y dos, así que no me falta tanto. Además, tengo planeado montar mi propio negocio.

—¿En serio? No irás a meterte a detective.

—¡No, por Dios! Tengo una idea mucho mejor. Hace poco hablé con mi primo, el informático, sobre crear juntos una empresa y la verdad es que le parece que tiene muchas posibilidades de triunfar. Incluso hemos planeado establecernos en Dubái para pagar menos impuestos —dijo soltando una breve carcajada.

—¿Qué tipo de empresa sería?

—De ciberseguridad y análisis forense digital. Lo mismo que hace ahora mi primo, pero para empresas privadas y contratistas particulares. Él se encargaría del trabajo especializado y yo de convencer a los clientes para que nos contrataran. De momento es solo una idea, porque hace falta bastante dinero para empezar, pero espero hacerlo realidad algún día.

—Ojalá lo consigas. Todo lo relacionado con la ciberseguridad puede dar mucho dinero.

—Te aseguro que si dispusiese del dinero necesario para arrancar, ya me habría largado de la policía.

—Pensé que te gustaba tu trabajo.

—Me gusta más el dinero. Tendría que haberme metido a político —aseguró dejando escapar una carcajada más sonora que la anterior—. Imagino que estás al tanto de lo que está pasando en España los últimos meses.

—La verdad es que estoy bastante desconectado de lo que pasa aquí.

—Todavía la semana pasada estalló un nuevo caso de corrupción, uno más de los que han salido a la luz los últimos meses. Desde dinero oculto en paraísos fiscales hasta cargos públicos entregados a dedo a amigos y familiares. Es una vergüenza.

—Hace años ya hubo un intento de luchar contra eso del que, en cierto modo, fui partícipe. En aquel momento incluso pensé que tendría éxito y que por fin los jueces estarían por encima del poder político, pero me equivoqué. Todos nos equivocamos. Al final las cosas volvieron a ser como eran antes.

—El dinero lo corrompe todo. Esa es la triste realidad, aunque, en cierto modo, es lógico. ¿A quién no le gustaría tener dinero suficiente para vivir sin preocupaciones? Viajar, comer, vestir o, incluso, dormir sin preocuparte por lo que cuestan las cosas. Mucha gente dice que el dinero no da la felicidad, pero… ¡joder, no veas cómo ayuda! —exclamó, divertido.

—Hay cosas más importantes que el dinero —le contradijo Roberto.

—¿Como qué?

—Como acostarte todas las noches con la conciencia tranquila.

—Te aseguro que si tuviera un millón de euros en mi cuenta, mi conciencia estaría muy tranquila.

—Depende de lo que hayas sacrificado para conseguirlo.

Barrios no dijo nada, solo se limitó a sonreír. Poco después, se incorporaron a la autovía A-6 para dejar atrás la ciudad de Madrid.

En pocas horas llegarían a Jerte y comenzaría la búsqueda del padre Miguel.

7

De camino al Valle del Jerte, Roberto buscó en Internet información sobre lo que estaba ocurriendo allí. Le extrañó que no hubiese ninguna noticia en la prensa sobre los suicidios que se habían producido durante los últimos meses. Seis muertes le parecían muchas para que hubiesen pasado tan desapercibidas a ojos de los medios de comunicación.

Lo que sí encontró, tras hacer una búsqueda más profunda con la ayuda de la inteligencia artificial, fue información sobre una ola de muertes producidas en varios pueblos del valle en el año 1603 y que se achacaron a la presencia de un ente maligno.

La información provenía de un blog digital que hablaba de un total de trece muertes. Algunas de ellas habían sido trágicas y otras se habían definido como suicidios. Dada la época en la que transcurrieron los hechos y la creencia de que un ente maligno estaba detrás de las muertes, el Santo Oficio de la Inquisición se hizo cargo de la investigación. Eso tuvo como consecuencia el encarcelamiento de una mujer acusada de brujería, que fue condenada a morir en la hoguera, y la posterior celebración de una serie de procesiones en los pueblos donde se habían producido las muertes para expulsar a cualquier demonio que pudiese habitar en ellos. Después de eso, no se tuvo constancia de más muertes.

El artículo no ahondaba en el modo en que se habían producido. Tampoco encontró ningún otro que hablase de los hechos, por lo que no supo si darle demasiada credibilidad.

—Ya queda poco. Estamos en el puerto de Tornavacas —dijo el inspector Barrios sacándole de la lectura.

Roberto apartó la mirada de la pantalla de su teléfono y miró las laderas que protegían el valle, mientras descendían por una sinuosa carretera. Hasta donde alcanzaba la vista, el paisaje estaba cubierto casi al completo por un manto blanco, causado por la flor blanca de los árboles. Una imagen que parecía sacada de un cuento.

—Cada año vienen miles de turistas a ver la floración de los cerezos —aseguró el policía—. Es un espectáculo precioso.

—Ya lo veo.

—Y hemos llegado en el momento justo, cuando se produce la floración. Es una suerte.

Roberto habría opinado lo mismo de ser otro el motivo que les había llevado hasta allí.

Pocos minutos después llegaron al pueblo de Jerte. Lo primero que le llamó la atención al alcanzar las primeras casas fue una escultura situada en el lado derecho de la calzada, con la palabra Jerte y una cereza de color rojo. Eso dejaba claro lo fundamental que era la producción de esa fruta en el valle.

Se suponía que el padre Francisco le estaba esperando en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. No obstante, Roberto lo llamó por teléfono para informarle de que estaban a punto de llegar.

—Saldré a la puerta a recibirte —fue su respuesta.

Siguieron las instrucciones del GPS del coche, abandonando la carretera principal para coger a la izquierda una calle empedrada y bastante estrecha, entre casas de aspecto medieval que se mezclaban con otras más modernas. Al fondo, alzándose poderosa, divisaron la torre de piedra de un campanario, lo que les indicó que estaban en el lugar correcto. Aparcaron en una pequeña plaza, junto a otros vehículos, y descendieron del vehículo.

La iglesia era un edificio de piedra de aspecto sobrio, que bien podía pasar por un edificio administrativo, con una reja rodeando la entrada y una pequeña escultura de la Virgen sobre la puerta de

entrada. Vista de frente, pudo apreciar que la torre del campanario, de unos quince metros de altura y con un reloj antiguo en su parte más alta, estaba separada varios metros de la iglesia.

Un hombre vestido completamente de negro y con alzacuellos acudió a su encuentro. Destacaba por su altura, más de metro ochenta, una visible delgadez y un rostro poblado de arrugas, a juego con su cabello completamente cano.

—Imagino que eres Roberto —dijo acudiendo a su encuentro.

—Sí. Un placer conocerle, padre —lo saludó estrechando la mano que le ofreció.

—Igualmente. Gracias por venir.

—Este es el inspector Barrios, de la Policía Nacional.

—Estoy aquí de manera extraoficial —aclaró el inspector dándole la mano—, pero vengo dispuesto a ayudar en lo que haga falta.

—No nos vendrá mal su ayuda. La Guardia Civil no parece que esté haciendo mucho.

—¿Sigue sin saber nada nuevo del padre Miguel? —preguntó Roberto.

El hombre negó con la cabeza antes de responder.

—Nada. Es como si se hubiese esfumado.

—Tranquilo, lo encontraremos —aseguró Barrios.

—¿Podemos ver la habitación en la que se alojaba?

—Sí, pero no se encuentra en este pueblo. Está en Cabezuela del Valle, a unos kilómetros de aquí —aseguró el párroco—. Prefirió alojarse allí porque las habitaciones eran más baratas y tres de los suicidios se produjeron en ese pueblo.

—¿Y el resto?

—En otros pueblos del valle. —La mirada del párroco se desvió hacia la torre anexa a la iglesia—. La última víctima se suicidó lanzándose desde ese campanario.

Roberto notó cómo se le encogía el corazón al elevar la mirada hacia lo alto del campanario y fijarla en el amplio ventanal a través del cual se veía una de las campanas.

—Al menos eso fue lo que dedujo la Guardia Civil, que había sido un suicidio —añadió el padre Francisco—. Otro más en el valle.

Sin decir nada, Roberto caminó hasta la torre. No notó nada extraño al acercarse. La atmósfera no se volvió irrespirable, como solía ocurrirle cuando visitaba la escena de un crimen, lo que le indicó que en ese lugar no se había producido ninguna muerte violenta.

—Los padres no creen que se suicidase. Lo que dicen es que alguien tuvo que empujarla —comentó el párroco.

—¿Podemos subir al campanario?

—Claro, no creo que haya problema. —Caminaron hasta la puerta de madera, que tenía una cinta de la Guardia Civil cruzada a media altura para impedir el paso. El cura la soltó de un lado, introdujo la llave y empujó la puerta.

—¿Forzaron la cerradura para entrar? —preguntó Roberto.

—No y eso es lo más extraño. Solo yo tengo copias de la llave. Es más, es una cerradura nueva. La cambié hace un mes porque la anterior se estropeó, así que estaba cerrada.

—¿Y cómo subió esa chica al campanario?

—Es un misterio.

—¿Alguien tomó huellas? —preguntó Barrios.

—No, que yo sepa.

Una vez abierta la puerta, Roberto accedió en primer lugar al interior, donde se encontró con una escalera de madera en forma de espiral que ascendía pegada a las paredes. Subió los escalones con decisión y al llegar al campanario se encontró con un total de cinco campanas, cada una delante de un amplio ventanal, abierto en el muro de piedra.

—Saltó por aquí, después de atar una cuerda al soporte de la campana —dijo el párroco señalando la que daba a la plaza donde tenían aparcado el coche.

Roberto se agachó ligeramente para pasar por debajo de ella, al igual que la chica había hecho en su sueño, y se asomó al exterior, mientras sentía cómo el corazón se le encogía de nuevo. Desde esa posición podía ver gran parte del valle, cubierto por un manto blanco que en sus sueños había supuesto que era nieve. Ahora veía claro que se trataba de la flor de los cerezos.

—Murió a primera hora de la mañana, ¿verdad? —preguntó sin apartar la vista del paisaje.

—Sí, al amanecer. Al menos es lo que aseguró el forense. Una vecina la encontró alrededor de las ocho y media de la mañana, colgando de la cuerda que había atado alrededor de su cuello. Debió de ser poco después de que saltase.

—¿Nadie la vio saltar?

—No.

Su sueño le había mostrado que la joven había saltado de forma voluntaria y ahora que estaba en el lugar no tuvo duda de que era así. Nada de lo que percibía en ese lugar le indicaba que allí hubiese tenido lugar un crimen.

La única pregunta que ahora podía hacerse era por qué se había suicidado.

—El padre Miguel me contó que se han producido seis suicidios en los últimos meses —dijo volviéndose para mirar al párroco.

—Así es.

—Y que lo habían hecho del mismo modo. ¿A qué se refería con eso?

El hombre tragó saliva antes de responder.

—A que todas se ahorcaron.

La respuesta le dejó perplejo.

—¿Ha dicho todas?

—Así es.

Sin duda, aquello no era normal.

—Creo que es hora de que busquemos un lugar tranquilo donde charlar y me cuente lo que está sucediendo en este valle, padre.

8

El padre Francisco los condujo al interior de su iglesia, donde en ese momento no había nadie. Era una iglesia más bien pequeña, con una sola nave y el techo abovedado y pintado de blanco. Tras el altar, podía verse un retablo de color dorado. Nada ostentoso para lo que Roberto había visto en otras iglesias.

Caminaron hasta el fondo, esquivando un par de cubos que parecían colocados en ese lugar a propósito.

—Tenemos goteras cuando llueve —se justificó el párroco—, y no hay manera de que vengan a arreglar el tejado.

Llegaron al fondo del altar, donde siguieron por una puerta situada a la izquierda, que les llevó a una pequeña sala y luego a un pasillo que desembocaba en un despacho más bien pequeño. El párroco les ofreció un par de sillas para sentarse frente a su mesa.

—Están siendo unos meses muy duros para la gente del valle —aseguró con voz apagada—. Es como si Dios nos hubiese abandonado.

Roberto no deseaba entrar todavía en el cariz religioso de lo que estaba ocurriendo, por eso le replicó:

—¿Cuándo comenzaron los suicidios?

—Hace seis meses.

—¿Con qué diferencia de tiempo entre uno y otro?

—Siempre varias semanas, aunque nunca con un patrón exacto, si es lo que me preguntas.

—Háble me de las víctimas. ¿Hombres? ¿Mujeres?

—De ambos sexos y distintas edades. Irene Castro, la última víctima, es la más joven, con veinte años. La primera fue Agustín, un anciano de ochenta y siete años que vivía solo en El Torno. No tenía hijos ni familia. Se ahorcó dentro de su casa y su cadáver se encontró gracias a que un vecino lo vio a través de la ventana. Era muy solitario y a muchos no les extrañó que hubiese terminado así. Un mes después murió Paquita, una mujer muy querida en el pueblo de Cabezuela del Valle. Era viuda y también vivía sola. Se colgó de un árbol que tenía en el jardín trasero de casa. —El cura hizo una pausa de un par de segundos antes de proseguir—. Seis semanas después murió Lucía, una mujer que vivía en Piornal y que se ahorcó en la cascada del Caozo. Unos turistas la encontraron colgando de la pasarela. Fue después de esa muerte cuando empecé a sospechar que un ser maligno se había adueñado del valle, algo que fui confirmando con cada muerte que se produjo a continuación. Carlos, un hombre con problemas de alcohol, apareció muerto también en Cabezuela del Valle, en su casa. Al igual que Sergio, que se ahorcó en el almacén del bar del que era dueño. Irene es la última que se ha quitado la vida.

—¿Qué razones hay para pensar que las muertes fueran voluntarias?

—Según la Guardia Civil, todas las víctimas dejaron una nota de suicidio, aunque no las he leído. El padre Miguel estuvo hablando con los familiares para averiguarlo, pero no llegó a contarme si lo había conseguido. De cualquier modo, no me extraña que esté sucediendo algo así.

A Roberto le extrañó el comentario.

—¿Por qué lo dice?

—Porque vivimos en una sociedad cada vez más corrompida, en la que el mal campa a sus anchas. La gente va a lo suyo, es egoísta y no siente amor hacia los demás. Se ha alejado de Dios y eso le facilita el trabajo al diablo.

—Dejemos de momento al diablo a un lado —dijo Roberto para no desviar la conversación—. Me interesa saber si todos los que se han suicidado en el valle tenían motivos para quitarse la vida.

—¿Y quién no los tiene hoy en día? Muchas personas no son capaces de enfrentarse solas a los problemas y prefieren abandonar este mundo de forma voluntaria antes que luchar. Influenciadas por una sociedad corrompida, son capaces de renunciar al mejor regalo que nos ha hecho Dios: la vida.

—Ya, pero me interesa saber si alguno de ellos tenía razones para hacerlo.

—No sabría decirte.

Roberto tuvo la sensación de que sabía más de lo que parecía, aunque decidió no insistir. En realidad, estaba allí por la desaparición del padre Miguel y en eso debía centrarse. Si descubría que ese hecho tenía algo que ver con las muertes que investigaba en el valle, entonces se centraría más en ellas.

—Cuénteme de nuevo lo que sucedió el día de la desaparición del padre Miguel.

—La noche anterior me llamó para decirme que necesitaba hablar de nuevo con la madre de Irene Castro y me pidió que le acompañase al día siguiente a su casa, dado que tengo muy buena relación con ella. Es una mujer muy devota.

—¿Para qué quería hablar con ella otra vez?

—En la anterior visita su marido estaba presente y Adela apenas abrió la boca. El padre Miguel pensaba que sabía cosas de la vida personal de su hija que no se atrevió a contar ese día delante de él y quería intentarlo de nuevo.

—¿Es posible que fuese a verla solo?

—No, porque hablé con Adela al día siguiente y me dijo que no había estado en su casa. Además, el padre Miguel quedó en pasar a buscarme por aquí e ir juntos a hablar con ella. Algo le sucedió para que no llegase.

—Necesito ver el lugar donde se alojaba el padre Miguel para registrarlo y buscar alguna pista que nos pueda indicar dónde se encuentra o algo sobre la investigación que llevaba a cabo.

—Sé que lo anotaba todo en una pequeña agenda negra que llevaba consigo. Quizá la dejó en su habitación.

—Tendremos que comprobarlo.

—Reservó una habitación en un hotel en Cabezuela del Valle.

—¿Le importa acompañarnos?

—Claro que no —respondió el cura—. Os ayudaré en todo lo que pueda.

Roberto miró a Barrios, que asintió con expresión neutra.

—Pues vamos allá.

Llegaron a Cabezuela del Valle diez minutos después. El hotel era en realidad un edificio de apartamentos turísticos con un amplio aparcamiento delante. Dejaron el coche en uno de ellos y caminaron los tres juntos hasta la entrada. Encontraron al encargado dentro de la oficina situada en la planta baja.

—Bienvenidos —les saludó un hombre que pasaba de los cuarenta años, sentado detrás de su mesa.

—Soy el inspector Barrios —tomó la palabra, a la vez que mostraba su placa. Habían acordado antes de entrar que sería el mejor modo de que no les pusiese ningún impedimento para registrar la habitación—. Queremos ver el apartamento en el que se aloja el padre Miguel.

—¿Quién?

—Un cura asturiano que lleva varios días desaparecido —intervino Roberto.

—Ah, sí. Perdonen, por un momento no estaba seguro de a quién se referían. Ayer ya vinieron un par de guardias civiles para echar un vistazo.

—Trabajamos con ellos —mintió de manera convincente—. Queremos asegurarnos de que no pasaron nada por alto. ¿Puede abrirnos el apartamento?

—Sin problema.

Siguieron sus pasos por la escalera hasta la primera planta y, una vez llegaron a la puerta del apartamento, les abrió.

—Es mejor que espere fuera —le pidió Barrios.

El empleado se hizo a un lado y les dejó pasar, mientras se quedaba en el pasillo junto con el padre Francisco.

Roberto fue el primero en entrar, sin que notase nada extraño al hacerlo, excepto que no había nadie en el interior. Tampoco apreció signos de violencia. La cama estaba hecha y todo parecía ordenado. Dentro del armario de la habitación encontró varias prendas de ropa colgadas y una maleta de tamaño mediano. Sobre la mesita no había cartera, teléfono ni cualquier objeto que indicase que el padre Miguel hubiera abandonado la habitación de forma precipitada. Tampoco vio la agenda de la que le había hablado el párroco de Jerte.

En el pequeño comedor no vio nada que le llamase la atención, aunque en la cocina sí que vio una taza y un plato secándose en un soporte junto al fregadero, como si los hubiese utilizado para desayunar.

Roberto regresó a la puerta para hablar con el párroco.

—¿A qué hora habían quedado en verse esa mañana?

—A las nueve.

—¿Usted lo vio salir del apartamento antes de esa hora? —le preguntó al recepcionista.

Este negó con la cabeza antes de responder.

—Ya se lo conté ayer a sus compañeros. Ese día entré a trabajar a las nueve y el coche del cura ya no estaba en el aparcamiento cuando llegué.

—¿Recuerda cómo era el coche?

—Pequeño, de color verde oscuro. No sé la marca.

—Creo que era un Renault Twingo —intervino el párroco.

Roberto se volvió hacia Barrios.

—¿Crees que podrías averiguar la matrícula?

—Necesitaría el nombre completo del padre Miguel.

—Lo tengo apuntado en el registro —aseguró el encargado.

Bajaron de nuevo a su oficina y, una vez obtuvieron su nombre completo, Barrios llamó por teléfono a la comisaría de Jaca.

Mientras esperaban para obtener los datos del vehículo, Roberto salió al exterior del edificio para reflexionar a solas. A cada minuto que pasaba, crecía el temor de que al padre Miguel le hubiera pasado algo grave. No era normal que desapareciese sin dejar rastro. De momento, lo más probable era que hubiera salido del hotel de Cabezuela del Valle para recoger al párroco de Jerte en su iglesia y en algún punto del recorrido algo le hubiera impedido llegar. Eso o su destino era otro.

No iba a ser una tarea fácil averiguarlo, sobre todo porque no tenía permiso para investigar. Tendría que ir con pies de plomo para no llamar la atención de nadie, sobre todo de la Guardia Civil. Lo mejor era mantener un perfil bajo, al menos hasta tener alguna pista sobre su paradero.

Al mirar hacia el final de la calle vio a una persona caminar directa hacia él. No reconoció su rostro, pero sí su uniforme, lo que hizo que resoplase.

—Pues sí que me han localizado pronto —murmuró.

9

El sargento de la Guardia Civil se acercó con paso decidido sin dejar de mirarle y con una media sonrisa que Roberto no pudo ignorar. Aparentaba no llegar a los cuarenta años y tenía el pelo rubio, rapado por los lados. En la mano izquierda sostenía la gorra, que no parecía dispuesto a ponerse.

—Roberto Fuentes, ¿verdad? —preguntó deteniéndose a un par de pasos de distancia.

—Sí —respondió de manera escueta. Sabía que debería haber dicho «Sí, mi sargento», pero en ese momento lo único que le preocupaba era que supiese su nombre.

—No sé si me recuerdas. Soy Juan Llamazares, estuvimos destinados juntos en Oviedo, aunque yo de aquella era cabo.

Roberto no logró ubicarlo en sus recuerdos.

—Lo siento, ahora mismo no caigo.

—Es normal, por aquel entonces yo estaba en Intervención de Armas —dijo sonriendo por primera vez—. ¿Qué es de tu vida? ¿Estás destinado cerca de aquí?

Le pareció una pregunta inocente, como si no supiese nada del motivo que le había llevado hasta allí.

—No, estoy destinado en Roma, en el Consulado de España.

—¡Joder, qué buen destino! Me contaron algo referente a que habías vuelto a Asturias y que estabas en Llanes. —Al ver que él no

decía nada, añadió—: Sé que tuviste algún problema allí.

—Nada que no se solucionase.

—Entiendo —murmuró cambiándose la gorra de mano—. ¿Y qué haces por aquí?

—Visitando a un amigo.

El sargento debió de notar por el tono de su respuesta que desconfiaba de él porque enseguida se justificó.

—No quiero ser indiscreto, es que estaba tomando algo en ese bar —dijo señalando a su espalda, hacia el principio de la calle— y te vi entrar en el edificio. No estaba seguro de si eras tú, hasta que te he visto salir de nuevo. Espero que no te haya molestado que viniera a saludarte.

—Claro que no.

En realidad, si algo le había enseñado la vida en los últimos años era a no creer en las coincidencias. Eso y a no fiarse de nadie, aunque llevase puesto un uniforme. En especial si ese uniforme era de la Guardia Civil.

—¿Y quién es ese amigo al que has venido a ver?

Roberto intuyó en su mirada que conocía la respuesta.

—Un cura al que conozco de Llanes y que está desaparecido.

—El padre Miguel —dijo el sargento asintiendo con la cabeza—. Lo sé, lo hemos estado buscando, pero de momento no hemos dado con su paradero. No sabía que fuera amigo tuyo.

—Es un buen amigo.

—Hablé con él hace unos días. Me pareció buena persona, aunque no terminé de entender por qué quería investigar los suicidios que se están produciendo en el valle. Parecía empeñado en que las muertes no eran voluntarias.

—¿Y la Guardia Civil qué opina? —preguntó para ver su reacción.

—Que no hay nada que indique lo contrario.

—¿Quién las está investigando?

El sargento dibujó una vaga sonrisa y se puso la gorra en la cabeza.

—Yo, aunque por cercanía, más que nada. Estoy a cargo del puesto de Navaconcejo, aquí al lado, así que fui el primero en acudir a cada uno de los suicidios. Puedo decirte que en ninguno de los

casos el forense determinó que la muerte no fuera voluntaria, por lo que no se ha abierto ninguna investigación. —El sargento le miró entrecerrando los ojos—. ¿Es por eso que estás aquí?

—Solo he venido en busca del padre Miguel —respondió Roberto, tajante—. Me preocupa mucho su desaparición.

—Puede que se haya marchado de forma voluntaria.

—Lo dudo bastante. De ser así, no tendría el teléfono apagado.

—Eso es cierto. —El sargento dio un paso hacia él—. Solo espero que no te metas en ningún lío.

Roberto no supo si interpretarlo como un consejo o una amenaza.

—Lo que menos me apetece es meterme en más líos.

El sargento asintió con la cabeza y sacó una cartera del bolsillo, de la que extrajo una pequeña tarjeta que le entregó.

—De todas formas, si descubres algo sobre el paradero del padre Miguel, no dudes en llamarme.

En la tarjeta constaba su nombre completo y su teléfono móvil.

—Gracias.

—Nos vemos.

El sargento giró sobre sus talones para regresar por donde había venido, aunque Roberto decidió llamar su atención antes de que se alejase.

—Una pregunta, mi sargento. ¿De verdad que la joven que saltó del campanario lo hizo de forma voluntaria?

Antes de responder, tragó saliva.

—Eso es lo que decretó el forense y en el lugar tampoco encontramos pruebas de lo contrario.

—¿Quién analizó el lugar? El padre Francisco ha comentado que no se tomaron huellas de la puerta de acceso al campanario. ¿Nadie de Criminalística lo registró en busca de pruebas?

El sargento frunció el ceño antes de responder.

—No sé si lo sabrás, pero durante los últimos años muchos de los cuarteles que existían en los pueblos a lo largo del país han ido desapareciendo, del mismo modo que la plantilla se ha reducido en la mayoría de los casos. Ahora mismo, en todo el valle solo queda activo el puesto de Navaconcejo, que está bajo mi mando hasta que

destinen a un oficial que se haga cargo de él, y en el que estamos un total de trece personas. Entenderás que así es difícil que me haga cargo de ninguna investigación.

—Lo entiendo, pero…

—Suelen mandarnos apoyo de la comandancia de Plasencia cuando lo necesitamos —prosiguió sin darle tiempo a hablar—. En este caso, vino un teniente solo para acompañar al juez en el levantamiento del cadáver.

—¿Y en los otros suicidios?

—Igual. Créeme, si el forense hubiera determinado que existían signos de violencia en alguna de las muertes, seguro que habrían enviado a alguien de la Policía Judicial para investigarlo, pero en ninguno de los casos ha sido así.

—Entiendo.

—De todas formas, si averiguas algo sobre el paradero de ese cura no dudes en llamarme.

Se despidieron por segunda vez y Roberto regresó a la entrada del edificio, donde le esperaba Barrios junto con el padre Francisco.

—¿Todo bien? —preguntó el inspector.

—Sí.

—¿Qué quería ese guardia civil?

—Saber por qué estoy por aquí —respondió Roberto mientras guardaba en el bolsillo la tarjeta que le acababa de dar—. ¿Has averiguado algo sobre el coche del padre Miguel?

—He pasado los datos a un compañero de la comisaría de Jaca y me llamará en cuanto sepa algo. ¿Qué hacemos ahora?

—Deberíamos hablar con los padres de esa joven para saber si fueron los últimos que lo vieron el día de la desaparición.

—Ya te dije que la madre me comentó que no estuvo en su casa ese día —intervino el párroco.

—De todas formas, me gustaría hacerles una visita.

—En ese caso, os acompaño. La madre de Irene es muy devota, como ya dije, pero el padre tiene un carácter complicado.

—Nos vendrá bien que nos acompañe.

10

Los padres de Irene Castro vivían en una casa situada muy cerca de la iglesia donde su hija se había quitado la vida, a solo un par de calles, por eso los tres fueron hasta allí caminando. La vivienda tenía dos plantas y se veía claro que le hacía falta una mano de pintura a la fachada. A la izquierda estaba pegada a otra vivienda, mientras que en el lado derecho había un pequeño solar que la separaba de la siguiente casa de la calle.

El padre Francisco encabezó el grupo y llamó a la puerta de la vivienda. Una mujer con el rostro poblado de arrugas los recibió con expresión triste. Vestía completamente de negro y llevaba el cabello grisáceo recogido en un moño.

—Buenos días, Adela. ¿Cómo estás?

—Hola, padre.

Al ver que no respondía a la pregunta, el párroco añadió:

—Me acompañan unos investigadores que quieren hablar con vosotros. ¿Pueden pasar?

—Claro —respondió con un hilo de voz apenas perceptible.

La mujer entró en la casa, así que siguieron sus pasos hasta la primera sala que encontraron a su izquierda: un salón donde el marido estaba sentado en el sofá, viendo la tele.

—¿Quiénes son? —preguntó con voz profunda.

—Unos investigadores —le respondió su mujer.

—¿Y qué investigan?

—La desaparición del padre Miguel —respondió Roberto.

El hombre, que al igual que su mujer parecía pasar de los sesenta años, torció el gesto.

—¿Quién demonios es ese? —gruñó.

—El cura que me acompañó la semana pasada y que habló con vosotros sobre la muerte de Irene —intervino el párroco—. Lleva tres días desaparecido.

—Yo de eso no sé nada.

—La cuestión es que el día que desapareció me dijo que tenía pensado venir a veros.

—Pues aquí no estuvo.

—Es cierto —le apoyó su mujer—. No vino por aquí.

—¿Estáis seguros?

—Por supuesto —remarcó el marido—, así que ya pueden irse por donde han venido.

—Ya que estamos aquí, me gustaría hacerles algunas preguntas sobre su hija —dijo Roberto.

—Estoy harto de preguntas. Mi hija se suicidó. ¡¿Qué más quieren saber?! —exclamó el padre, poniéndose en pie—. ¿Es que no van a dejarnos en paz?

—No te pongas así, Bernabé —intentó calmarle el párroco—. Solo queremos…

—¡A la mierda! —exclamó sin darle tiempo a terminar la frase, acercándose al perchero situado junto al televisor para coger una chaqueta que colgaba de él—. Me voy a dar un paseo. Espero que no estén aquí cuando vuelva.

Y sin más, abandonó el salón y salió de la casa dando un portazo.

—Tienen que perdonarle —murmuró su mujer, sentándose en el sofá con las rodillas juntas y poniendo las manos sobre ellas—. Mi marido no lleva nada bien la pérdida de nuestra hija. Tuvimos a Irene siendo ya mayores, cuando creíamos que ya no tendríamos hijos, y ahora su pérdida lo está matando.

El padre Francisco se sentó a su lado y le cogió una de las manos.

—No te preocupes, Adela, lo superará. Ambos lo haréis. Dios vela por vosotros.

—¿Y por qué no veló por mi hija? —Varias lágrimas corrieron por la mejilla de la mujer al decir eso—. Lo siento, hoy no es un buen día. Irene siempre me llamaba los jueves por la mañana para decirme si venía a casa el fin de semana. Llevo desde que me he levantado esperando que suene el teléfono.

—Tienes que ser fuerte. Sabes que me tienes aquí para ayudarte en lo que necesites.

Ella clavó la mirada en el padre Francisco.

—Dígame la verdad, padre. ¿Puede Dios acoger en su Reino a alguien que se ha quitado la vida?

—Dios es misericordioso y siempre está dispuesto a perdonar nuestros pecados.

Eso hizo que ella rompiese a llorar, a la vez que se cubría el rostro con ambas manos. Tuvieron que esperar un par de minutos hasta que fue capaz de contenerse.

—Lo siento —murmuró mientras se limpiaba los ojos con un pañuelo que sacó de un bolsillo de su vestido.

—Estamos aquí para averiguar lo que le ocurrió a su hija —intervino Roberto.

Eso hizo que ella le mirase con un velo de esperanza reflejado en el rostro.

—Usted no cree que se suicidase, ¿verdad? —preguntó la mujer, como si esperase que le diese la razón.

A Roberto le habría gustado decirle que no, pero en su sueño había visto con claridad cómo la joven se lanzaba al vacío por propia voluntad.

—Todo parece indicar que sí, por eso necesito averiguar qué le llevó a tomar esa decisión. ¿Su hija era muy religiosa? —preguntó, recordando el rezo que había pronunciado antes de saltar.

—No. Hizo la comunión, pero después de eso no fui capaz de que volviese a la iglesia.

—Los jóvenes tienen muchas distracciones hoy en día —aseguró el padre Miguel—, y la religión no es una de ellas.

—¿Tenía muchas amigas? —continuó Roberto.

—Varias, tanto aquí, en el pueblo, como en Cáceres, donde estudiaba Derecho. Quería ser abogada —dijo con un brillo de orgullo en la mirada.

—¿Y novio?

—No.

Roberto se fijó en las fotos que había distribuidas por la estantería situada en la pared más cercana al sofá. Supuso que era Irene la que aparecía en la mayoría de ellas, a distintas edades.

—Era muy guapa —murmuró—. Es extraño que no tuviese novio.

—No quería saber nada de los chicos. Tuvo una mala experiencia hace un par de años y desde entonces no quería tener ninguna relación seria.

—¿Qué mala experiencia?

—Un chico que veraneaba en el pueblo la engañó con otra y eso la marcó. Decía que los chicos de su edad eran todos unos inmaduros. Además, estaba muy centrada en sus estudios. Sacaba muy buenas notas y tenía muchas ganas de terminar la carrera para irse a trabajar fuera. Por eso es imposible que se suicidase —añadió.

Roberto entendía su lógica, pero eso no cuadraba con lo que había visto en su sueño.

—¿Cómo era su relación con Irene? ¿La veía mucho desde que estudiaba en Cáceres?

—Todos los fines de semana venía a casa, aunque la mayor parte del tiempo lo pasaba encerrada en su habitación, estudiando. Solo salía para comer o dar una vuelta por el pueblo con alguna amiga.

—Creo entender que no pasaba mucho tiempo con ustedes.

—Mi marido no es demasiado comunicativo y yo nunca me entendí con Irene tanto como me habría gustado. Soy de una época muy diferente a la suya, así que siempre chocábamos. A menudo me decía que yo era demasiado mayor para comprenderla y es probable que no se equivocase. La triste realidad es que hablaba más con sus amigas por teléfono que conmigo.

—¿Podría ver su teléfono?

—Se lo quedó la Guardia Civil. Estaba en el campanario desde el que saltó, con una nota de despedida.

—¿Qué decía esa nota?

—Algo sobre que la esperaba una vida mejor.

Al decir eso, la mujer rompió a llorar, así que el párroco puso la mano sobre su hombro.

—Sé fuerte, Adela —dijo—. Estos agentes están aquí para ayudaros.

La mujer asintió con la cabeza y logró contener el llanto.

—¿Qué puede contarme del día que falleció? —prosiguió Roberto —. Cualquier detalle que recuerde es importante.

—Irene llegó el viernes por la tarde y me entregó una bolsa de ropa para que se la lavase. Luego se marchó a dar una vuelta por el pueblo. No llegó muy tarde, aunque apenas hablamos. Dijo que le dolía la cabeza y se fue directa a dormir, sin cenar. Al día siguiente se pasó toda la mañana estudiando en su habitación y solo salió para comer. Alrededor de las seis de la tarde dijo que había quedado para cenar una hamburguesa y ya no volvió a casa.

Una mueca de dolor se reflejó en su rostro.

—¿Tiene idea de con quién quedó?

—No me lo dijo, pero me imagino que con Cristina, la hija del alcalde del pueblo. Tienen la misma edad y estudian juntas en Cáceres. Es su mejor amiga. A ella sí le contaba todo. Recuerdo que hace unos meses…

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto al ver que la mujer se quedaba callada.

Tuvo que esperar unos segundos hasta que respondió.

—Un día escuché cómo Irene le contaba por teléfono que había alguien que le daba mala espina y que si volvía a acercarse a ella le pondría una denuncia.

—¿Sabe a quién se refería?

—No quiso decírmelo. Me soltó que eran cosas suyas y que no me metiese en su vida. —La mujer se puso en pie y guardó de nuevo el pañuelo en el bolsillo—. Todo el mundo cree que mi hija se suicidó y eso me rompe el corazón porque algo dentro de mí me dice que no fue así. Una madre sabe esas cosas, porque lo siento aquí —aseguró llevándose la mano al corazón—. Alguien la empujó y, si nadie descubre quién lo hizo, me moriré con la pena de que nadie haya hecho justicia por ella.

Roberto no dijo nada. Asintió con la cabeza, mientras pensaba que esta vez, probablemente, no podría hacer justicia por la víctima.

11

Roberto salió en primer lugar de la vivienda de los padres de Irene y lo hizo lleno de dudas. La mayor de todas era qué hacer a continuación. Si estaba allí era para encontrar al padre Miguel, pero no podía ignorar la muerte de Irene. Que le hubiera mostrado en sueños el modo en que se había quitado la vida tenía que significar algo.

Nada más pisar la calle, sacó su teléfono y buscó la nota con las palabras que Irene había recitado antes de saltar. Las había escrito nada más despertar del último sueño.

Acoge en tu reino, Señor, a esta humilde pecadora… Que la luz de la nueva vida guíe mis pasos… Y acoge mi alma, junto a la de aquellos que emprendieron este camino antes que yo… Alabado sea el nombre del Creador.

Era muy extraño que una chica, que no era muy devota, recitase antes de saltar un mensaje dirigido a un dios en el que no parecía creer.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Barrios, sacándole de sus pensamientos—. Quizá sería un buen momento para comer algo. Y también para buscar un alojamiento. ¿Conoce alguno? —preguntó dirigiéndose al párroco.

—No hay muchos alojamientos disponibles en el pueblo y menos en esta época. Vienen muchos turistas para ver la floración de los

cerezos. —El padre Francisco se quedó unos segundos pensativo antes de proseguir—. Aunque conozco a la dueña de unos apartamentos que hay a la salida del pueblo, llamados Flor de Jerte. Puedo llamarla y preguntarle, si queréis.

—Si nos hace el favor…

El párroco se alejó unos metros para llamar por teléfono, lo que aprovechó Barrios para acercarse a Roberto y decirle en voz baja:

—Parece claro que la desaparición del padre Miguel está relacionada con los suicidios, ¿no te parece?

—¿Por qué lo dices?

—Porque desapareció mientras los investigaba.

Roberto negó con la cabeza.

—Yo no lo tengo tan claro. Aunque sé que esa chica se suicidó, no termino de ver claro dónde encaja su desaparición en todo esto.

—Yo seguiría sus pasos desde que llegó a Jerte. Si estaba investigando los suicidios, deberíamos hacer lo mismo, ¿no crees?

Antes de que respondiese, el párroco regresó con el teléfono en la mano.

—He hablado con la dueña de los apartamentos y habéis tenido suerte. Esta mañana le han cancelado dos apartamentos individuales, así que os los puede alquilar, si estáis interesados.

—A mí me parece bien —dijo Barrios con una media sonrisa, mirando a Roberto—, así no te molesto con mis ronquidos.

—De acuerdo —aceptó este.

—La dueña me ha dicho que está en Plasencia haciendo unas gestiones, pero tiene a un empleado ahora mismo en el complejo que se encargará de alojaros. Se llama Ramiro. ¿Necesitáis que os acompañe?

—No hace falta —respondió Roberto—. Nos vale con que nos dé la dirección.

Así lo hizo, mientras regresaban a la pequeña plaza donde habían aparcado el coche. Una vez allí, se despidieron del párroco y pusieron rumbo a su destino, el complejo de apartamentos Flor de Jerte, situado al final del pueblo en dirección a Plasencia.

No era excesivamente grande, al menos no lo parecía desde la carretera. Dos edificios de una sola planta, situados uno frente al

otro, con una única ventana en la fachada que daba a la calle y unidos por un muro de dos metros de altura en cuyo centro había una puerta metálica de color negro.

Aparcaron en el arcén, junto a la fachada del primero de los edificios, dado que no parecía posible meter el coche dentro del complejo. Al bajarse, Roberto miró a su alrededor. Al otro lado de la carretera había cuatro casas adosadas. Tres de ellas tenían las persianas bajadas, por lo que supuso que serían de uso vacacional. Delante de la que estaba situada más a la derecha, vio aparcado un vehículo, un Renault Twingo de color verde oscuro.

Cruzó la calzada sin pensarlo y se acercó para observarlo con detenimiento. Lo primero que llamó su atención fue la figura de la Virgen de Covadonga que colgaba del espejo retrovisor. Al pegar la cara a la ventanilla del conductor vio que las llaves estaban puestas en el contacto. Al momento, un temor hizo presa en él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barrios llegando a su altura.

Roberto miró a través de la ventanilla trasera para confirmar que no había nadie en el interior y se volvió hacia su compañero.

—Creo que este es el coche del padre Miguel.

12

Roberto dio una vuelta alrededor del Renault Twingo, mientras Barrios llamaba a la comisaría de Jaca para confirmar a quién pertenecía.

Lo primero que le llamó la atención del vehículo fue que tuviese un golpe en la parte de atrás, a la altura de la defensa. No era un golpe muy fuerte, pero sí visible a simple vista. La duda era si se trataba de un choque reciente.

Continuó rodeándolo hasta detenerse junto a la puerta del acompañante. Por un momento estuvo tentado de abrirla, pero al ver que el inspector se acercaba a él, decidió esperar.

—Es el coche del padre Miguel. Confirmado —aseguró Barrios—. ¿Por qué lo dejaría aquí?

—Tiene las llaves puestas, así que está claro que le ha pasado algo —aseguró Roberto—. Tenemos que llamar a la Guardia Civil.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ellos tienen más medios que nosotros para encontrarlo.

—Mientras esperamos podemos preguntar a los vecinos —dijo el inspector mirando a su alrededor—. Si abandonó el coche de forma precipitada, puede que alguien viese algo. Una de las cuatro casas parece habitada. Me acercaré a preguntar.

—De acuerdo, yo echaré un vistazo al interior del vehículo.

—Procura no dejar tus huellas por si la Guardia Civil decide analizarlo.

—Lo tendré en cuenta.

En cuanto Barrios se alejó, Roberto abrió la puerta del acompañante. Lo hizo utilizando la manga de su jersey para tirar de la manilla. De un primer vistazo vio una pequeña agenda negra tirada en el suelo, así que la recogió y ojeó las primeras páginas. No tuvo duda de que pertenecía al padre Miguel. Había diversas anotaciones referentes a los suicidios que se habían producido en el valle, así que la guardó en el bolsillo interior de la cazadora para leerla con tranquilidad más adelante y siguió revisando el habitáculo.

No apreció restos de sangre ni signos de violencia, lo cual en cierto modo le tranquilizó, aunque tampoco vio nada que pudiese indicarle dónde podía encontrarse. Decidió que lo mejor era no tocar nada más del interior, así que cerró la puerta justo en el momento en que vio aproximarse un Renault Mégane de la Guardia Civil procedente del pueblo. Al llegar a su altura, el conductor lo miró y se detuvo al otro lado de la calle. Era el sargento Llamazares.

Roberto no lo dudó. Cruzó la carretera y se reunió con él.

—No hemos tardado en volver a vernos —dijo el sargento a través de la ventanilla bajada de su vehículo.

—Iba a llamarle ahora —aseguró Roberto—. Creo que he encontrado el coche del padre Miguel.

—¿El cura desaparecido? ¿Y dónde se encuentra?

—No lo sabemos. Tiene las llaves puestas, por lo que supongo que le ha ocurrido algo.

—¿Estás seguro de que es su coche?

—Mi amigo es inspector de policía y acaba de llamar a su comisaría para confirmarlo. Es el coche del padre Miguel.

—Quizás se encuentre por aquí cerca —dijo el sargento abriendo la puerta y bajando de su vehículo.

—Es lo que queremos averiguar, pero necesitaremos ayuda para hablar con los vecinos.

—Claro, llamaré al puesto de Navaconcejo para que venga una patrulla a echar una mano. Por cierto, ¿cómo habéis dado con el vehículo?

—Vamos a alojarnos aquí —respondió Roberto señalando la entrada al complejo de apartamentos Flor de Jerte—. Al aparcar, vi el Renault Twingo de color verde al otro lado de la carretera, así que decidí acercarme. Supuse que no habría muchos vehículos como ese en el valle. Lo raro es que no lo estuviesen buscando ustedes.

Llamazares no dijo nada. Se limitó a sacar su teléfono y hacer una llamada para pedir refuerzos. Terminó justo cuando Barrios se unía a ellos.

—La dueña de esa casa dice que no sabe nada del dueño del vehículo —dijo a la vez que se encogía de hombros—. Le llamó la atención verlo ahí aparcado varios días seguidos, pero pensó que sería de alguien que está alojado en el complejo de apartamentos.

—Este es el inspector Barrios, de la Policía Nacional —le presentó Roberto—, un buen amigo que ha decidido acompañarme hasta el valle.

—Solo he venido extraoficialmente. Estoy de vacaciones —añadió tendiendo la mano hacia el sargento.

Este se la estrechó con expresión seria.

—A partir de aquí es mejor que me dejéis hacer mi trabajo.

Roberto tuvo que morderse la lengua para no decirle que eso es lo que debería haber hecho desde la desaparición del padre Miguel.

—Claro, no hay problema —dijo con tono conciliador—. Nos están esperando dentro para alojarnos.

—Si me das tu número de teléfono, puedo avisarte en caso de que averigüe algo —dijo el sargento.

—Se lo agradecería.

Una vez se lo entregó, Barrios y él fueron hasta el coche a por las maletas. Luego se dirigieron a la puerta de acceso al complejo.

—¿Crees que es una buena idea dejar la búsqueda en manos de la Guardia Civil? —murmuró el inspector empujando la puerta.

—Tienen más medios que nosotros y, después de todo, es competencia suya investigar la desaparición del padre Miguel.

—Yo diría más bien que lo han secuestrado. No tiene lógica que dejase el coche con la llave puesta en el contacto.

—Habrá que confiar en que la Guardia Civil logre averiguar su paradero. Hasta entonces, lo mejor es que nos alojemos.

—Y que vayamos a comer algo —añadió Barrios.

En lo que menos pensaba Roberto en ese momento era en su estómago. Encontrar el coche del padre Miguel abandonado no era una buena señal y algo le decía que su desaparición no había sido voluntaria.

Tal vez encontrase la respuesta en la agenda que llevaba en el bolsillo interior de su cazadora.

13

Tras cruzar el portón de acceso, se encontraron con un complejo compuesto por dos edificios alargados de una sola planta, situados uno frente al otro y separados por una pequeña piscina, protegida por una barandilla metálica y rodeada de un suelo de baldosas. La temperatura era buena para estar en primavera, aunque no lo suficiente como para meterse en el agua. Al menos, eso fue lo que pensó Roberto momentos antes de que un joven acudiese a su encuentro. Tenía el pelo rubio rizado y pasaba de los veinte años.

—Hola, soy Ramiro. Mercedes, la dueña del complejo, me avisó de que tenía que alojar a dos personas. ¿Son ustedes?

—Sí —respondió Roberto.

—Me dijo que les preparase los dos apartamentos individuales que tenemos libres.

—Así es.

—Normalmente el cliente hace la reserva y el registro a través de internet, pero me he traído el iPad para ahorrarles ese trabajo —dijo mostrando el que llevaba en la mano—. ¿Cuántos días van a quedarse?

—La verdad es que no lo sabemos todavía —respondió Barrios.

—Hasta dentro de dos semanas no empieza la Semana Santa, así que no hay problema.

—¿Quieres que te paguemos algo por adelantado?

—Me vale con sus datos, una foto del DNI y una tarjeta de crédito, como seguro —dijo toqueteando la pantalla—. Pueden pagar al marcharse, sin problema.

Tardó unos minutos en tomarles los datos a ambos y luego les acompañó a sus apartamentos. Roberto se fijó en que la entrada de todos los apartamentos del complejo estaba formada por una amplia puerta doble de cristal, protegida en su parte interior por una cortina.

—No son muy grandes —aseguró el joven abriendo la puerta de uno de ellos con una llave que entregó a continuación a Barrios—, pero tienen todo lo necesario.

—Una pregunta: ¿hay posibilidad de comer algo por aquí? —preguntó este.

—Los apartamentos están equipados con una cocina.

—Me refería a si hay algún sitio cerca donde comer.

Ramiro miró su reloj.

—Son las cuatro, así que los restaurantes ya han cerrado la cocina, aunque conozco un bar en el pueblo donde preparan bocadillos todo el día, por si quieren acercarse.

—Desde luego que sí. Necesito meter algo en el estómago.

—Se llama Bar Paco. Está frente a la ermita del Cristo del Amparo, al otro lado del pueblo.

—Lo buscaré en la aplicación de mapas. ¿Tú no tienes hambre? —preguntó dirigiéndose a Roberto.

—No mucha, la verdad. Además, prefiero estar aquí por si el sargento Llamazares averigua algo y quiere hablar conmigo.

—En ese caso, puedo acercarme y traer un bocadillo para cada uno. ¿Tienes alguna preferencia?

—Me da igual. Me vale uno cualquiera.

—Está bien. Voy a dejar la maleta dentro e iré en coche hasta allí. No tardaré.

Roberto siguió los pasos de Ramiro hasta el apartamento situado a continuación. El joven repitió la misma operación: abrió la puerta y le entregó el llavero, antes de hacerse a un lado.

—Espero que le guste. Si necesita algo, estaré un rato por el complejo revisando la iluminación.

Roberto entró y cerró la puerta antes de echar un vistazo a su alrededor. El apartamento estaba compuesto por una única estancia. Nada más entrar, a la izquierda, había un sofá de dos plazas y una pequeña mesa redonda de madera con dos sillas de plástico, tipo oficina. A la derecha estaba la cocina, equipada con todo lo necesario: microondas, vitrocerámica, cafetera de cápsulas y tostadora. Al fondo de la sala, en el lado izquierdo, se encontraba la cama de matrimonio, flanqueada por un muro de un metro de altura que la separaba del resto de la estancia. A la altura de los pies de la cama había una puerta corredera que conducía al baño y, a la derecha, un perchero y un televisor colgado de la pared que no tenía pensado utilizar.

Le pareció un alojamiento acogedor y suficiente para el poco tiempo que tenía pensado pasar allí. Su prioridad era buscar al padre Miguel, por eso dejó la maleta junto a la cama y regresó a la cocina para beber un vaso de agua. Al hacerlo, vio que el joven se encontraba junto a la piscina, así que decidió salir para hablar con él.

—¿Le gusta el apartamento? —preguntó este al verle—. ¿Necesita alguna cosa?

—Todo está bien. Quería saber si vives dentro del complejo.

—No, vivo en el pueblo, cerca de la iglesia.

—¿Pero pasas aquí dentro muchas horas?

—Depende del día. Me encargo del mantenimiento, de limpiar la piscina y de recibir a los huéspedes cuando la dueña no puede. ¿Por qué lo pregunta?

—Hace tres días desapareció un cura amigo mío y resulta que su coche está aparcado fuera, frente al complejo. Me preguntaba si lo viste o si pudo estar aquí dentro.

—¿Hace tres días?

—Sí.

—Esta semana solo he trabajado hoy jueves. De todas formas, podría preguntar al resto de los huéspedes si lo vieron. ¿Quiere que le acompañe?

—Te lo agradecería.

El joven lo acompañó a hablar con los inquilinos que estaban alojados en ese momento en el complejo: un matrimonio con dos hijos pequeños, una pareja de jóvenes recién casados y dos amigas de mediana edad. Ninguno de ellos dijo haber visto al padre Miguel.

Decepcionado, Roberto se planteó regresar al apartamento para deshacer la maleta, pero prefirió salir del complejo para hablar con el sargento Llamazares. Lo encontró junto al Renault Twingo hablando con dos guardias civiles.

—¿Alguna novedad sobre el padre Miguel? —preguntó al llegar a su altura.

—Hemos hablado con todos los vecinos cuya casa da a la carretera y ninguno vio nada —respondió el sargento—. Ni al cura, ni a nadie que se lo llevara. Lo siento.

—Yo acabo de hablar con los huéspedes de los apartamentos Flor de Jerte y tampoco saben nada de él.

—Quizás había quedado con alguien y dejó aquí el coche.

—¿Con la llave puesta?

—Tampoco sería tan raro. La gente mayor se olvida de esas cosas.

—El padre Miguel no es tan mayor. Además, el coche tiene un golpe en la parte trasera.

—Lo he visto. —El sargento le puso la mano en el hombro—. Escucha, Fuentes, entiendo tu preocupación, pero no hay mucho más que podamos hacer en este momento.

—Habría que analizar el vehículo en busca de huellas o cualquier pista que nos lleve hasta él.

—Para eso tendría que llamar a la comandancia de Plasencia y que ellos contacten con la Policía Judicial —aseguró retirando la mano—. Y no creo que estén por la labor de mandar a nadie aquí.

—¿Podría intentarlo?

Tras unos segundos de duda, al final Llamazares asintió con la cabeza.

—Está bien, pero no te prometo nada.

—Gracias.

—Una última cosa antes de que me vaya —dijo agarrando a Roberto del brazo para alejarse caminando juntos de los guardias—.

Me dijiste que no estabas aquí para investigar los suicidios del valle.

—Así es.

—Sin embargo, he tenido conocimiento de que has estado en casa de los padres de Irene Castro haciendo preguntas.

—¿Cómo lo sabe?

—Bernabé, el padre de Irene, entró en el restaurante donde el alcalde de Jerte y yo estábamos comiendo y vino directo a mí para quejarse. Dijo que estaba harto de que los investigadores no le dejásemos en paz.

—Solo fui a su casa para saber si el padre Miguel estuvo allí el día de su desaparición. Al parecer, tenía pensado visitarles.

—¿Y fue así?

—Según ellos, no.

—Yo que tú no volvería por esa casa. Ese hombre ha tenido problemas con medio pueblo por su mal carácter. No es alguien con quien te interese discutir.

—No era eso lo que pretendía.

—Tanto su mujer como él lo han pasado muy mal desde que falleció Irene. Imagino que te lo han dicho.

—Solo hablé con la madre.

—¿Y te contó algo sobre su hija? Algo de su vida personal.

—No —respondió Roberto, extrañado por la pregunta—. Nada que haga pensar que tuviese un motivo para suicidarse.

—Ya. —El sargento dibujó una sonrisa a todas luces forzada—. Me esperan en casa, así que tengo que dejarte. Si descubrimos algo nuevo, te llamaré.

Roberto se despidió y decidió regresar a su apartamento. Al entrar, se quitó la cazadora y la agenda que guardaba en el bolsillo interior cayó al suelo. Se había olvidado por completo de ella.

—Es momento de mirar qué anotaste en ella —murmuró mientras la recogía, como si el padre Miguel le estuviese escuchando —. Me da que va a ser el único modo de saber qué puede haberte ocurrido.

14

Barrios aparcó frente a la ermita y recorrió el suelo empedrado hasta entrar en el bar que le había recomendado Ramiro. Dentro del local solo había un joven camarero detrás de la barra, que destacaba por los aros dilatadores que llevaba en ambas orejas y por la cara de aburrimiento.

En cuanto le preguntó si tenía bocadillos, sus ojos se iluminaron y le entregó una carta en la que también había hamburguesas, pizzas y gran variedad de entrantes.

—Puede pedir lo que quiera, aunque me llevará un rato porque estoy solo.

Barrios decidió no complicarse. Deslizó el dedo índice por la carta hasta encontrar lo que buscaba.

—Un par de bocadillos de lomo con queso para llevar. ¿Tienes patatas fritas?

—Claro, ¿cómo las quiere? Las tengo normales, con beicon y queso o con salsa alioli.

—Ponme unas normales y otras con salsa. Ah, y una cerveza para tomar mientras espero.

—En diez o quince minutos lo tendré todo listo.

—No hay prisa.

Barrios cogió el botellín de cerveza que le entregó y se sentó en una zona del local desde la que podía ver quién entraba por la

puerta. Nada más posar el culo en la silla comenzó a escuchar música latina proveniente de la cocina.

Habían transcurrido muy pocos minutos cuando un tipo accedió al interior. Tras un vistazo rápido al local, fue directo a la mesa que ocupaba Barrios. Pasaba del metro noventa de altura, tenía el pelo muy corto, de color rubio teñido, y barba de varios días.

—Has venido rápido —comentó Barrios.

—No estamos lejos de aquí y salí en cuanto me enviaste el mensaje. ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. De momento, todo está yendo según lo previsto. Roberto se tragó que acababa de aterrizar procedente de Londres y no me costó convencerlo para acompañarlo hasta Jerte.

—¿Se fía de ti?

—De momento, sí. Hemos empezado a investigar juntos la desaparición del cura, así que tarde o temprano encontraré la forma de tenderle una trampa.

—Que sea rápido, empiezo a aburrirme.

—¿Dónde tenéis al cura? —preguntó Barrios.

—En una casa aislada, situada en un lugar donde no hay tránsito de gente. Mi compañero está con él ahora.

—¿Os ha dado algún problema?

—Ninguno. Secuestrarlo fue más fácil de lo que pensábamos. Le dimos un golpe por detrás a su coche cuando entraba en el pueblo y eso le obligó a detenerse. En cuanto le amenazamos con una pistola no opuso resistencia y le metimos en nuestro vehículo sin problemas.

—Fue muy arriesgado que lo hicieseis en ese lugar —le reprochó Barrios—. Cualquier vecino podría haberos visto.

—La idea era que su coche quedase a la vista. Eso nos dijiste.

—Sí, pero podíais haberlo hecho en otro lugar menos transitado y luego dejar allí el coche.

El tipo apretó los dientes.

—Ya te he dicho que no nos vio nadie. Tú ocúpate de tu parte y nosotros nos encargaremos de la nuestra.

La conversación se volvió tensa.

—Que no se te olvide que yo estoy al mando —le replicó Barrios con tono autoritario— y que este plan se me ocurrió a mí, después de que el cura llamase a Roberto por teléfono hace una semana. Yo tuve la idea de secuestrarlo para traerle de vuelta a España.

—Me parece muy bien, pero no olvides que no trabajamos para ti. Tan solo te estamos ayudando y nosotros somos los que más nos estamos arriesgando.

—No existirá ningún riesgo mientras hagáis las cosas como yo digo. Vuestra única preocupación ahora mismo es que el cura no escape.

—Y la tuya que esto termine rápido.

—Necesito tiempo para que Roberto cometa un error.

—Que sea pronto. El jefe no tiene demasiada paciencia y ya lleva demasiados meses esperando.

Barrios se inclinó hacia delante y bajó la voz para que el camarero no pudiese escucharle, en caso de que saliera de la cocina.

—Nadie contaba con que Roberto decidiese quedarse en Roma después de que el Vaticano le diera la espalda. Ahora que he conseguido que vuelva a España, no podemos precipitarnos.

—Más te vale que todo salga bien. Hay mucho dinero en juego.

Barrios era consciente de ello, como lo era también de que no tendría mejor oportunidad que esa para dar un giro completo a su vida.

Meses atrás había recibido un generoso pago por informar de los movimientos de Roberto, aunque nada comparable con lo que recibiría ahora si el plan tenía éxito. Tras truncarse la posibilidad de trabajar juntos bajo el amparo del Vaticano, Barrios recibió una llamada de la persona que lo había contratado.

—Por fin se nos ha presentado la oportunidad que esperábamos. Te toca hacer tu parte.

Gracias a que tenían intervenido el teléfono de Roberto, tuvieron conocimiento de la situación del padre Miguel, así que Barrios elaboró un astuto plan para traerlo de vuelta a España. Contó para ello con la ayuda de dos hombres de confianza y del dinero necesario para llevarlo a cabo. Ahora solo necesitaba esperar el

momento adecuado para tenderle una trampa a Roberto y lograr su objetivo. Pero para eso iba a necesitar algo más de tiempo.

—Quiero que os comuniquéis con Demian y que le digáis que estoy aquí con Roberto y que todo va según lo previsto —dijo mirando a los ojos al gigante de pelo rubio—. Le prometo que todo saldrá bien.

—El jefe espera resultados, no promesas.

—Conseguiré lo que quiere, pero tiene que darme tiempo.

—Que no sea mucho —dijo el tipo a la vez que se ponía en pie—. Cuanto más tardes, más fácil será que alguien encuentre al cura y a nosotros con él. Si la cosa se alarga demasiado, tendremos que tomar otras medidas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Barrios asintió con la cabeza. Por supuesto que lo sabía.

—Tranquilo, lo conseguiré antes.

Observó al sicario mientras abandonaba el local y tomó un trago de su cerveza. A pesar de que no le hacía ninguna gracia tener que trabajar con alguien como él, no le quedaba otro remedio si quería tener éxito en su misión.

Un par de minutos después, el camarero salió de la cocina y puso sobre la barra una bolsa de plástico.

—Ya lo tienes todo listo para llevar.

Barrios apuró la cerveza de un trago y se acercó a por la bolsa.

—¿Tienes cerveza de lata para llevar?

—Sí.

—Pues ponme dos bien frías y también un par de botellines de agua, por si acaso mi compañero no quiere cerveza.

El camarero metió las bebidas en otra bolsa, tras lo cual Barrios le pagó y salió del local. Lo hizo con una sonrisa irónica reflejada en el rostro. Eso de comer bocadillos pronto pasaría a la historia. Si todo salía como esperaba, iría a los mejores restaurantes y comería los platos más exóticos del mundo. Su vida sería muy diferente a la que había conocido hasta ahora. Solo tenía que asegurarse de que el plan tuviera éxito. Un modo sencillo de dejar atrás una vida mediocre y asegurarse un futuro con el que siempre había soñado.

Aunque fuese a costa de la vida de Roberto Fuentes.

15

¿Por qué todos se ahorcaron?

Esa era la última anotación que el padre Miguel había hecho en su agenda. Una pregunta sin respuesta, tan breve como enigmática.

Roberto decidió leer la agenda desde el principio. La mayoría de las páginas las ocupaba el calendario semanal de cada uno de los meses. En ellas había anotaciones personales: un par de citas con el médico, otra con el dentista, los días que ofrecía misas o cosas más banales, como listas de la compra.

Al llegar al mes en curso encontró pequeñas anotaciones realizadas desde su llegada al valle, en las que se mezclaban lugares, nombres, fechas y ciertos detalles que parecían inconexos, todo escrito sin un orden aparente. Incluso algunas notas estaban tachadas o reescritas.

Por suerte, en la parte final de la agenda el padre Miguel había organizado toda la información, de manera que fuese más legible y comprensible, separada por hojas.

Lo primero que le sorprendió a Roberto fue que un hombre de la Iglesia hubiese realizado una investigación tan detallada de cada uno de los suicidios que se habían producido en el valle. La información estaba perfectamente ordenada: nombre de la víctima, edad, ocupación y lugar de la muerte. A continuación, las

circunstancias en las que se había producido el suicidio, junto con alguna valoración personal.

Roberto repasó los nombres. Tres eran hombres y tres mujeres, de edades demasiado dispares como para pensar en la existencia de un patrón. Cada uno de ellos estaba analizado por separado, así que los leyó con detenimiento para memorizar todos los detalles.

VÍCTIMA 1

Agustín Herrero Fernández había sido el primero en suicidarse, a los ochenta y cinco años de edad, el 23 de octubre del año anterior. Vivía solo en un pueblo del valle llamado El Torno. No tenía familia ni hijos, lo que, según habían declarado sus vecinos, lo había convertido en un hombre solitario y huraño.

Se suicidó colgándose de la lámpara del comedor, donde su cuerpo permaneció durante tres días, hasta que un vecino lo vio por una ventana al pasar por delante de su casa.

«No tenía motivos para vivir, lo que justifica el suicidio», había anotado el padre Miguel en su agenda.

Aunque había una última anotación que llamó la atención de Roberto: *«No dejó nota de suicidio»*.

VÍCTIMA 2

La segunda víctima era Francisca García Pando, más conocida como Paquita en el pueblo de Cabezuela del Valle, donde vivía.

Viuda, con setenta y un años de edad, solo tenía un hijo que vivía en Madrid y que solía visitarla en vacaciones.

Se había quitado la vida el 20 de noviembre, colgándose de un árbol que tenía en el jardín trasero de su casa.

Según constaba en las anotaciones del padre Miguel, participaba en todas las actividades sociales del pueblo y tenía un grupo de amigas con las que se veía cada día para tomar un café y jugar a las cartas. A pesar de que vivía sola, su entorno decía que se la veía feliz con su vida y que no tenía motivos para suicidarse.

Todo lo contrario de lo que decía la nota que había dejado escrita en su teléfono móvil: *«Prefiero abandonar este mundo antes de*

olvidar a los que quiero».

Las últimas anotaciones del padre Miguel relativas a Paquita apuntaban a la posibilidad de que sufriese alzhéimer o una enfermedad que afectase a su memoria, aunque nadie de su entorno tenía conocimiento de ello.

VÍCTIMA 3

Lucía Lago Muñoz, vecina del pueblo de Piornal, había sido la tercera persona que se había quitado la vida en el Valle del Jerte, el 29 de diciembre.

A sus cincuenta y cinco años de edad se había suicidado colgándose de una pasarela en la cascada de Caozo, uno de los lugares del valle de visita obligada por los turistas.

Lucía trabajaba como camarera en un bar de Piornal. Después de pasar por dos divorcios, en el momento de su muerte vivía sola. Una mujer de relaciones cortas, según constaba en la agenda.

«Estoy cansada de esta vida», dejó anotado en su teléfono móvil, algo que nadie pudo afirmar o desmentir que fuese cierto.

En realidad, casi nadie del pueblo se relacionaba con ella.

VÍCTIMA 4

Carlos del Amo López se había quitado la vida el 14 de enero de ese año a los cincuenta y siete años de edad.

Hombre dado a la bebida y a las mujeres de mala vida, decidió colgarse una noche de una viga de la casa en la que vivía en Cabezuela del Valle.

El dueño del supermercado en el que trabajaba le contó al padre Miguel que le habían detectado un cáncer un mes antes y que estaba a la espera de iniciar el tratamiento.

La nota de suicidio decía que solo él decidiría cuándo emprender su camino, algo que parecía justificar el hecho de que hubiera tomado esa decisión.

VÍCTIMA 5

El quinto suicidio del valle lo había llevado a cabo un hombre llamado Sergio Arias Ruiz.

A sus cuarenta y seis años de edad, Sergio era dueño de un bar en Cabezuela del Valle. Según las notas, el negocio no iba demasiado bien, lo que le había llevado a pedir un préstamo en el banco, poniendo su casa como aval.

«Es hora de dejar este mundo», dejó escrito en una nota de su teléfono móvil antes de ahorcarse en el almacén del bar de madrugada, cuando ya no había clientes. La fecha, el 4 de febrero.

VÍCTIMA 6

La sexta y última víctima hasta el momento era Irene Castro Rubio, estudiante de veinte años, quien, según las notas, era la que menos motivos tenía para quitarse la vida. Lo había hecho el 28 de febrero.

Según sus padres, era feliz desde que estudiaba en Cáceres y tenía planeado irse a trabajar a Madrid en cuanto terminase la carrera.

Antes de saltar del campanario de la iglesia de Jerte, había dejado escrito en su teléfono móvil: *«Sé que me espera una vida mejor»*.

El padre Miguel había dejado constancia de la necesidad de hablar una segunda vez con sus padres, en especial con su madre.

«Ella tiene que saber más de su vida de lo que dice», había anotado al final de esa hoja.

Eso explicaba por qué se disponía a verla el día de su desaparición.

Una vez leídas todas las notas, Roberto las repasó una segunda vez, intentando encontrar entre ellas la clave que arrojase luz a lo que estaba sucediendo en el valle, pero lo único que encontró fueron preguntas.

Todas las víctimas, excepto la primera, habían dejado una nota escrita en su teléfono móvil. ¿Por qué no una nota escrita a mano en un papel?

Tampoco tenía explicación que todos hubiesen elegido el ahorcamiento como modo para quitarse la vida. Sobre todo las mujeres, que por estadística solían usar otros medios menos dolorosos o violentos, como la ingesta excesiva de medicamentos o de drogas.

El padre Miguel había hecho un buen trabajo recopilando la información básica de los suicidios, pero faltaban muchos huecos por rellenar y muchas respuestas que dar. Algo que no había podido hacer por culpa de su repentina desaparición.

Fue en ese momento cuando una idea cruzó la mente de Roberto. Si la desaparición del cura tenía que ver con la investigación que estaba llevando a cabo, la persona responsable de su secuestro era la misma que estaba detrás de los suicidios.

Eso implicaba dos cosas: que un asesino estaba campando a sus anchas en el Valle del Jerte y que atraparlo era el único modo de averiguar qué le había sucedido al padre Miguel.

De ser así, estaba claro lo que tendría que hacer a partir de ese momento.

16

Roberto salió de la ducha justo cuando su teléfono sonaba sobre la mesilla. Al acercarse para cogerlo vio que era una llamada de Eva.

—Perdona que no te haya llamado antes —dijo nada más escuchar su voz.

—¿Has llegado ya?

—Sí, hace unas horas. Lo siento, tenía que haberte avisado.

—No te preocupes. ¿Qué tal va todo? ¿Has conseguido localizar al padre Miguel?

—No y tampoco va a ser fácil. Hace un rato hemos encontrado su coche abandonado y con la llave puesta, a la entrada del pueblo de Jerte. Cada vez estoy más convencido de que no es una desaparición voluntaria.

—Me imagino que las autoridades ya lo estarán buscando.

—La Guardia Civil está en ello, aunque no disponen de mucho personal aquí en el valle. Por cierto, ¿recuerdas a un tal Llamazares que estaba con nosotros en el cuartel de Oviedo hace unos años?

—No me suena.

—Dice que de aquella era cabo y que estaba en Intervención de Armas. Ahora es sargento.

—No sé. Quizás si le viese la cara me acordaría de él.

—Es quien manda en el único puesto que está activo en el Valle del Jerte y se está ocupando de la desaparición del padre Miguel. No

parece mal tío —dijo antes de que ella le preguntase—, aunque a estas alturas ya no me fío de nadie. Solo puedo confiar en Barrios.

—¿Te refieres al inspector Barrios?

—Sí, el de la comisaría de Jaca. Ha venido conmigo. Bueno, en realidad me ha traído en su coche. Me lo encontré en el aeropuerto de Barajas. Acababa de aterrizar procedente de Londres y se ofreció a ayudarme en cuanto le comenté que había desaparecido el padre Miguel.

—¿La Policía Nacional tiene jurisdicción en el Valle del Jerte?

—No, pero confío en él. Me ayudó mucho durante mi última investigación, por eso quería que formase parte del equipo de investigación del Vaticano.

—Lo sé. El problema es que sin autorización no podéis llevar a cabo ninguna investigación por vuestra cuenta. Si lo hacéis, deberéis andar con pies de plomo —le advirtió Eva—. Cualquier prueba de un delito que encontréis no sería válida ante el juez. Imagino que eres consciente de ello.

—No pienso quedarme de brazos cruzados mientras el padre Miguel siga desaparecido —se justificó él—. Además, empiezo a creer que su desaparición está directamente relacionada con los suicidios que se están produciendo en el valle.

Tras unos segundos de silencio, Eva comentó:

—No me gusta que hayas regresado a España solo, Rober.

—Ya te he dicho que Barrios está conmigo. Me cubrirá las espaldas.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en él? Después de todo, solo lo conoces de esa investigación y, después de lo que hemos pasado estos últimos años, no creo que debas confiar en nadie.

—Lo tendré en cuenta, no te preocupes.

—Dejaría de preocuparme si estuviese ahí contigo.

—A mí también me gustaría que hubieras venido, pero alguien debía quedarse con los niños. Por cierto, ¿qué tal están?

—Te echan de menos y eso que solo han pasado unas horas.

—Yo también los echo de menos.

—Escucha, Rober. —La voz de Eva se volvió más profunda—. Puedo hablar con el obispo Braun y hacerle entrar en razón para que

te apoye de algún modo en la búsqueda del padre Miguel.

—Ya me dejó claro en su día que el Vaticano no me iba a apoyar en nada. Necesitaría pruebas de que aquí está ocurriendo algo muy grave para hacerle cambiar de idea y, aun así, no estoy seguro de que lo hiciese. De todas formas, no quiero que te preocupes. Encontraré al padre Miguel y volveré a casa antes de que te des cuenta.

—¿Hay pruebas de que esos suicidios estén relacionados con su desaparición?

—Es lo que quiero averiguar. En principio, parece que todas las personas tenían motivos para quitarse la vida, incluso dejaron una nota escrita en su teléfono. Y eso es lo que me desconcierta.

—¿Que dejasen una nota en su teléfono?

—Sí. Además, los seis fallecidos, tres hombres y tres mujeres, se ahorcaron.

—No es habitual que una mujer elija ese modo para quitarse la vida —comentó ella—. En los hombres, sí, son más impulsivos, pero una mujer suele preferir un método menos doloroso.

—Lo sé.

—¿Quién ha investigado las muertes?

—Nadie. El forense declaró en todos los casos que se trataba de un suicidio y, teniendo en cuenta que no se encontraron signos de violencia en el lugar, la Guardia Civil no fue más allá en sus investigaciones.

—¿Y tú tienes pruebas de que no es así?

—Ojalá las tuviese, pero mi don no ha detectado nada. Estuve en el lugar donde se suicidó la última víctima y no sentí nada especial. —Roberto hizo una breve pausa—. Es la chica la que vi en mis sueños.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estuve en el campanario desde el que saltó con una cuerda atada al cuello y es el mismo lugar que vi en mis sueños a través de sus ojos.

Eva tardó en hablar, como si estuviese procesando esa información y lo que implicaba.

—Entonces estás ahí por un motivo. —Su voz sonó más preocupada—. Si te mostró eso en tus sueños es por algo.

—Lo sé. Nada de esto parece casual. Mis sueños, los suicidios en el valle, que el padre Miguel viniese aquí, su desaparición… —Roberto dejó el final de la frase en el aire para ordenar sus ideas—. El padre Miguel estaba investigando las muertes por su cuenta, por eso quiero retomar la investigación donde la dejó y ver si eso me lleva hasta él.

—En ese caso, quiero que tengas muy en cuenta lo que te he dicho antes. Ninguna prueba que encuentres tendrá validez en un juicio si no estás autorizado a investigar. Yo en tu caso, compartiría lo que averigües con ese sargento del que me has hablado.

—Acabas de decirme que no confíe en nadie.

—Eso fue antes de que me dijeses que vas detrás de un asesino en serie.

—Yo no he dicho eso.

—Pero podría ser el caso.

—Es posible —admitió Roberto—. De cualquier modo, todavía es pronto para aventurarme con nada. Investigaré las muertes y tendré cuidado. Te lo prometo.

Finalmente se despidieron y Roberto decidió vestirse y dar buena cuenta del bocadillo que Barrios había dejado en su habitación antes de meterse en la ducha. Lo acompañó de un botellín de agua, en lugar de la cerveza que le ofreció.

Si algo iba a necesitar a partir de ahora era tener la mente lúcida.

VIERNES, 20 DE MARZO

17

Roberto se despertó con los primeros rayos de sol que entraban a través de la puerta de cristal del apartamento, dado que se había olvidado de echar la cortina. Decidió que no merecía la pena seguir tumbado, así que se incorporó para sentarse en el borde de la cama.

—¿Qué quieres decirme, Irene? —murmuró.

Si algo tenía claro era que no estaba en el Valle del Jerte por casualidad y el hecho de que acabase de soñar con Irene justo antes de despertarse se lo confirmó. Era el mismo sueño de las tres anteriores veces. La joven pasaba por debajo de la campana, se subía al vano del muro que daba a la calle y recitaba aquel rezo antes de saltar.

«Acoge en tu reino, Señor, a esta humilde pecadora… Que la luz de la nueva vida guíe mis pasos… Y acoge mi alma, junto a la de aquellos que emprendieron este camino antes que yo… Alabado sea el nombre del Creador».

No obstante, esta vez se dio cuenta de un detalle. La joven hacía una pausa de varios segundos entre frases, como si lo estuviese recitando de memoria, pero le costase recordarlo.

Lo que sí estaba claro era que Irene había saltado por sí sola, sin que nadie la hubiera empujado. Por eso no había percibido nada especial en su visita al campanario, ni siquiera al poner los pies en el mismo lugar desde el que había saltado. Su muerte era voluntaria.

Entonces, ¿por qué seguía soñando con ella si no la había asesinado nadie?

Decidió que lo mejor era vestirse y dar una vuelta por el pueblo. Necesitaba caminar y tomar el aire para ordenar sus ideas, así que se puso la ropa y el calzado de senderismo que llevaba en la maleta y poco después abandonaba el complejo de apartamentos.

El coche del padre Miguel ya no se encontraba en el lugar donde lo había visto el día anterior. El sargento Llamazares le había llamado la noche anterior por teléfono para comunicarle que se lo habían llevado a la comandancia de Plasencia, donde un equipo de Criminalística lo analizaría en cuanto fuese posible. Eso sí, le dejó claro que podían pasar varios días hasta entonces. Al menos parecía que se había tomado en serio la desaparición, lo cual ya era un avance.

Mientras caminaba por la acera en dirección al centro del pueblo, abrió la aplicación de mapas en su teléfono y decidió dirigirse al río. Supuso que sería un buen lugar por el que pasear. No tardó en llegar a un parque pegado a la orilla, que dejó a su derecha hasta llegar al puente que cruzaba el río. Allí se encontró con algo que le llamó la atención: un coche patrulla de la Guardia Civil bloqueando el paso, con los rotativos del techo encendidos. La curiosidad pudo con él y se acercó a hablar con el guardia que estaba al lado del vehículo, que no dudó en alzar la mano en cuanto vio que se dirigía a su encuentro.

—Lo siento, no se puede cruzar el puente.

—¿Ocurre algo?

Roberto miró por encima de su hombro y distinguió los rotativos de varios vehículos situados en la otra orilla. También vio a un par de agentes en mitad del puente mirando hacia el agua.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

—No puedo decirle nada. Por favor, no se quede aquí.

A su derecha había unas escaleras de piedra que bajaban al parque, así que optó por descender por ellas. Eso le permitió acercarse a la orilla y observar lo que ocurría desde esa parte del río.

Se trataba de una piscina fluvial de unos cincuenta metros de anchura. En la otra orilla había otros tres coches patrulla y un

remolque con una embarcación neumática, que en ese momento cuatro agentes estaban llevando hacia la orilla. Dos de ellos llevaban puesto un neopreno del GEAS.

Sin embargo, lo que captó toda la atención de Roberto fue ver cómo algo flotaba en el río. En un principio creyó que se trataba de un tronco, pero al agudizar la vista se dio cuenta de la horrible realidad: era el cadáver de una persona.

Dio un paso atrás de manera instintiva y se acordó del dibujo que le había enseñado Emily el día antes de viajar a España. El puente a su izquierda, la playa fluvial en la otra orilla, el cuerpo flotando en mitad del río…

No tenía duda de que estaba en el mismo lugar que su hija de tres años había dibujado de forma infantil sobre una hoja de papel.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —murmuró, mientras sentía un escalofrío recorrerle la espalda.

18

Que su hija Emily tuviese sueños premonitorios era algo para preocuparse. ¡Y mucho!

Por ese motivo Roberto intentó mantener la calma y analizó de nuevo la escena para asegurarse de que no se trataba solo de una coincidencia. Por desgracia, cuanto más miraba a su alrededor, más claro tenía que la escena que se desarrollaba ante sus ojos coincidía con el dibujo. Las similitudes eran demasiado evidentes como para ignorarlas.

Emily era una niña especial. Berto también lo era, pero estaba claro que ella tenía un don que ni siquiera Roberto poseía: podía ver el futuro en sus sueños.

Eso le llevó a una conclusión que hizo que se le encogiese el corazón. El dibujo lo había hecho el mismo día que había recibido la noticia de la desaparición del padre Miguel. ¿Y si ese era el motivo por el que su hija había soñado con esa escena? ¿Y si el cuerpo que flotaba en el río era el de su amigo?

Al otro lado del río, los buzos del GEAS preparaban sus equipos, una vez habían dejado la embarcación neumática en el borde del agua. Media docena de guardias los observaban, entre los que Roberto identificó al sargento Llamazares, por eso no dudó en llamarlo por teléfono.

—Mi sargento, soy Roberto Fuentes —dijo en cuanto respondió —. Estoy en la orilla opuesta a la suya.

Llamazares giró la cabeza en su dirección y lo buscó con la mirada, por lo que alzó la mano y la agitó en el aire para que le viese.

—¿Qué haces ahí?

—Salí a dar un paseo y me encontré con todo esto. ¿Qué ha pasado?

—Hemos encontrado un cuerpo flotando en el agua.

—Eso ya lo veo. ¿Se sabe de quién es?

—No hasta que lo saquemos del agua. Estamos esperando la llegada del juez y el forense para iniciar el levantamiento del cadáver. Escucha, Fuentes —dijo el sargento, imprimiendo a su voz un tono de misterio—, ¿tú podrías decirnos si se trata de un nuevo suicidio?

—¿Yo? —replicó sorprendido por la pregunta—. ¿Y cómo voy a saberlo?

—Ya sabes, usando tu don.

Durante unos segundos, Roberto guardó silencio. Era lógico pensar que cualquiera que conociese su identidad estaría al corriente de su don y de lo que era capaz de hacer con él, sobre todo entre sus propios compañeros de la Guardia Civil. Aun así, comentó:

—Veo que estás bien informado.

—He seguido muy de cerca todo lo que te ha ocurrido estos últimos años a través de los periódicos.

—La prensa no siempre lo cuenta todo.

—Soy consciente de ello. ¿Puedes ayudarnos?

Si algo tuvo claro en ese momento era que ayudar al sargento le permitiría averiguar la identidad del cadáver que flotaba en el río, por eso decidió aceptar.

—De acuerdo, pero para saber lo que le ha ocurrido necesitaré tocar el cuerpo.

—No creo que haya problema con eso. ¿Puedes reunirte conmigo en esta orilla? Avisaré al agente que está en el puente para que te deje pasar.

—Muy bien.

Roberto regresó al puente, justo cuando el agente que lo custodiaba terminaba de hablar por la radio.

—El sargento Llamazares acaba de decirme que te deje pasar —aseguró a la vez que se hacía a un lado.

—Gracias.

Roberto recorrió el puente mientras su mirada se centraba en el cuerpo que flotaba en el río. Desde esa posición más elevada pudo ver que vestía una cazadora verde, que su pelo era oscuro y que a su lado parecía flotar un trozo de cuerda, sujeta a alguna parte de su cuerpo. Aunque no podía asegurarlo al cien por cien, dudó de que se tratase del padre Miguel, lo que en ese momento le alivió. También confirmó que el agua estaba embalsada formando una piscina natural. Eso explicaba que permaneciese flotando en la zona central, a unos treinta metros del puente.

En su camino, Roberto pasó al lado de dos guardias jóvenes que, como él, observaban el río y que se limitaron a mirarle de reojo, sin interrumpir la conversación que mantenían entre ellos.

—A tomar por el saco el día libre de hoy —dijo uno.

—Peor es lo mío, que ya debería haber terminado el turno —le replicó su compañero.

Continuó sin prestarles más atención, hasta que al llegar a mitad del puente empezó a sentir cómo le faltaba el aire y un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba a abajo. Conocía muy bien esa sensación, por eso agarró el amuleto que colgaba de su cuello, por debajo de la ropa. En cuanto notó el contacto del Pájaro Trueno de madera en su mano, el aire volvió a llenar sus pulmones con facilidad y el escalofrío desapareció.

Sin moverse de la posición en la que se encontraba, recorrió con la mirada la barandilla de forja negra que flanqueaba el puente a una altura de metro y medio, hasta que distinguió en ella una marca de rozadura en la barra superior. También vio en el suelo una mancha oscura, lo que hizo que se retrocediera unos pasos y alzase de inmediato la mano para llamar la atención de los agentes que estaban en el puente. Los dos le miraron, pero ninguno se movió de su posición, por lo que decidió alzar la voz.

—¿Podéis venir un momento, por favor?

—¿Qué ocurre?

—Os lo explicaré cuando estéis aquí.

Tras mirarse entre ellos, se acercaron con cierta desgana. Roberto esperó paciente y acudió a su encuentro cuando ya se encontraban a pocos pasos.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos al llegar a su altura.

—Tenéis que salir del puente y aseguraros de que a partir de ahora nadie más lo cruce.

—¿Y eso por qué?

—Para que los de Criminalística puedan analizar el lugar sin que esté más contaminado de lo que ya está. ¿Veis esas marcas en la barandilla? —preguntó señalándola con el dedo.

—Sí, claro.

—Es posible que arrojasen el cuerpo de la víctima por aquí. Y esa mancha que hay en el suelo podría ser sangre.

—¿Se puede saber quién eres tú para darnos órdenes? —preguntó uno de ellos.

—Hacedle caso —ordenó de pronto una voz firme a espaldas de Roberto. Al girarse vio que se trataba del sargento Llamazares, que se acercaba caminando—. Que nadie más cruce este puente.

—¿Y qué hacemos cuando llegue el juez? ¿Lo dejamos pasar?

—Que espere a ese lado del río. Yo me reuniré allí con él. Lo importante es que a partir de ahora nadie más lo cruce. ¿Está claro?

—Sí, mi sargento —respondieron los dos guardias al unísono.

Mientras se alejaban, Llamazares se situó al lado de Roberto.

—He visto que te detenías en el puente y decidí acercarme. ¿Qué ha pasado? ¿Has visto algo?

Roberto señaló de nuevo la barandilla antes de responder.

—Creo que arrojaron el cuerpo al río desde ahí. He visto marcas de rozadura en la barandilla y me ha parecido ver que la víctima tiene atada una cuerda.

—Has visto bien. ¿Entonces crees que se trata de un suicidio?

—No —respondió negando con la cabeza—. Lo han asesinado. Al menos es lo que he sentido al llegar a esta zona del puente, por eso me detuve.

—En ese caso, será mejor que vayamos al otro lado del río y nos reunamos con el resto de mi gente —murmuró el sargento señalando con la mirada el lado donde se encontraban los buzos del GEAS—. Un crimen es lo que menos necesita este pueblo ahora mismo.

Roberto no dijo nada. En ese momento solo pensaba en que se confirmara que no se trataba del padre Miguel. Esa sería la mejor noticia, dentro de la tragedia que siempre acompaña a un asesinato.

19

El sargento Llamazares pidió a los dos hombres que tenía a ese lado del puente que no dejasen pasar a nadie y luego se aproximó a la orilla, acompañado de Roberto.

—¿Estás seguro de que lo han asesinado?

—No es la primera vez que siento lo mismo al estar en el lugar de un crimen.

El sargento se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello, a la vez que resoplaba.

—Si te soy sincero, tenía la esperanza de que se tratase de un suicidio —aseguró—. Fue lo primero que pensé al ver que una cuerda flotaba al lado del cuerpo. Mi duda era por qué el cuerpo estaba en el río.

—Las marcas en la barandilla podrían indicar que ataron la cuerda a ella antes de lanzar el cuerpo al otro lado del puente, aunque solo es una suposición —dijo Roberto—. Quizás el nudo no estaba bien hecho y por eso el cuerpo cayó al agua. Criminalística tendrá que investigarlo.

—¿Y no crees que pudiera tratarse de un suicidio?

—No. Lo que he sentido es que en ese puente ha tenido lugar un crimen y no suelo equivocarme.

—¿Cómo funciona eso? —preguntó Llamazares—. Es decir, lo que dijo la prensa en su día fue que puedes comunicarte con los muertos

al tocar los cadáveres.

—Así es.

—¿Y también sientes algo al estar en un lugar donde han asesinado a alguien?

—Suele ser lo habitual.

—Quizás lo asesinaron en otro lugar y trajeron aquí el cuerpo para lanzarlo al agua.

—La mancha oscura que hay en el suelo, al pie de la barandilla, creo que es sangre. Si estoy en lo cierto, existió un forcejeo de la víctima con su asesino en ese lugar, antes de que el cuerpo terminara en el río.

—¿Pudo morir ahogado?

—No, estaba muerto al caer al agua.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el cuerpo está flotando. En un ahogamiento, el agua en los pulmones hace que se hunda y que no salga a flote hasta pasado un día al menos. Si la muerte se produce antes de ser arrojado al agua, se queda flotando, sobre todo si está bocabajo, como es este caso.

El sargento dibujó una leve sonrisa.

—Está claro que estás más preparado que yo para este tipo de investigaciones.

—¿Quién se va a encargar de esta? —preguntó Roberto.

—Imagino que enviarán a alguien de la Policía Judicial de Cáceres. Yo solo voy a encargarme de echar una mano con la poca gente que tengo. De hecho, son casi todos los que ves por aquí.

—No son muchos.

—Ya te lo dije.

Pasaron varios segundos hasta que Roberto preguntó:

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Un vecino que vive al otro lado del río. Parece ser que todos los días, antes de irse a trabajar, lleva al perro al parque para que haga sus necesidades. Al acercarse a la orilla vio algo flotando en el río y decidió llamar a Emergencias.

—¿A qué hora fue eso?

—A las siete, más o menos.

Roberto miró su reloj. En ese momento eran las ocho y veinte de la mañana.

—Nos pasaron a nosotros el aviso, por ser el puesto de la Guardia Civil más cercano —prosiguió el sargento—. Una vez que llegué aquí y vi el cuerpo, decidí llamar a la Comandancia de Plasencia para comunicar que el vecino estaba en lo cierto. Imagino que no tardará en llegar la caballería.

—¿Hay algún testigo que haya visto lo sucedido?

—Todavía no hemos hablado con los vecinos de la zona. Estamos centrados en asegurar el lugar para el levantamiento del cadáver. De todas formas, con tu ayuda podremos resolver el crimen —dijo sonriendo.

—Antes de que se haga ilusiones, debe tener algo en cuenta —dijo Roberto, decidido a aclarar las cosas—. No suelo ser bien acogido en este tipo de situaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Es probable que el juez no me permita acercarme al cadáver cuando lo saquen del agua. Y, dependiendo de quién se haga cargo de la investigación, lo más probable es que ni siquiera me permita permanecer en el lugar.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Por varias razones. La primera es que estoy destinado en Roma y mi presencia aquí no me da derecho a participar en la investigación. Además, lo más probable es que la prensa no tarde en llegar y lo que menos querrá quien dirija la investigación es ponerme en el punto de mira.

—¿Aunque puedas averiguar la identidad del asesino?

—Especialmente por eso. Lo sé por experiencia.

—De todas formas, intentaré que no sea así. Yo me encargo de hablar con quien haga falta para que puedas acercarte.

Roberto no quiso quitarle la ilusión, a pesar de que dudaba mucho de que le dejasen. Por suerte, vio que no iba a tardar mucho en averiguarlo.

Una llamada por radio avisó al sargento de que el juez acababa de llegar a la otra orilla del río, acompañado de un capitán de la

Guardia Civil. Tras ellos había llegado también una ambulancia medicalizada, para apoyar al operativo.

—Parece que han venido rápido —comentó tras responder a la llamada—. Tenemos que cruzar al otro lado y no quiero hacerlo por el puente hasta que Criminalística lo analice. Voy a pedirles a los del GEAS que nos lleven a la otra orilla.

—¿Quiere que le acompañe?

—Por supuesto.

Un par de minutos después, los dos cruzaron el río en la embarcación. Lo hicieron pegados al puente y a una velocidad muy lenta para que el oleaje del motor no moviese el cadáver de su posición. Al llegar a la otra orilla, subieron las escaleras que conducían hasta la pequeña plazoleta que antecedía al puente.

Allí se había formado un pequeño corrillo. Un capitán de la Guardia Civil hablaba con un hombre mayor con gafas, que por su expresión Roberto dedujo que era el juez. Le acompañaban dos civiles más. Decidió quedarse unos metros por detrás, mientras el sargento Llamazares se acercaba a ellos. Observó cómo saludaba de forma reglamentaria al oficial y luego informaba al juez de la situación.

Tras una breve explicación de la situación, Llamazares acompañó a la comitiva hacia la orilla del río. Ninguno se fijó en Roberto cuando se hizo a un lado para permitirles el paso. Solo Llamazares le hizo un gesto con la mano para indicarle que le esperase allí. Así lo hizo, mientras descendían las escaleras hasta el parque y luego se dirigían a la orilla, donde esperaban los GEAS. Pocos minutos después, la embarcación navegaba hasta el lugar donde se encontraba flotando el cuerpo. Una vez allí, dos de los buzos se tiraron al agua y lo recuperaron.

Roberto lo observó todo con detenimiento, apoyado en la barandilla situada junto a las escaleras que bajaban al parque. Cuando los buzos subieron el cuerpo a la embarcación, por fin pudo distinguir el rostro de la víctima. No lo reconoció, pero al menos supo que no se trataba del padre Miguel. Eso hizo que respirase aliviado.

La embarcación regresó poco después a la orilla, donde los miembros del GEAS depositaron la camilla de rescate con el cadáver. Poco después, el forense comenzó a inspeccionarlo, justo en el momento en que Roberto recibía una llamada en su teléfono. Era Barrios.

—Dime.

—¿Dónde andas? —preguntó el inspector.

—En el río. Salí a pasear y me encontré con un cadáver que flotaba en el agua.

—¡No me jodas!

—La Guardia Civil ya estaba en el lugar cuando llegué.

—¿No será el padre Miguel?

—No, tranquilo. Todavía no me he acercado al cuerpo, pero le he visto la cara mientras lo sacaban del agua y no es él.

—Menos mal. ¿Estás con la Guardia Civil?

—El sargento Llamazares me ha pedido que le ayude, pero no sé si el oficial al mando lo autorizará. De momento, estoy esperando.

—¿Quieres que vaya hasta ahí contigo?

—No es necesario. Esto no debería alargarse demasiado.

—De todas formas, llámame si me necesitas.

Roberto colgó la llamada y observó cómo varios guardias colocaban unos biombos para ocultar lo que sucedía durante el análisis del forense.

Diez minutos más tarde el sargento Llamazares se acercó a él. Por su expresión, intuyó que no traía buenas noticias.

20

Llamazares le agarró del brazo al llegar a su altura y lo alejó unos metros de allí, hasta la fuente que había en el lado izquierdo de la entrada al puente.

—Puedes estar tranquilo. La víctima no es tu amigo el cura —le comunicó sin elevar demasiado la voz.

—Eso me pareció cuando los buzos subieron el cuerpo a la embarcación. ¿Quién es?

—David Soler, alcalde de Jerte. La noticia va a ser un mazazo para el pueblo —se lamentó—. Y pensar que ayer comí con él. ¡No me lo puedo creer!

—¿Se sabe ya cómo murió?

—Lo asesinaron, tal como tú dijiste. Al menos es lo que ha determinado el forense en su exploración inicial. La víctima tiene dos golpes visibles en la cabeza, uno en la frente y otro en la parte posterior, y no cree que se los hiciera al caer desde el puente. También acertaste con lo de la cuerda.

—¿En qué sentido?

—Tiene una cuerda atada al cuello y el otro extremo no está roto. Es probable que se deshiciera el nudo con el peso del cuerpo, tal y como sugeriste. Parece que el asesino intentó simular un suicidio, como los que se han producido estos meses en el valle, y algo salió mal. Quizá el alcalde se resistió y tuvo que golpearle.

—Imagino que la autopsia lo determinará.

—He aprovechado para contarle al capitán que descubriste en qué lugar del puente fue asesinada la víctima, así que le va a pedir al equipo de Criminalística que analice el puente en cuanto llegue. También le he dicho que podías ayudarnos a averiguar quién es el asesino.

El modo en que bajó la mirada al suelo hizo que Roberto adivinara lo que iba a decir a continuación.

—No quiere que me acerque al cadáver, ¿verdad?

—Lo siento. He intentado hacerle ver la importancia de contar con tu ayuda para resolver el crimen, pero no cree en lo que haces y tampoco quiere que la prensa averigüe que nos estás ayudando. Dice que eso sería malo para la imagen de la Guardia Civil.

—Peor sería que el asesino quedara libre.

—Lo siento. Pensé que conseguiría convencerle, pero en cuanto escuchó tu nombre dijo que no quiere que te acerques.

—Ya veo que mi fama me precede.

—Quizás pueda hacerle cambiar de opinión.

—No hace falta. No me gusta estar donde no se me quiere. Además, estoy aquí para encontrar al padre Miguel y está claro que debo seguir buscándolo.

No lo dijo con resentimiento, más bien con resignación. Estaba acostumbrado a ese rechazo, por ese motivo trabajar bajo el amparo y la protección del Vaticano le había parecido la mejor opción para resolver crímenes.

—Me gustaría ayudarte a encontrar al cura, pero me temo que este crimen nos va a tener a todos bastante ocupados. Fíjate —dijo Llamazares mirando hacia el otro lado de la plazoleta—, esto ya se está llenando de curiosos.

Al menos treinta personas se habían agolpado delante de la cinta que los guardias civiles habían colocado para acordonar la zona e impedir el paso de la gente. Entre ellas, Roberto vio una cara conocida que le hizo un gesto con la mano para llamar su atención. Era el inspector Barrios.

—Creo que voy a regresar al apartamento —murmuró, decidido a reunirse con él.

—De acuerdo, pero no apagues el teléfono. Voy a intentar convencer de nuevo al capitán para que te permita ayudarnos.

Roberto no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza y se dirigió al encuentro de Barrios.

—Menuda la que hay aquí montada —comentó este cuando se reunió con él al otro lado de la cinta.

—Ya, bueno… Mejor volvemos al apartamento.

—¿No te han pedido que les ayudes?

—Parece ser que no me quieren aquí.

—¡Joder, pero si podrías resolver el crimen tú solo! —exclamó el inspector apretando los dientes—. Solo tienes que tocar el cadáver y que te diga quién lo asesinó.

—Por favor, baja la voz —le ordenó haciendo un gesto con ambas manos, al notar cómo varias miradas de los presentes se posaban en él.

—Perdona, pero es que no lo entiendo.

—He venido para encontrar al padre Miguel y en eso quiero centrarme —dijo mientras se alejaban caminando del lugar.

21

Roberto no pudo evitar que la rabia le invadiese al entrar en su apartamento. De camino, Barrios no había dejado de insistir en que la Guardia Civil tendría que haberle permitido tocar el cadáver de la víctima para averiguar quién lo había asesinado.

No quiso discutir con él, entre otras cosas porque sabía de sobra que esa situación no se habría producido de contar con el apoyo del Vaticano. Precisamente, por eso le había planteado al arzobispo Lombardo la creación de un grupo de investigación independiente que pudiese actuar por encima de cualquier cuerpo de seguridad, como la Guardia Civil en este caso. Una llamada habría sido suficiente para que ese capitán hubiese recibido la orden de permitirle el acceso al cadáver encontrado en el río.

Por desgracia, eso ya no era posible, así que decidió no darle más vueltas al asunto. Se sentó en la cama y comenzó a desvestirse para darse una ducha.

Estaba desatándose el calzado cuando recibió una llamada en su teléfono.

—Fuentes, soy el sargento Llamazares. ¿Sigues aquí, en el río?

—No, estoy de vuelta en el apartamento. —Decidió poner el altavoz para seguir con lo que estaba haciendo mientras respondía.

—Escúchame bien. El capitán me ha ordenado que escolte al vehículo de la funeraria durante el traslado del cadáver hasta

Cáceres, al Servicio de Patología Forense. Todavía falta una hora al menos para que salgamos de aquí, por eso te llamo con tiempo. He tenido una idea.

—¿Qué idea? —preguntó mientras terminaba de descalzarse.

—Para salir del pueblo tenemos que pasar por delante de los apartamentos donde estás alojado. ¿Qué te parece si me detuviese ahí con el coche fúnebre?

—Creo que no le sigo.

—¿Cuánto tiempo necesitarías para hacer eso que haces con los cuerpos? Es decir, para que te digan quién los asesinó.

—Depende de cuánto haya transcurrido desde la muerte. Cuantas más horas sean, más corta es la comunicación y más difícil es que la víctima me diga lo que le ocurrió.

—En este caso, el forense ha decretado que la muerte del alcalde se produjo en un margen de entre cinco y siete horas. Dice que la temperatura del agua no le permite hacer un cálculo más exacto.

—No son demasiadas horas.

—¿Podrías comunicarte con él para que te diga el nombre de su asesino?

—Puedo intentarlo y me llevaría unos pocos minutos. ¿Pero no se está arriesgando demasiado al hacer esto, sargento?

—Nadie tiene por qué enterarse, sería una parada rápida. Solo necesito que estés preparado. Te llamaré en cuanto salga de aquí y me detendré al pie del complejo de apartamentos con el coche fúnebre.

—¿Y cuándo sería eso?

—Una hora, aproximadamente. ¿Lo harás, me ayudarás a averiguar quién asesinó al alcalde?

Se tomó unos segundos para reflexionar. Después de todo, tampoco arriesgaba nada ayudándole y atrapar a un asesino siempre era una buena noticia. Si se le había concedido ese don era precisamente para eso.

—Está bien, le ayudaré.

En cuanto el sargento cortó la llamada, Roberto decidió que lo mejor era llamar por teléfono a Barrios y ponerle al tanto de todo. Le contó el plan del sargento y le dejó claro que no quería implicarle.

—Es mejor que te quedes en el apartamento. Si algo sale mal no quiero que te veas implicado.

—De eso nada —le replicó Barrios—. Estoy aquí para ayudarte, así que pienso acompañarte. Avísame cuando vayas a salir.

—Está bien, pero no creo que sea antes de una hora.

—Esperaré lo que haga falta.

En cuanto salió de la ducha, Roberto observó la pantalla del teléfono que había dejado junto al lavabo. No había ninguna llamada del sargento Llamazares y todavía faltaba más de media hora para la hora acordada, así que regresó a la habitación para vestirse.

Mientras sacaba una camiseta limpia de la maleta, se dijo a sí mismo que no debería haber aceptado. Ahora que lo pensaba en frío, tuvo claro que podía meterse en un lío bastante importante si alguien lo descubría tocando un cadáver que iba camino del Servicio de Patología Forense. Romper esa cadena de custodia era algo muy serio y, seguramente, le trajese consecuencias legales si llegaba a oídos del juez o del capitán de la Guardia Civil presente en el levantamiento del cadáver.

No obstante, tampoco podía quedarse de brazos cruzados mientras el asesino del alcalde seguía libre, por eso terminó convenciéndose de que había tomado la mejor decisión. Si algo salía mal, ya buscaría el modo de solucionarlo.

Comenzó a vestirse, a la vez que sus pensamientos se centraban de nuevo en la desaparición del padre Miguel, que era lo que lo había llevado hasta el Valle del Jerte.

Estaba claro que no había sido una desaparición voluntaria, o no habría dejado la llave puesta en el contacto de su vehículo. Eso hizo que se preguntase qué interés podía haber en secuestrarlo.

Descartó que fuese por dinero. Nadie había pedido un rescate, por lo que el móvil económico no parecía muy probable. Eso hizo que se centrase en el motivo que había llevado al cura hasta ese lugar: los suicidios.

¿Y si había algo extraño en ellos y se estaba acercando demasiado a la verdad?

Justo en ese momento recibió una llamada de Eva, lo que le arrancó una sonrisa. Le vendría bien hablar con ella.

—Parece que me has leído el pensamiento —dijo tras poner el altavoz y dejar el teléfono sobre la mesita para seguir vistiéndose.

—¿Me estabas echando de menos? —preguntó ella.

—Eso siempre. Estoy dándole vueltas al secuestro del padre Miguel, tratando de buscarle una explicación, y me vendría bien una segunda opinión.

—Claro. Cuéntame.

—Lo que me parece más improbable es que se trate de un secuestro por razones económicas, dado que nadie ha pedido un rescate. Por eso pienso que puede estar más relacionado con la investigación que llevaba a cabo.

—¿La de los suicidios?

—Sí. La Guardia Civil está convencida de que no hay nada extraño en las muertes, pero el padre Miguel no lo tenía tan claro, por eso estaba investigando por su cuenta. ¿Y si hay alguien detrás de las muertes?

—¿Como quién?

—Un asesino que ha logrado encubrir los crímenes haciéndolos pasar por suicidios. Puede que el padre se estuviese acercando demasiado a la verdad y el asesino decidiera secuestrarlo.

—¿Y por qué no matarlo? —preguntó Eva—. Es decir, si realmente alguien está cometiendo los crímenes, no tiene sentido que quisiera secuestrarle para impedir que siguiera investigando. Lo habría asesinado para que dejara de ser un problema.

—Es cierto, aunque deberíamos haber encontrado su cuerpo —reflexionó en voz alta, sintiendo cómo la posibilidad de que estuviese muerto hizo que se le erizase la piel.

—No necesariamente. Además, hay otro motivo por el que pueden haberlo secuestrado.

—¿Cuál?

—Tú.

Roberto se inclinó hacia el teléfono, como si no estuviera seguro de haber escuchado bien.

—¿Has dicho que su desaparición podría estar relacionada conmigo?

—Desde que hablamos ayer, le he estado dando vueltas al tema. Sabes, igual que yo, que hay alguien interesado en arruinarte la vida. Alguien que hizo que tu don saltase a la prensa y que luego pagó a aquel teniente de la Guardia Civil para que te acusase de asesinato. Alguien que quiere hacerte daño, tanto a nivel personal como profesional.

—¿Y crees que esa persona secuestró al padre Miguel para que yo regresase a España?

—A veces la explicación más simple es la más probable.

—Me parece demasiado retorcido —aseguró Roberto.

—No sabemos quién está detrás de esos intentos por perjudicarte. Puede ser una persona o un grupo de ellas, quizá una organización que quiere acabar contigo y con tu credibilidad. —Antes de que él pudiese replicar, Eva añadió—: Deberías regresar a Roma cuanto antes.

—No puedo hacer eso. No voy a irme sin encontrar al padre Miguel.

—Creo que ahí no estás seguro.

Roberto se tomó unos segundos para reflexionar.

—El padre no es el único motivo para quedarme —aseguró—. También está el tema de mis sueños, la chica con la que he vuelto a soñar esta noche. Además, hoy ha ocurrido algo que no te he contado todavía. ¿Recuerdas el dibujo que hizo Emily el día antes de que viniese?

—Sí.

—Pues esta mañana ha aparecido un cadáver flotando en el río, en un escenario muy parecido al que ella dibujó. Con un puente en el lado izquierdo, una playa fluvial en la orilla contraria y un cuerpo flotando en el agua. No creo que sea una casualidad.

Ahora fue Eva la que se tomó unos segundos para reflexionar.

—¿Estás seguro de que se trata del mismo lugar? Es decir… —Resopló antes de continuar—. Solo es el dibujo de una niña de tres

años.

—No sería el primer sueño premonitorio que tiene y luego plasma en un dibujo.

—Lo sé y me da miedo pensar lo que eso significa. Es demasiado pequeña para que le ocurran esas cosas.

—Por eso no puedo regresar ahora. Necesito entender lo que está ocurriendo.

—Te entiendo, pero lo que más me preocupa es tu seguridad.

—Estaré bien, tengo a Barrios para que me cubra las espaldas —dijo soltando una breve carcajada.

—Eso no me tranquiliza lo más mínimo.

Roberto miró su reloj y vio que ya no quedaba mucho para que el sargento Llamazares le llamase.

—Escucha, ahora tengo que hacer algo, pero te llamaré esta noche y hablaremos con más tranquilidad, ¿te parece?

—Está bien, pero prométeme que vas a cuidarte.

—Lo haré.

Roberto cortó la llamada y terminó de vestirse. Luego regresó al baño para lavarse los dientes, con un ojo puesto en la pantalla del teléfono que posó en el lavabo, atento a la llamada que debía recibir del sargento Llamazares en cualquier momento. Como esta no se producía, salió del baño decidido a esperarle en la calle.

Fue entonces cuando ocurrió todo.

Delante de él, a un par de pasos, se encontró con una persona que llevaba puesta una capucha sobre la cabeza y una bufanda tubular que le ocultaba el rostro por debajo de los ojos.

—¿Quién eres tú? —murmuró, desconcertado.

Nada más terminar la pregunta, la persona que tenía delante alzó la mano y le roció la cara con algo que sostenía en ella, un aerosol que le impactó de lleno en el rostro. De inmediato, notó cómo le costaba respirar y perdió la visión por completo.

En un vano intento por defenderse, retrocedió un par de pasos y se frotó los ojos para recuperar la visión y enfrentarse al atacante. No tardó en notar cómo su contacto con la realidad se difuminaba y sus músculos se agarrotaban. En pocos segundos perdió el control de su cuerpo y se desplomó en el suelo.

Un segundo después todo se volvió oscuridad a su alrededor.

22

Roberto percibió de forma gradual la luz, conforme sus párpados se fueron abriendo poco a poco. Lo primero que sintió fue un profundo malestar. Algo no iba bien. Era un dolor generalizado por todo el cuerpo, como si cientos de agujas estuviesen atravesando cada centímetro de su piel.

—Por fin has despertado —escuchó una voz masculina.

Le costó centrar la mirada y ser consciente del lugar en el que se encontraba: una habitación blanca, iluminada por la barra de luz situada en el techo. Estaba tendido en una cama, cubierto por una sábana que identificó como perteneciente a un hospital.

—¡Menudo susto me has dado! —repitió la misma voz.

Roberto giró la cabeza a su izquierda y reconoció a Barrios. En su rostro percibió una sombra de preocupación.

—¿Qué…? —Sintió su garganta arder, impidiéndole articular bien las palabras—. ¿Qué ha… pasado?

—¿Quieres la versión corta o la larga? —Al ver que no respondía, el inspector continuó—. Básicamente, has vuelto de entre los muertos. Estuviste clínicamente muerto durante un minuto, el que tardó el médico de emergencias en reanimarte. Parece ser que alguien te suministró una potente droga que hizo que se te parase el corazón.

Roberto trató de recordar, pero sus recuerdos estaban envueltos en una bruma.

—¿Quién? —murmuró.

—No lo sabemos. Fui a buscarte al apartamento, preocupado porque no me llamabas, y me encontré la puerta abierta y a ti tirado en el suelo. Estabas solo y no había rastro del atacante. Los médicos creen que probablemente te suministró un depresor del sistema nervioso central, por los síntomas que presentabas. Lo sabrán con certeza cuando reciban los resultados de tus análisis.

Aquello era demasiado confuso para él.

—No… entiendo.

—Lo importante ahora es que estás bien. Tienes que descansar para recuperarte lo antes posible.

Su cuerpo le pedía a gritos que cerrase los ojos de nuevo, pero antes necesitaba saber algo.

—Eva… —murmuró notando cómo se fatigaba solo con hablar—. ¿Lo… sabe?

—Imagino que no. Yo al menos no la he llamado. Una vez que el médico te estabilizó en el propio apartamento y dijo que tu vida no corría peligro, te acompañé en la ambulancia hasta aquí. He estado pendiente de tu recuperación. ¿Quieres que la avise?

—No. Mañana.

Después de decir eso, cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño, con la esperanza de encontrarse mejor al abrirlos de nuevo.

SÁBADO, 21 DE MARZO

23

No supo cuánto tiempo había transcurrido al abrir los ojos de nuevo. Únicamente sabía que había estado sumido en un oscuro túnel, del que solo salió al notar los rayos del sol incidiendo sobre su cara.

Lo más extraño de todo era que no recordaba haber soñado con nada. Solo había oscuridad.

Roberto miró a izquierda y derecha y vio que se encontraba solo en la habitación del hospital. En el brazo derecho tenía conectado un gotero, lo que le dio a entender la gravedad de lo sucedido.

Se esforzó por hacer memoria y comenzó a recordar lo sucedido en el apartamento. Salía del baño cuando alguien le roció la cara con algo. Después de eso, solo recordaba haber caído al suelo y perdido el conocimiento.

—¿Quién me atacó? —murmuró. No era capaz de visualizar ningún rostro, solo una forma oscura y difusa.

Se llevó la mano izquierda a la frente como si eso pudiese ayudarle a recordar, justo en el momento en que una enfermera entraba en la habitación.

—Buenos días. Me alegro de ver que está despierto —dijo con una sonrisa, acercándose al gotero situado al lado de la cama para revisarlo—. ¿Le molesta que le dé el sol? ¿Quiere que cierre las cortinas?

Roberto negó con la cabeza.

—No. ¿Qué ha… pasado? —preguntó con dificultad. Le costaba vocalizar debido a que su garganta estaba extremadamente seca.

—Pronto vendrá el médico a verle y se lo explicará —respondió ella antes de dirigirse a la puerta.

Pasó un tiempo indeterminado hasta que la puerta se abrió de nuevo y dos figuras entraron en la habitación. Uno era un hombre con una bata blanca y semblante afable. Por las arrugas que poblaban su rostro supuso que era bastante mayor. A su lado se situó el sargento Llamazares, vestido con el uniforme de diario, que le dedicó una sonrisa.

—Soy el doctor Cabello —tomó la palabra el de la bata—. ¿Qué tal se encuentra, señor Fuentes?

—Siento la garganta seca. —Las palabras esta vez salieron con más facilidad.

—Es por el compuesto químico que ha respirado. ¿Recuerda algo de lo ocurrido?

Roberto asintió ligeramente con la cabeza.

—Estaba dentro del baño y al salir me encontré con una persona delante de mí, que me roció la cara con algún tipo de aerosol.

—¿Lo reconociste? ¿Puedes describirlo? —preguntó Llamazares.

—No. —Los recuerdos regresaron a su mente, disipándose—. Llevaba el rostro oculto con una bufanda tubular y la cabeza cubierta por la capucha de la sudadera. Una sudadera negra, normal y corriente.

—¿Qué estatura tenía?

Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar. Todo había sucedido muy rápido y solo conservaba en su mente algunos flashes.

—Creo que era de mi altura, más o menos. No estoy seguro.

—¿Qué recuerda del ataque? —le preguntó el médico.

Necesitó unos segundos para bucear en sus recuerdos.

—No mucho. Me roció la cara con algún tipo de aerosol, lo que hizo que perdiese la visión y me costase respirar. Me desmayé antes de poder reaccionar. ¿Qué demonios contenía ese aerosol?

—Lo más probable es que fuese ácido gamma-hidroxibutírico. Es la misma sustancia que hemos encontrado en su sangre y que suponemos que le inyectó después de perder el conocimiento.

—¿Ácido qué? —preguntó Roberto, confuso.

—Gamma-hidroxibutírico, más conocido como GHB. Es una sustancia ilegal y muy potente que actúa como depresor del sistema nervioso central, muy utilizada en ambientes delictivos por su capacidad de sedación y amnesia.

—No termino de entenderlo —murmuró Roberto pasándose la mano por la cara. Le costaba procesar toda esa información.

—Es la droga de los violadores —intervino Llamazares—. Una de las que suelen utilizar los agresores sexuales para dominar a sus víctimas, abusar de ellas y que luego no recuerden nada.

—En este caso, el objetivo del atacante era otro —prosiguió el médico—. Le inyectó una sobredosis mortal de ácido.

—¿Quería matarme?

—En realidad, lo consiguió.

—¿Qué quiere decir?

El sargento tomó de nuevo la palabra.

—El inspector Barrios te encontró tirado en la habitación y llamó a Emergencias, con la buena suerte de que una ambulancia medicalizada del Servicio Extremeño de Salud se encontraba en Jerte cubriendo nuestras labores en el río. En pocos minutos acudió al lugar a auxiliarte y el médico consiguió reanimar tu corazón cuando este se había parado.

—Estuvo un minuto clínicamente muerto —añadió el médico.

Roberto sintió cómo le faltaba el aire.

—Ya veo que fue bastante grave.

—Por suerte, ahora está fuera de peligro, pero le tendremos en observación al menos veinticuatro horas más. Si todo va bien, mañana saldrá de aquí por su propio pie. Ahora descanse todo lo que pueda para recuperar fuerzas. Vendré a verle más tarde.

—Gracias, doctor.

El médico abandonó la habitación y les dejó a los dos solos.

—Has tenido mucha suerte —afirmó Llamazares.

—Ya lo veo.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo atacarte?

—Ya he dicho que no le vi la cara.

—¿Quién puede tener motivos para verte muerto?

Roberto sonrió con amargura.

—Esa lista puede ser bastante larga. He metido en prisión a mucha gente.

—Lo sé y me remuerde la conciencia que yo haya podido ser culpable de que hayas estado a punto de morir.

—¿Por qué lo dice? —preguntó, mirándolo extrañado por el comentario.

—Porque te pedí que me ayudases.

—No entiendo qué tiene eso que ver.

El sargento se rascó la cabeza, antes de seguir.

—No dejo de darle vueltas a la cabeza. ¿Y si el asesino del alcalde me escuchó hablar contigo para pedirte ayuda? Puede que te atacase para impedir que desvelaras su identidad.

—Eso no tiene mucho sentido.

—Yo creo que sí lo tiene. El ataque se produjo después de que yo te llamase para pedirte ayuda y poco antes de que llegase al complejo con el coche fúnebre para que pudieses tocar el cadáver.

Roberto todavía se sentía demasiado cansado como para analizar las palabras del sargento. Aun así, decidió hacer un esfuerzo.

—Eso solo sería posible si el asesino logró escuchar la conversación de algún modo.

—Es cierto que muchos curiosos se agolparon en el lugar del crimen, aunque te llamé desde un lugar apartado, donde nadie podía escucharme. ¿Tú estabas solo cuando te llamé por teléfono?

—Sí.

—¿Y lo comentaste con alguien?

—Solo con el inspector Barrios. —Antes de que el sargento dijese nada, añadió—: Dudo mucho que él tuviera nada que ver con el ataque que sufrí.

—Yo tampoco lo creo. Si no fuera porque te encontró a tiempo, habrías muerto. Estás vivo gracias a él.

—¿Dónde está ahora?

—Descansando. Ayer estuvo todo el día aquí, pendiente de tu recuperación. Quedé en avisarle en cuanto estuvieses despierto.

—Dile que mejor venga mañana. Hoy no voy a estar para atender a las visitas —trató de bromear sin mucho éxito.

—Claro, perdona. Debería dejarte descansar.

—Antes me gustaría saber si hay alguna novedad en la investigación del asesinato del alcalde.

—Lo único que sé es que ya le han realizado la autopsia y el forense ha determinado lo que adelantó en el lugar, durante el levantamiento del cadáver. David Soler recibió un golpe en la frente y otro cerca de la nuca con un objeto contundente, aunque ninguno de los dos le causó la muerte.

—¿Y cómo murió?

—Por ahorcamiento.

—Como los suicidios del valle —murmuró Roberto.

—Aunque, en esos casos, ninguno de los cuerpos presentaba signos de violencia, por eso se declararon como suicidios. Puede que esta vez se trate de alguien que pretendía que su muerte pareciese un suicidio.

—O tal vez no salió como esperaba.

Al escuchar eso, el sargento hizo una leve inclinación con la cabeza.

—Podría ser. Tengo un amigo en el equipo de Criminalística que analizó el lugar y me contó que encontraron muestras de sangre en dos puntos de la barandilla del puente. Creen que el asesino, durante el forcejeo, golpeó la cabeza del alcalde en dos ocasiones contra ella para reducirlo y una vez inconsciente, o semiinconsciente, le puso la cuerda alrededor del cuello, la ató a la barandilla y lanzó el cuerpo al río. El nudo soportó el tirón de la caída en un primer momento, pero luego se deshizo, provocando que el cuerpo cayese al agua, ya sin vida.

—Quien se encargue de la investigación tiene trabajo por delante.

—Por suerte, no voy a ser yo —dijo Llamazares con una leve sonrisa—. Parece ser que van a mandar a un teniente de la Policía Judicial de Cáceres para hacerse cargo. La pena es que no pudieras tocar el cuerpo. Eso nos habría ahorrado mucho trabajo y tiempo. ¿Crees que si lo hiciese ahora…?

—No serviría de nada —le interrumpió Roberto antes de que terminase la pregunta—. Han pasado demasiadas horas para que

pueda comunicarme con él. Además, en lo único que quiero pensar ahora es en descansar y recuperarme.

—Lo entiendo. ¿Has hablado ya con tu mujer?

—La verdad es que no y seguramente estará preocupada. Debería llamarla, pero no sé dónde está mi teléfono móvil.

Llamazares metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un teléfono, que alargó hacia él.

—Toma. Estaba en tu apartamento y me imaginé que lo necesitarías.

—Muchas gracias. —Roberto lo cogió y vio que estaba apagado, así que trató de encenderlo—. Mierda, no tiene batería.

—Espera, te conseguiré un cargador.

Llamazares salió de la habitación y regresó un par de minutos después con un cargador.

—Me lo ha prestado una enfermera. Mira a ver si te vale.

Roberto comprobó el cable y asintió.

—¿Puedes enchufarlo?

—Claro.

El sargento lo conectó al enchufe situado al lado de su cama y, en cuanto Roberto encendió el teléfono, este empezó a vibrar con insistencia.

—¿Qué ocurre?

—Tengo varios mensajes de Eva —afirmó, soltando un suspiro—. Me da que se va a cabrear bastante conmigo cuando la llame.

24

Tres mensajes de texto le había enviado Eva desde la última vez que habían hablado por teléfono, justo antes del ataque sufrido a manos del encapuchado.

El primero a media tarde del día anterior: «Tengo que ir con los niños al parque. Espero tu llamada esta noche».

El segundo, a las once de la noche: «Imagino que estás liado y que no has podido llamarme. Mándame un mensaje al menos para saber que estás bien».

El tercer mensaje lo había recibido una hora antes, cuando todavía tenía el teléfono apagado: «Empiezo a estar preocupada. ¿Estás bien?».

De ahí que pocos minutos después le hubiese llamado dos veces seguidas.

Antes de devolverle la llamada, Roberto pensó en qué decirle. Si le contaba que había estado a punto de morir, lo más seguro era que Eva cogiese un avión y se presentase allí de inmediato, por lo que pensó un modo de suavizar la situación.

No tuvo tiempo. El teléfono vibró en su mano y vio que tenía una llamada suya.

—Hola, Eva —respondió, intentando parecer natural.

—¡Menos mal! —Se la notaba algo alterada—. Acabo de ver que por fin te ha entrado el mensaje que te mandé esta mañana. ¿Qué

ha pasado? ¿Por qué no contestabas al teléfono?

—Me quedé sin batería.

—Ayer tampoco me respondiste.

—Ya, es que se me olvidó el teléfono y…

—¿Qué ocurre, Rober? —le interrumpió ella con voz firme—. Te conozco demasiado bien como para saber que ha pasado algo.

Estaba claro que no se iba a conformar con otra respuesta que no fuese la verdad.

—Antes de nada quiero que sepas que me encuentro bien y fuera de peligro.

—¿Me lo vas a contar de una vez?

—Ayer me atacaron justo después de hablar contigo.

—¿Cómo que te atacaron? ¿Quién?

—No lo sé. Llevaba la cara cubierta y todo sucedió demasiado rápido. Me roció con un aerosol que me cegó y me dejó sin conocimiento. Por suerte, Barrios apareció poco después y llamó a una ambulancia que me trajo al hospital para hacerme unas pruebas. No ha sido nada grave.

—Tuvo que serlo para que te llevasen en ambulancia.

—Simple precaución. Me han hecho unas pruebas y pronto me darán el alta —dijo para no preocuparla más de lo que ya parecía estar.

—¿Dónde te encuentras? Cogeré el primer avión que haya para ir a verte.

Era lo que se temía.

—No hace falta. De verdad que estoy bien. El médico acaba de estar aquí hace unos minutos y me ha dicho que en breve me dará el alta. Te habría llamado antes, pero mi teléfono se quedó sin batería y tampoco quería preocuparte sin necesidad.

Se produjeron unos segundos de silencio, en los que Roberto contuvo la respiración.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás ocultando algo? —preguntó Eva.

—De verdad que estoy bien.

Tras una nueva pausa, ella preguntó:

—¿Y por qué te atacaron?

—No lo sé todavía. La Guardia Civil lo está investigando —dijo mirando de reojo al sargento—. Puede que para robarme. Lo sabré cuando regrese al apartamento y vea si me falta algo.

—¿Crees que voy a creerme que te atacaron para robarte? —le replicó Eva, endureciendo de nuevo el tono de su voz. Parecía que, en lugar de tranquilizarla, estaba consiguiendo el efecto contrario.

—Te prometo que te lo contaré todo en cuanto hable con el sargento Llamazares y me ponga al corriente de la investigación.

Ella pareció resignarse.

—Está bien, pero quiero que me mantengas al corriente de todo. ¿Me prometes que lo harás?

—Claro que sí.

Finalmente se despidió de ella y respiró aliviado. Tarde o temprano tendría que ponerla al corriente de lo ocurrido, aunque antes necesitaba averiguar por qué habían intentado asesinarle y quién. Por ese motivo miró a Llamazares.

—Hay que encontrar a la persona que me atacó.

—Será difícil. Nadie del complejo de apartamentos vio a quien lo hizo.

—¿Está seguro?

—He hablado con cada uno de los huéspedes personalmente y todos estaban fuera del complejo cuando te atacaron. Solo Barrios estaba en el apartamento de al lado y dice que no vio nada. Fue a tu apartamento porque tardabas en llamarle y, al entrar, te encontró tirado en el suelo del baño, inconsciente.

—¿La puerta del apartamento estaba abierta?

—Sí. Me gustaría poder hacer más, de verdad, pero tengo a todos mis hombres preguntando por el pueblo si alguien sabe algo del asesinato del alcalde. Apoyar esa investigación se ha convertido en nuestra máxima prioridad en este momento.

—Lo entiendo.

—De todas formas pienso seguir investigando. Ahora lo importante es que descanses. Te avisaré si descubro algo más.

—De acuerdo.

Roberto se despidió de él y decidió cerrar los ojos. Necesitaba recuperar las fuerzas lo antes posible para atrapar a quien había

intentado asesinarle.

DOMINGO, 22 DE MARZO

25

Roberto se despertó a la mañana siguiente con la sensación de que su cuerpo estaba bastante recuperado. Ya no tenía dolores musculares y a lo largo de la tarde anterior había sido capaz de ir al baño por sí solo, una vez le desconectaron el gotero. Incluso había dormido toda la noche del tirón, sin sueños que le atormentasen.

Decidió ir al baño para lavarse un poco la cara, donde se tomó unos segundos para mirarse en el espejo. Su aspecto no era tan bueno como esperaba. Presentaba unas profundas ojeras y estaba algo demacrado, por eso se alegró de que Eva le hubiera llamado por teléfono el día anterior, en lugar de hacer una videollamada. Seguro que se habría dado cuenta por su cara de que lo sucedido había sido más grave de lo que le dio a entender.

Se lavó la cara y de nuevo se miró en el espejo, como si el agua bastase para mejorar su aspecto. Fue entonces cuando se dio cuenta de un detalle que hizo que se le cortase la respiración. ¿Y su colgante?

Se bajó el cuello del camisón que le habían puesto y vio que no llevaba puesto su amuleto del Pájaro Trueno. De inmediato se palpó el pecho y miró el suelo a sus pies, por si se le había caído, pero no lo vio por ninguna parte. No lo encontró en el suelo del baño, ni en la habitación cuando regresó a ella. Ni siquiera estaba dentro de la cama.

Sus pulsaciones comenzaron a acelerarse. Ese amuleto no solo le servía para amortiguar la intensidad de los sentimientos que le asaltaban cuando utilizaba su don. También le servía como protección ante los malos espíritus y como barrera para que decenas de ellos no le asaltaran en sus sueños cada vez que cerraba los ojos. Las pocas veces que no lo había llevado consigo sus sueños se habían convertido en un aluvión de voces que reclamaban su ayuda. Algo que no había ocurrido en esta ocasión.

¿Cómo podía ser? ¿Qué estaba ocurriendo?

Quizás la medicación que le habían dado para anular los efectos de la droga tenía algo que ver. Aun así, necesitaba su colgante, por eso miró a su alrededor, intentando localizarlo. Al no verlo por ninguna parte, decidió abrir el cajón que había en la mesita situada junto a la cama. Un suspiro escapó de sus labios cuando lo vio dentro, junto con su cartera y el reloj de muñeca.

—Menos mal —murmuró cogiéndolo y colgándoselo del cuello de inmediato.

—Veo que ya está levantado —dijo entonces una voz femenina que captó su atención. Una joven auxiliar acababa de entrar en la habitación llevando consigo la bandeja de desayuno—. ¿Qué tal se encuentra?

—Bastante bien.

—Me alegro. Le dejo aquí el desayuno. Le vendrá bien meter algo en el estómago.

Roberto apenas le prestó atención. No dejaba de darle vueltas a cómo era posible que hubiera pasado una noche tranquila, durmiendo de forma plácida, a pesar de no llevar el colgante puesto.

—¿Seguro que está bien? —preguntó la enfermera.

—Sí. Estoy deseando que me den pronto el alta.

—En breve vendrá el médico y podrá volver a casa con su familia.

Él se limitó a dibujar una vaga sonrisa. Tenía la sensación de que faltaba mucho para eso.

El médico se presentó a media mañana para darle el alta, aunque le aconsejó tomarse unos días de descanso. No era eso lo que Roberto tenía en mente. Sin embargo, adoptó una actitud de paciente obediente y prometió hacerle caso.

Barrios, que había llegado justo a la vez que el médico, esperó a que este saliese de la habitación para preguntarle:

—¿Vas a volver a Roma?

—Para nada. No me voy a ir hasta que encuentre al padre Miguel.

—Imaginaba que dirías eso —dijo con una leve sonrisa el inspector—, aunque deberías descansar.

—Ya habrá tiempo para eso.

—¿Estás bien? Te noto nervioso.

—Necesito que me lleves a Jerte, al puente desde el que arrojaron el cuerpo del alcalde.

—No creo que haya nadie de la Guardia Civil en ese lugar.

—Mejor. Tengo que comprobar una cosa.

—Como quieras.

Minutos después circulaban en coche en dirección al Valle del Jerte. El inspector, que hasta ese momento había respetado el silencio de Roberto, apartó un momento la vista de la carretera para posarla en él.

—Estás muy callado. ¿Hay algo que te preocupe?

—¿Además de que hayan intentado asesinarme? —le replicó con ironía.

—¿Sospechas de alguien en concreto?

—He metido a mucha gente entre rejas, aunque hay alguien que lleva tiempo detrás de varios intentos por arruinar mi vida personal y profesional.

—¿Quién?

—No lo sé —reconoció Roberto—, no conozco su identidad.

—¿Crees que es quien ha intentado matarte?

—Es una de las posibilidades que barajo, aunque Llamazares comentó algo ayer que podría tener sentido.

—¿El qué?

—Puede que el asesino del alcalde tuviese conocimiento de que yo iba a ayudarle a descubrir su identidad y por eso quiso asesinarme.

—Tiene sentido, aunque no entiendo cómo pudo saberlo.

Roberto tampoco lo sabía.

—Todavía no te he dado las gracias por salvarme la vida.

—En realidad te salvó el médico de la ambulancia que te atendió —dijo Barrios con una sonrisa—. Fue una suerte que estuviese tan cerca.

—Me pregunto cómo pudo entrar el atacante en el apartamento —reflexionó Roberto en voz alta.

—Si no cierras con llave por dentro, la puerta se puede abrir desde el exterior. Lo he comprobado. La cerradura no parecía forzada, así que imagino que la dejaste abierta sin darte cuenta. La Guardia Civil tampoco encontró nada en el apartamento que ayude a averiguar la identidad del atacante.

—Lo sé.

Los rayos del sol incidieron sobre el rostro de Roberto, mientras dejaban atrás la ciudad de Plasencia, lo que hizo que cerrase los ojos. Antes de que se diese cuenta, el sopor hizo presa en él, abandonándose a un sueño del que despertó justo cuando pasaban al lado del cartel de entrada en Jerte.

—Has despertado —escuchó la voz de Barrios.

Se frotó los ojos y lo miró sin poder contener un bostezo.

—Imagino que mi cuerpo necesita descanso.

—¿No prefieres ir directo al apartamento?

A pesar de ser consciente de que el médico no había exagerado al aconsejarle que descansase unos días, antes necesitaba comprobar algo.

—Después de que me lleves al puente.

—Como quieras.

Llegaron al lugar un par de minutos después. Tal y como había asegurado Barrios, ya no había nadie de la Guardia Civil allí. Incluso el puente estaba abierto al tráfico.

El inspector aparcó al lado izquierdo de la plazoleta que antecedía al puente y Roberto descendió del vehículo para acercarse

al lugar desde el que habían arrojado el cuerpo del alcalde. Conforme atravesaba el puente con paso lento, no notó nada especial, como le había ocurrido dos días antes. La atmósfera no estaba cargada y ya no le costaba respirar. Tampoco notó un frío helador recorriéndole la espalda.

Por si acaso, se quitó el colgante del cuello y lo guardó en el bolsillo, pero nada cambió. Era como si en aquel lugar no hubiese muerto nadie de forma violenta.

Hizo un último intento poniendo una mano sobre la zona de la barandilla que tenía la rozadura de la cuerda.

Nada.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —preguntó Barrios acercándose a él —. No tienes buena cara.

Roberto tomó aire por la nariz y lo soltó con lentitud por la boca, intentando tomar conciencia de la nueva situación. Pasados unos segundos, miró a su compañero y afirmó con voz quebrada:

—Creo que he perdido mi don.

26

Eva conocía demasiado bien a Roberto como para saber que no había sido del todo sincero con ella. Estaba segura de que había omitido detalles importantes para no preocuparla, por eso, al despertarse esa mañana, decidió que le llamaría por teléfono en cuanto estuviese libre. Antes debía preparar el desayuno para los niños, aunque, al ser domingo, podía dejarlos en la cama un rato más. Por eso decidió darse una ducha antes de que se despertasen.

Mientras el agua caía sobre ella, pensó en cómo había cambiado su vida desde que había conocido a Roberto. Hasta ese momento ella era una sargento de la Guardia Civil con una prometedora carrera como investigadora de homicidios. Había resuelto varios casos de asesinato y era respetada por muchos de sus compañeros.

Que Roberto se cruzase en su vida hizo que esta diese un giro de ciento ochenta grados.

Al principio no fue una relación fácil. Eva no estaba dispuesta a renunciar a su trabajo por él, lo que provocó que, en un momento dado, incluso se rompiese su relación. Ese tiempo le sirvió para descubrir hasta qué punto estaba enamorada de Roberto y cuando volvieron a estar juntos tuvo claro que nada ni nadie les volvería a separar.

Trabajaron juntos durante un año en un grupo de investigación integrado en la Interpol, hasta que decidieron asentarse en Llanes y

llevar una vida más tranquila, alejados de criminales y pensando únicamente en el bienestar de sus hijos. Aun así, las cosas no fueron fáciles, aunque nunca se arrepintió de la decisión tomada. Criar a sus hijos era lo más importante y satisfactorio que había hecho en su vida. No había nada comparable a ser madre, a pesar de que eso hubiese supuesto renunciar a su carrera.

El problema era que ahora la vida de Roberto estaba en juego y no podía quedarse de brazos cruzados, sin hacer nada.

Se estaba vistiendo cuando Emily entró en su habitación.

—Buenos días, mamá —dijo frotándose los ojos con cara somnolienta.

—Buenos días, pequeña. ¿Qué tal has dormido?

—He soñado con papá.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has soñado?

—Que está malito.

Eva no les había contado nada a sus hijos sobre lo sucedido en España, por eso le sorprendió la respuesta.

—¿Cómo que está malito?

—Estaba durmiendo en una habitación blanca —añadió Emily—. ¿Qué le ha pasado a papá?

Por un momento dudó. No quería preocuparla más de lo necesario, aunque vio en su mirada que no se conformaría con cualquier respuesta.

—Papá se mareó y pasó la noche en el hospital, pero ya está bien. No tienes que preocuparte.

—Pero está triste —dijo la niña con voz apagada.

—Eso es porque no está aquí con nosotros.

Emily negó con la cabeza.

—No, es porque ya no puede hablar con ellos.

—¿Con quién, hija?

—Con los espíritus.

Eso la dejó sin habla. Era innegable que, tanto ella como su hermano, tenían una conexión especial con su padre, pero en el caso de Emily iba más allá de lo comprensible. Y eso la aterraba. No sabía cómo afectaría al cerebro de una niña de solo tres años unos sueños que seguramente ni siquiera entendía.

—Mamá —dijo Emily acercándose a ella para cogerle la mano—, papá te necesita.

—Lo sé, hija —acertó a decir—. Pero tengo que cuidar de ti y de tu hermano.

—Podemos quedarnos con la madre Benedetta.

Benedetta era la directora del colegio en el que estudiaban sus hijos, una monja cercana a los setenta años con la que ambos tenían muy buena relación y que parecía sentir un especial cariño por Emily.

—Ya, pero…

En ese momento, Berto entró en la habitación.

—¿Vamos a quedarnos con la madre Benedetta? —preguntó.

Eva no supo qué decir en un primer momento. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza separarse de sus hijos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Os acabo de escuchar. Si papá te necesita, nosotros podemos quedarnos en el colegio con la madre Benedetta.

La niña sonrió al escuchar eso y luego miró a su madre.

—Allí viven muchos niños.

El colegio también disponía de residencia, aunque a Eva no le convencía dejar allí a sus hijos durante un periodo de tiempo que en ese momento desconocía.

—Estaremos bien, mamá —afirmó Berto, como si fuese consciente de sus dudas. Y, sin más, cogió a su hermana de la mano y se la llevó de la habitación—. Vamos a preparar tostadas con mermelada para desayunar.

—¡Bien! —celebró la niña, mirando a su hermano con devoción.

Eva los observó con el corazón encogido mientras salían. No le hacía ninguna gracia separarse de ellos, pero estaba claro que ambos coincidían en que Roberto la necesitaba.

Y no podía ignorar algo así.

27

La expresión del inspector Barrios fue de extrañeza, como si no hubiese entendido lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo que has perdido tu don?

Roberto no respondió en un primer momento, entre otras cosas porque era el primero que no entendía lo que estaba ocurriendo.

Aquel don había empezado a despertar en él siendo todavía un adolescente, aunque no fue hasta años después cuando se manifestó con toda su intensidad, al regresar a su pueblo para ayudar en el esclarecimiento de una muerte.

A partir de ahí, trató de convivir con él, a pesar de que nunca terminó de controlarlo y menos aún de entenderlo. Soñaba con una víctima y las imágenes que le mostraba le ayudaban a detener a su asesino. Hasta que ocurrió algo que lo cambió todo. Tras un viaje a los Estados Unidos, en el que participó en una ceremonia espiritual, su don evolucionó, permitiéndole comunicarse con una persona muerta solo con tocar su cadáver. De ese modo, las víctimas pudieron contarle lo que les había sucedido de forma más clara y fue capaz de atrapar a sus asesinos. Algo que le permitió hacer justicia por muchas de las víctimas, pero que también afectó a su vida personal, hasta el punto de que muchas veces deseó no tener ese don, convencido de que así su vida sería más fácil.

Y ahora que lo había perdido, sentía un profundo vacío, como si le hubieran arrancado una parte de su cuerpo.

—Sí —murmuró con la mirada fija en el lugar del río donde había aparecido el cadáver del alcalde dos días antes.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Barrios—. ¿Es que ya no puedes comunicarte con los muertos?

Aunque no lo había comprobado, algo le decía que había perdido esa conexión para siempre.

—Creo que no. Escucha… necesito descansar —dijo al notar un leve mareo que le obligó a agarrarse a la barandilla—. ¿Puedes llevarme al apartamento?

—Claro.

No volvieron a hablar. Regresaron al complejo de apartamentos y, una vez entró a solas en el suyo, decidió acostarse. Notaba su cuerpo excesivamente cansado, como si se hubiese quedado sin energía. Antes de meterse en la cama, se sentó en el borde y sacó el colgante del bolsillo.

Durante un tiempo estuvo observando aquel Pájaro Trueno tallado en madera que le había regalado Alce Blanco, el chamán americano que había cambiado por completo su don después de una ceremonia espiritual. A pesar de que ya había perdido su utilidad, decidió no separarse de su amuleto, por eso se lo colgó del cuello y luego se desvistió para meterse en la cama.

Estaba apartando las sábanas cuando recibió una llamada de Eva.

—Perdona que no te haya llamado —se disculpó nada más responder—. Ya me han dado el alta y estoy de vuelta en el apartamento.

—¿Qué tal te encuentras?

—Un poco cansado, por eso voy a acostarme un rato.

—Antes necesito que seas sincero conmigo y me cuentes qué te ha ocurrido realmente.

No parecía enfadada, aunque su tono de voz denotaba que no se iba a conformar con cualquier respuesta. Aun así, Roberto trató de sortear la situación para no preocuparla más de lo necesario.

—Si el médico me ha dado el alta es porque me encuentro bien.

—No es eso lo que te estoy preguntando.

—Te prometo que no hay nada de lo que tengas que preocuparte.

—Claro que lo hay. Esta mañana Emily me ha dicho que estás malito y que me necesitas.

—No tenías que haberles dicho nada a los niños para no preocuparlos.

—No lo hice.

—¿Entonces cómo lo sabe?

—Dice que soñó contigo, que estabas en una habitación blanca, aunque me ha dicho algo más que me ha dejado bastante fría. Dice que estás triste porque no puedes hablar con los espíritus.

Roberto contuvo la respiración al escuchar eso.

—¿Cómo…? —balbuceó incapaz de terminar la frase—. ¿De dónde ha sacado eso?

—No lo sé. ¿Qué está ocurriendo, Rober? —insistió Eva—. ¿Vas a decirme la verdad o vas a seguir actuando como si todo fuera bien?

—Nada va bien —murmuró con voz apagada—. Al menos, nada va como debería.

—Ese ataque que sufriste fue más grave de lo que me has dado a entender, ¿verdad?

No tuvo valor para seguir mintiendo.

—Sí. La persona que me atacó me inyectó una droga muy potente que a punto estuvo de acabar con mi vida. En realidad, según el médico, incluso llegué a estar muerto, hasta que lograron reanimarme un minuto después de que mi corazón dejase de latir.

Temió que ella le echase la bronca por no haberle dicho la verdad antes, pero, en lugar de eso, le pidió con voz suave:

—Tienes que volver a casa, Rober.

—No puedo. Ahora, no. Alguien ha intentado matarme y tengo que averiguar quién ha sido.

—Dudo que estés en condiciones ahora mismo de averiguar nada. ¿Crees que no noto cómo te cuesta respirar al hablar conmigo?

—Solo necesito descansar unas horas y volveré a estar como nuevo.

—Lo que necesitas es que alguien te ayude.

—Barrios lo hará.

—Necesitas algo más que la ayuda de ese inspector.

—No tengo otra ahora mismo.

—Entonces habrá que conseguirla.

—¿Qué quieres decir?

—Iré a ver a ese obispo del Vaticano y no pienso marcharme de su despacho hasta que te envíe la ayuda y la protección que necesitas.

—¿Te refieres al obispo Braun?

—Sí.

—No lo hagas, no te hará caso. Desde que ocupó su puesto me dejó muy claro que nunca apoyaría mis investigaciones.

—Pues ahora tendrá que hacerlo.

—No quiero que te enfrentes a él. Al menos nos ha dado un hogar en el que vivir y gracias a eso los críos y tú estáis a salvo en Roma.

—¿Y de qué nos sirve estar a salvo si no te tenemos a nuestro lado? —dijo ella con firmeza—. Pienso hablar con ese obispo para hacerle ver la gravedad de lo que te ha ocurrido y más le vale mostrarse colaborador.

Roberto no pudo evitar que se le escapase una leve sonrisa. Conocía demasiado bien a Eva para saber que era capaz de eso y de mucho más.

—Está bien.

—Ahora descansa y llámame cuando despiertes. ¿Me prometes que esta vez lo harás?

—Sí, no te preocupes.

Cinco minutos después Roberto estaba durmiendo a pierna suelta.

28

Acceder al Vaticano no fue difícil, miles de turistas lo hacían a diario, aunque visitar el despacho del obispo Braun fue bastante más complejo. Ninguno de los guardias con los que habló le permitió pasar a los edificios privados del Vaticano, por lo que tuvo que pensar en una alternativa.

Su primera opción fue recurrir al consulado español, pero, además de que era domingo y estaba cerrado, dudó que nadie allí mostrase interés por ayudarla. Mucho menos el embajador, una persona fría y distante que solía huir de los problemas de su cargo; quizás por eso apenas se le veía por su despacho.

La segunda opción fue recurrir a alguien que tuviera relación con el Vaticano, así que se puso en contacto telefónico con la madre Benedetta, directora del colegio al que iban sus hijos. Una vez que la puso al tanto de la situación, la religiosa no dudó en ayudarla y consiguió que el secretario del obispo la recibiera a última hora de ese mismo día.

Dos guardias la recibieron en un lateral de la Plaza de San Pedro y la acompañaron hasta uno de los edificios situados a la izquierda de la basílica. Cruzaron la entrada sostenida por cuatro columnas de estilo romano y luego subieron por unas escaleras de mármol blanco, con una balaustrada del mismo material, hasta llegar al primer piso. Allí la condujeron por un largo pasillo de suelo

enmoquetado y adornado en las paredes con numerosas pinturas antiguas con marcos dorados.

Si algo podía decirse del Vaticano es que todo allí era ostentoso y opulento. A veces, incluso de una forma tan exagerada que rompía con lo que se esperaba de una institución cuya filosofía era ayudar al necesitado. Así lo había sentido Eva al entrar por primera vez en la Basílica de San Pedro, por eso, mientras recorría aquel pasillo adornado con enormes lienzos cuyo valor supuso que sería incalculable, trató de centrarse en el motivo que realmente la había llevado hasta allí.

Cuando uno de los guardias se adelantó para abrirle la puerta situada al final del pasillo, tomó aire y procuró ordenar sus pensamientos, de forma que su discurso fuese lo más claro y directo posible.

Un religioso vestido completamente de negro y alzacuellos blanco la recibió sentado tras una mesa de estilo sencillo y moderno, que contrastaba con el resto del mobiliario. La sala no era demasiado grande y al fondo había una última puerta que permanecía cerrada.

—*Buongiorno* —dijo el religioso sonriendo. Aparentaba unos cuarenta años.

—*Buongiorno, sono Eva Ruano.* —Su italiano no era muy fluido, pero esperaba entenderse con él.

—Es usted la esposa de Roberto Fuentes —dijo él en perfecto español, como si le hubiese leído el pensamiento—. Hablo su idioma, no se preocupe. Soy Giovanni. Es un placer conocerla.

—He venido para hablar con el obispo Braun.

—Lo sé. La madre Benedetta me avisó de que vendría, pero no le he dicho nada todavía a monseñor. Antes necesitaba saber el motivo por el que desea verlo.

—Es muy sencillo. La vida de mi marido corre peligro y necesita la ayuda del Vaticano.

—Intuyo que es algo grave.

—Bastante, pero prefiero contárselo en persona al obispo.

—Entiendo —dijo el hombre acariciándose la barbilla, pensativo —. No es normal que el obispo trabaje en domingo, pero hace un

par de horas tuvo que recibir a una delegación brasileña de católicos y todavía se encuentra en su despacho.

—¿Está reunido con ellos?

—No, se marcharon hace media hora. Espere aquí un minuto e intentaré que la reciba.

El secretario abandonó su silla y abrió la puerta situada al fondo. Eva esperó paciente durante cerca de un minuto, hasta que el secretario se asomó a la puerta.

—Pase, por favor. Monseñor le concede un minuto.

¿Un minuto?, pensó ella con ironía. Apenas le iba a dar tiempo a presentarse, por eso decidió ser lo más directa posible.

Entró en el despacho con paso decidido y caminó hasta la mesa tras la que estaba sentado el obispo. El hombre ni siquiera se puso en pie para saludarla. Vestía sotana negra con botones y ribetes púrpuras, y un fajín púrpura alrededor de la cintura. No llevaba puesto el solideo, lo que dejaba al descubierto un cabello muy corto y completamente blanco.

El obispo se dirigió en primer lugar al secretario, que se situó al lado de Eva.

—Dígale que se dé prisa —dijo en inglés—. Estoy bastante ocupado.

—No se preocupe —le replicó Eva en el mismo idioma, dando por sentado que iba a ser la mejor forma de comunicarse con él—. No le robaré mucho tiempo.

El obispo se limitó a mirarla con cierta condescendencia.

—Giovanni me ha convencido para que la reciba. ¿Qué es eso tan importante que necesita de mí?

—Lo que el Vaticano nos prometió cuando vinimos aquí, sobre todo a Roberto: que lo proteja mientras defiende los intereses de la Iglesia católica.

—No sabía que el señor Fuentes trabajase para nosotros.

Lo dijo con una ironía que no le pasó desapercibida, aunque estaba preparada para replicarle.

—Y no lo hace.

—Entonces no entiendo a qué viene…

—Mi marido está en España investigando la desaparición del padre Miguel —le interrumpió—, un cura que trabajó para la Comisión para la Defensa de la Fe durante años realizando exorcismos.

—No tengo conocimiento de esa desaparición y tampoco entiendo qué tiene que ver eso con la institución que ahora dirijo.

—El padre Miguel estaba investigando unas extrañas muertes que se están produciendo en España, una oleada de suicidios que no tienen explicación aparente, y, al parecer, está desaparecido. Mi marido cree que lo han secuestrado.

—Imagino que la policía española ya se estará ocupando de ello.

—No del modo en que deberían, por eso Roberto fue a buscarlo. El problema es que alguien ha intentado asesinarle.

—¿Se refiere a su marido?

—Sí.

No pareció que la noticia le afectase.

—Sigo sin entender por qué debe interesarme eso.

Eva apretó los labios. La actitud arrogante del obispo empezaba a exasperarla.

—Vinimos a Roma porque el Vaticano nos lo pidió. Su antecesor en el cargo estaba convencido de que Roberto podía ayudar a erradicar buena parte del mal que vive entre nosotros.

Pensó que tocar la fibra religiosa serviría para que el obispo se mostrase más dispuesto a escucharla. No fue así.

—El arzobispo Lombardo tenía unas ideas muy diferentes a las mías —fue su réplica.

—También prometió que el Vaticano protegería a Roberto de las personas que quieren impedir que use su don para detener a los asesinos que campan a sus anchas por este mundo.

—Y he mantenido esa promesa dándole a su familia un lugar seguro en el que vivir. Si su marido ha decidido ahora regresar a España es problema suyo. Allí no puedo protegerle.

—Claro que puede. Podría darle protección si quisiera.

—Que no es el caso —apuntó el obispo con una contundencia y una frialdad que la dejaron sin habla—. Su marido conocía de sobra los términos de nuestro acuerdo antes de irse a esa aventura por

España. Me parece lamentable que ahora la envíe a usted a suplicar una ayuda que sabe que no voy a darle.

Eva sintió cómo la sangre le hervía por dentro. Tanto fue así que apoyó las manos en el borde de la mesa y se inclinó hacia delante para acercar la cara lo máximo posible a la de aquel hombre carente de empatía.

—Mi marido no me ha enviado a hablar con usted, ni siquiera sabe que estoy aquí. He venido porque pensé que al Vaticano le interesaría saber lo que está ocurriendo. Ya veo que la seguridad de Roberto no es importante para ustedes.

—A la Iglesia le importan asuntos más importantes.

—¿Y usted se considera un hombre de Dios?

Eso dio la conversación por finalizada. Eva ni siquiera se molestó en despedirse de él. Giró sobre sus talones y se encaminó a la salida, seguida de cerca por el secretario, que se adelantó para abrirle la puerta y la cerró una vez ambos estuvieron fuera del despacho.

—Siento mucho lo ocurrido —dijo el hombre con voz compungida.

—Usted no tiene la culpa —le respondió ella sin dejar de caminar.

—Con el arzobispo Lombardo todo era muy diferente. Él creía en Roberto.

Eso hizo que Eva se detuviera para mirarle.

—¿Y por qué el obispo Braun no lo hace?

—Cuestión de política. El nuevo papa es más conservador que el anterior y quiere que el Vaticano vuelva a las antiguas costumbres. Por eso quiere que la Comisión para la Defensa de la Fe se centre en llevar la palabra de Dios a todos los rincones del planeta, en fortalecer el matrimonio y en transmitir el Evangelio. Cuestiones como los fenómenos sobrenaturales han quedado relegadas a un segundo plano. Y el obispo Braun es la persona adecuada para cumplir sus deseos, como acaba de comprobar.

—Dicho de otro modo, ya no interesa que Roberto use su don para evitar que el mal se extienda por el mundo.

—Puede hacerlo, siempre y cuando nadie asocie sus actividades con el Vaticano.

—¡Putos hipócritas! —exclamó Eva.

Al momento se dio cuenta de que no era el comentario más acertado para el lugar en el que se encontraba, aunque no se arrepintió. En realidad, se le ocurrían cosas más fuertes que decir en voz alta. Por suerte, se contuvo antes de decirlas.

—Me gustaría hacer algo por ayudarla —murmuró el secretario.

—En ese caso, puede rezar para que a Roberto no le pase nada malo o le aseguro que el Vaticano lo pagará muy caro —dijo antes de abandonar el lugar.

LUNES, 23 DE MARZO

29

El reloj marcaba las ocho de la mañana del lunes cuando Roberto miró la hora en su muñeca.

—¿De verdad llevo casi un día entero durmiendo? —dijo en voz alta, como si alguien pudiera escucharle.

Se había metido en la cama después de hablar por teléfono con Eva, recién salido del hospital, y había abierto los ojos a la mañana del día siguiente. No entendía cómo había dormido tantas horas seguidas. Supuso que la medicación que le habían suministrado en el hospital para anular los efectos de la droga había causado ese efecto. De cualquier modo, ahora se encontraba bastante más descansado, por eso decidió que era el momento de volver a la actividad.

Lo primero que hizo al incorporarse fue buscar su teléfono. Le extrañó que no estuviese encima de la mesita, donde recordaba haberlo dejado antes de dormir, así que decidió buscarlo por el apartamento. Se quedó paralizado cuando vio una figura sentada en el sofá.

—Buenos días.

En un principio todos sus músculos se pusieron en alerta, hasta que su visión se acostumbró a la claridad que entraba a través de la puerta de entrada al apartamento. Quien estaba sentado en el sofá era Barrios, que se puso en pie.

—Buenos días. ¿Cómo has entrado?

—Deberías acostumbrarte a cerrar con llave —le respondió el inspector—. ¿Cómo te encuentras? Espero que mejor porque llevas un montón de horas durmiendo.

—Sí, estoy bastante mejor. —Roberto se fijó en que había una almohada y una manta sobre el sofá—. ¿Has dormido aquí?

—Pensé que sería una buena idea dormir aquí contigo, por si necesitabas algo. Espero no haberte despertado con mis ronquidos.

—La verdad es que no me he enterado de nada. Gracias por quedarte.

—Se lo prometí a tu mujer.

—¿Hablaste con Eva?

Barrios cogió algo de la mesa redonda situada cerca del sofá y se acercó para entregárselo.

—Es tu teléfono. Perdona que te lo cogiese de la mesita, pero vibraba tanto que no quería que te despertase. Se veía que necesitabas descansar.

—Gracias.

—Tu mujer llamó anoche para saber cómo te encontrabas y le dije que dormías como un bebé. —Eso hizo que a Roberto se le escapase una ligera sonrisa—. También llamó el sargento Llamazares, hace un rato para avisarte de que no te dejes ver por el pueblo hoy. Parece ser que la muerte del alcalde de Jerte ha saltado a la prensa nacional y varias televisiones públicas tienen a sus periodistas recorriendo el pueblo en busca de carnaza. Así me lo dijo.

—Pues no pienso quedarme aquí encerrado con los brazos cruzados —protestó Roberto—. Voy a darme una ducha y luego seguiremos con la investigación.

—¿Te refieres a buscar al padre Miguel?

—Para eso hemos venido, ¿no?

—Ya. Es que, con todo lo ocurrido, no sabía si querrías seguir.

—No voy a irme hasta encontrarlo.

—Me parece perfecto —dijo Barrios dibujando en los labios una amplia sonrisa.

—Voy a darme una ducha que me espabile y luego me gustaría comer algo —dijo Roberto acariciándose el estómago—. Me vendría bien un bocadillo como el que comimos el otro día.

—Puedo llevarte al sitio donde lo compré y así lo comes recién hecho.

—Me encantaría.

—Yo también voy a ducharme. Pica en la puerta de mi apartamento cuando estés listo.

Barrios recogió la almohada y la manta y salió del apartamento.

Antes de entrar en el baño, Roberto dejó el teléfono sobre la mesita, enchufado al cargador. Luego, una vez en la ducha, planificó sus movimientos a partir de ese momento. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que la desaparición del padre Miguel estaba relacionada con su investigación sobre los suicidios del valle, por eso se propuso aprovechar las notas de su agenda y averiguar más sobre cada una de las muertes. Confiaba en ser capaz de lograrlo, a pesar de que ya no contaba con su don.

—Tampoco es tan malo —murmuró mientras se vestía.

Por primera vez en mucho tiempo, Roberto se sintió una persona normal. Ya no volvería a soñar con la víctima de un crimen ni sentiría lo mismo que ella en el momento de su muerte. Por fin dejaría de sufrir las consecuencias de algo que nunca había conseguido controlar. No tener el don iba a devolverle una tranquilidad de la que hacía mucho tiempo que no disfrutaba. Su vida sería igual a la de todos los demás.

Acababa de vestirse cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta del apartamento. Barrios había echado las cortinas, por lo que tuvo que acercarse para averiguar de quién se trataba. Antes de girar la manilla de la puerta, movió la cortina lo justo para ver quién se encontraba al otro lado.

—Hola, Rober.

Tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa cuando reconoció su rostro.

—¿Eva? —preguntó a la vez que abría la puerta—. ¿Qué haces aquí?

30

Roberto besó primero sus labios y luego la abrazó. Fue un abrazo intenso y reconfortante, lo que más necesitaba en ese momento. Aunque no habían pasado muchos días desde que se habían despedido en el aeropuerto de Roma, Roberto sintió que necesitaba a Eva más que nunca.

—Parece que me has echado de menos —murmuró ella cuando se separaron para mirarse a los ojos.

—La verdad es que sí —dijo Roberto con una sonrisa emocionada.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Me ha venido bien dormir unas cuantas horas.

—¿Estás solo?

—Sí. ¿Con quién iba a estar?

—Anoche cuando te llamé, me contestó el inspector Barrios y me dijo que pensaba quedarse contigo toda la noche por si necesitabas algo, lo cual le agradezco.

—Yo también. Gracias a él sigo vivo.

Eso hizo que Eva ensombreciese el rostro.

—Si te llega a pasar algo, no me lo habría perdonado nunca. Debería haber venido contigo a España desde el primer día.

—Los niños necesitaban que te quedases con ellos. Por cierto, ¿dónde están?

—Alojados en la residencia del colegio. La madre Benedetta se ocupará de ellos hasta que volvamos. No te preocupes, estarán bien. Los niños la adoran.

—¿Y Sella?

—Encontré una chica de confianza que se dedica a cuidar perros, muy cerca de nuestra casa. Seguro que estará bien con ella.

—No hacía falta que vinieras hasta aquí. ¿Barrios lo sabía? Porque no me ha dicho nada.

Ella negó con la cabeza, antes de responder:

—Fue una decisión de última hora. Además, quería darte una sorpresa.

—Y lo has hecho. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Aterricé en Madrid de madrugada y alquilé un coche en el aeropuerto.

—Imagino que estarás cansada.

—Eso es lo de menos. Necesitaba verte y comprobar que estabas bien.

—Ya ves que sí. No hacía falta…

Eva puso la mano sobre sus labios para impedirle hablar.

—No vuelvas a decir que no hacía falta que viniese. Han intentado matarte y nada indica que no puedan intentarlo de nuevo. Necesitas protección y al final he decidido venir, dado que el Vaticano no va a dártela. Ese obispo Braun es un imbécil. Se ha desentendido por completo de este asunto.

—¿Hablaste con él? —preguntó Roberto mientras entraban en el apartamento.

—Estuve en su despacho ayer. Le hablé del secuestro del padre Miguel, de las muertes que se están produciendo en el valle y también le dije que habían intentado asesinarte. Esperaba convencerle para que el Vaticano te protegiese.

—¿Y qué dijo?

—Que no podía hacer nada por ti.

—Ya te dije que no iba a ayudarme.

—¡Que se vaya a la mierda! Tendremos que hacer las cosas a nuestra manera.

—Volvemos a ser un equipo —aseguró él con una breve sonrisa.

—No pienso irme hasta detener a quien ha intentado acabar con tu vida.

—El problema es que no tenemos autoridad para investigar por nuestra cuenta. Tú misma lo dijiste.

—Eso fue antes de que te atacasen. Ahora las cosas han cambiado bastante, ¿no te parece?

Roberto asintió con la cabeza y la agarró de la cintura.

—Lo que me parece es que juntos somos más fuertes, sobre todo ahora que no podré usar mi don para llegar hasta la verdad de lo que está ocurriendo en el valle.

—¿Cómo has podido perderlo? No lo entiendo.

—Te lo explicaré todo, pero ahora mismo necesito comer algo. Llevo demasiado tiempo sin meter nada sólido en el estómago.

—Me parece una buena idea.

—Pues vamos. Barrios conoce un sitio donde los bocadillos están buenísimos.

31

Barrios los llevó al bar donde había comprado los bocadillos el día de su llegada a Jerte. Con la excusa de fumar un cigarrillo, salió del local mientras los dejaba hablando en una mesa y realizó una llamada desde su teléfono que ninguno de los dos podía escuchar.

El día anterior había llamado varias veces a ese número, pero siempre estaba apagado. Esta vez recibió una respuesta al segundo tono.

—¿Qué ocurre? —preguntó el sicario con el que se había reunido a su llegada a Jerte en ese mismo bar.

—Ayer te llamé varias veces.

—Ya. Es que me quedé sin batería y no me di cuenta hasta esta mañana.

—Pues deberías haberlo cargado. Necesitaba hablar contigo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el otro con sequedad.

—Necesito hablar con Demian.

—El jefe no quiere que le molesten si no es por algo importante o para darle buenas noticias.

—Si no fuese importante, no te lo pediría. Dile que me llame. Y que sea rápido —añadió con voz autoritaria.

Cortó la llamada en el acto, tras lo cual sacó una cajetilla de tabaco y decidió fumar mientras esperaba que su teléfono sonase.

Estaba a punto de terminar el cigarrillo cuando por fin recibió una llamada de un número oculto.

—Soy Barrios —respondió.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz que esperaba escuchar.

—Tenemos un problema. Ella está aquí.

—¿Quién es ella?

—Eva, su mujer.

—¿Y por qué eso es un problema?

—Pues porque me va a resultar más difícil que Roberto cometa un error. Al parecer, ha venido para ayudarle en la investigación.

—En ese caso, tendrás que ocuparte de ella.

Barrios tragó saliva.

—¿De qué está hablando?

—Consigue que no se entrometa o tendré que decirle a mis chicos que se encarguen de eliminarla.

—Eso no sería una buena idea, sobre todo después de que alguien haya intentado asesinar a Roberto hace dos días.

—¿De qué estás hablando?

—Le inyectaron un fármaco muy potente que a punto estuvo de acabar con su vida. Por suerte, había una ambulancia medicalizada cerca y lograron reanimarlo a tiempo. Ha estado ingresado dos días en el hospital, hasta que le dieron el alta.

—¿Y por qué no he tenido conocimiento de nada de esto hasta ahora? —preguntó encolerizado—. Se supone que te pago para que me mantengas al corriente de todo.

—Lo haría si tuviese contacto directo con usted. Ayer llamé a uno de sus sicarios para que le avisase, pero tenía el teléfono apagado. Hasta ahora no he conseguido contactarle.

Tras unos segundos de silencio, Demian preguntó más calmado:

—¿Quién le atacó?

—No tengo ni idea. Me lo encontré tirado en el suelo del apartamento y llamé a Emergencias. Pensé que no le gustaría que muriese de ese modo.

—Pensaste bien. Tengo otros planes para él, pero quiero resultados pronto. Empiezo a impacientarme.

—Hay una buena noticia —prosiguió Barrios—. Buena e inesperada. No sé el motivo, pero parece ser que Roberto ha perdido su don. Eso nos va a facilitar bastante la tarea.

—Creo que no te he entendido bien. ¿A qué te refieres con eso de que ha perdido su don?

—Pues a que ya no se comunica con los muertos ni sueña con ellos como antes. Al menos, eso fue lo que me dijo al salir del hospital ayer. Quizá tenga algo que ver con que estuviese a punto de morir.

—Está jugando contigo —afirmó Demian.

—Lo dudo.

—Claro que sí. Sospecha de ti y te está poniendo a prueba.

—No tiene motivos para sospechar de mí —aseguró Barrios, que no estaba de acuerdo con esa opinión—. Además, sigue preocupado por encontrar al cura y el ataque que ha sufrido nos va a beneficiar.

—¿En qué sentido?

—De camino he visto un par de furgonetas de cadenas de televisión y al menos tres coches de prensa escrita. La muerte del alcalde de Jerte ha saltado a las noticias nacionales y eso ha atraído a la prensa. Si Roberto metiese la pata durante la investigación y la prensa lo sacase a la luz, podríamos lograr nuestro objetivo con facilidad. Tenga en cuenta que no tiene autorización para llevar a cabo ninguna investigación.

—Veo por dónde quieres ir y yo puedo ayudarte con la prensa, pero no olvides que el objetivo es que Roberto termine en la cárcel. Para eso te pago.

—Lo sé.

—Me da igual el modo en que lo consigas. Se suponía que secuestrando al cura resultaría más fácil.

—Yo nunca dije que fuera fácil —se defendió Barrios—, y el motivo para secuestrarlo era traer aquí a Roberto. Esa parte del plan salió bien.

—El objetivo no es que Roberto regrese a España. Lo quiero en la cárcel —reiteró Demian.

—Para conseguir eso necesito tiempo.

—Has tenido tiempo y yo empiezo a impacientarme.

Barrios resopló. Se jugaba demasiado dinero como para que Demian decidiese apartarle y prescindir de él.

—Solo han pasado cuatro días desde que llegamos aquí y dos de ellos Roberto los ha pasado en el hospital.

—El cura lleva ya una semana secuestrado y el riesgo de que alguien pueda dar con su paradero aumenta con cada día que transcurre. Quiero solucionar esto antes de que termine la semana. No hace falta que te recuerde lo que te juegas si no lo consigues.

Barrios tragó saliva.

—¿Es una amenaza?

—Hay algo que debes tener muy claro —dijo Demian endureciendo el tono de su voz—. Soy un hombre muy generoso con quien trabaja para mí, pero también implacable con los que me decepcionan. No quieras estar en ese segundo grupo.

—No se preocupe, no voy a fallarle.

—Me alegra oírlo y no quiero que volvamos a hablar hasta que Roberto Fuentes esté por fin en la cárcel. Cualquier cosa que necesites, háblala con los dos hombres que tengo con el cura, pero procura que no me molesten si no es estrictamente necesario. ¿Lo has entendido?

—¿Y si no me cogen el teléfono como ha sucedido esta vez?

El hombre se quedó en silencio unos segundos y luego dijo:

—Te mandaré un número de teléfono al que solo quiero que me escribas y si es un caso de extrema urgencia.

—Entendido, no se preocupe.

—No estoy preocupado, aunque tú sí deberías estarlo si el plan no sale como debería.

La llamada se cortó de golpe y dejó a Barrios desconcertado, preguntándose si quizás había cometido uno de los errores más graves de su vida.

Su ambición por obtener una vida mejor le había llevado a aliarse con alguien muy poderoso, al que ni siquiera conocía en persona. Solo sabía de él que se hacía llamar Demian, un nombre que suponía que no era real, solo un apodo. Un año antes ese enigmático hombre había sido muy generoso con él, pagándole una buena cantidad de dinero solo por mantenerle informado sobre los

movimientos de Roberto. Después de la investigación en la que ambos habían trabajado juntos, recibió una nueva llamada en la que Demian le prometió mucho más dinero si le ayudaba a destruir a Roberto. La oferta era demasiado jugosa como para rechazarla, aunque en ningún momento se había planteado que su propia vida pudiese correr algún peligro.

De cualquier modo, estaba decidido a seguir adelante. El dinero que Demian iba a pagarle por sus servicios sería suficiente para dejar la policía y comenzar una nueva vida sin preocupaciones y llena de lujos.

¿Quién iba a estar tan loco como para rechazar cinco millones de euros?

Lo único que necesitaba para que ese dinero fuera suyo era que Roberto terminase en la cárcel y su imagen pública destruida para siempre. Lo que ocurriese después de eso ya no era problema suyo. Para entonces estaría en alguna playa exótica al otro lado del mundo disfrutando de una vida de opulencia y despilfarro. La que se merecía.

Su teléfono vibró al recibir un mensaje de un número desconocido, que guardó en sus contactos.

—Vamos a por ello —murmuró regresando al interior del bar.

32

Eva terminó de ojear la agenda del padre Miguel y levantó la vista para mirar a Roberto, sentado frente a ella.

—Parece que al cura no se le da mal investigar —comentó.

—Eso mismo pensé yo al leer su agenda.

—Sin embargo, según las anotaciones, hay cosas que no encajan y que no tienen sentido.

—¿Cómo qué? —preguntó. Roberto prefería escuchar su razonamiento antes de darle el suyo.

—Que seis personas se suiciden del mismo modo, en la misma zona geográfica y en un periodo de tiempo relativamente corto, que no llega a los cinco meses, es cuando menos inusual, y más si tenemos en cuenta que tres de ellas son mujeres. Como ya te dije en su momento, no es habitual que una mujer se suicide ahorcándose. Las mujeres suelen preferir métodos más «amables» —dijo remarcando la palabra—, como por ejemplo una ingesta excesiva de ansiolíticos. Hay que tener mucho valor para atarse una cuerda alrededor del cuello y colgarse hasta morir.

—Existen casos, pero coincido contigo en que no es lo habitual.

—Tampoco es normal que todas las víctimas hayan dejado una nota de suicidio en su teléfono.

—Todas menos la primera —puntualizó Roberto.

—Es cierto. Luego te diré lo que pienso de esa muerte. Antes quiero centrarme en las notas —prosiguió Eva señalando con el dedo la agenda—. Por cierto, ¿cómo tuvo acceso el padre Miguel a ellas?

—La verdad es que no lo sé.

Eva comenzó a leerlas una a una en voz alta.

—Prefiero abandonar este mundo antes que olvidar a los que quiero. Estoy cansada de esta vida. Solo yo decido cuándo emprender mi camino. Es hora de dejar este mundo. Sé que me espera una vida mejor. —Hizo una breve pausa—. ¿Qué te dicen todos esos mensajes?

—La mayoría son genéricos.

—Exacto y no justifican lo que han hecho. Es decir, cuando un suicida deja una nota, lo hace para explicar los motivos de su decisión e incluso intenta saldar cuentas con quienes le han llevado a tomarla, si es que los hay. En todos estos casos, no se trata de un acto impulsivo, sino que parece reflexivo. Sin embargo, estas notas son demasiado simples, demasiado genéricas, como has dicho.

—El único que no dejó una nota de ese tipo fue el primer hombre que se ahorcó en su casa, el anciano, seguramente porque no tenía a nadie a quien dejársela.

—Por eso quería distinguirlo de los otros suicidios —añadió ella—. Vivía solo, sin familia ni amigos, y sin otro aliciente que cerrar los ojos para siempre.

—Quizá se cansó de esperar a que la muerte fuera a buscarle.

—Algo que en los otros casos no parece que fuera así, al menos no en todos ellos, por eso lo primero sería hablar con el entorno de las víctimas. De las notas del padre Miguel se deduce que no todas tenían motivos para quitarse la vida. Tenemos que confirmarlo —remarcó Eva.

—Eso apoyaría mi teoría de que hubo alguien detrás de las muertes, simulando un suicidio que no fue tal.

—Para eso tuvo que incapacitarlas de algún modo, si es cierto que no existen signos de lucha en los escenarios de las muertes.

—Solo en el asesinato del alcalde —puntualizó Roberto.

—Entiendo. —Eva reflexionó unos segundos—. Lo que está claro es que, para simular un ahorcamiento, hay que tener la fuerza

suficiente para cargar con el cuerpo y colgarlo de una cuerda de modo que parezca un suicidio.

—Sin embargo, nadie ahorcó a Irene, saltó del campanario por su propio pie. Lo vi claramente en mi sueño.

—¿Y si los demás también se colgaron por propia voluntad?

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que ya no te acuerdas de la burundanga? Fue el primer caso en el que trabajamos juntos en Llanes, cuando nos conocimos.

—Claro que lo recuerdo, pero… No sé —dijo Roberto tras unos segundos de duda—. En mi sueño Irene decía algo referente a que Dios la acogiese en su reino, como si realmente quisiera saltar.

Eva ojeó la libreta, pasando las páginas repetidas veces, y luego la cerró.

—Pongámonos en el lugar del asesino, sea un hombre o una mujer —dijo con gesto reflexivo—. Si yo fuera el asesino y quisiera cargarme a alguien simulando un suicidio, lo incapacitaría de un modo que no dejase un rastro visible. El mejor método sería una droga o una medicación con un fuerte efecto de sedación, que impida a la víctima forcejear.

—Como la que me inyectaron a mí —intervino Roberto apretando el puño—. ¡Joder! El médico me dijo que era GHB, una sustancia con una gran capacidad de sedación.

—Si estamos en lo cierto, quien te atacó a ti intervino en los suicidios.

—Por eso secuestró al padre Miguel, porque temía que lo descubriera. —Se quedó pensativo unos segundos, antes de continuar—. Luego atacó al alcalde, pero algo salió mal y tuvo que golpearle. De algún modo se enteró de que yo iba a conectarme con el cadáver y trató de asesinarme antes de que pudiera desvelar su identidad.

—Para que esa teoría tenga validez, necesitamos tener acceso a las autopsias y a los informes del forense. Hay que comprobar si había restos de esa sustancia en la sangre de las víctimas, incluido el alcalde.

—Será difícil conseguirlos —dijo Roberto—. Puedo preguntarle al sargento Llamazares, aunque no creo que pueda ayudarnos.

En ese momento el camarero posó sobre la mesa los bocadillos y la bebida que habían pedido.

—Me encanta llegar y encontrarme la comida recién hecha —dijo Barrios, regresando de la calle y sentándose junto a ellos—. ¿Me he perdido algo?

—Hablábamos de la posible relación de los suicidios con el ataque que sufrí.

—No termino de entenderte.

—Puede que haya un asesino detrás de los suicidios y que sea la misma persona que asesinó al alcalde de Jerte. Por eso quiso matarme, para que no descubriera su identidad.

—¿Quieres decir que sabía lo de tu don?

—Eso parece. Estamos decididos a averiguar su identidad.

El inspector dibujó una sonrisa, como si le agradase la idea.

—Aunque no tenemos autorización para hacerlo —puntualizó Eva —, por eso sería mejor que no te implicases en esto, Barrios. No queremos que te perjudique.

—No pienso dejaros solos, estoy con vosotros en esto —aseguró el inspector asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo tenéis pensado pillarlo?

—Todo asesino tiene un motivo para llevar a cabo sus crímenes y tenemos que averiguarlo —aseguró Eva.

—Pero eso será después de comer —dijo Roberto, agarrando su bocadillo entre las manos y mirándolo con admiración—. Hoy va a ser un día muy largo.

33

Los tres dedicaron el resto de la jornada a investigar cada uno de los suicidios que se habían producido en el Valle del Jerte y lo hicieron por orden cronológico.

Empezaron por el pueblo de El Torno, donde varios vecinos confirmaron lo que ya sospechaban. Agustín Herrero, el primer hombre en quitarse la vida, vivía solo, sin familia ni amigos. No se hablaba con sus vecinos, quienes hacía tiempo que lo evitaban por su carácter huraño y desagradable. Uno de ellos les contó incluso que a nadie en el pueblo le extrañó que se quitase la vida.

Eso encajaba con la anotación del padre Miguel en la agenda referente a que no tenía motivos para vivir y que eso justificaba su suicidio.

—Es muy probable que este suicidio fuese voluntario —aseguró Roberto, mientras dejaban atrás el pueblo, con Eva sentada al volante y él en el asiento del acompañante.

—Yo también lo creo —le apoyó Barrios, sentado en la parte de atrás—. Por ese motivo no dejó ninguna nota.

—No nos adelantemos —les corrigió ella—. Antes hay que ver si hay similitudes entre esta muerte y las demás.

La siguiente parada la hicieron en Cabezuela del Valle y resultó muy diferente a la primera.

Francisca García Pando, más conocida como Paquita, era muy apreciada por sus vecinos, al menos por todos con los que pudieron hablar. Su único hijo, que se encontraba en ese momento en la casa de vacaciones con su mujer y sus hijos, aseguró que su madre no tenía motivos para suicidarse.

—Yo no acepto la versión oficial —aseguró sin esconder su rabia —. Mi madre no tenía motivos para quitarse la vida. Incluso cuando murió mi padre hace cinco años, supo seguir adelante. Se acostumbró a vivir sola. Participaba en muchas de las actividades que se organizaban en el pueblo y estaba muy bien de salud.

—¿Cómo era su estado mental? —preguntó Eva.

—Perfecto. Dos días antes de su muerte hablé con ella por teléfono sobre lo que habíamos hecho el verano pasado y se acordaba perfectamente de todo. Es mentira que tuviese alzhéimer, como daba a entender esa nota que apareció en su teléfono. Además, mi madre apenas usaba el teléfono y mucho menos para escribir notas. Solo lo utilizaba para llamar y ver los mensajes del WhatsApp que le mandábamos. Ella no la escribió.

—¿Está seguro?

—La Guardia Civil me enseñó la nota y estaba escrita perfectamente. Le aseguro que mi madre no escribía así de bien. Mire.

Sacó su teléfono y les mostró varias conversaciones que había mantenido con su madre en la aplicación de mensajería, en las que se veía cómo se comía letras y cometía frecuentes faltas de ortografía.

—¿Sabe si tenía problemas con alguien? —preguntó Roberto—. ¿Algún vecino con el que se llevase mal?

—Con nadie. Puede preguntarle a cualquiera de las amigas con las que tomaba el café a diario.

Así lo hicieron después de hablar con el hijo y la conclusión fue que la mujer no tenía motivos para suicidarse. Todas sus amigas coincidieron en ello.

Por desgracia, tampoco supieron decirles quién podía desear su muerte.

Era última hora de la tarde cuando llegaron al pueblo de Piornal, el lugar donde vivía la tercera víctima.

El cuerpo de Lucía Lago Muñoz había aparecido colgado de una pasarela en la cascada de Caozo, un lugar muy turístico donde hicieron una parada antes de llegar al pueblo. Roberto no sintió nada especial al pisar el lugar, tal y como le había ocurrido en Cabezuela del Valle al visitar el jardín trasero donde se había quitado la vida Paquita.

De ahí se trasladaron al pueblo de Piornal, donde la víctima, además de vivir, trabajaba como camarera en un bar. El dueño, un hombre que aparentaba unos sesenta años, se mostró poco comunicativo y reacio a hablar de Lucía. Por suerte, su mujer, que trabajaba en la cocina, tuvo menos reparos cuando se reunieron con ella a solas.

—No me extraña que terminase así, viendo el tipo de vida que llevaba —aseguró la mujer—. Se había divorciado dos veces y era aficionada a meterse en la cama de cualquier hombre. Lo único bueno era que no tenía hijos que pudiesen ver el comportamiento asqueroso de su madre.

Lo dijo con un desprecio que a ninguno le pasó desapercibido, por eso Eva preguntó:

—¿Tuvo usted algún problema personal con ella?

—No, porque la conocía de sobra, como todos en el pueblo. Pero mi marido se empeñó en darle un trabajo porque necesitaba ayuda en el bar y pasó lo que tenía que pasar. ¡Mira que se lo avisé! —exclamó la mujer apretando entre las manos el trapo de cocina que sostenía—. Estaba tonteando con un cliente cuando entró el novio con el que andaba de aquella y se montó un buen follón. Agarró del cuello al otro y, si no llega a ser porque mi marido intervino a tiempo y lo sacó del bar, no sé cómo habrían terminado.

—¿Cuándo fue eso?

—La semana antes de que la encontrasen colgada de la cascada.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a su novio?

—Vive en Jerte y, según me han contado, ahora trabaja en un restaurante que se llama El Fogón. Desde ese día en que mi marido tuvo que sacarlo del bar, no volvió por aquí.

—¿Puede decirme su nombre?

—Alfonso, aunque todo el mundo lo conoce por Fonsi.

—Gracias por la información. Hablaremos con él.

—Una última cosa —intervino Roberto antes de que saliesen de la cocina—. Hace un momento dijo que no le extrañaba que hubiese terminado muerta. —La mujer asintió levemente con la cabeza, reafirmándose—. ¿Lo dice porque piensa que tenía algún motivo para suicidarse o porque alguien pudo acabar con su vida?

Ella se tomó unos segundos de reflexión antes de responder.

—Esa mujer era de las que andaba hoy con uno y mañana con otro. Eso solo trae problemas.

—¿Entonces no cree que se suicidase?

—Es difícil saberlo. Lo único que digo es que a mí ese Fonsi nunca me gustó.

—¿Por qué motivo?

—Es un camorrista que siempre anda metido en peleas. Al menos es lo que dicen por ahí.

—¿Piensa que podría haberle hecho daño a Lucía?

—Yo no he dicho eso, solo digo que tiene mal carácter.

Viendo que no le iban a sacar nada más, se despidieron de ella y abandonaron el bar para dirigirse al coche.

—Tenemos que hablar con el tal Fonsi —sugirió Barrios—. Quizá sea quien la colgó del cuello en la cascada.

—Debería hablar con él yo sola —dijo Eva.

—Eso ni lo sueñes —le replicó Roberto.

—Se sentirá más cómodo y menos intimidado que si vamos los tres.

—No voy a dejarte sola.

—Iré al restaurante donde trabaja y no creo que allí vaya a estar sola.

—Me da igual.

—¿Por qué no vamos los tres y de paso cenamos algo? —propuso Barrios—. No hemos vuelto a meter nada en el estómago desde esta

mañana y de ese modo estaríamos presentes si la cosa se complica.

—Me parece bien —lo apoyó Roberto.

—De acuerdo, pero dejad que yo hable con él a solas —insistió Eva—. Tal vez haya suerte y terminemos el día con buenas noticias.

34

El restaurante El Fogón era un local bastante viejo, aunque mantenía cierto encanto. Tenía una chimenea al fondo, con aspecto de llevar mucho tiempo sin usarse, y unas veinte mesas, de las cuales estaban ocupadas la mitad. Nada mal para ser lunes por la noche, lo que les indicó que la comida debía de ser buena.

Ocuparon una mesa en un lado del comedor, para así tener una visión amplia del local y, en especial, de la barra. Tras ella había un hombre de unos cincuenta años, de complexión fuerte, barba de varios días y rictus serio, como si estuviese cabreado con el mundo. Una camarera de pelo rubio, con un llamativo mechón de color azul sobre la frente, se acercó a atenderles. Aparentaba alrededor de los treinta años.

—Bienvenidos, soy Amanda. Imagino que queréis cenar.

—Nos encantaría —se adelantó Barrios a los demás—. ¿Tienes una carta de menús por ahí?

—Claro —dijo entregándoles a cada uno las que llevaba bajo el brazo—. Para cenar tenemos platos combinados, raciones y bocadillos. El menú del día solo lo servimos a mediodía.

—Una pregunta, Amanda —llamó su atención Eva—. ¿Trabaja hoy un tal Fonsi?

—Sí, es el que está detrás de la barra.

—Gracias.

—¿Os traigo alguna bebida mientras miráis la carta?

Cada uno pidió lo suyo y, una vez la camarera se alejó, Eva se puso en pie.

—Voy a hablar con él.

—¿Seguro que quieres hacerlo sola? —preguntó Roberto.

—Sí. Por cierto, si tardo en volver, pídeme una ensalada completa.

Roberto la siguió con la mirada mientras se dirigía a la barra. Ni siquiera miró la carta. Toda su atención se centró en lo que estaba a punto de suceder. Sabía que Eva tenía mucha experiencia a la hora de interrogar a alguien, pero el aspecto de aquel hombre era demasiado intimidante como para no estar alerta.

No perdió detalle de la conversación que mantuvo con él. Por ese motivo, cuando las cosas se complicaron, no dudó en intervenir.

Eva caminó hasta la barra con paso decidido y llamó la atención del camarero al llegar a ella.

—¿Eres Fonsi?

Él la miró de arriba abajo, como si la desnudase con la mirada.

—El mismo, guapa —aseguró con un intento de sonrisa seductora que se quedó en una mueca ridícula.

—Soy la sargento Ruano, de la Guardia Civil —dijo para marcar las distancias con él desde un primer momento—. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—¿Qué quieres saber?

—Tengo entendido que salías con Lucía Lago cuando falleció.

—Te han informado mal. Lo habíamos dejado mucho antes.

—Eso no es lo que me han dicho. Una semana antes de su muerte tuviste una fuerte discusión con ella en el bar de Piornal donde trabajaba.

La mandíbula de Fonsi se tensó al escuchar eso.

—Lucía era una zorra que se acostaba con todo el que podía, por eso corté mi relación con ella. Estaba loca —aseguró con rotundidad

—. No me extraña que se quitase la vida.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Te lo acabo de decir. Estaba mal de la cabeza.

—¿Durante cuánto tiempo saliste con Lucía?

—No salía con ella. Nos acostamos un par de veces y ya está. No fue nada serio.

—La bronca que tuviste en ese bar indica todo lo contrario.

—A la gente le gusta exagerar. El tío con el que estaba tonteando era un imbécil, por eso me cabreé, pero no pasó de ahí.

—Porque te sacaron del bar a tiempo. Puede que no se quedase ahí, después de todo.

El camarero puso la palma de la mano sobre la superficie de la barra con demasiada energía.

—¿Me estás acusando de matarla?

—Tranquilízate.

—No voy a tranquilizarme —dijo apretando los dientes—. Esa noche yo estaba trabajando.

—¿Toda la noche?

—Hasta que cerramos a la una de la madrugada y luego me fui directo a dormir.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en Jerte, en una casa frente al puente que cruza el río.

—¿Alguien puede confirmar que estabas en casa?

—Mi teléfono. Puedes comprobar mi posicionamiento por las antenas de telefonía si crees que miento. Es lo que hacéis, ¿no?

—Parece que estás bien enterado.

—Veo muchas series de policías.

—Pudiste dejar el teléfono en casa.

De pronto, su mirada se volvió fría como el hielo y alargó la mano para agarrarla del antebrazo.

—Escúchame bien… listilla. No me vais a cargar su muerte. ¿Por qué no os dedicáis mejor a investigar el asesinato del alcalde y me dejáis en paz?

Eva intentó mantener la calma, a pesar de que empezaba a notar cómo los dedos de Fonsi se le clavaban en la piel.

—Suéltame ahora mismo.

—Lucía se suicidó.

—He dicho que me sueltes.

Durante unos segundos se miraron a los ojos. Sin duda, aquel hombre tenía bastante fuerza porque enseguida empezó a notar que se le paralizaba el brazo.

—¡Suéltala! —escuchó de pronto la voz de Roberto a su lado, a la vez que una de sus manos agarraba la muñeca de la mano con que Fonsi la retenía. Al ver que no obedecía, insistió—: Como no lo hagas, te garantizo que vas a pasar una larga temporada entre rejas.

Eso hizo que la liberase y diese un paso atrás.

—Volveremos a hablar —dijo Eva antes de darle la espalda.

Los dos regresaron a la mesa, donde Barrios los miró intrigado.

—¿Va todo bien? —preguntó cuando se sentaron a su lado.

—Sí —respondió Eva—. Solo le estaba poniendo a prueba.

—¿Crees que lo hizo él? —preguntó Roberto.

—Esperaba que me lo dijeses tú. ¿Sentiste algo al agarrarle la muñeca?

—No, aunque eso no quiere decir que no lo hiciese. Ya te dije que he perdido el don.

—¿En serio que lo has perdido? —intervino Barrios en la conversación.

—Cada vez estoy más convencido de ello, lo que no significa que Fonsi no asesinara a Lucía.

—Tranquilo, si es culpable, lo descubriremos —afirmó Eva.

35

Estaban terminando de cenar cuando Fonsi salió del bar chaqueta en mano, después de lanzarles una mirada desafiante que a Roberto no le pasó desapercibida.

—Aunque ya no pueda usar mi don para saber si es culpable, tengo claro que ese tío me da mala espina —comentó.

—Y tiene la fuerza suficiente para cargar con el cuerpo de una mujer —añadió Eva.

—¿Creéis que la mató él? —preguntó Barrios.

—Yo no lo descartaría.

—Yo tampoco —la apoyó Roberto.

—En ese caso, podría estar detrás de los suicidios que se están produciendo en el valle. ¿No os parece?

—Yo no diría tanto —dijo Eva, negando con la cabeza—. Imagino que habréis oído hablar de los crímenes del Estrangulador de Boston.

—Sí —respondieron los dos al unísono.

—Se cree que varios de los crímenes que se achacan al Estrangulador de Boston pudieron cometerlos otras personas que se aprovecharon de su *modus operandi* para enmascarar sus propios asesinatos. Yo no descartaría que aquí haya podido pasar lo mismo.

—¿Crees que puede haber más de un asesino? —preguntó Barrios.

—Es lo que debemos averiguar. Solo hemos investigado tres de las muertes. Faltan otras tres.

—Pero eso será mañana —dijo Roberto al ver que a Eva se le escapaba un bostezo después de decir eso—. Es hora de que nos vayamos a dormir. Tú lo necesitas más que nadie.

Terminaron de cenar y luego se dirigieron al complejo de apartamentos, donde se despidieron hasta el día siguiente.

Mientras Eva llamaba a la madre Benedetta para saber cómo se encontraban los niños, Roberto dedicó unos minutos a leer las noticias en internet. La prensa se había hecho eco del asesinato del alcalde de Jerte y la teoría que más fuerza estaba ganando era que su muerte estaba relacionada con sus aventuras extramatrimoniales.

Puede que Eva estuviera en lo cierto y su asesinato no tuviera nada que ver con los suicidios. Alguien podía haberlo asesinado por venganza, simulando luego un ahorcamiento como los que se habían producido en el valle los últimos meses y que al final no había salido tan bien como esperaba. O solo había un asesino, en cuyo caso tendrían que averiguar el motivo por el que había acabado con la vida de todas aquellas personas.

¿Sería Fonsi el asesino que buscaban?

Esperaba no tardar mucho en resolverlo.

—¿Qué tal los niños? —preguntó cuando Eva regresó a su lado, una vez finalizada la llamada.

—Bien. Benedetta dice que están bastante entretenidos en el colegio, aunque nos echan de menos. No sé si habré hecho bien en dejarlos solos.

—Puedes regresar cuando quieras. No te preocupes por mí. Ya ves que cuento con la ayuda de Barrios.

—Con respecto a eso…

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto al ver un velo de preocupación asomar en el rostro de Eva.

—¿De verdad que confías en ese policía?

—Pues claro, ya te dije que estoy vivo gracias a él. ¿Qué te preocupa?

—Hay algo que no me gusta de él. Su mirada es huidiza, al menos conmigo.

—Puede que le intimides.

—Lo digo en serio, Rober. Puede que te salvase la vida, pero algo no me encaja. Se encuentra contigo de casualidad en el aeropuerto y decide acompañarte hasta aquí. ¿A ti no te parece raro?

—Las casualidades existen.

—No cuando se trata de nuestras vidas. Si algo hemos aprendido en los últimos años es que no podemos confiar en nadie. Solo en nosotros dos.

—En eso tengo que darte la razón —reconoció él—. El problema es que no hay mucha gente que pueda ayudarnos en esta investigación.

—Soy consciente de ello.

—Y el hecho de no poder contar con mi don es una dificultad añadida.

—No consigo entenderlo. ¿Cómo puede haber desaparecido así, sin más?

—Lo he estado pensando y puede que fuera por culpa de la droga que me suministraron. Eso o que estuve clínicamente muerto durante casi un minuto. No lo sé —dijo Roberto encogiéndose de hombros—. Lo único que puedo decir es que ya no siento las cosas que sentía antes. He perdido la conexión con aquello que me hacía diferente.

—Puede que sea cuestión de tiempo que lo recuperes.

—Ya veremos. Solo espero que, a pesar de todo, me quieras igual.

Eva sonrió y se acercó para abrazarse a su pecho.

—Nunca voy a dejar de quererte, ya lo sabes.

Permanecieron un tiempo abrazados, en silencio, hasta que ella lo soltó y dio un paso atrás.

—Me caigo de sueño. Mañana seguiremos hablando de todo.

—Ojalá consigamos averiguar la identidad de la persona que intervino en los suicidios y que eso nos lleve hasta el padre Miguel.

Eva alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Sabes que, de ser así, lo más probable es que esté muerto, ¿verdad?

—Lo sé —admitió Roberto—, pero no quiero perder la esperanza de encontrarlo con vida.

—Lo haremos juntos.

Esa noche los dos durmieron abrazados, algo que Roberto echaba de menos y que lo convenció de que nada malo podía ocurrirles si estaban juntos.

MARTES, 24 DE MARZO

36

Comenzaron el día visitando el pueblo de Cabezuela del Valle, donde más suicidios se habían producido. Tras un desayuno rápido, los tres se presentaron en el lugar de trabajo de Carlos del Amo López, cuya muerte sí que parecía claramente un suicidio.

A sus cincuenta y siete años, trabajaba en un supermercado de Cabezuela del Valle desde hacía dos meses, descargando y colocando mercancía en el almacén. El dueño afirmó que le había dado el trabajo más por pena que por necesidad, ya que Carlos vivía casi en la indigencia, en una casa vieja que había heredado de su abuela. Después de un mes a prueba, pensó en echarle, pero al enterarse de que tenía cáncer decidió mantenerlo en su puesto.

—Me pareció que era inhumano echarlo estando enfermo —les explicó el dueño—, aunque lo cierto es que no parecía dispuesto a realizar el tratamiento. Decía que prefería morir con una botella de ginebra en la mano, por eso no me extrañó que decidiese acabar con su vida. Era un hombre que no tenía mucho por lo que vivir.

El dueño era quien lo había encontrado muerto en su casa, después de que no se presentase a trabajar el día anterior. El recuerdo de ese terrible momento hizo que incluso su voz se entrecortara.

—Fue horrible encontrarlo colgado de una viga… en el salón.

Hablaron también con varias de las empleadas del supermercado. Todas dijeron que apenas hablaban con él porque no les caía nada bien. Solo el empleado que trabajaba en la charcutería aportó algún dato más sobre su personalidad.

—Soy un par de años más joven que Carlos y toda la vida lo he conocido con un vaso en la mano. Dejó los estudios muy joven porque le gustaba mucho salir de fiesta y prefería trabajar, aunque se pasó la vida dando tumbos de un lado a otro. De hecho, si aguantó tanto en este trabajo fue porque el dueño le perdonaba que llegara tarde o no se presentara por culpa de la resaca. Tuvo demasiada paciencia con él.

También les dijo que apenas le quedaban amigos y que era habitual encontrarlo solo y borracho por los bares del pueblo los fines de semana. Siempre presumía de que moriría abrazado a una botella.

—Está claro que decidió quitarse la vida antes de que el cáncer acabara con él —comentó Barrios al abandonar el establecimiento.

—Yo no lo tengo tan claro —le rebatió Eva—. Es cierto que parecía tener motivos, pero no me encaja la nota que dejó.

—¿En qué sentido? —preguntó Roberto.

—«Yo decido cuándo emprender mi camino hacia el más allá» —recitó la nota de memoria—. ¿No os parece demasiado profundo para alguien sin estudios?

—Imagino que sí. El problema es que no hemos averiguado si alguien tenía motivos para verle muerto.

—Habrá que seguir investigando su vida.

Decidieron ocuparse a continuación del suicidio de Sergio Arias Ruiz, el dueño de uno de los bares del pueblo. Para ello visitaron a su viuda en el apartamento situado justo encima del bar. La mujer, cercana a los cuarenta años, presentaba un aspecto ojeroso, lo que les dio a entender que le estaba costando superar la muerte de su marido.

—Estábamos ahogados por las deudas, eso es cierto —comentó la mujer cuando se reunieron con ella en el salón de su casa—. Habíamos pedido un préstamo al banco para enviar a nuestra hija de Erasmus a Italia, pensando que lo pagaríamos sin problemas, pero las ganancias del bar comenzaron a bajar y llegó un momento en que no daban para cubrirlo. Tuve que ponerme a fregar apartamentos para que entrara más dinero en casa y, a pesar de eso, nos costaba mucho llegar a fin de mes.

—¿Cómo llevaba esa situación su marido? —preguntó Eva.

—Mal. A menudo decía que era culpa suya que el bar no diese más dinero, aunque la realidad es que hay tantos bares y restaurantes en el pueblo que no todos pueden sobrevivir. Sin embargo, no estaba tan desesperado como para quitarse la vida.

—Puede que la situación llegase a un punto que fuese insostenible para él.

—Mi marido era un luchador. No voy a negar que últimamente estaba de mal humor y que nuestra relación se resintió bastante por los problemas económicos, pero estábamos decididos a superarlo juntos. Incluso nos dimos un plazo de unos meses, hasta la llegada de la floración y la Semana Santa para ver si el negocio remontaba, por eso no tiene lógica que se quitase la vida.

—¿Sabe si tenía problemas con alguien? —preguntó Roberto.

—¿En qué sentido?

—Tanto personales como económicos. Puede que le pidiese dinero prestado a quien no debía.

—Nada de eso —dijo la mujer negando con la cabeza de forma enérgica—. Me lo habría dicho. Además, la gente lo apreciaba. Jamás tuvo problemas con nadie.

—¿Está segura?

—Bastante.

Eso les dejaba ante otro suicidio sin explicación aparente.

De regreso al coche, Roberto exteriorizó su frustración.

—Esto no avanza. Unos suicidios parecen tener explicación y otros no. ¿Y si estoy demasiado empecinado en que haya alguien tras los suicidios y estoy equivocado?

—No lo estás —le replicó Eva. Al mirar a Barrios, este se limitó a encogerse ligeramente de hombros—. Ya oíste lo que dijo la viuda. Su marido tenía la esperanza de levantar el negocio y la nota que dejó en su teléfono tampoco explica lo que hizo. —Eva sacó la agenda del padre Miguel y leyó en voz alta—: «Es hora de dejar este mundo». Alguien que lucha por su familia no deja un mensaje tan frío. Habría puesto algo como «os quiero», o «perdonadme por dejaros». Ni siquiera se despidió de su mujer y su hija. En mi opinión, ese hombre no se suicidó.

Roberto asintió con la cabeza, conforme.

—El problema es que desconocemos quién podía tener motivos para quitarle la vida.

—Quizá no existe ningún motivo —intervino Barrios, que apenas había abierto la boca en toda la mañana. Se había limitado a acompañarlos y a escucharlos mientras hablaban con el entorno de las víctimas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eva.

—Muchos asesinos matan porque sí, porque algo dentro de ellos les empuja a hacerlo. No tienen un motivo, más allá de que están mal de la cabeza.

—Dudo que en este caso sea así. Si hay un asesino detrás de los suicidios, no es alguien que actúe por impulsos. Las muertes están planificadas y eso indica que hay algo personal tras ellas.

—Si tuviéramos acceso a los informes policiales, podríamos determinar si existen indicios de asesinato en alguno de los suicidios —dijo Roberto al llegar al vehículo.

—¿Y por qué no intentas conseguirlos? —preguntó Barrios, provocando que los dos le mirasen extrañados—. Alguna forma habrá de hacerse con ellos.

—¿Estás insinuando que los robemos?

Antes de que pudiese responder a la pregunta, un coche patrulla de la Guardia Civil se detuvo justo detrás de su coche. El sargento Llamazares descendió por el lado del conductor y se acercó a ellos.

—Tenemos que hablar. Alguien ha puesto una denuncia contra vosotros por acoso.

37

Roberto fue el primero en mostrar su desconcierto ante las palabras del sargento Llamazares.

—¿Una denuncia? Imagino que será una broma.

—No lo es, por eso estoy aquí —respondió el sargento, que a continuación posó la mirada en Eva y alargó la mano hacia ella—. Me alegro de verte de nuevo, Ruano. No sé si te acordarás de mí. Soy Llamazares.

—Lo siento, ahora mismo no me doy cuenta —aseguró ella, estrechando su mano—. Roberto dice que estabas en la comandancia de Oviedo.

—Sí, en Intervención de Armas. Antes llevaba bigote, igual no me recuerdas por eso.

—Puede ser —dijo ella sin mucha emoción—. ¿Qué es eso de que nos han denunciado por acoso? ¿Qué tipo de acoso?

—Policial —respondió encogiéndose de hombros, como si no le diese demasiada importancia—. Alfonso Corrales, un vecino de Jerte, se presentó hoy en el puesto de Navaconcejo para acusar a la Guardia Civil de intimidarle.

—¿Fonsi nos denuncia por acoso? ¡Tiene cojones! —exclamó Roberto.

—Dice que una mujer, que se identificó como sargento de la Guardia Civil, le acusó de haber matado a una mujer con la que

apenas tenía relación.

—Nadie le acusó de nada —le replicó Eva—. Y miente al decir que no tenía relación con ella. Era el novio de Lucía Lago.

—¿Esa no es la mujer que se suicidó en las cascadas de Piornal durante las pasadas Navidades?

—Así es —respondió Roberto—. Una semana antes de su muerte, Fonsi se presentó en el bar en el que ella trabajaba y atacó a un cliente porque pensó que tenía una relación con ella. Tuvieron que sacarle de allí para que la cosa no fuese a más.

—Conozco a Fonsi, y es cierto que tiene mal carácter, pero no creo que sea un asesino.

—Yo no estaría tan seguro.

—Lo que no entiendo es qué tiene eso que ver con la desaparición del cura —añadió el sargento.

—Eso es cosa nuestra —le cortó Eva.

—Te equivocas. El asesinato del alcalde nos ha puesto a todos en el punto de mira de la prensa y lo que menos necesitamos es que un imbécil salga en televisión acusando a la Guardia Civil de acoso. —No estaba cabreado, pero hablaba con bastante firmeza—. De momento he conseguido convencerle para que no tramite ninguna denuncia y, a cambio, le he prometido que hablaría con vosotros para que le dejéis en paz. —Tras decir eso, posó la mirada en Roberto—. No creo que te interese que la prensa sepa que estás en el valle investigando sin autorización.

—¿Es una amenaza? —se defendió.

—Por supuesto que no. Yo te pedí que me ayudases a averiguar quién había asesinado al alcalde. Lo que quiero decirte es que no te interesa que la prensa empiece a preguntarse qué haces aquí.

—Solo estoy buscando al padre Miguel.

—¿Y crees que Fonsi tiene algo que ver con su desaparición?

—Lo que creo es que desapareció porque estaba investigando los suicidios.

La expresión del sargento fue de desconcierto.

—No termino de entender por dónde vas.

—Existe la posibilidad de que haya alguien detrás de algunos de los suicidios que se han producido en el valle estos últimos meses —

intervino Eva— y de que esa persona sea quien lo secuestró porque se estaba acercando demasiado a la verdad, por eso estamos investigando.

—¿Y pensáis que Fonsi es esa persona?

—Es lo que esperamos averiguar.

—Escuchad… —El sargento hizo una pausa, como si buscase las palabras adecuadas—. La situación ahora mismo no es la mejor para que andéis por ahí haciendo preguntas. La gente está muy preocupada con el asesinato del alcalde y la prensa está intentando sacar carnaza de cualquier rumor o chisme que le haga ganar audiencia.

—Me importa un bledo lo que diga la prensa —le replicó Roberto —. Me preocupa más que el padre Miguel lleve ya ocho días desaparecido y nadie haya movido un dedo para encontrarlo.

La expresión del sargento se endureció y se puso a la defensiva.

—¿Lo dices por mí? Porque te recuerdo que estoy al mando de un puesto de la Guardia Civil con poco más de diez efectivos, con la misión de patrullar el valle, atender al ciudadano, tramitar denuncias y, si eso no fuera bastante, ahora encima tenemos que apoyar la investigación del asesinato del alcalde. Por supuesto que me gustaría continuar con la búsqueda de ese cura.

—Pues no lo parece.

Roberto era consciente de que no estaba siendo justo con Llamazares, pero le frustraba que nadie los apoyase en su investigación. Por suerte, no pareció que le molestase el comentario.

—Creo que deberíamos hablar de todo esto con más calma en otro lugar. ¿Qué os parece si os invito a comer y me ponéis al día con lo que habéis averiguado hasta ahora?

—¿Y por qué íbamos a hacer eso? —desconfió Eva.

—¿El qué, comer conmigo?

—Compartir información.

—Porque si es cierto que hay alguien detrás de los suicidios me gustaría saberlo.

—Cuando hablamos, me dijo que no había pruebas de que las muertes no hubieran sido voluntarias —dijo Roberto.

—Eso fue lo que determinó el forense, por eso me gustaría saber por qué pensáis que estaba equivocado.

—Es mejor que lo dejemos para otro momento —intervino Eva.

—Os aseguro que conozco un restaurante aquí en Cabezuela donde se come muy bien.

—Ya hablaremos. —Y sin más le dio la espalda, dejándole con la palabra en la boca.

Roberto la siguió hasta el interior del coche, donde se sentó a su lado.

—¿Qué ocurre? Llamazares podría proporcionarnos información sobre las investigaciones de cada uno de los suicidios.

—Lo sé, pero no me fío de él.

—¿Por qué?

—¿Te has fijado en cómo cambió su cara cuando le dije que había alguien detrás de los suicidios?

—Sí, pero…

—Creo que esconde algo.

—¿El qué?

—No lo sé todavía, pero no podemos fiarnos de él, como tampoco me fío de Barrios —añadió.

En un acto reflejo, Roberto miró por encima de su hombro y observó cómo el inspector se había quedado fuera del coche hablando con el sargento.

—¿Te has fijado en la actitud de Barrios hoy? —añadió Eva—. No ha abierto la boca en ningún momento, mientras hablábamos con los amigos y familiares de las víctimas. Parecía más pendiente de nosotros que de lo que nos contaban.

—No me he fijado, la verdad.

—Yo sí. Agradezco que te salvase la vida, pero creo que a partir de aquí deberíamos seguir investigando tú y yo solos. No veo que aporte nada y también es un modo de llamar menos la atención de la prensa. ¿No te parece?

—Si tú lo tienes claro, no tengo nada que objetar. Además, imagino que estará deseando regresar a casa. Eso sí, deja que sea yo quien se lo diga.

Justo en ese momento se abrió la puerta de atrás y Barrios entró en el coche.

—He conseguido que el sargento me diga dónde se encuentra ese restaurante del que hablaba. ¿Os parece que comamos allí? Casi son las dos de la tarde y es hora de tomarnos un descanso.

—De acuerdo, pero tengo en mente otro lugar mejor para comer —dijo Eva arrancando el motor.

38

No fue casualidad que Eva decidiese comer en el restaurante de Jerte donde habían cenado la noche anterior. El mismo en el que trabajaba Fonsi. Ella quería observar su reacción cuando los viese allí, después de denunciarlos por acoso. Sin embargo, el camarero que en esta ocasión estaba detrás de la barra era otro y tampoco lo vieron en el comedor.

La misma camarera del día anterior los atendió en cuanto se sentaron a la mesa.

—Habéis vuelto.

—Eso es porque nos atendiste muy bien ayer, Amanda —dijo Barrios, que parecía más comunicativo—. ¿Qué nos aconsejas comer hoy?

—Tenemos un menú del día bastante completo, con cuatro primeros y cuatro segundos a elegir. ¿Os traigo la carta?

—Sí, claro.

Mientras esperaban a que regresase, Roberto miró a su alrededor. El comedor estaba casi lleno. La mayoría eran obreros con el mono de trabajo puesto y un par de ellos con chaleco amarillo. También distinguió varias parejas de turistas con ropa de senderismo.

—Aquí tenéis —dijo la camarera, regresando con las cartas.

—Parece que tenéis mucha gente para comer —comentó él.

—Están construyendo un bloque de pisos aquí al lado y los obreros vienen a comer todos los días.

—¿Fonsi no trabaja hoy? —preguntó Eva.

—No, está de descanso. ¿Querías algo de él?

—Nada importante.

—¿Qué vais a beber?

La joven camarera tomó nota y se alejó en busca de las bebidas, así que Roberto pensó que era un buen momento para hablar con Barrios.

—Hay una cosa que quería comentarte —comenzó a decir, posando la mirada en él y procurando elegir bien las palabras para que no se ofendiese—. Eva y yo hemos hablado y creemos que es mejor que a partir de aquí sigamos investigando los dos solos.

El inspector lo miró con una mezcla de sorpresa y extrañeza.

—¿No queréis que os ayude?

—Es mejor que no te impliques más. Además, así podrás regresar a casa.

—Todavía me quedan algunos días de vacaciones.

—No lo digo por eso. Tienes un trabajo en el que pensar y esta investigación podría meterte en problemas.

—Sabes que eso me da igual. Quiero ayudarte a encontrar al padre Miguel.

—Podrías quedarte sin trabajo si las cosas salen mal.

—No me importa.

—Pero a mí sí.

—Nosotros seguiremos a partir de aquí —intervino Eva con voz firme—. Te agradezco mucho que le salvases la vida a Roberto, pero es mejor que continuemos la investigación los dos solos.

—¿Es que no confiáis en mí? —preguntó Barrios clavando la mirada en Roberto.

—No es cuestión de confianza —le respondió él—. Con la prensa por aquí, a la caza de cualquier noticia, es probable que las cosas se compliquen y prefiero que te quedes al margen.

Por un momento pareció que iba a protestar, pero se limitó a asentir con la cabeza, con resignación.

—Si lo prefieres así…

—Me quedo más tranquilo dejándote fuera.

—De acuerdo. —Barrios centró la mirada en la carta del menú, aunque pasados unos segundos, comentó—: De todas formas, me quedaré por aquí haciendo turismo, si no os importa. Prefiero aprovechar los días que me quedan de vacaciones.

—Me parece bien.

—Eso sí, no dudéis en llamarme si necesitáis ayuda.

Comieron sin apenas cruzar una palabra, más allá de comentar lo buena que estaba la comida. Al terminar, separaron sus caminos. Barrios regresó al apartamento caminando y Eva y Roberto se dirigieron a casa de los padres de Irene.

Era el último suicidio que les quedaba por investigar y esperaban obtener por fin alguna pista que los condujera hasta quien podía estar detrás de los suicidios.

39

Aparcaron en la pequeña plaza que había delante de la iglesia. A Roberto le llamó la atención ver a un par de obreros trabajando en el tejado del edificio con un arnés de seguridad. Por sus movimientos supuso que estaban arreglando alguna de las goteras que había observado en su anterior visita al interior de la iglesia.

—¿Esa es la torre desde la que saltó Irene Castro? —preguntó Eva señalándola con el brazo estirado.

—Sí —respondió él con voz apagada—. Su cuerpo quedó suspendido en el aire, colgando de la cuerda que tenía atada al cuello.

—Tuvo que ser una imagen espeluznante.

Permanecieron unos segundos observando la torre, hasta que decidieron caminar hasta la casa de los padres de Irene Castro. Por el camino, Roberto le explicó con detalle a Eva lo que había hablado con la madre en su anterior visita.

—Esperemos que esta vez se muestre más colaboradora —comentó cuando llegaron a la puerta de la vivienda.

La madre fue quien les abrió la puerta al poco de presionar el botón del timbre. Vestía completamente de negro y tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado recientemente.

—Hola, Adela. Soy Roberto Fuentes. No sé si me recuerda.

—Sí. Viniste con el padre Francisco la semana pasada.

—Ella es mi compañera, la sargento Ruano, también de la Guardia Civil.

—¿Podemos hablar con usted y su marido un momento, señora? —preguntó Eva.

—Mi marido no está, ha salido y no tengo ni idea de cuándo volverá.

—En ese caso, hablaremos con usted, si no le importa.

—Claro —dijo haciéndose a un lado—. Pasen.

Entraron en la casa y se dirigieron al salón, donde la mujer tomó asiento en el sofá y cogió uno de los cojines que había sobre él para abrazarlo contra su pecho. Roberto observó que tenía impresa en la tela una foto de Irene.

—¿Qué tal se encuentra, Adela? —preguntó Eva, tomando el mando de la conversación, como habían acordado de camino a la casa.

—Destrozada. Por suerte, el padre Francisco viene todos los días a rezar conmigo por el alma de Irene y eso me ayuda bastante. Espero que eso ayude a que Dios la perdone y la acoja en su Reino.

—Hemos venido para saber si recuerda algo más sobre los días previos al fallecimiento de su hija, algo que nos ayude a averiguar qué pudo ocurrirle.

—Está claro lo que le ocurrió. El demonio la poseyó y me la arrebató —dijo con rabia, abrazando más fuerte el cojín.

—¿Por qué cree eso?

—Irene era una niña muy buena, con toda una vida por delante y muchos proyectos de futuro. No tenía motivos para quitarse la vida. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sabemos que sus amigos la apreciaban mucho. ¿Cómo era la relación con usted y su marido?

—Imagino que como todas las chicas de su edad —respondió la mujer secándose las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolsillo de su chaqueta—. Estudiaba fuera desde hacía dos años, en Cáceres, y cuando venía se pasaba el tiempo estudiando o con sus amigas, así que la veíamos poco.

—¿Sabe de alguien con quien tuviese problemas?

La mujer negó con la cabeza.

—Todo el mundo la quería.

Roberto decidió intervenir.

—El otro día me comentó que escuchó a Irene decirle por teléfono a una amiga que había un chico que le daba mal rollo.

—Ah, sí.

—¿Recuerda qué amiga era?

—Cristina, la hija del alcalde. Es mejor que habléis con ella para saber más, aunque imagino que ahora no es el mejor momento, teniendo en cuenta lo que le ha ocurrido a su padre.

—Claro.

—¿Su hija era muy religiosa? —preguntó Eva.

—La verdad es que no. Y eso que el padre Francisco siempre le insistía en que tenía que pasarse por la iglesia para participar en las actividades que la parroquia organizaba para los jóvenes, pero ella nunca quiso.

—¿Se llevaba mal con el párroco? —se interesó Roberto.

—Al contrario. El padre Francisco la apreciaba mucho, desde pequeña, y se llevaban bien. Irene incluso le había pedido ayuda para un trabajo que tenía que hacer en la universidad. Algo sobre las leyes de la Iglesia —añadió—. Ese fin de semana habían quedado en verse.

—¿Se refiere al fin de semana en que falleció?

—Sí.

Roberto miró a Eva, a la vez que negaba con la cabeza.

—El párroco no me comentó nada.

—Tal vez no se llegaron a ver —dijo la madre, a la vez que se abrazaba con más fuerza al cojín—. Ese demonio jamás la habría poseído si me hubiera hecho caso.

—¿En qué sentido?

—Tenía que haber ido conmigo a misa todos los domingos, como cuando era una niña. Al hacerse mayor ya no quiso acompañarme más. Seguro que eso la habría protegido.

—No creo que la muerte de su hija tenga nada que ver con una posesión.

—¿Ah, no? —preguntó, sorprendida—. ¿Y qué me dice de toda la gente que se ha suicidado en los últimos meses? El padre Francisco

tiene razón: el mal reina en este valle. Un demonio está poseyendo a la gente y no parará hasta que Dios lo detenga.

Roberto no supo cómo interpretar esas palabras. Lo que sí parecía claro era que las visitas del párroco habían calado en la mujer, porque su discurso era muy diferente a la anterior vez que había hablado con ella. En ningún momento mencionó que su hija estuviese poseída y ahora no hacía más que repetirlo.

—¿Dónde podemos encontrar al padre Francisco?

—Me imagino que en la iglesia —respondió la mujer—. Suele venir por las tardes para rezar conmigo, pero hoy tenía que preparar las procesiones para la Semana Santa.

—Gracias, iremos a hablar con él.

Eva hizo ademán de añadir algo, pero Roberto le hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañase fuera. Se despidieron de la mujer y, una vez en la calle, él comentó:

—Esta mujer no pensaba así cuando hablé con ella la primera vez.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que ese cura la ha convencido de que su hija estaba poseída —respondió mientras se alejaban de la casa—. Te aseguro que cuando la vi saltar del campanario en mis sueños no había nada maligno que la poseyera.

—Sin embargo, dijiste que le rezaba a Dios para que la acogiese en su Reino porque era una pecadora.

—Algo parecido.

—Esas no son las palabras de una joven que no es religiosa y que no pisa la iglesia desde hace años, como asegura su madre —aseguró Eva—. A no ser que alguien le metiese esas ideas en la cabeza.

—Imagino que estás pensando en el padre Francisco, como yo —intuyó Roberto.

—Todavía no he tenido una charla con él y creo que ya es hora de conocerlo.

40

Al entrar en la iglesia se encontraron con un pequeño grupo de personas situadas a un lado del altar, decorando con flores una imagen de la Virgen. Junto a ellos estaba el padre Francisco, que se acercó recorriendo el pasillo central en cuanto los vio.

—Buenas tardes, ¿cómo va todo? —preguntó dirigiéndose en primer lugar a Roberto—. ¿Se sabe algo nuevo sobre el padre Miguel?

—De momento, nada.

—¡Vaya! —se lamentó—. Al verte pensé que había alguna novedad.

—Esta es mi mujer, Eva. Ha venido para ayudarme en la búsqueda.

—Encantado —dijo inclinando ligeramente la cabeza hacia adelante.

—Parece ocupado —comentó ella.

—La cofradía Nuestra Señora de la Asunción está con los preparativos de la semana que viene.

—¿Se refiere a los festejos de la Semana Santa? —preguntó Roberto.

—Sí.

—Suponía que después de la muerte del alcalde de Jerte se cancelarían.

—Es muy probable que no salgan las procesiones, por eso de momento nos estamos limitando adornar a la Virgen. Al menos así tenemos una distracción.

—Entiendo.

—Hay un tema del que queremos hablar con usted —tomó la palabra Eva—, si puede atendernos unos minutos.

—Claro, lo que necesitéis.

—Por lo que sé, usted le dijo al padre Miguel que pensaba que un demonio estaba poseyendo a las personas de este valle, llevándolas al suicidio.

—Así es.

—¿Puede explicarme en qué se basa para afirmar eso?

El párroco miró primero a su espalda, como si quisiera asegurarse de que nadie les escuchaba, y luego señaló hacia la puerta de entrada a la iglesia.

—Es mejor que hablemos fuera.

—Como quiera.

El párroco se dirigió al exterior y, una vez en la calle, se aseguró de que no había nadie cerca que pudiera escucharles.

—Hace más de treinta años estuve de misionero en Sudamérica y presencié varias posesiones —dijo sin elevar mucho la voz—. Así fue como conocí al padre Miguel. Le ayudé a expulsar el demonio que vivía en varias personas.

—¿Está seguro de que eran posesiones? —preguntó Roberto.

—Pues claro que sí. Sé muy bien lo que vi.

—¿Por qué cree que las personas que se han suicidado en este valle estaban poseídas? —preguntó Eva.

—El demonio vive entre nosotros, acechando, esperando la oportunidad para extender el mal en el mundo.

—No es eso lo que le he preguntado.

—Todos se quitaron la vida de la misma forma. Eso solo puede ser obra del maligno.

—¿Pero tiene alguna prueba?

—Mi fe en Dios.

Roberto vio que por ese camino no iban a sacarle nada más, así que preguntó:

—¿Qué puede contarnos de Irene? ¿Era una persona religiosa?

—La verdad es que no, como muchos de los jóvenes de hoy en día.

—Se me hace raro que no me comentase que había quedado con Irene el fin de semana que falleció. Al menos, eso es lo que nos ha contado su madre —añadió antes de que lo negase.

—Es cierto. Irene quería que la orientase para un trabajo que tenía que hacer para la universidad, referente a las leyes de la Iglesia.

—¿Y se vio con ella? —preguntó Eva.

—Sí. Vino a la iglesia el viernes por la tarde y le dejé un par de libros sobre derecho eclesiástico que contenían la información que buscaba.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Pues… —vaciló—. Creo que unos quince minutos, puede que un poco más.

—Y dígame una cosa —intervino Roberto mirándole directamente a los ojos—, ¿cómo es que no notó usted en ese momento que estaba poseída?

El párroco se quedó en silencio, con la mirada perdida en el suelo, como si la pregunta le hubiera pillado desprevenido.

—¿Le pareció en ese momento que estuviese poseída? —le apoyó Eva.

—No… no estoy seguro —balbuceó, nervioso.

—Pero acaba de decir que fue testigo de varias posesiones. ¿De verdad que no notó nada extraño cuando habló con ella?

—No. Verán… —La duda asomó en sus ojos mientras levantaba la mirada—. El demonio no siempre se manifiesta.

—Quiere decir que puede estar latente dentro de una persona, sin mostrarse —dijo Roberto para ver su reacción.

—Sí, eso es.

—Porque ninguna de las personas que se suicidó en el valle había mostrado comportamientos extraños, ¿verdad?

—Que yo sepa, no.

—Y, sin embargo, sigue pensando que un demonio es el causante de los suicidios del valle. —Al ver que no decía nada, Roberto insistió

—: ¿En serio lo cree?

—No habría llamado al padre Miguel para pedirle ayuda si no fuera así.

—Sin embargo, antes de llamarle a él, llamó al Vaticano.

—Así es.

—Y como no le hicieron caso, decidió echar mano del padre Miguel para así lograr su objetivo.

—No sé a qué objetivo te refieres.

—Claro que lo sabe.

—¿Qué espera conseguir del Vaticano? —le apoyó Eva.

El párroco negó con la cabeza de forma enérgica, antes de decir:

—Lo lamento, pero tengo que regresar dentro. Esta conversación ha terminado.

Y sin más, regresó al interior dejándolos con la palabra en la boca.

Eva y Roberto se miraron desconcertados.

—¿Qué opinas? —preguntó ella cuando ya lo habían perdido de vista.

—Creo que utiliza el tema de la posesión para lograr algún fin, aunque no logro adivinar cuál.

—Está claro que esconde algo. Lo que sigo sin entender es por qué Irene aparece en tus sueños pidiéndole a Dios que acoja su alma si no era una persona religiosa. Tanto su madre como el padre Francisco lo han confirmado.

—Tal vez… —Roberto se quedó pensativo, sin llegar a terminar la frase.

—¿Qué ocurre?

—Estoy recordando esos sueños y hay algo que siempre me resultó extraño.

—¿El qué?

—Mientras reza, Irene hace una pausa cada poco, entre frases. En su momento pensé que era porque trataba de recordar lo que tenía que decir, pero ¿y si había alguien dictándole las palabras?

—Pero dijiste que en los sueños siempre la ves sola.

—Veo a través de sus ojos, lo que no significa que no hubiera alguien más con ella en el campanario.

—Alguien que le ordenó saltar —añadió Eva—, usando para ello una droga que le permitió controlar su voluntad. Como la que te inyectaron a ti.

Roberto asintió.

—Si eso es cierto, la persona que empujó a Irene a suicidarse es la misma que me atacó en el apartamento.

—Efectivamente.

—¿Cómo vamos a dar con él?

—Investigando el entorno de Irene —concluyó Eva.

41

La casa de David Soler, el alcalde de Jerte, estaba situada cerca del lugar donde había aparecido su cadáver, cien metros más allá del puente desde el que habían arrojado su cuerpo al río. La calle que daba acceso a la vivienda estaba bloqueada por un coche de la Guardia Civil, por lo que tuvieron que detenerse al llegar a su altura y esperar a que uno de los dos guardias que había en el interior se acercase a hablar con ellos.

—Buenos días —dijo cuando Eva bajó la ventanilla—. Lo siento, pero no se puede pasar. Tienen que dar la vuelta.

—¿Ocurre algo?

—Tengo orden de no dejar pasar a nadie a la vivienda del alcalde, en especial a los periodistas.

—No somos periodistas, somos compañeros de la Guardia Civil —dijo Roberto. Supuso que si era uno de los guardias presentes durante el levantamiento del cadáver se acordaría de él—. Necesitamos hablar con la hija del alcalde un momento.

—Nadie me ha comunicado nada. Tendréis que hablar antes con el sargento Llamazares. Tengo órdenes suyas de que no pase nadie sin su autorización.

Antes de que pudiesen rebatirle regresó a su vehículo, por lo que Eva condujo marcha atrás hasta la plazoleta que precedía a la entrada al puente. Allí se encontraron con varios vehículos, entre

ellos una furgoneta con el logotipo de una televisión nacional en el lateral. A pie del puente y pegada a la barandilla, había una reportera con un micrófono en la mano, mientras un compañero suyo la grababa con una cámara situada sobre un trípode.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Roberto.

—Necesitamos encontrar el modo de hablar con la hija del alcalde.

—Ya oíste a ese guardia. Sin autorización del sargento Llamazares no va a dejarnos pasar, así que tendremos que hablar con él.

—No me hace ninguna gracia pedirle ayuda —protestó Eva.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije, no me fío de él. Estaba demasiado interesado en que le contásemos lo que habíamos averiguado hasta el momento.

—Tampoco tenemos que contarle más de lo que queramos. Lo justo para que nos permita hablar con la chica. ¿Te parece que lo llame?

—Está bien, pero ten cuidado con lo que le dices.

Roberto sacó su teléfono y llamó a Llamazares. No tuvo que esperar demasiados tonos para escuchar su voz.

—Soy Roberto Fuentes, mi sargento —se presentó—. Creemos tener una pista fiable sobre el modo de actuar del asesino y queríamos compartirla con usted.

De inmediato, Eva le lanzó una mirada de reproche, pero él le hizo un gesto con la mano para que tuviese paciencia y le dejase hablar.

—Esta mañana Ruano no parecía tan dispuesta a hablar conmigo —fue la respuesta de Llamazares.

—Acaba de llegar y se está poniendo al día con lo que está ocurriendo en el valle. Además, es normal que no se fíe de nadie, después de lo que me ha ocurrido. Le he explicado que usted se preocupó mucho por mí cuando me atacaron y le parece bien que compartamos lo que hemos averiguado hasta el momento.

El sargento no pareció tragarse el anzuelo.

—Y me imagino que queréis algo de mí a cambio.

—Sí, dos cosas, en realidad. La primera es que nos permita hablar con la hija del alcalde. Hay una patrulla custodiando la vivienda de la familia y un guardia nos ha dicho que no podemos pasar si usted no lo autoriza.

—Son las órdenes que he recibido. La familia ha pedido nuestra ayuda para que los periodistas no se acerquen a la casa. En estos momentos lo que menos necesita esa familia son visitas incómodas

—Solo queremos hablar con la hija.

—¿Sobre qué? No sabe nada respecto a la muerte de su padre.

—Es referente a otro asunto. Necesitamos hablar con ella para preguntarle por Irene Castro. Su madre nos dijo que las dos eran muy amigas.

—¿Irene Castro? —El tono de voz del sargento fue de extrañeza —. ¿Y qué queréis preguntarle sobre ella?

—Detalles sobre su vida personal. Ya sabe, los amigos que tenía, los chicos con los que se relacionaba. Ese tipo de cosas.

—¿Por algún motivo en especial?

—Mejor se lo cuento cuando nos veamos. ¿Puede ayudarnos?

—Sí, claro —dijo tras un par de segundos de silencio—, pero me gustaría estar presente mientras habláis con ella.

—No hay problema.

—¿Y el otro asunto en el que queréis que os ayude?

—Necesitamos conocer algunos detalles de las autopsias de las víctimas de suicidio. ¿Tiene usted acceso a los informes de las autopsias?

—No.

—¿Y habría alguna forma de conseguirlos? Necesitamos saber si se detectó en la sangre de las víctimas algún tipo de droga o de compuesto químico que no debería estar ahí.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Es probable que alguien lo usase para obligar a las víctimas a suicidarse.

Se produjo un nuevo silencio, este más largo que el anterior.

—Sargento, ¿sigue ahí? —preguntó Roberto, temiendo que se hubiese cortado la llamada.

—Sí. Nos vemos dentro de media hora en tu apartamento.

Acto seguido la llamada se cortó, lo que dejó a Roberto algo desconcertado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva.

—Me ha dicho que nos vemos en el apartamento en media hora y luego ha colgado.

—Ya te dije que no era buena idea fiarnos de él. Has hablado más de la cuenta, contándole cosas que no hacía falta que supiera.

—Era la mejor forma de ganarme su confianza y que aceptase ayudarnos.

—Sigo pensando que nos estamos precipitando al confiar en él.

—Pronto lo comprobaremos.

Eva arrancó el vehículo y se dispuso a abandonar la plaza, pero él le puso la mano en el antebrazo.

—Espera.

—¿Qué ocurre?

—Mira quién está ahí.

Roberto señaló al otro lado de la plaza, donde un hombre abría en ese momento el portón del garaje para meter su coche. Era una casa forrada de piedra, con el garaje en la planta inferior y la vivienda en la superior. Estaba situada justo enfrente de la entrada del puente que cruzaba el río.

—Es nuestro amigo Fonsi —dijo Eva.

—¿No te parece una casualidad que viva tan cerca del lugar donde asesinaron al alcalde? —murmuró Roberto—. Tal vez deberíamos acercarnos a hablar con él y de paso le preguntamos por qué motivo quería denunciarnos.

—Es mejor que no. La prensa está ahí mismo y solo faltaría que se pusiera a dar voces para que nuestra cara salga en las noticias de esta noche. Habrá que pillarle en otro momento.

—Tienes razón. Ahora que ya sabemos dónde vive, podremos hacerle una visita en otro momento.

—Seguro que será una charla interesante —dijo Eva mientras aceleraba para alejarse del lugar.

42

Barrios miró la pantalla de su teléfono y siguió la ruta que le marcaba la aplicación de mapas. Abandonó la carretera nacional para tomar a la derecha una carretera comarcal que conducía a la Casa de Ejercicios de San José, según señalaba el cartel.

Nada más cruzar el puente sobre el río Jerte, giró a la izquierda para seguir por una carretera más estrecha y de firme irregular. Un camino rural por el que pasó junto a varias casas y luego ascendió por la ladera del monte, dejando a izquierda y derecha gran cantidad de cerezos en flor que daban al lugar un aspecto mágico.

No se dejó cautivar por la belleza del paisaje. Su única preocupación era encontrar un plan B y hacerlo cuanto antes, o su oportunidad de ganar el suficiente dinero para resolver su vida para siempre se le iba a escapar de entre los dedos.

Sin duda, la llegada de Eva había jugado en su contra. Temía que algo así pasara, por eso no la había llamado después de que Roberto estuviera a punto de morir. Suponía que se presentaría en Jerte nada más saberlo y que eso dificultaría su tarea, como así había sido.

Lo irónico era que podía haber dejado morir a Roberto tras encontrarlo inconsciente en el suelo del apartamento. Después de todo, el fin último de Demian no era otro que acabar con su vida. La cuestión era que deseaba hacerlo de una determinada forma, por

eso Barrios decidió llamar a Emergencias y salvarle la vida en ese momento. De haber muerto en el suelo del apartamento, no habría cobrado ni un euro.

Ahora su mayor preocupación era ganarse de nuevo la confianza de Roberto y solo se le ocurría una forma de conseguirlo.

La casa a la que se dirigía se encontraba en una finca bastante apartada, sin vecinos cerca y junto a un camino que terminaba un poco más arriba. La rodeaba un muro de dos metros de altura que impedía ver lo que sucedía dentro, con un portón de entrada que tenía un cartel pegado que indicaba que se trataba de una casa rural. Detuvo el coche delante e hizo una llamada perdida con su teléfono, según había acordado antes de realizar el viaje hasta allí. Un minuto después, la puerta se deslizó a un lado para permitirle el paso.

Dentro se encontró con una finca de aspecto idílico, con una casa de una sola planta y un amplio porche en el lado derecho, una piscina no demasiado grande en el centro y una casa mucho más pequeña en el lado izquierdo, frente a la casa grande.

Aparcó el coche al lado de un viejo Toyota Land Cruiser y descendió para acercarse al porche, donde le esperaba el sicario de pelo rubio con el que se había reunido unos días antes. De camino escuchó un ruido a su espalda, el del portón al cerrarse, y al volverse vio al segundo sicario, que sostenía una escopeta de corredera entre las manos. Era más bajo y corpulento que su compañero, con una barba espesa hasta la mitad del pecho que le daba un aspecto bastante intimidante.

—¿Qué era eso tan urgente de lo que querías hablarme? —preguntó el que estaba en el porche, acudiendo a su encuentro.

Barrios se detuvo junto a la piscina y señaló la casa pequeña.

—¿El cura está ahí dentro?

—Eso no te importa. ¿Qué es eso tan urgente que no podías contarme por teléfono?

—Necesito vuestra ayuda para secuestrar a otra persona.

El sicario lo miró con expresión de desconcierto.

—¿Te crees que esto es un albergue?

—Es imprescindible para que el plan salga bien.

—¿De qué plan me hablas?

—No puedo tenderle una trampa a Roberto mientras su mujer esté con él. Tenéis que encargaros de ella.

—¿Quieres que nos la carguemos?

—Por supuesto que no. Solo quiero que la secuestréis y la tengáis retenida hasta que todo termine.

—Creo que estás mal de la cabeza —dijo el sicario, chascando los dedos.

Su compañero se situó a su lado, escopeta en mano, y miró a Barrios con actitud desafiante.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó.

—Quiere que secuestremos a la mujer del objetivo.

—Sí, claro. ¿Y qué más? —replicó el de la barba con sorna—. ¿Quieres que se nos eche encima la Guardia Civil?

—Eso no tiene por qué suceder —le replicó Barrios.

El tipo apoyó el cañón de la escopeta en el antebrazo, como si estuviera acunando a un bebé, y dijo con voz profunda:

—¿En serio crees que la Guardia Civil no va a buscarla? Una cosa es que desaparezca un cura que no le importa a nadie y otra muy distinta, una mujer.

—Eso provocaría que Roberto perdiese el control y cometiese algún error.

—No vamos a hacer nada de eso —aseguró el de cabello rubio—. Es más, tenemos pensado deshacernos del cura.

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Barrios, perplejo.

—Esta situación se está alargando más de lo deseable y cada día que pasa corremos el riesgo de que alguien descubra que está aquí.

—Vivís bastante aislados. Nadie lo va a descubrir.

—El cura ya lleva con nosotros más de una semana y la muerte de ese alcalde ha provocado que todo el valle se llene de patrullas de la Guardia Civil. Ayer, sin ir más lejos, vimos a una pasar por el camino de abajo —dijo señalando hacia el muro situado al otro lado de la piscina.

—Eso no significa que os estén buscando.

—Me da igual. No podemos arriesgarnos a que cualquier guardia civil sienta curiosidad por ver lo que hay aquí dentro y se encuentre

al cura.

—No hace falta que lo matéis por eso.

—¿Ah, no? —preguntó el de la escopeta—. Es mejor que lo soltemos y que nos identifique, ¿verdad?

—¿Es que os ha visto la cara?

—Por supuesto que no. ¿Te crees que íbamos a secuestrarlo a plena luz del día llevando la cara descubierta?

Barrios pensaba que el secuestro había sido una enorme chapuza que les salió bien de casualidad. Suerte habían tenido de que no les viese nadie. Golpearle por detrás con el coche a plena luz del día y a la entrada del pueblo de Jerte no había sido el mejor de los planes, ni mucho menos. Demian había dicho de ellos que eran sus hombres de confianza, pero a él solo le parecían unos vulgares sicarios.

—No podéis matarlo. Todavía podemos usarlo para tenderle una trampa a Roberto.

—Hemos decidido que soltarlo es demasiado arriesgado, así que nos lo cargaremos antes de largarnos de aquí —aseguró el de cabello rubio.

—Ese no es el plan que yo había diseñado.

—Los planes cambian.

No era la respuesta que Barrios esperaba escuchar. Creía firmemente en que el cura todavía era útil para que Roberto terminase cometiendo un error que lo llevara a la cárcel.

—Necesito más tiempo —exigió.

—Ya has tenido tiempo y no has conseguido nada.

—Yo no tengo la culpa de que intentaran asesinar a Roberto.

—No es nuestro problema. El viernes termina el alquiler de esta casa rural, así que nos largaremos de aquí y te aseguro que lo haremos sin el cura. Hemos hablado con el jefe y está de acuerdo con que lo eliminemos —añadió antes de que pudiese replicarle—. No quiere que dejemos testigos.

—Está bien, pero dadme al menos un par de días. —Necesitaba algo de tiempo para trazar un nuevo plan—. Estamos a martes. Prometedme que mantendréis con vida al cura al menos hasta el jueves por la noche.

—¿Para qué?

—Eso es cosa mía. ¿El cura está encerrado en esa casa?

—Sí. Al final hemos tenido que atarlo a la cama y drogarlo, porque intentó escaparse hace un par de días. Deberíamos haberle pegado un tiro entonces y así nos habríamos ahorrado todo esto.

—Que siga con vida hasta el jueves por la noche —insistió Barrios—. Si para entonces no os he llamado, podéis cargaros al cura. Eso sí, espero que luego nadie encuentre su cuerpo.

—¿Te crees que somos unos aficionados?

—Claro que no —respondió, a pesar de que pensaba lo contrario.

—Enterraremos el cuerpo bien profundo en algún sitio de estos montes, donde nadie lo encuentre.

—De acuerdo.

Barrios regresó al coche, mientras echaba un último vistazo a la finca en la que se encontraba y el muro que la rodeaba. Cargarse al cura no entraba en sus planes, no era ese el objetivo del secuestro, aunque tampoco le preocupaba demasiado si lo hacían. Solo era una herramienta para lograr un objetivo que ahora mismo se encontraba más lejos de lo que esperaba.

Por suerte, disponía de un par de días, así que abandonó el lugar y regresó a Jerte forzando a su mente a encontrar un plan que le permitiera ganarse de nuevo la confianza de Roberto y estar a su lado para forzar un error que lo metiese en la cárcel.

Antes de llegar a su apartamento se le ocurrió el mejor modo de conseguirlo.

43

El encuentro tuvo lugar unos cuarenta minutos después de hablar por teléfono con el sargento Llamazares.

Antes de eso, Roberto se había acercado al apartamento que ocupaba Barrios para hablar una última vez con él. No quería que se fuera con un mal sabor de boca. Estaba muy agradecido de que le hubiese acompañado a Jerte y más aún por salvarle la vida, pero era mejor para él que se mantuviese al margen de la investigación a partir de ahora. Sobre todo para no poner en riesgo su trabajo. Por desgracia, no lo encontró en su apartamento, lo que le llevó a pensar que quizás ya se había marchado de Jerte. Decidió llamarlo por teléfono más tarde.

Cuando Llamazares llegó al apartamento lo hizo con expresión neutra, como si no le emocionase mucho el encuentro.

—Gracias por venir —dijo Roberto invitándole a sentarse en el sofá, algo que rechazó.

—Prefiero estar de pie.

—Disculpa por haber sido algo cortante contigo esta mañana —tomó la palabra Eva—, pero tienes que entender que es difícil que me fíe de nadie después de que intentaran asesinar a Roberto.

—No te preocupes, te entiendo. Y ahora explicadme eso de que alguien obligó a las víctimas a suicidarse.

Roberto tomó la palabra.

—Creemos que pudo usar alguna droga para controlar la voluntad de las víctimas y obligarlas a suicidarse, al menos en algunos de los casos.

—¿Irene Castro podría ser una de ellas?

—Especialmente ella. De todas las víctimas, Irene es quien menos motivos tenía para suicidarse. —Percibió en el sargento una mueca de dolor al escuchar eso, por eso preguntó—: ¿Qué ocurre?

—Nada, solo que… —Tras una breve duda, Llamazares continuó —. ¿Cómo pudo hacer algo así?

—Usando algún tipo de droga o compuesto químico que le permitió controlar su voluntad. Para confirmar esta teoría necesitamos conocer los resultados de las autopsias, en especial si las víctimas tenían alguna sustancia extraña en sangre.

—Lo siento, pero no se hicieron análisis de sangre.

—¿Estás seguro? —preguntó Eva.

—Acabo de hablar por teléfono con un compañero de Cáceres que tiene acceso a esa información, por eso me he retrasado. Dice que no se hicieron análisis de sangre porque las muertes se determinaron como suicidios.

—¿Y qué hay de la muerte del alcalde?

—¿Qué pasa con ella?

—Tratándose de un asesinato, imagino que han analizado su sangre.

—Puedo intentarlo. ¿Esperáis encontrar alguna sustancia en concreto?

—La misma que le inyectaron a Roberto.

—De ser así —intervino él—, significaría que quien mató al alcalde trató de hacer lo mismo conmigo para que no descubriese su identidad al tocar el cadáver.

Llamazares frunció el ceño al escuchar eso.

—¿Me estáis diciendo que la persona que asesinó al alcalde y que luego te atacó a ti está detrás de la muerte de Irene Castro?

—No solo de la suya. También de los suicidios que se han producido en el valle los últimos meses.

—¿Por qué?

—Es lo que queremos averiguar.

—¿Y tenéis algún sospechoso?

—Es pronto todavía para decirlo —respondió Eva—. El mejor modo de llegar hasta el asesino es averiguar sus motivaciones, es decir, la razón por la que quería ver muertas a todas esas personas.

—En realidad, no sabemos cuántas de ellas pudieron morir a manos de nuestro asesino—añadió Roberto—. Es posible que alguno de los suicidios fuese voluntario, pero otros, como el de Paquita o la propia Irene, no tienen explicación.

—En ese caso, quiero ayudaros en todo lo que esté en mi mano. Si hay un asesino actuando en el valle, no voy a quedarme de brazos cruzados.

Roberto asintió con la cabeza, conforme.

—Nos vendría bien su ayuda.

—Y estar al tanto de la investigación del asesinato del alcalde —añadió Eva—. ¿Puedes contarnos las circunstancias de la muerte?

—Sé poco más de lo que le conté a Roberto tras el levantamiento del cadáver. El asesino le golpeó la cabeza contra la barandilla del puente en dos ocasiones y luego le ató una cuerda al cuello, antes de lanzarlo al río. Se partió el cuello en la caída, aunque el peso provocó que en algún momento de la noche el nudo se deshiciera y el cuerpo cayera al agua. Por ese motivo el forense no pudo dar una hora precisa de la muerte. Calculó que la muerte se había producido entre la una y las tres de la madrugada.

—¿Se sabe qué hacía el alcalde en el puente a esas horas? —preguntó Roberto.

—¿No has leído la prensa hoy?

—La verdad es que no.

Llamazares resopló antes de continuar.

—Se ha hecho público que el alcalde tenía una aventura con una mujer casada que vive al otro lado del río, en una casa situada a cien metros del puente. —Mientras hablaba, sacó su teléfono del bolsillo y comenzó a toquetear la pantalla—. ¿Entendéis ahora por qué he tenido que poner una patrulla para impedir el acceso a la casa de la familia? Los periodistas están como locos intentando hablar con su mujer, que se ha encerrado en casa y no quiere ver a nadie. Si no tenía bastante con el asesinato de su marido, ahora

descubre que llevaba más de un año poniéndole los cuernos con una vecina del pueblo.

El sargento les mostró la pantalla, en la que podía verse un titular de prensa:

«El asesinato pudo deberse a cuestiones sentimentales y no políticas».

—¿Quién lleva la investigación? —preguntó Eva.

—Un teniente de la Policía Judicial de Cáceres llamado Arroyo. Me han ordenado que lo apoye en todo lo que necesite. Gracias a eso me he enterado de algunas cosas, como que están revisando los datos del teléfono de esa mujer con la que el alcalde mantenía una relación en secreto y de varios miembros de su familia, en especial su marido, por si está implicado en el crimen.

—¿Ese teniente se encuentra por aquí?

—Estuvo por la mañana hablando con la mujer del alcalde y luego regresó a Cáceres. Me imagino que mañana volverá.

—Entonces sería un buen momento ahora para hablar con la hija. ¿Podrías ayudarnos? —le pidió Roberto.

—Todavía no me habéis dicho sobre qué queréis hablar con ella.

—La madre de Irene Castro escuchó cómo su hija le decía por teléfono a la hija del alcalde que había tenido problemas con alguien.

—¿Qué tipo de problemas?

—Es lo que necesitamos averiguar.

El sargento se quedó unos segundos en silencio, como si dudara qué decisión tomar.

—Está bien, os acompañaré hasta su casa —dijo finalmente—, pero quiero estar presente mientras habláis con ella.

—¿Por qué motivo?

—Ya os he dicho que la madre está bastante afectada y me imagino que su hija también lo estará. Seguro que mi presencia la tranquiliza.

Roberto miró a Eva, que asintió, conforme.

—Pues vamos allá —dijo Roberto dirigiéndose a la puerta—. Veamos qué nos puede contar esa chica sobre Irene.

44

Gracias al sargento Llamazares, pudieron acceder a la vivienda sin problemas. Eva y Roberto, tras darle el pésame a la mujer del alcalde, se presentaron como investigadores del suicidio de Irene Castro y pidieron hablar con su hija.

—Cristina lleva horas encerrada en su habitación —les explicó la madre—. Está muy afectada por todo lo que se está diciendo en la prensa de su padre.

—No se preocupe, no vamos a preguntarle sobre ese tema —aseguró Eva—. Sabemos que Irene Castro y ella eran buenas amigas. Solo queremos que nos responda a un par de preguntas.

—Está bien, voy a buscarla. Esperen aquí en el salón, por favor.

La mujer subió por las escaleras a la planta superior y regresó menos de un minuto después.

—Pueden subir a verla. Su habitación es la primera a la izquierda.

Los tres subieron con Eva a la cabeza, que fue quien se asomó a la puerta entreabierta.

—Hola, Cristina. ¿Podemos pasar?

—Sí.

La joven estaba sentada en una butaca situada al fondo de su habitación, junto a la ventana, con las piernas cruzadas y un oso de peluche entre las manos.

—Hola, Cristina, soy la sargento Ruano —la saludó Eva con voz suave—. Sabemos que no es el mejor momento, pero necesitamos hablar unos minutos contigo sobre Irene Castro.

Ella acarició con la mano derecha su larga melena oscura con mechas rubias y los miró con tristeza. Se notaba por sus ojos llorosos que lo estaba pasando muy mal.

—La echo mucho de menos, sobre todo en momentos como este —dijo con la voz rota, abrazándose al peluche.

—La madre de Irene nos ha dicho que erais muy buenas amigas.

—Desde pequeñas. Incluso elegimos la misma carrera para estudiar juntas en Cáceres.

—¿Qué puedes contarnos de lo que rodeó a su muerte?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estuvisteis juntas ese fin de semana?

La joven negó con la cabeza.

—Ese fin de semana me quedé en Cáceres. Tenía que hacer un trabajo y preferí quedarme en la residencia. Tampoco es que me apeteciese demasiado venir a casa —añadió desviando la mirada hacia la ventana.

—¿Por algún motivo? —preguntó Roberto.

—Por mis padres.

—¿No te llevabas bien con ellos?

—No se llevaban bien entre ellos y ese fin de semana no me apetecía verles discutir —respondió dejando a un lado el peluche y sacando del bolsillo del pantalón un vapeador que se llevó a los labios. Tras darle una calada y expulsar el vapor, añadió—: En esta casa se oye todo y yo necesitaba tranquilidad.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Irene?

—Ese viernes. Nos vimos a media mañana en la cafetería y me dijo que se venía al pueblo el fin de semana porque había quedado con el párroco del pueblo para que la ayudase con su trabajo.

—Imagino que te refieres al padre Francisco.

—Sí.

—¿Cómo era su relación con él?

Ella dio una nueva calada al vapeador antes de responder.

—La verdad es que era un poco pesado con ella.

—¿En qué sentido?

—Siempre que la veía por la calle le decía que debía ser mejor cristiana, como su madre, y que se pasara por la iglesia para participar en las actividades de la parroquia. La verdad es que Irene siempre se reía y le decía que ya iría otro día, cuando no estuviera tan liada.

—Además del párroco, ¿sabes si había quedado con alguien más ese fin de semana? —preguntó Eva. Al ver que negaba con la cabeza, añadió—: Tal vez con algún amigo.

—No me comentó nada.

—¿Irene tenía novio?

—Aquí en el pueblo, por descontado que no.

—¿Y fuera del pueblo?

Se tomó unos segundos antes de responder.

—Sé que se veía con alguien en Cáceres, pero no conseguí que me dijera quién era. Y eso que nos lo contábamos todo —aseguró—. Solo me dijo que era mayor que ella y que solían verse entre semana.

—Tal vez se trataba de un profesor —sugirió Roberto.

—No tengo ni idea. Lo que sí puedo deciros es que estaba feliz, por eso no entiendo que se quitara la vida.

En ese momento, una lágrima rodó por la mejilla de la joven, que la limpió con el dorso de la mano antes de llevarse el vapeador a los labios.

—Antes has comentado que no tenía novio en el pueblo —continuó Roberto—. ¿Por algún motivo?

Ella soltó el vapor antes de responder.

—Hace un par de veranos un chico del pueblo con el que salía la engañó con una de Madrid y eso la marcó bastante. Desde entonces no quiso relacionarse con los chicos de nuestra edad. Solía ser bastante cortante con ellos, incluso borde en algunas ocasiones.

—Su madre nos contó que hace unos meses Irene te dijo por teléfono que había un chico que le daba mal rollo.

—Bueno, en realidad no era un chico, sino un hombre mucho mayor que nosotras.

—¿Cómo se llama?

—Fonsi. Vive aquí al lado, en la casa que hay frente al puente que cruza el río.

Roberto miró a Eva de reojo y trató de no demostrar el interés que acababa de despertar en él ese nombre.

—¿Le pasó algo con Fonsi? —preguntó Eva.

—Es un tío bastante repelente, sobre todo cuando está bebido. Mira a las chicas de un modo que nos incomoda bastante. Y le da igual la edad que tengamos, le gustan todas, aunque con Irene parecía estar especialmente obsesionado porque era muy pesado con ella.

—¿En qué sentido?

—Siempre que la veía quería invitarla a tomar algo. Irene, por supuesto, lo rechazaba y le decía que la dejase en paz.

—¿Y cómo se tomaba Fonsi ese rechazo?

—Yo creo que le daba igual, porque no se cansaba nunca. Hasta que estas pasadas navidades se puso tan pesado que Irene lo amenazó con ponerle una denuncia en la Guardia Civil por acoso. —Al decir eso, miró al sargento Llamazares, que se mantuvo impasible —. No sé si lo hizo al final, pero después de eso no volvió a acercarse a ella. Aun así, dejó de salir por el pueblo, sobre todo de noche. Los fines de semana que veníamos juntas al pueblo, nos juntábamos aquí en mi casa para ver una peli y charlar de nuestras cosas.

—Excepto el fin de semana que falleció —apuntó Eva—. ¿Sabes si ese sábado por la noche pensaba quedar con alguien?

—No me comentó nada.

Eva miró a Roberto y se encogió ligeramente de hombros, dándole a entender que no tenía más preguntas.

—Volviendo a Fonsi —dijo él—. ¿Puedes contarnos algo más sobre ese tío? Nos han dicho que tiene mal carácter.

—¡Y tanto! —exclamó Cristina—. Incluso tuvo un enfrentamiento con mi padre el verano pasado. Yo creo que por eso me miraba mal cuando se cruzaba conmigo.

—¿Sabes por qué motivo se enfrentó a tu padre?

—Sí. El ayuntamiento dispone de un par de plazas para trabajadores eventuales. Según me explicó mi padre, son los que se

encargan de hacer pequeñas reparaciones por el pueblo, como arreglar señales que se caen, las baldosas de la acera que se rompen o pintar los bancos del parque. Ese tipo de cosas. Cada año el ayuntamiento contrata a un par de trabajadores por unos meses, casi siempre entre gente del pueblo que está en el paro. Fonsi fue uno de ellos, le contrataron durante unos meses, antes del verano, pero quería que mi padre le sacase una plaza permanente, algo a lo que se negó.

—¿Y discutieron por ello?

—Fue a verle a su despacho y comenzó a gritarle, exigiéndole que lo contratase. Menos mal que varios vecinos, que estaban haciendo unas gestiones en el edificio, intervinieron y lo sacaron de allí.

—¿Qué pasó después? ¿Fonsi volvió por allí?

—Encontró trabajo y ya no volvió a meterse con mi padre, aunque no volvió a dirigirle la palabra.

Ahora fue Roberto quien miró a Eva asintiendo con la cabeza, satisfecho.

Por fin tenía un sospechoso claro al que investigar.

45

Abandonaron la casa tras finalizar la charla con Cristina y no hablaron del tema hasta estar dentro del coche patrulla en el que Llamazares los había llevado hasta el lugar.

—Gracias por permitirnos hablar con Cristina —dijo Eva—. La verdad es que nos ha dado una información muy valiosa.

—¿En qué sentido? —preguntó el sargento.

—En el sentido de que ya tenemos un sospechoso al que investigar —respondió Roberto.

—Si te refieres a Fonsi, yo no creo que sea un asesino.

—¿Por qué?

—Lo conozco desde hace tiempo y es un imbécil, pero eso no significa que matase a nadie.

—Pareces muy seguro —comentó Eva—. ¿Irene puso una denuncia contra él?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Porque el puesto de la Guardia Civil más cercano es el tuyo. No creo que fuese hasta Plasencia para poner una denuncia.

—No recuerdo que Irene Castro estuviese en el puesto de Navaconcejo poniendo una denuncia. Pudo hacerlo en Cáceres, que era donde estudiaba.

—¿Te importaría comprobarlo? —le pidió ella.

—Claro, no hay problema

—Y también deberías contarle al teniente que dirige la investigación del asesinato del alcalde el incidente que tuvo con Fonsi en el ayuntamiento. Debería enterarse de dónde se encontraba Fonsi la noche del asesinato.

—Lo haré. ¿Queréis que os lleve de vuelta al apartamento? —preguntó a la vez que arrancaba el coche.

—Estoy pensando que me vendría bien dar un paseo —respondió Eva—. Apenas conozco el pueblo y caminar me ayuda a pensar.

—En ese caso, os llamaré si hay alguna novedad.

Ambos se despidieron de él y descendieron del vehículo para callejear por el centro del pueblo en dirección al apartamento. La noche ya había caído sobre el valle y no se veía a nadie por esa parte del pueblo.

—¿Qué opinas? —preguntó Roberto cuando ya habían perdido de vista el vehículo del sargento—. ¿Crees que Fonsi lo hizo?

—¿Matar al alcalde o a Irene?

—A ambos.

—Necesitamos más pruebas antes de acusarle de nada —dijo Eva.

—No las necesitaría si no hubiese perdido mi don —se lamentó con voz apagada.

—Ahora debes pensar como un investigador y remitirte a lo que sabemos hasta ahora del sospechoso —dijo ella agarrándose de su brazo—. Ten en cuenta que buscamos a un asesino cuya mente no funciona como la nuestra. Debemos analizar los hechos uno a uno.

—Está bien. Empecemos por Lucía Lago. Supuestamente se suicidó una semana después de que Fonsi discutiese con ella en el bar de Piornal donde trabajaba. Los celos pudieron ser el motivo de que acabase con su vida —sugirió Roberto, a lo que ella asintió con la cabeza—. En cuanto a Irene, la acosaba de tal modo que ella lo amenazó con denunciarlo. Puede que al final lo hiciese y que Fonsi decidiese castigarla por ello.

—Y no te olvides del alcalde. Le negó un trabajo a Fonsi. Eso, en la mente enferma de un psicópata, puede ser motivo suficiente para asesinarlo. Sin embargo, esa teoría no sirve de nada sin pruebas que

lo vinculen al menos con las tres muertes y con alguno más de los suicidios del valle.

—¿Qué crees que deberíamos hacer a partir de aquí?

—Investigar más a fondo a Fonsi. Hablaremos con sus compañeros de trabajo y amigos, en busca de más pruebas que lo relacionen con las víctimas.

Roberto era consciente del riesgo que corrían si continuaban investigando por su cuenta, pero, llegados a ese punto, ya no podían detenerse. No se trataba solo de la desaparición del padre Miguel. Habían muerto varias personas y la persona que estaba tras las muertes seguía libre para poder asesinar de nuevo con impunidad.

—Si es Fonsi quien secuestró al padre Miguel, me temo que no lo vamos a encontrar vivo —pensó en voz alta—. Aunque te aseguro que me encargaré de que lo pague.

—Lo haremos a partir de mañana —dijo Eva—. Ahora necesito darme una ducha, meterme en la cama y dormir hasta que salga el sol de nuevo.

—¿No quieres cenar algo antes?

—Prefiero saltarme la cena.

—En ese caso, mañana me encargaré de llevarte el desayuno a la cama. Prometido.

—Me parece un buen plan.

MIÉRCOLES, 25 DE MARZO

46

Hacía un rato que había amanecido cuando Roberto salió del apartamento procurando no hacer ruido. Eva seguía durmiendo y quería estar de vuelta con el desayuno antes de que se despertase, como le había prometido la noche anterior.

Iba de camino a la puerta de salida del complejo de apartamentos cuando esta se abrió y un rostro conocido le saludó sonriente.

—Buenos días.

—Hola, Ramiro —saludó al joven empleado que les había hospedado a su llegada. Observó que en la mano izquierda llevaba un cubo con productos de limpieza—. ¿Qué tal va todo?

—Bien. Voy a aprovechar que el resto de inquilinos se marcharon antes de tiempo para limpiar los apartamentos y dejarlos listos antes del viernes, de cara a las vacaciones de Semana Santa.

—¿Dices que se han marchado antes de tiempo?

—Sí, a causa del revuelo que se ha montado en el pueblo con la muerte del alcalde y también porque se enteraron de que le habían atacado a usted en su apartamento. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Bien, gracias.

—Menudo susto debió de haberse llevado. ¿Ya se sabe quién le atacó?

—No. La Guardia Civil lo está investigando.

—Espero que le pillen pronto —dijo el joven asintiendo con la cabeza—. Este es un pueblo pequeño y muy tranquilo, en el que no suele haber robos.

—Ya me imagino.

—Lo importante es que se haya recuperado bien. ¿Cuántos días más se van a quedar su amigo y usted?

—Todavía no lo sabemos, aunque mi mujer ha venido a verme y se quedará conmigo. Lo digo porque imagino que eso cambia el precio del apartamento.

—No cobramos por número de huéspedes, solo por alojamiento. Siempre y cuando no excedan la capacidad del apartamento, claro está.

—Deberías hablar con mi amigo porque tiene pensado irse pronto.

—Gracias, le preguntaré en cuanto le vea. Si hay algo más que pueda hacer por usted o su mujer, solo tiene que decírmelo. Andaré por aquí.

—Hay una cosa. ¿Sabes de algún sitio por aquí cerca donde tengan desayunos para llevar? —preguntó Roberto.

—Aquí en Jerte, todo está cerca. Hay un bar a menos de diez minutos andando donde hacen chocolate. No es nada del otro mundo, pero tiene bollería fresca y algunos días incluso churros. Yo suelo desayunar allí a menudo. Se llama Bar Cerezas y está en la calle principal del pueblo. No tiene pérdida.

—Muchas gracias.

—Si quiere saber cualquier cosa del pueblo, solo tiene que preguntarme.

Eso hizo que una idea cruzase por la mente de Roberto.

—Si eres de Jerte, me imagino que conocerás a todo el mundo.

—En realidad no nací aquí, pero llevo viviendo en Jerte desde los diez años.

—¿Conocías a Irene Castro?

—Claro, somos vecinos. Bueno, lo éramos —dijo con expresión triste—. Mi madre y la suya eran muy amigas. Fuimos juntos al colegio, aunque Irene iba un par de cursos por detrás de mí. Dejamos de vernos cuando se marchó a estudiar a Cáceres.

Además, yo tenía que cuidar de mi madre, así que apenas salía de casa.

—¿Vives con tu madre?

—Hasta que falleció hace un año. Ahora vivo solo.

—Lo siento mucho.

—Fue una larga enfermedad, así que… —Su voz se quebró—. Descansó el día que cerró los ojos.

Roberto decidió que era mejor cambiar de tema.

—Necesito que me hables un poco de Irene. ¿Dices que últimamente ya no mantenías el contacto con ella?

—La veía poco, aunque alguna vez charlábamos si coincidíamos.

—¿Y qué me puedes contar?

—¿De Irene? Pues que era muy guapa y muy simpática.

—Dicen que eso le causó algunos problemas.

—No sabría decirle —dijo Ramiro encogiéndose de hombros.

Roberto decidió ser más directo.

—¿Conoces a un hombre llamado Fonsi? Trabaja de camarero en el restaurante El Fogón.

—Sí, lo conozco. ¿Qué pasa con él?

—Me han dicho que acosaba a Irene. —El joven se quedó unos segundos pensativo, como si estuviese haciendo memoria—. ¿Ella te comentó algo?

—Ahora que lo pienso, en verano me dijo que era bastante pesado y que no le gustaba nada cómo la miraba. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Cree que le hizo algo?

—Es lo que intento averiguar. Dicen que es un hombre con mucho carácter.

—He tratado poco con él, precisamente porque no me gusta su aspecto. Es un hombre de trato difícil y con la mecha corta.

—¿Y eso qué significa?

—Que se cabrea con facilidad. En verano tuvo un enfrentamiento con el alcalde porque no le quería dar trabajo. Al menos es lo que me han contado, pero es mejor que le pregunte a él directamente.

—Lo haré. Gracias por tu ayuda, Ramiro.

—No hay de qué. Por aquí estaré si necesita algo.

El joven se dirigió a los apartamentos situados al otro lado de la piscina y Roberto salió del complejo con la firme idea de regresar con un desayuno que sorprendiera a Eva.

47

Roberto caminó hasta el bar que le había indicado Ramiro. La temperatura era agradable, por encima de los veinte grados centígrados, y los primeros rayos del nuevo día daban un tono intenso al blanco de los cerezos en flor que inundaban el valle. No le extrañó que tanta gente acudiera a ver aquel espectáculo tan hermoso. A él también se lo pareció, a pesar de que los motivos que le habían llevado hasta aquel lugar no ayudaban a que lo disfrutase como debería.

Llegó al bar diez minutos después de salir del complejo y, tras esperar un par de minutos a que le atendieran, pidió un par de chocolates para llevar. La dueña, una mujer de aspecto afable, le preparó dos vasos de cartón con cierre para el chocolate y un surtido variado de bollería. Energía suficiente para arrancar el día con ganas.

De regreso al apartamento, Roberto se cruzó con una furgoneta blanca con dos cerezas dibujadas en el lateral. Ese detalle le indicó la importancia que tenía la cereza para la vida de aquellas gentes. Almacenes, tiendas, bares. Había referencias a esa fruta por todas partes. Incluso en el monumento situado a la entrada de Jerte, el pueblo que daba nombre al valle. Un valle cuyos pueblos vivían en gran medida de lo que producían los cerezos, de ahí que estuviera tan presente en sus vidas.

Llegó a la puerta del apartamento, esperando darle una sorpresa a Eva, justo cuando Barrios salía del apartamento de al lado con una mochila al hombro.

—Buenos días —le saludó Roberto—. No sabía si todavía estabas por aquí.

—¿Pensabas que me iría sin despedirme? —respondió el inspector en un tono que le sonó a reproche.

—Claro que no. Yo… —Durante un par de segundos Roberto no supo cómo reaccionar—. Siento que te hayamos dejado de lado en la investigación, pero creo que es lo mejor para ti. No tenemos autorización para andar investigando y odiaría que este asunto te salpicase si algo sale mal.

—Ya te dije que aceptaba el riesgo o no habría venido contigo.

—Lo sé y te lo agradezco, pero…

—Tranquilo, no estoy enfadado —aseguró Barrios antes de que terminase la frase—. Entiendo que juntos trabajáis mejor y yo puedo resultar un estorbo.

—No eres un estorbo. Solo que Eva y yo estamos acostumbrados a trabajar juntos.

—No te preocupes, lo entiendo —reiteró—. ¿Qué tal os fue la investigación ayer?

—Bastante bien. Por fin tenemos un sospechoso en el punto de mira.

—¿Ah, sí? —preguntó alzando las cejas—. ¿De quién se trata?

—De Fonsi, el camarero del restaurante El Fogón. Cada vez parece más claro que podría estar implicado en varias de las muertes. Hoy vamos a investigar su entorno.

—Espero que tengáis suerte.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Ya que estoy aquí, quiero aprovechar para hacer alguna ruta. He visto en internet que hay varias cascadas de agua a lo largo del valle, así que hoy quiero visitar una de ellas. He pensado regresar a Jaca dentro de un par de días, el viernes, así tengo el fin de semana para descansar en casa.

—En ese caso, me gustaría que tomásemos algo juntos antes de que te vayas y así despedirnos como es debido.

—Claro, no hay problema —dijo Barrios forzando una sonrisa—. Te llamaré por teléfono y, si estás disponible, nos vemos para despedirnos.

—Perfecto.

Roberto le deseó que pasase un buen día y entró en el apartamento. Eva todavía estaba en la cama, aunque se incorporó en cuanto le sintió entrar.

—¿Dónde estabas? —preguntó, frotándose los ojos.

—Fui a buscar el desayuno. Necesitamos recuperar fuerzas.

Ella saltó de la cama y se acercó para rodearle el cuello con los brazos.

—¿Tan agotado te dejé anoche?

—Soy un cuarentón —respondió dejando escapar una breve carcajada—. A mi edad ya tengo que medir los esfuerzos.

—Pues yo te veo en muy buena forma. —Eva besó sus labios y luego le miró a los ojos—. Cuando termine todo esto, deberíamos pensar en cogernos unas vacaciones y largarnos con los niños a un lugar tranquilo, en plena naturaleza. Sin teléfonos ni internet.

—Se me ocurre uno ideal, aunque antes deberíamos resolver lo que tenemos entre manos.

—En ese caso voy a darme una ducha rápida antes de desayunar.

Eva se separó para dirigirse al baño, pero Roberto la agarró por la cintura.

—Mejor me ducho contigo. Así ahorramos agua y compruebo si es cierto que estoy en tan buena forma como dices.

—Tampoco te vengas arriba, que ya no eres un chaval —dijo ella entre risas mientras entraban en el baño juntos.

48

Tras dar buena cuenta del desayuno, decidieron empezar a investigar más a fondo a Fonsi, hablando primero con el personal del bar en el que trabajaba. Llegaron justo cuando la camarera que les había atendido un par de días antes levantaba la persiana metálica que bloqueaba el acceso al interior del local.

—Buenos días, Amanda —la saludó Eva—. Parece que llegamos temprano.

Ella los miró y los reconoció de inmediato.

—Ah… Hola. No abrimos hasta las doce.

—Queremos hablar contigo, si tienes un momento.

—Antes tengo que abrir y encender las luces. El dueño no podía venir a primera hora, así que me ha encargado preparar algunas cosas.

—No te entretendremos mucho.

—Está bien, podéis entrar.

Esperaron junto a la barra, mientras ella encendía la iluminación del local, antes de reunirse con ellos.

—¿De qué queréis hablar conmigo?

—Es sobre Fonsi, tu compañero de trabajo.

—¿Lo estáis investigando?

A Roberto le extrañó la pregunta.

—¿Por qué piensas eso?

—Ayer un empleado del ayuntamiento estuvo aquí tomando algo y comentó que el verano pasado Fonsi había intentado pegar al alcalde. Me imagino que queréis hablar con él sobre ese tema.

Parece que la noticia del incidente había corrido por el pueblo tras el asesinato del alcalde.

—Sí, pero antes queríamos saber qué opinas de él —dijo Eva—. ¿Consideras que Fonsi es una persona violenta?

—Solo lleva tres meses trabajando aquí.

—Tiempo suficiente para conocer a alguien o al menos para tener una opinión sobre él.

Ella se encogió de hombros.

—Más que violento, yo diría que tiene un carácter complicado.

—¿Ha tenido algún problema en el bar con algún compañero o un cliente?

—No, de ser así ya no trabajaría aquí. El dueño paga bastante bien, pero a cambio no le gusta que los empleados le den problemas.

—Sin embargo, has dicho que tiene un carácter complicado.

—Me refiero a que tiene cambios de humor frecuentes. Un día está contento y otro parece enfadado con todo el mundo. Yo creo que es por lo de su padre.

—¿Qué pasa con su padre?

—Murió hace un año y le dejó un montón de deudas, por eso estaba tan necesitado de trabajo.

—¿Te lo dijo él?

—Sí. También me dijo que la discusión con el alcalde fue porque le había prometido un trabajo fijo en el ayuntamiento, pero luego cambió de opinión y le dio el puesto a un primo de su mujer.

—Y Fonsi se la tenía jurada desde entonces —dijo Roberto.

—Imagino que se sintió traicionado, aunque no fue el único que se la jugó. Antes había estado trabajando en un bar de Cabezuela del Valle y el dueño le echó sin pagarle todo lo que le debía. Eso sí que le cabreó bastante, según me dijo.

—¿No lo denunció?

—Sí. El problema fue que el hombre murió antes de que se resolviese la denuncia. Dicen que se suicidó por las deudas que

tenía.

Roberto miró a Eva, que no dudó en preguntar:

—¿Te refieres a Sergio Arias, el que se ahorcó en su bar en Cabezuela del Valle?

—Ese mismo.

—¿Y cómo se lo tomó Fonsi al enterarse de la noticia?

—No lo sé, porque empezó a trabajar aquí una semana después. El día que me lo contó estaba cabreado porque nunca iba a cobrar ese dinero, pero dijo que al menos el karma había hecho justicia.

—Unas palabras muy duras.

—A mí también me lo parecieron, pero Fonsi es así cuando está cabreado. Luego no es mala persona.

—¿Fonsi trabaja hoy?

—No. Tenía que hacer unas gestiones en Plasencia y pidió el día libre. ¿Queréis hablar con él?

—No creo que sea necesario —dijo Eva forzando una sonrisa—. Está claro que no lo ha tenido fácil desde que falleció su padre.

—La verdad es que lo ha pasado bastante mal. —Se notaba cierta empatía en sus palabras.

—Nos hacemos cargo y no le molestaremos más. Gracias por tu ayuda.

—No hay de qué.

Los dos salieron del restaurante y, solo cuando se habían alejado un centenar de metros, Eva comentó:

—Fonsi tenía motivos para matar al alcalde, a Sergio Arias y, seguramente, a Irene Castro, al menos en su mente enferma. Solo necesitamos encontrar una prueba sólida que lo vincule con alguna de esas muertes y lo tendremos.

—Si cometió algún error, sin duda ha sido en el crimen del alcalde. Puede que ahí esté la prueba que nos lleve hasta él —aseguró Roberto—. El problema es que esa investigación está a cargo de la Policía Judicial y no nos van a dar acceso a los informes.

—Tú mismo lo has dicho: la Policía Judicial es quien lleva la investigación.

—¿Qué propones entonces que hagamos?

—Hablaremos con la viuda de Sergio Arias, para confirmar que su marido le debía dinero a Fonsi.

—¿Y si lo hace?

—Entonces tendremos que hablar con ese teniente de la Policía Judicial.

—Esperemos que sea de los que se puede hablar con él —dijo Roberto.

—Me da que no tardaremos en averiguarlo.

49

Barrios esperó con paciencia hasta que cayó la noche.

Durante buena parte de la tarde había estado vigilando la finca, atento a cualquier movimiento que se produjese dentro. Se había situado en una posición de la ladera desde la que tenía una visión parcial del lugar, aunque suficiente para saber si sus objetivos la abandonaban. No había sido así. Uno de ellos había estado sentado junto a la piscina con su teléfono en la mano toda la tarde, mientras el otro permanecía dentro de la casa.

Una vez que el sol se perdió en el horizonte, Barrios esperó media hora más antes de moverse. Si tenía suerte, los pillaría cenando y eso le daría la ventaja que necesitaba. En caso contrario, tendría que improvisar sobre la marcha.

Abandonó su posición, al abrigo de un pequeño grupo de árboles situados cerca de una alberca llena de agua, y comenzó a descender por la ladera. El terreno era irregular, cortado en distintos escalones poblados de cerezos, así que caminó con cuidado de no tropezar con alguna piedra. Lo que menos le interesaba en ese momento era torcerse un tobillo.

Al llegar al muro, se situó en un punto donde la altura era solo de metro y medio, con varios árboles al otro lado. Los había visto en su anterior visita al interior de la finca, así que supuso que le servirían para ocultarse. No se equivocó. Tras encaramarse al muro y

descolgarse al otro lado, sacó su pistola y se quedó agazapado, al abrigo del tronco de uno de ellos, atento a cualquier movimiento.

En cuanto estuvo seguro de que no había nadie en el exterior de los edificios, caminó hacia el que tenía más cerca: el más grande de los dos y donde supuso que se encontraban los dos sicarios. Pasó junto a una fuente de piedra, que rodeó sin dejar de apuntar al frente con el arma, y alcanzó el porche de la casa. Solo había una luz encendida en el interior, así que se aproximó a la ventana y se asomó lo justo para ver lo que ocurría dentro. Allí estaban los dos, jugando a las cartas en la mesa del comedor.

Se agachó para pasar por debajo de la ventana y se acercó a la puerta de acceso al interior, situada unos metros más allá y que daba acceso directo a la estancia en la que se encontraban. Esperaba que estuviese abierta para pillarlos por sorpresa.

Por si acaso se complicaban las cosas, se quitó la mochila que llevaba a la espalda y la dejó en el suelo. Luego puso la mano izquierda en la manilla y tomó aire, consciente de la importancia del factor sorpresa. Si dudaba o fallaba, no le darían una segunda oportunidad.

Con lentitud tiró hacia abajo de la manilla hasta el final de su recorrido y probó a empujar la puerta con suavidad. Al ver que cedía, levantó la pistola para apuntar al frente y dio un paso hacia el interior de la vivienda, a la vez que abría la puerta del todo. Le dio tiempo a dar dos pasos más antes de que se percataran de su presencia.

—Quietos, ni se os ocurra moveros —dijo empuñando la pistola con ambas manos.

—Pero, ¿qué significa esto? —preguntó desconcertado el sicario de pelo rubio.

Su compañero, de barba espesa y más corpulento, hizo ademán de incorporarse, lo que obligó a Barrios a amartillar la pistola y apuntarle al pecho con ella.

—¡Como no te sientes, te reviento de un disparo! —le ordenó con firmeza.

El sicario se quedó paralizado a mitad de camino y, tras un par de segundos de duda, volvió a sentarse.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó—. ¿Por qué nos apuntas con una pistola?

Barrios se mantuvo en su posición.

—Quiero que pongáis las dos manos encima de la mesa con las palmas hacia abajo.

—¿A qué has venido?

—He dicho que pongáis las manos sobre la mesa.

Los dos obedecieron a regañadientes.

—Esto no era lo acordado —dijo el rubio, traspasándole con la mirada.

—No puedo permitir que matéis al cura.

—¿Cómo dices?

—Lo necesito para lograr mi objetivo.

—¿Qué objetivo?

—Ganarme de nuevo la confianza de Roberto y estar a su lado hasta que cometa un error que lo lleve a la cárcel. Y para eso necesito liberar al cura.

El sicario debió de adivinar en sus ojos el significado de esas palabras, porque se puso en pie de inmediato y trató de sacar la pistola que llevaba en la cadera.

—¡Y una mierda te lo vas a llevar!

Barrios esperaba esa reacción. O, más bien, la deseaba. Apretó el gatillo y la bala impactó en el centro del pecho, empujándolo hacia atrás y haciendo que cayese al suelo de espaldas, junto con la silla. Su compañero también reaccionó, pero no del modo que él esperaba. Corrió agachado en dirección a la cocina, lo que hizo que fallara el primer disparo. Por suerte, acertó con el segundo, que le alcanzó en la pierna izquierda y le derribó.

—¡Puto… cobarde! —gritó el sicario llevándose ambas manos al muslo herido.

Barrios tomó aire y trató de rebajar sus pulsaciones. En ese momento su corazón iba a mil por hora, por eso caminó despacio hacia el caído, sin dejar de apuntarle.

El siguiente disparo le alcanzó en la cabeza antes de que pudiera decir nada más, acabando con su vida.

—Lo siento.

En realidad, no lo sentía. Todo formaba parte de un plan desesperado para seguir dentro del juego, para no perder la oportunidad de solucionar su vida para siempre. Se acercó al primer sicario para comprobar que también estaba muerto. Lo encontró tumbado en el suelo con los brazos en cruz y los ojos abiertos, sin vida.

Ya solo quedaba prepararlo todo antes de llamar a Emergencias.

50

Roberto y Eva estaban dando un paseo por Jerte, decidiendo en qué lugar cenar, después de tomarse un descanso a su regreso de Cabezuela del Valle.

La viuda de Sergio Arias, el dueño del bar en el que había trabajado Fonsi, se encontraba en Plasencia solucionando unos temas legales, así que tuvieron que esperarla. Decidieron comer en el pueblo y luego la visitaron por la tarde.

Lo que les contó fue algo diferente a lo que esperaban. La mujer confirmó que su marido había dejado de pagarle un mes de sueldo a Fonsi, pero que lo había hecho porque este había sustraído dinero de la caja registradora del bar. Pequeñas cantidades para que no se notara, hasta que la última vez lo pilló con las manos en la masa. Tras una larga discusión, Sergio le dijo a Fonsi que no lo denunciaría si se marchaba y no volvía más por el bar. Así lo hizo y la cosa quedó ahí, según la mujer. No sabía nada de que luego Fonsi hubiera ido contando por ahí que su marido le debía dinero.

Tras esa entrevista, decidieron regresar al apartamento, dado que a Eva se le había levantado un fuerte dolor de cabeza. Ella lo achacó al estrés de los últimos días, así que se tomó un analgésico y durmió hasta que se hizo de noche. Cuando despertó, el dolor había desaparecido, por lo que decidieron salir a dar un paseo y luego a cenar.

Estaban llegando al bar donde Roberto había comprado esa mañana el desayuno cuando recibió una llamada al teléfono.

—Dime, Barrios —preguntó tras ver su nombre en la pantalla.

—He encontrado al padre Miguel —escuchó su voz agitada.

—¿Dónde? —dijo, antes de darse cuenta de que esa no era la pregunta más importante—. ¿Está vivo?

—Sí, no te preocupes. Está inconsciente porque lo mantenían drogado, pero está vivo.

Roberto resopló, aliviado.

—¿Y dónde está?

—Ahora te mandaré la ubicación. Estoy a la espera de que lleguen tus compañeros de la Guardia Civil. He llamado primero a Emergencias… para pedir una ambulancia y apoyo.

—¿Tú estás bien? Te noto la respiración agitada.

—Estoy bien. —Hizo una pausa de varios segundos antes de continuar—. Aunque los secuestradores, no.

—¿Qué quieres decir?

—Eran dos y no me quedó otro remedio que dispararles. Lo siento, están muertos. Sé que habría sido mejor detenerlos para interrogarlos, pero no me dieron opción.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que estás bien y que has liberado al padre Miguel. ¿Cómo ha sido? ¿Cómo lo has encontrado?

—Te lo explicaré todo a su debido tiempo. Estoy viendo las luces de los rotativos acercarse, así que voy a tener que colgar.

—¿Puedes mandarme al menos la ubicación del lugar en el que te encuentras?

—Claro, en cuanto cuelgue te la mando por mensaje, aunque no sé si será buena idea que te vean por aquí.

—Eso ya no importa. Mi prioridad desde que vine aquí era encontrar al padre Miguel. No voy a dejarlo solo ahora.

—Tengo que dejarte.

—De acuerdo, nos vemos ahí.

La llamada se cortó nada más terminar la frase.

—¿Han encontrado al padre Miguel? —preguntó Eva.

—Sí, Barrios lo ha liberado.

—¿Y cómo ha dado con él?

—No lo sé. Solo me ha dicho que lo mantenían drogado, pero que está bien. Eso y que los dos secuestradores están muertos. Ahora me mandará la ubicación del lugar donde lo mantenían retenido.

—¿Ha matado a los secuestradores?

—Eso ha dicho. Nos lo contará todo en cuanto lo veamos.

En ese momento, el teléfono de Roberto vibró con la llegada de un nuevo mensaje, así que lo abrió. Era la ubicación de Barrios. Al pulsar sobre ella y abrirse el mapa, no pudo evitar fruncir el ceño.

—Está aquí cerca, en el valle —murmuró—. Un punto en mitad del monte, entre Cabezuela del Valle y Navaconcejo.

Eva se acercó para mirar la pantalla.

—¿Qué punto es ese?

Roberto cambió a la imagen de satélite e hizo zoom para acercarse más.

—Es una finca con dos edificaciones y una piscina.

—¿Ahí es donde retenían al padre Miguel?

—Parece que sí. Tenemos que ir hasta ese lugar.

—Esperemos ser bien recibidos.

—Lo sabremos al llegar.

El camino de acceso a la finca estaba vigilado por dos guardias civiles que les dieron el alto en cuanto el vehículo se acercó a ellos.

—No pueden pasar.

—Soy la sargento Ruano —dijo mostrando su identificación a través de la ventanilla del conductor—. El sargento Llamazares nos ha dicho que podíamos venir.

Con buen criterio, Roberto se había puesto en contacto con él por teléfono de camino para preguntarle si se encontraba en el lugar y pedirle que les permitiese el paso.

—A sus órdenes, mi sargento —la saludó el guardia de forma reglamentaria, elevando la mano derecha a la gorra—. Sí, el

sargento me ha dicho que vendrían. Les espera en la entrada a la finca, pero tienen que dejar el vehículo aquí, a un lado del camino, donde no impida el paso de otros vehículos.

—De acuerdo.

Hicieron lo que les pidió y luego caminaron hacia el lugar que les señaló el guardia, dejando a su paso varios vehículos patrulla de la Guardia Civil. Llamazares estaba en ese momento en la puerta de acceso a la finca, hablando con uno de los enfermeros de la ambulancia aparcada a pocos metros. En cuanto los vio llegar, se aproximó con paso rápido, mientras el enfermero entraba en la finca.

—Me temo que no podéis pasar de aquí.

—¿Dónde está el padre Miguel? —preguntó Roberto.

—Dentro de la finca, con tu amigo el policía y el teniente Arroyo, que está a cargo de la investigación del asesinato del alcalde.

—¿También va a ocuparse de esta investigación?

—Al tratarse de un secuestro con dos homicidios, Emergencias avisó a la comandancia de Cáceres. Allí decidieron que se hiciese cargo de la investigación el teniente Arroyo, que en ese momento se encontraba en Jerte. Yo solo he venido para ofrecerle apoyo en lo que necesite. —Bajó la voz, como si temiese que pudiese escucharle —. Es un tío muy cuadriculado. Entré para hablar con vuestro amigo y a los pocos minutos me dijo que saliera y que nadie más podía entrar hasta que llegue el juez para el levantamiento de los cadáveres y el equipo de Criminalística que ha solicitado.

—¿Cómo se encuentra el padre Miguel?

—Los enfermeros están con él, estabilizándolo para trasladarlo. Está inconsciente, pero fuera de peligro.

—Me gustaría verlo.

—Escuchad, todo este asunto es muy extraño —dijo dando a sus palabras un tono de misterio—. No sé qué hacían los dos secuestradores reteniendo en este lugar al cura y, seamos sinceros, la explicación que me dio vuestro amigo el policía sobre lo sucedido tampoco cuadra mucho. Ahora mismo el teniente está hablando con él, pero la cosa no pinta bien. ¿Un policía fuera de servicio que

escucha una conversación casual y entra a tiros en una finca privada?

—¿Eso es lo que te ha contado Barrios? —preguntó Eva.

—Básicamente.

—Necesitamos hablar con él.

—Ya os digo que ahora mismo no va a ser posible.

En ese momento, dos sanitarios salieron de la finca empujando una camilla en dirección a la ambulancia. El padre Miguel iba sobre ella, con los ojos cerrados. Roberto no dudó en ir a su encuentro.

—¿Cómo está?

—Desnutrido y drogado —respondió uno de los sanitarios.

—¿Se recuperará?

—Es probable, pero tenemos que llevarlo al hospital de Plasencia cuanto antes. Es el más cercano.

—Claro —dijo haciéndose a un lado para que lo llevasen hasta la ambulancia.

—¿Es usted el cabo Roberto Fuentes? —dijo entonces una voz a su espalda.

Al volverse se encontró con un hombre de unos treinta años, vestido de civil y con gafas de pasta.

—Sí, soy yo.

—Teniente Arroyo, de la Policía Judicial —se presentó. Al ver que Roberto no decía nada, añadió con voz autoritaria—: ¿Qué pasa, es que no te han enseñado a saludar a un oficial?

La primera reacción de Roberto fue apretar los nudillos y realizar una respiración profunda. Aquella era una de las cosas que más odiaba de su trabajo: la prepotencia con que le habían tratado en demasiadas ocasiones. Más de las que estaba dispuesto a soportar. Por suerte, fue capaz de tragarse su orgullo y contenerse. Lo que menos necesitaba en ese momento era que le echasen de allí.

—Sí, mi teniente. A sus órdenes, soy el cabo Fuentes.

—Ese inspector de policía dice que te estaba ayudando.

—Nos ayudaba a los dos —dijo Eva acercándose a ellos.

—¿Y tú eres?

—Sargento Ruano, mi teniente.

—El policía también me habló de ti. Lo primero que quiero es que me expliquéis qué hacéis aquí los dos.

—Hemos venido para ver cómo se encuentra el padre Miguel —aseguró Roberto.

—Me refiero a qué hacéis en el valle.

—El párroco de Jerte me llamó la semana pasada para avisarme de la desaparición del padre Miguel, después de que este le dijese que se pusiera en contacto conmigo si le ocurría algo.

—¿Sospechaba que podían secuestrarlo?

Roberto decidió no dar más información de la necesaria.

—Imagino que sí.

—¿Por qué? ¿Qué hacía aquí ese cura?

—Tendrá que preguntárselo a él.

—Te lo pregunto a ti.

Roberto miró a Eva, cuya mirada le transmitió que midiese bien sus palabras.

—Pensaba que había algo raro detrás de los suicidios que se han producido en el valle durante los últimos meses.

El teniente soltó una breve carcajada.

—No me digas más: un asesino en serie —dijo con ironía.

Roberto decidió ignorar el comentario.

—Seis personas han muerto en los últimos meses ahorcadas. Al igual que el alcalde de Jerte, al que lanzaron al río con una cuerda atada al cuello.

—No sé qué habrá sucedido con esos seis suicidios a los que te refieres, pero en el caso del alcalde el tema ya está zanjado.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que ya sabemos quién es el autor del crimen, por eso lo hemos detenido hace tan solo una hora.

51

Al escuchar al teniente Arroyo, Roberto no pudo evitar preguntar:

—¿Quién es el asesino?

—No voy a compartir esa información contigo, cabo. Lo que quiero es que os vayáis de aquí ahora mismo.

—No nos iremos hasta hablar con el inspector Barrios y saber qué ha ocurrido dentro de esa finca.

El teniente no dudó en acercarse más para encararse con él.

—Si me ponéis a prueba, os meteré a los dos en una celda.

—Mi teniente —intervino Eva—, solo queremos saber que Barrios está bien y ayudarlo en lo que necesite.

—Podréis visitarlo en la comandancia cuando lo traslademos a Cáceres. —Acto seguido señaló con el dedo a Llamazares y ordenó con voz autoritaria—: Sargento, sácalos de aquí.

El teniente giró sobre sus talones y regresó al interior de la finca, justo cuando la ambulancia comenzaba a maniobrar para abandonar el lugar.

—¡Menuda mierda! —exclamó Roberto—. No pienso irme de aquí hasta hablar con Barrios.

—Ya has escuchado a ese teniente —le replicó Llamazares—. Tenéis que iros.

—He dicho que no.

—Escucha, Fuentes…

—¿Qué es eso de que ya sabe quién es el asesino del alcalde? —preguntó Eva.

—No lo sé. El teniente es quien está al mando de la investigación y sé lo mismo que vosotros. A mí tampoco me ha contado nada.

—Está bien. ¿Puedes contarnos algo más sobre lo ocurrido aquí dentro? —dijo señalando la entrada a la finca.

—Lo que os he dicho antes. Vuestro amigo dice que escuchó a uno de los secuestradores hablar por teléfono y decir que iba a matar al cura. Así que lo siguió hasta aquí y decidió entrar a rescatarlo.

—¿Sin pedir apoyo?

—Eso es lo más extraño de todo. Dice que entró con la idea de detenerlos y que se vio obligado a disparar contra ellos. —Llamazares se encogió de hombros—. Ya os digo que fue una explicación muy difusa, quizá porque estaba nervioso. Si me entero de algo más, os avisaré, aunque es poco probable que el teniente me deje meter las narices en nada.

—Es mejor que nos vayamos a descansar —sugirió Eva, agarrando del brazo a Roberto—. Los dos lo necesitamos.

Este asintió con la cabeza, a regañadientes, y se despidió del sargento dándole las gracias. Luego los dos se alejaron por el camino para regresar al coche que habían dejado a cien metros del lugar.

—¡Joder! —masculló entre dientes Roberto—. Si tuviera mi don, podría conectarme con los cadáveres y averiguar quién les ordenó el secuestro.

—¿Y por qué no lo intentas? Puede que esa pérdida de tu don no sea permanente.

Él negó con la cabeza.

—Llevo días sin soñar con nadie.

—Eso no quiere decir nada.

—De todas formas, ya has oído a ese teniente. Nunca me dejará entrar en la finca y mucho menos acercarme a los cadáveres.

—No necesitas entrar —aseguró Eva.

—¿Qué quieres decir?

—Hay otra forma de que accedas a los cuerpos.

JUEVES, 26 DE MARZO

52

Tuvieron que esperar varias horas, hasta que por fin los dos coches fúnebres pasaron a su lado en dirección a la salida del pueblo. Eva arrancó el coche y aceleró para seguir a la pequeña comitiva, encabezada por un coche patrulla de la Guardia Civil. El plan era sencillo: seguirlos hasta el lugar donde depositarían los cuerpos y buscar el modo de entrar para que Roberto pudiera conectarse con ellos.

Hasta ese momento, numerosos vehículos de la Guardia Civil habían desfilado por delante de ellos, mientras esperaban con paciencia aparcados junto a la vía principal que atravesaba Navaconcejo. Supusieron que Barrios viajaría en alguno de ellos. También vieron pasar la furgoneta blanca de Criminalística en dirección a la finca.

Roberto estuvo a punto de olvidarse de todo y dirigirse al hospital de Plasencia para quedarse al lado del padre Miguel, pero, dado que su estado de salud no corría peligro y que lo más probable era que tardaran en dejarle hablar con él, decidió que lo más importante en ese momento era averiguar quién había ordenado su secuestro.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando llegaron al Servicio de Patología Forense de Cáceres. Aparcaron al otro lado de la calle, lo que les permitió ver cómo los dos coches fúnebres

entraban por el acceso al edificio, mientras el coche patrulla de la Guardia Civil se alejaba, presumiblemente en dirección a la comandancia, una vez terminada la escolta.

—¿De cuánto tiempo crees que disponemos? —preguntó Roberto.

—No creo que el forense realice la autopsia hasta primera hora de la mañana —respondió Eva, a la vez que miraba su reloj de muñeca—. Deberíamos tener tiempo suficiente para entrar y salir.

—Eso si nos dejan entrar.

—Yo me encargo de que nos dejen, aunque hay que esperar un poco para que tengan tiempo de descargar los cuerpos.

No pasaron más de quince minutos hasta que los dos coches fúnebres salieron del edificio y se alejaron.

—Vamos allá —dijo Eva abriendo la puerta—. Esperemos que el guardia de seguridad sea fácil de convencer.

Cruzaron con paso ágil la calle, que a esa hora estaba desierta, y se dirigieron a la entrada. A través de la amplia cristalera vieron un mostrador y a un joven guardia de seguridad sentado detrás de él. La puerta de acceso no se abrió cuando llegaron a su altura, lo que obligó Roberto a alzar la mano para llamar su atención. En cuanto lo consiguió, la puerta se deslizó a un lado.

—Buenas noches —le saludó Eva mientras caminaban a su encuentro—. Soy la sargento Ruano, de la Guardia Civil.

El guardia les miró sin demasiada emoción. Se notaba que a esas horas de la noche ya deseaba marcharse a su casa.

—Hola —dijo posando la mirada en la identificación que ella le puso sobre el mostrador.

—Necesitamos ver los dos cuerpos que acaban de llegar.

—Tendrán que hablar con el forense cuando venga.

—¿No está aquí? —preguntó ella, fingiendo sorpresa.

—No.

—¿Y hay alguien con quien podamos hablar en su lugar?

—Hay un ayudante que se encarga de recepcionar los cuerpos.

—¿Puedes avisarle para que nos atienda? Dile que somos los investigadores del caso y que necesitamos ver los cadáveres un momento. Date prisa, por favor.

Roberto supuso que el guardia no debía llevar demasiado tiempo en ese trabajo, porque asintió con la cabeza y descolgó el teléfono sin hacer más preguntas. Tras un breve cruce de palabras con la persona que respondió a su llamada, el guardia se puso en pie y les indicó que le siguieran.

Tomaron un corto pasillo situado a la izquierda, al final del cual cruzaron una puerta metálica. Tras ella, se encontraron un segundo pasillo, este más largo, con una sucesión de puertas de madera a ambos lados.

—El ayudante les espera en la última oficina de la derecha.

Eva le dio las gracias y los dos recorrieron el pasillo con rapidez hasta llegar a una puerta abierta que daba a una pequeña oficina de paredes blancas. Un joven con una bata blanca les recibió con mirada expectante.

—Nadie me ha dicho que vendrían.

—Necesitamos ver los dos cuerpos que acaban de traer —dijo Eva—. Tenemos que comprobar algo muy importante, que por desgracia no pudimos hacer en el lugar de los hechos antes de que se los llevaran.

—Lo siento, pero no puedo dejarles pasar sin la autorización del forense y mucho menos antes de que realice las autopsias.

—No vamos a tocar los cuerpos. En realidad, solo necesitamos sacarles una foto.

—¿Para qué?

—Forma parte de la investigación. Necesitamos que un testigo los identifique.

—¿Y por qué no la sacaron en el lugar del crimen?

—Porque los cuerpos ya estaban dentro de las bolsas cuando llegamos.

—Escuche, hemos viajado de noche desde Madrid y nos gustaría hacer esto lo antes posible —le apoyó Roberto—. Solo tardaremos un par de minutos.

—Es muy importante —insistió Eva—. El tiempo corre y el asesino podría escapar.

Una mirada de desconfianza asomó de pronto en los ojos del ayudante.

—Los de la funeraria dijeron que les había matado un policía.

—No me refiero a quien los mató, sino a la persona que les pagó para llevar a cabo el secuestro. Alguien que está detrás de varios crímenes que se han producido en los últimos meses. Necesitamos esas fotos para que un confidente nos lleve hasta él antes de que huya. De ahí la urgencia con la que hemos venido desde Madrid. Cada minuto es crucial.

Ese argumento pareció convencerle, ya que se puso de pie y asintió con la cabeza.

—Está bien, pueden seguirme.

Un par de minutos después estaban en la morgue. El ayudante extrajo el primero de los cuerpos de una de las neveras que llenaban la pared y abrió la bolsa para cadáveres que lo contenía lo justo para dejar al descubierto su rostro.

Roberto se situó a menos de un metro del cuerpo, sin sentir nada especial. La atmósfera no se volvió pesada, no hubo un escalofrío que le recorriera la espalda y tampoco nada que le indicase que aquel hombre había muerto de forma trágica. Aun así, enfocó su rostro con el teléfono y sacó varias fotos desde distintos ángulos.

—Dime una cosa —escuchó la voz de Eva, dirigiéndose al ayudante—. ¿Estuviste presente en alguna de las autopsias de los cuerpos que han traído del Valle del Jerte en los últimos meses?

Roberto miró de reojo y vio que en ese momento el ayudante del forense le daba la espalda, así que no se entretuvo. Se situó de espaldas a ellos, a menos de un metro del cadáver, y alargó la mano hasta tocar su frente.

Nada.

No escuchó ninguna voz en su cabeza pidiéndole ayuda.

No hubo ninguna comunicación con el cadáver.

Ni siquiera sintió nada diferente al tocar su piel.

Definitivamente, había perdido su don.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó de pronto una voz, justo cuando ya había retirado la mano—. ¿Quiénes sois vosotros?

Un hombre de pelo grisáceo y gafas de montura fina los miraba desde la puerta de acceso a la morgue. En cuanto dio dos pasos hacia el interior, una figura se recortó a su espalda.

Roberto supo al momento que estaban metidos en un buen lío.

—Se ve que no fui lo bastante claro antes —dijo el teniente Arroyo con los ojos encendidos como ascuas—. Lo entenderéis mejor en la comandancia.

—¿Va a detenernos? —le replicó Eva.

—Os aseguro que lo estoy deseando.

53

La sala de interrogatorios le recordó a cualquier otra en la que había estado antes. Paredes frías, sin ventanas, luz escasa en el techo y una mesa de hierro tras la cual estaban sentados Eva y él. La diferencia es que esta vez ellos eran los interrogados.

—¿Cuánto más tiempo crees que tendremos que esperar? —murmuró Roberto.

Llevaban más de media hora allí sentados, esperando a que el teniente Arroyo se presentase para hablar con ellos. No estaban detenidos, al menos de momento. El oficial había ordenado que dos guardias civiles los trasladasen a la comandancia de Cáceres y desde entonces estaban esperando en la sala de interrogatorios a que alguien se dignase a hablar con ellos.

—Paciencia —respondió Eva.

—¿Qué crees que va a pasar?

—Probablemente nos sancionen y nos metan en un avión de vuelta a Roma. Eso en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor?

—Que perdamos el trabajo.

—¿Lo dices en serio?

—No creo que eso ocurra, pero a estas alturas ya no me fío de nadie.

Roberto resopló.

—Estoy cansado.

—¿De qué?

—De este trabajo, de todo —murmuró frotándose los ojos—. Estoy harto de tener que morderme la lengua cada vez que un superior me mira por encima del hombro. De soportar cómo la burocracia impide que podamos perseguir a los asesinos. De tratar con imbéciles como ese teniente que…

—Tranquilízate —le interrumpió ella cuando estaba a punto de perder el control, llevado por la rabia y la frustración—. Saldremos de esta.

—Estoy cansado, Eva. Nada de esto tiene ya sentido. Ahora que he perdido mi don debería dedicarme a lo que realmente es importante para mí: los niños y tú. Ya está bien de tanta violencia y de jugarnos la vida por los demás para que nada cambie. Llevamos años luchando contra un sistema que nunca nos ha apoyado.

—Sabes que eso no es cierto.

—i¿Y entonces qué hacemos aquí sentados como si fuéramos vulgares delincuentes?! —exclamó abriendo los brazos y mirando a su alrededor.

—Tienes que tranquilizarte.

—¿Sabes qué es lo más irónico de todo? Que lo que menos me preocupa en este momento no es salir de aquí, sino que haya un asesino libre por ahí para seguir arrebatando vidas. He perdido mi don, este ya no es mi trabajo y, sin embargo, sigo preocupándome por las víctimas. —Sintió que no era capaz de dominar su rabia—. Y, mientras tanto, los que realmente deberían estar investigándolo permanecen de brazos cruzados.

—Tal vez esta sea la oportunidad para que hagan algo.

—Lo dudo mucho. Lo más seguro es que nos echen la bronca y nos monten en un avión con destino a Roma, como has dicho.

—Pues tendremos que aceptarlo —aseguró Eva a la vez que agarraba su mano—. No hay nada más que podamos hacer.

—Las cosas no deberían ser así —murmuró justo cuando se abría la puerta de la sala.

El teniente Arroyo entró llevando bajo el brazo una carpeta que posó sobre la mesa, a la vez que se sentaba frente a ellos.

—Veo que tienes un pasado bastante interesante —comentó poniendo la mano sobre la carpeta, sin llegar a abrirla, y centrando la mirada en Roberto—. Varias detenciones de asesinos a lo largo de los últimos años, aunque también informes de subordinación y una acusación de asesinato de la que al final saliste impune.

—Porque no tuve nada que ver con ese crimen.

—O porque te las arreglaste para salir impune y que no te acusasen. —Hizo una breve pausa, como si esperase una reacción de Roberto, que no se produjo—. La cuestión es que ahora te has inmiscuido en una investigación que no te compete. No tienes autorización para estar aquí. Ninguno de los dos la tiene.

—Vine porque el padre Miguel llevaba días desaparecido y a nadie parecía preocuparle que no apareciese —dijo Roberto procurando no alterarse.

—Y si yo estoy aquí es porque intentaron asesinar a Roberto —le secundó Eva— y nadie ha movido un dedo para detener al culpable.

—¿Acaso pensáis que podéis tomaros la justicia por vuestra mano?

—La única justicia que conozco es que los culpables paguen por lo que han hecho —le replicó Roberto.

—Yo creo que ya lo han hecho. Los dos secuestradores están muertos. Punto final.

—¿Y no quiere saber por qué lo hicieron?

—Imagino que por dinero.

—Que yo sepa, nadie pidió un rescate por el padre Miguel.

—Eso no significa que no tuvieran pensado hacerlo. Además, no se me ocurre otro motivo.

—A mí sí.

—Estoy deseando escucharlo —dijo el teniente con evidente ironía.

—Ya se lo dije anoche. El padre Miguel estaba investigando los suicidios del valle.

—Ah, sí, lo de los suicidios. ¿Y crees que los secuestradores lo mantenían retenido para que no investigase?

—Todavía no estoy seguro, pero lo que sí sé es que alguien debería tomarse mucho más en serio lo que está ocurriendo aquí.

—¿Y qué está ocurriendo, según tú?

Durante unos breves segundos, Roberto estudió su rostro. Tuvo la impresión de que tras esa inocente petición se escondía algo más, quizá la búsqueda de un motivo para expulsarles del país o incluso detenerles.

—Antes dijo que ya sabía quién había asesinado al alcalde de Jerte y que estaba detenido. ¿Es eso cierto? —preguntó.

—¿Por qué motivo quieres saberlo?

—Porque el alcalde no es la única víctima.

—¿Y en qué te basas para afirmar eso? —Al ver que Roberto no respondía a su pregunta, añadió—: Si quieres que comparta información contigo, antes tengo que saber lo que has averiguado.

Roberto miró a Eva, que negó ligeramente con la cabeza. Un gesto apenas perceptible que él interpretó como una señal para que cerrase la boca y no compartiese nada. Sin embargo, llegados a ese punto, consideró que no tenían mucho más que perder.

—Creemos que el asesino del alcalde es el mismo que se oculta tras los supuestos suicidios que se han producido en el Valle del Jerte durante los últimos meses —arrancó a decir.

—He preguntado por esos suicidios y me han dicho que no hay nada que lleve a pensar que se trate de asesinatos.

—En al menos tres de los casos las muertes no fueron voluntarias. Podríamos demostrarlo si tuviésemos acceso a las autopsias.

—Eso no va a ocurrir.

Roberto resopló. Por un momento había creído que el oficial estaba dispuesto a ayudarles. Aun así, decidió no darse por vencido.

—Creemos que el asesino les inyectó una droga que le permitió controlar su voluntad y los resultados de las autopsias podrían confirmarlo.

—Perdona, ¿de qué tipo de droga estás hablando? —preguntó con expresión incrédula.

—Un depresor del sistema nervioso central —intervino Eva—, como el ácido gamma-hidroxibutírico que le inyectaron a Roberto para provocar su muerte.

—¿Me estáis diciendo que alguien drogó a los suicidas, obligándolos a ahorcarse?

—Así es.

El teniente no tuvo reparo en soltar una breve carcajada.

—Lo siento, pero es lo más fantasioso que he escuchado en mi vida.

—Lo he visto antes —dijo Roberto—, aunque con otra sustancia llamada burundanga.

El teniente se echó hacia atrás, apoyando toda la espalda en el respaldo de la silla.

—¿Y quién se supone que cometió esos crímenes? Porque seis suicidios son muchos.

—Quizás alguno fuese voluntario, pero creemos que hay tres al menos que fueron provocados.

—¿Y tenéis un sospechoso?

—Hay un hombre que tenía motivos para ver muertas a tres de las víctimas.

—Estoy deseando escucharte.

—En el caso de Lucía Lago, creemos que se sintió engañado por ella y por eso la asesinó. Luego acabó con la vida de Sergio Arias, el dueño de un bar en el que había trabajado, como venganza por el dinero que este le debía. En cuanto a Irene Castro, probablemente la asesinó porque no soportó su rechazo y ella amenazó con denunciarle. Y por último estaría David Soler, el alcalde que le había prometido un trabajo y que al final concedió a un familiar suyo. Intentó asesinarlo como a los demás, pero algo salió mal y la víctima se defendió, lo que le obligó a golpearlo contra la barandilla para reducirlo.

—¿Y ese supuesto psicópata tiene nombre?

—Alfonso Corrales, más conocido en el pueblo como Fonsi.

El teniente Arroyo dibujó una sonrisa que se fue alargando con el paso de los segundos. No tardó en desvelar el motivo. Abrió la carpeta que descansaba sobre la mesa y puso el dedo índice sobre el papel situado arriba del todo del montón que contenía.

—Esta es una declaración firmada por una mujer llamada Patricia da Silva, que asegura que su marido, Víctor Amado, asesinó al

alcalde. Al parecer, ella mantenía relaciones sexuales con Diego Silva a espaldas de su marido. Él se enteró hace unos días y, durante la discusión que mantuvieron, juró que lo mataría.

—Eso no tiene sentido —murmuró Roberto.

—Claro que lo tiene. Víctor Amado odiaba a Diego Silva y creyó que el mejor modo de salir impune era simular un suicidio como los que has mencionado. Está claro que no salió como esperaba. Al menos en eso te doy la razón.

Algo no le encajaba a Roberto.

—¿Ese tal Víctor ha confesado el crimen?

—Todavía no, pero lo hará muy pronto. Las pruebas contra él son contundentes.

—¿Qué pruebas?

El teniente sonrió antes de responder.

—No voy a compartir esa información contigo. Lo que sí puedo decirte es que no hay ningún asesino en serie. Víctor Amado asesinó al alcalde por celos. Punto. Lo demás son fantasías tuyas. Creo que la fama se te ha subido a la cabeza y ves asesinos en serie donde no los hay.

Antes de que pudiese rebatirle, Eva puso una mano sobre su antebrazo y tomó la palabra.

—Puede que el asesino del alcalde no sea nuestro sospechoso, pero eso no significa que no esté detrás de las otras muertes.

—Creo que ya he escuchado suficientes tonterías —dijo el teniente cerrando su carpeta y poniéndose en pie—. No voy a deteneros. Sinceramente, no me apetece hacer más papeleo. —Su voz exhalaba una soberbia que Roberto se esforzó en ignorar—. Os dejaré que visitéis a vuestro amigo el cura en el hospital, pero quiero que luego os subáis a un avión de vuelta a Italia. Estáis destinados en el consulado español en Roma, ¿verdad?

—Sí.

—Mucha gente mataría por un destino así. Si fuera vosotros, volvería allí y me olvidaría de todo. Os doy veinticuatro horas para que lo hagáis.

—¿Es una orden? —preguntó Roberto—. Porque le recuerdo que no estamos bajo sus órdenes.

—Por lo que me han dicho, hay gente muy por encima de mí deseando que no estés a las órdenes de nadie, así que no tientes a la suerte. —El teniente les dio la espalda y se dirigió a la salida—. Podéis iros y espero que esta sea la última vez que hablemos.

Roberto no dijo nada. Lo observó mientras salía de la sala y luego se puso en pie.

—No ha sido una buena idea hablar de nuestra investigación —murmuró Eva.

—Era el único modo de comprobar si alguien se podía tomar en serio lo que está ocurriendo y ha quedado claro que no.

—Por eso lo mejor es que nos olvidemos de todo y regresemos a casa con los niños. Viniste para encontrar al padre Miguel y lo has conseguido.

—¿Y qué pasa con quien ordenó su secuestro? ¿Nos olvidamos también de Fonsi y del hecho de que puede ser un asesino en serie?

—Otros deberían ocuparse de investigarlo, como bien dijiste antes. Nosotros debemos seguir con nuestra vida, ¿no te parece?

—Tal vez —murmuró Roberto—. Tal vez.

54

Abandonaron la sala de interrogatorios y recorrieron un largo pasillo en dirección a la salida. Roberto no estaba muy convencido de regresar a Roma al día siguiente, pero prefirió guardárselo para sí. Dependiendo de lo que les contase el padre Miguel, decidiría qué hacer.

—Espera —dijo de pronto Eva agarrándole del brazo para que se detuviese.

A su derecha había una pequeña sala de descanso con una máquina de café y una mesa redonda con varias sillas alrededor. En una de ellas estaba sentado Barrios, con la mirada perdida en el vaso de plástico que sostenía entre las manos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Roberto entrando en la sala de inmediato—. ¿Estás bien?

El inspector levantó la mirada hacia ellos y sonrió con tristeza.

—Sí, estoy bien.

—¿Estás detenido?

—No. En principio van a tomarme declaración y lo más seguro es que tenga que presentarme más tarde ante el juez. —Se le veía cansado y abatido, incapaz de sostenerles la mirada. Dejó el vaso a un lado, apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y se frotó la cara con ambas manos—. Está siendo una noche muy larga.

Los dos se sentaron frente a él.

—Intentamos entrar en la finca para hablar contigo, pero no nos dejaron pasar —dijo Roberto.

—Ya os aconsejé que era mejor que os mantuvieseis al margen. Lo importante es que el cura está a salvo.

—¿Cómo lograste dar con él?

—Fue pura suerte —respondió Barrios cruzando los brazos delante del pecho—. ¿Recuerdas que te dije que iba a hacer una ruta?

—Sí.

—Pues paré en un supermercado de Navaconcejo para comprar bebida y algo para hacerme un bocadillo. La verdad es que fue casi de película. Estaba en uno de los pasillos cuando escuché a alguien hablar por teléfono en el de al lado. Escuché la palabra «cura» y algo sobre que lo estaban buscando, así que presté más atención a la conversación. A pesar de que el tipo procuraba hablar en voz baja, conseguí escuchar cómo decía que había demasiados guardias civiles en el valle y que lo mejor era deshacerse de él antes de que lo encontrasen. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Le escuché decir que se lo cargarían esa noche.

—¿Cómo supiste que se refería al padre Miguel? —preguntó Eva.

—Mencionó la palabra «secuestro» y algo referente a que había sido un error dejar su coche en Jerte, así que supuse que hablaba de él.

—¿Y qué ocurrió después?

—En ese momento no había nadie más en el supermercado, estábamos los dos solos, así que dejé la compra allí mismo y salí para dirigirme al aparcamiento. Solo había otro coche, aparte del mío, así que decidí jugármela y le coloqué un localizador GPS.

—¿Un localizador? —preguntó Eva, con tono de sorpresa.

—Sí, de esos que se ponen en el llavero por si lo pierdes. Lo compré antes de ir a Londres, por si perdía la maleta.

—¿Y dónde lo pusiste?

—Dentro del coche. Lo había dejado abierto, así que lo metí en el bolsillo que había detrás del respaldo del copiloto.

—¿Y el secuestrador no te vio desde dentro? —preguntó Roberto.

—El supermercado no tiene ventanas que den al aparcamiento —respondió con una breve sonrisa, como si esperase la pregunta—. Me metí en mi coche y aparqué al otro lado de la calle. Poco después salió con un par de paquetes de cervezas en la mano y, por suerte, se subió al coche que tenía el localizador, así que esperé a que abandonase el aparcamiento y luego seguí la señal a través de la aplicación del teléfono conectada al localizador.

—¿Y funcionó?

—Mejor de lo que esperaba. Salió de Navaconcejo en dirección a Cabezuela del Valle y cruzó el río antes de llegar al pueblo. Cuando vi que subía por la ladera del monte por un camino, decidí esperar hasta que se detuvo en una finca. —Barrios resopló—. Sé que tenía que haberos llamado, incluso avisar a la Guardia Civil, pero antes quería asegurarme de que no estaba equivocado y de que tenían secuestrado al padre Miguel en ese lugar. Esperé media hora, hasta estar seguro de que el coche del sospechoso no se movía de esa posición, y luego recorrí el camino con mi coche, sin llegar a la finca, solo para reconocer la zona. Terminé aparcando al inicio de la ruta de la Garganta de Nogaledas, a la entrada de Navaconcejo. Desde allí hasta la finca solo había diez minutos andando y me pareció que era una buena forma de pasar desapercibido, así que me colgué la mochila a la espalda, como si estuviera haciendo senderismo, y caminé hasta encontrar un punto por encima de la finca desde el que poder ver lo que sucedía dentro. La visibilidad no era tan buena como me habría gustado, por culpa del muro que la rodeaba, pero al menos pude ver que los secuestradores eran dos.

—¿Viste en algún momento al padre Miguel? —preguntó Eva.

—No. Los dos secuestradores se sentaron junto a la piscina a tomar cervezas y un par de veces uno de ellos entró en la casa más pequeña de las dos que había. Supuse que allí era donde lo retenían. —Barrios se encogió de hombros—. La verdad es que tenía la esperanza de que lo sacaran de allí para que tomase el aire o algo parecido, y de ese modo confirmar que era él, pero antes de conseguirlo se hizo de noche, así que decidí acercarme. Llevaba mi pistola reglamentaria en la mochila y no tenía intención de entrar en la finca. Solo quería acercarme para escuchar. Al pegarme al muro oí

a uno de ellos hablar con su jefe por teléfono y decirle que iba a matar al cura, para luego enterrar su cuerpo en algún lugar cercano antes de desaparecer. Por ese motivo decidí no esperar más y actuar.

—¿Quieres decir que oíste cómo hablaba con la persona que ordenó el secuestro? —preguntó Roberto.

—Eso creo, aunque en ningún momento lo llamó por su nombre. Lo que sí me quedó claro es que iban a asesinarlo en pocos minutos y que no podía perder tiempo, por eso no avisé a nadie. Esperé hasta que dejé de escuchar la voz del que hablaba por teléfono y salté el muro, decidido a detenerlos. Pillé a los dos sicarios dentro de la casa, sentados en el comedor. —En ese momento, Barrios hizo una pausa para tomar aire—. Sinceramente, pensé que identificarme como policía y apuntarles con una pistola haría que se quedasen paralizados.

—¿Y no fue así?

—No. Uno de ellos se puso en pie y sacó la pistola que llevaba en la cadera. Por suerte, fui más rápido y le alcancé en el pecho, mientras que el disparo que iba dirigido a mí impactaba en el techo. En cuanto al otro, se puso en pie y agarró la escopeta que tenía al lado. Logré alcanzarle en la pierna con el primer disparo y con el segundo en la cabeza. Sé que no tendría que haberlos matado, que habría sido mejor interrogarlos, pero en ese momento solo pensaba en salvar mi vida.

—Te entiendo.

Roberto se había visto envuelto en más de un tiroteo y sabía que en esos momentos la prioridad siempre era eliminar la amenaza. El instinto de supervivencia estaba por encima de cualquier otro pensamiento.

—¿Y qué pasó con el padre Miguel? —preguntó Eva.

—Lo encontré en la casa más pequeña, atado a una cama con un gotero conectado al brazo, por el que le metían la droga que lo mantenía inconsciente. Traté de reanimarlo y, al ver que no reaccionaba, llamé a emergencias. Estaba claro que necesitaba atención médica de manera urgente. Luego te llamé a ti —concluyó mirando a Roberto.

—Hiciste lo correcto.

Una voz a sus espaldas puso fin a la conversación.

—Inspector, el teniente Arroyo me ha enviado a buscarle. Acompáñeme, por favor —ordenó un joven guardia civil desde la puerta.

Barrios se puso en pie y, antes de salir, se acercó a Roberto para decirle al oído:

—No dejes que esto te aparte de tu objetivo de encontrar a la persona que está detrás de los suicidios o las muertes no terminarán nunca.

Y, sin más, abandonó la sala.

55

Llegaron pasadas las ocho de la mañana al hospital Virgen del Puerto de Plasencia, donde estaba ingresado el padre Miguel. Solicitaron verlo, pero la persona que les atendió en recepción les indicó que estaba ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos y que de momento no podía recibir visitas. No obstante, les prometió que avisaría al médico para que hablara con ellos en cuanto le fuera posible, así que decidieron esperar en la cafetería del hospital tomando un café.

Los dos necesitaban meter algo en el estómago, después de no haber dormido nada en toda la noche, así que pidieron un par de tostadas con jamón para desayunar y ocuparon una mesa situada junto al amplio ventanal que daba a la calle

—No dejo de darle vueltas al relato de Barrios —dijo Eva, tras pegar el primer sorbo de su café—. ¿No te parece demasiado casual que se encontrase con uno de los secuestradores en un supermercado a pocos kilómetros de esa finca? ¿A qué secuestrador se le ocurre dejarse ver tan cerca del lugar donde tiene escondida a su víctima?

—Tal vez uno cansado de estar tantos días escondido. Barrios dijo que estaba comprando cervezas, lo cual no me parece tan extraño.

—No sé —dudó ella—. Tampoco entiendo del todo su actitud. Cualquier otro habría avisado para pedir apoyo. Sin embargo, él decidió entrar en la finca solo, como si fuese un justiciero.

—Tampoco tenía demasiado tiempo para pensar en otra cosa. Si yo hubiera estado en su lugar y hubiera escuchado a uno de los secuestradores decir que lo iban a matar de aquella mismo, también habría entrado a salvarlo.

—¿Y los habrías matado?

—Si me hubiera visto obligado, por supuesto que lo habría hecho.

Eva sacudió la cabeza, como si no estuviese de acuerdo.

—No sé. Hay algo que no me encaja.

—El padre Miguel está vivo. Eso es lo importante.

—Es cierto. Además, el teniente Arroyo ha dejado claro a qué nos arriesgamos si nos quedamos aquí.

—¿En serio crees que va a arrestarnos si no volvemos a Roma?

—Lo que creo es que ese teniente solo busca una medalla más que colgarse del pecho y está deseando hacerlo a costa nuestra. El padre Miguel está a salvo. Puede que sea hora de que regresemos a casa —aseguró Eva.

—¿Y qué pasa con los suicidios? ¿Y con la persona que ordenó el secuestro? Dudo mucho que ese teniente vaya a investigarlo.

—Probablemente no. El hecho de que los dos secuestradores estén muertos le facilitará la tarea de dar carpetazo al asunto. Y, en cuanto a los suicidios, no le preocupan lo más mínimo. Solo le interesa resolver el asesinato del alcalde y parece que ya tiene al culpable.

—Por eso me resisto a volver a casa.

Eva alargó la mano para coger la suya.

—Creo que es hora de que aceptes que hay cosas que escapan a tu control y que no siempre vas a poder hacer justicia por las víctimas.

—Lo sé, pero… —Se tomó unos segundos para reflexionar—. Al menos quiero asegurarme de que el padre Miguel está bien antes de irnos. Si no puede contarnos nada de utilidad sobre su secuestro, retomaremos esta conversación.

—De acuerdo.

Continuaron desayunando, hasta que un hombre de mediana edad y bata blanca se acercó a ellos.

—Me han dicho que queríais ver al cura que ingresó de madrugada.

—Así es —respondió Roberto poniéndose en pie, al igual que Eva.

—Me temo que de momento no puede recibir visitas.

—¿Puede decirnos al menos cuál es su estado de salud? —preguntó ella.

—Ingresó drogado y con una fuerte desnutrición, así que necesitará varios días para recuperarse. De momento, lo tenemos en la UCI y no vais a poder hablar con él. Tendréis que esperar al menos veinticuatro horas, hasta que su estado de salud mejore y podamos trasladarlo a una habitación en planta.

—¿Entonces podremos hablar con él mañana? —preguntó Roberto.

—Espero que sí. De todas formas lo mejor es que dejéis en la recepción un número de teléfono y os avisaré cuando podáis visitarlo. ¿Os parece?

—Sí. Muchas gracias, doctor.

Una vez se alejó el médico, se sentaron de nuevo.

—Deberíamos regresar a Jerte para descansar —sugirió Eva—. Nos vendrá bien dormir unas horas.

Roberto asintió y tomó un sorbo de café. Por mucho que le doliera reconocerlo, Eva estaba en lo cierto.

Quizá era momento de regresar a casa con los niños.

VIERNES, 27 DE MARZO

56

Roberto despertó ese viernes por la mañana antes de que amaneciese. Para no molestar a Eva, se incorporó de la cama con cuidado y decidió salir a dar un paseo.

El día anterior, tras regresar del hospital de Plasencia, se habían acostado para descansar unas horas. Eran casi las ocho de la tarde cuando despertaron, así que se dieron una ducha y salieron a cenar algo en uno de los restaurantes del pueblo, antes de regresar al apartamento de nuevo para dormir.

La única buena noticia de ese día fue que pudieron hablar con sus hijos por teléfono. Emily les contó que se lo pasaba muy bien en el colegio y Berto aseguró que los dos se encontraban bien, aunque les echaban de menos.

Eso hizo que, al finalizar la llamada, Roberto decidiese coger los billetes de avión de vuelta a Roma. Lo hizo para el siguiente lunes, de ese modo tenían tiempo para visitar de nuevo al padre Miguel en el hospital y darle al sargento Llamazares toda la información que habían reunido durante su investigación.

Como había dicho Eva, otros deberían encargarse a partir de ahí, si es que a alguien le interesaba averiguar lo que estaba sucediendo en el valle.

Callejeó en dirección al río y llegó al puente que lo cruzaba, donde había aparecido el cadáver del alcalde. Sintió un profundo

vacío al cruzarlo y detenerse en el punto de la barandilla desde el que habían arrojado su cuerpo.

Durante varios minutos se quedó mirando el agua, absorto, preguntándose qué habría pasado de no perder su don. Estaba convencido de que Fonsi era la persona que estaba detrás de los suicidios. Puede que no tuviese nada que ver con el asesinato del alcalde y tampoco con el secuestro del padre Miguel, como había pensado en un principio, pero algo dentro de él le decía que era culpable. El problema era que no tenían pruebas que lo demostraran y dudaba que pudiera conseguirlas antes de regresar a casa.

Tras permanecer un rato en el puente, decidió abandonar el lugar y callejear por el pueblo de regreso al apartamento. Antes hizo un alto en el mismo bar de la última vez y pidió dos chocolates y un par de cruasanes para llevar. A esa hora, las ocho de la mañana, había media docena de clientes en el bar, cuya conversación giraba en torno a la reciente detención del asesino de David Soler.

—Ese alcalde tenía demasiada afición por las faldas. Normal que terminase así —comentó uno de ellos.

—Se veía venir —le apoyó otro.

—Yo lo único que quiero es que todo vuelva a la normalidad —comentó un tercero—, sin periodistas haciendo preguntas a cualquiera que se encuentra por la calle.

A Roberto le pareció normal que pensara así. Después de todo, aquella gente vivía del campo y del turismo, y lo que menos deseaban era ser el centro de atención de toda la prensa ávida de noticias que vender en sus periódicos e informativos.

Regresó al apartamento mientras el sol comenzaba a brillar por encima de las montañas, dando al blanco de la floración una intensidad que le pareció mayor que los días anteriores, como si la naturaleza se abriese camino entre los terribles acontecimientos que estaban golpeando el Valle del Jerte.

Al entrar en el complejo de apartamentos, se encontró con Ramiro, el joven trabajador que en ese momento estaba limpiando la piscina. Llevaba puestos unos auriculares de diadema, que se quitó en cuanto lo vio acercarse.

—¿Alguien tiene pensado darse un baño? —bromeó Roberto.

—¡Nunca se sabe! La dueña quiere que la piscina esté lista para esta tarde, cuando lleguen los primeros turistas. Hoy empiezan las vacaciones de Semana Santa, al menos para los que viven en Madrid.

—¿Y crees que van a usar la piscina?

—Se anuncia una subida de temperaturas para los próximos días, así que es posible que alguno se anime.

—Pensé que el asesinato del alcalde habría afectado a las reservas.

—Y lo hizo, pero se ve que la detención del asesino ha hecho que la gente volviera a reservar. ¿Sabe que lo mató un marido despechado? —Roberto negó con la cabeza, como si no supiese nada del tema—. Al parecer el alcalde se había acostado con su mujer y se la tenía jurada desde entonces.

—Vaya tela —murmuró.

—Son cosas que pasan —dijo, sin parecer muy afectado—. Espero que ahora el pueblo vuelva a la normalidad. Bueno, voy a seguir, que todavía me quedan cosas por hacer.

Se despidieron y Roberto entró en su apartamento. Encontró a Eva saliendo del baño vestida, pero con el pelo mojado.

—Traigo el desayuno.

—Me lo imaginé cuando me desperté y no te vi a mi lado. ¿Estás bien?

—Necesitaba dar un paseo para despejar la mente. Bueno, en realidad, para convencerme de que irnos es la mejor decisión que podemos tomar —rectificó.

—Después de hablar con los niños anoche, tengo claro que sí —aseguró ella—. Está claro que nos echan de menos y aquí poco más podemos hacer.

—Lo sé.

Roberto dejó el desayuno sobre la mesa, justo en el momento en que alguien llamaba a la puerta del apartamento. Al abrir, vio que se trataba de Barrios.

—¡Has vuelto! —exclamó, con una mezcla de sorpresa y satisfacción—. ¿Cuándo te han soltado?

—Ayer por la tarde, aunque nunca llegaron a detenerme. Tuve que responder una y otra vez a las mismas preguntas —dijo el inspector con expresión cansada—, hasta que por fin dijeron que ya podía irme. Eso sí, tengo que quedarme por aquí unos días más por si necesitan volver a hablar conmigo.

—¿Significa entonces que estás libre de cargos?

—Al menos en lo que se refiere a la vía civil. La vía disciplinaria es otra cosa, aunque lo cierto es que ya me da igual. Quizás esta sea la excusa que buscaba para dejar la Policía Nacional de una vez.

—¿Lo dices en serio?

Barrios se encogió de hombros antes de responder:

—Ya veremos. ¿Vosotros estáis bien?

—Sí. Estamos desayunando. ¿Te apetece acompañarnos?

—No tengo hambre ahora mismo. En realidad he venido porque quería comentaros algo importante.

—Pasa, por favor.

Barrios entró en el apartamento y saludó a Eva, mientras Roberto cerraba la puerta. Ramiro seguía limpiando la piscina con los auriculares puestos.

—Sé quién está detrás de los suicidios —dijo el inspector con voz profunda, captando la atención de ambos—, pero me temo que nadie va a mover un dedo para detenerle.

57

Roberto miró a Barrios con expectación. La afirmación de que conocía la identidad del asesino le dejó tan descolocado que no dijo nada hasta que el inspector empezó a hablar.

—Antes de nada quiero que sepáis que he intentado hacerle ver al teniente Arroyo que había que investigar los suicidios del valle, pero no ha querido escucharme —aseguró el inspector.

—A nosotros tampoco.

—Sus palabras exactas fueron: «No me pagan para eso».

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró Eva con ironía.

—Dijo que su misión era detener al asesino del alcalde y que ya la había cumplido. Es más, añadió que eso de los suicidios eran fantasías que te habías montado tú en la cabeza para salir en la prensa.

—¡Menudo capullo! —exclamó Roberto, consciente de que se refería a él.

—Si se molestase en investigar un poco sabría que hay un claro sospechoso —prosiguió Barrios—. Hasta yo lo he descubierto sin molestarme en investigar.

—¿Qué quieres decir?

—Mientras estaba en la comandancia de Cáceres, hablé con un guardia civil que estuvo destinado en el puesto de Navaconcejo hasta hace un par de meses. Según me explicó, una mujer joven

que vivía en Cabezuela del Valle había denunciado a Fonsi por acoso. Al parecer, la seguía con bastante frecuencia y en una ocasión había intentado convencerla para que se subiese a su coche. Cuando ella se negó, le dijo que sería suya de una manera u otra.

—¿Y por qué no hemos tenido conocimiento de eso? —preguntó Eva mirando a Roberto—. El puesto de Navaconcejo es donde está el sargento Llamazares. ¿No te ha comentado nada?

—No y me parece muy raro, la verdad.

—¿Y qué pasó al final con esa denuncia? —preguntó Eva posando la mirada en el inspector.

—Según el guardia, a los pocos días la retiró y se fue a vivir muy lejos de aquí. Cree que lo hizo porque él debió de amenazarla.

—Igual por eso el sargento no me comentó nada —reflexionó Roberto en voz alta—. ¿Te dijo cuándo sucedió eso?

—El pasado verano.

—Como en el caso de Irene Castro —murmuró Eva.

—No hay duda de que ese tal Fonsi es un acosador —dijo Barrios —, y estoy convencido de que está detrás de varias de las muertes del valle. Tenéis que seguir investigándolo. No podéis permitir que se salga con la suya.

Aquella información lo cambiaba todo a ojos de Roberto.

—No lo hará.

Barrios se despidió a continuación de ellos, alegando que debía hablar con un abogado para estudiar su situación actual, y, en cuanto se quedaron solos, Roberto miró a Eva frunciendo el ceño.

—Tenemos que conseguir pruebas contra Fonsi —dijo él.

—Te recuerdo que nos vamos en tres días. Ya tenemos los billetes de avión.

—Lo sé, pero esto lo cambia todo. Si existen pruebas de que Fonsi es un acosador, alguien debería interrogarlo.

—Las únicas pruebas son dos supuestas denuncias que, en realidad, nadie ha confirmado que existan.

—Por eso tenemos que hablar con el sargento Llamazares. Tenemos que averiguar el nombre de esa mujer que ha mencionado Barrios y contactar con ella. Si puso una denuncia en el puesto de la Guardia Civil de Navaconcejo, tienen que tener sus datos.

—¿Y no te parece extraño que Llamazares no haya comentado nada de eso? —preguntó Eva, reflexiva—. Según él, Irene no puso ninguna denuncia y ahora nos enteramos de que hay otra mujer que también lo hizo.

—Veo que sigues sin fiarte de él.

—Ya te dije que no me fío de nadie que no seas tú.

En ese momento el teléfono de Roberto recibió una llamada de un número que no tenía registrado, así que respondió.

—¿Dígame?

—Buenos días. Soy el doctor Álvarez, del hospital Virgen del Puerto de Plasencia. Le llamo para informarle sobre el estado de salud del padre Miguel.

La seriedad del tono de su voz hizo que se temiera lo peor.

—¿Le ha pasado algo?

—No, al contrario. La verdad es que es un hombre con una gran fortaleza, a pesar de su edad. Lo hemos trasladado a una habitación en planta, así que pueden visitarlo cuando quieran.

—Iremos ahora mismo. Gracias por avisarnos. —Acto seguido, cortó la llamada y miró a Eva—. El padre Miguel está despierto. Deberíamos ir a hablar con él para saber si tiene alguna información sobre su secuestro.

—Antes es mejor que desayunemos —dijo ella, acercándose a la mesa donde había depositado el desayuno—. Me da que hoy va a ser otro día bastante largo.

58

El padre Miguel les sonrió de forma abierta en cuanto los vio entrar en la habitación. Estaba ligeramente recostado y con una sonda conectada al brazo. Su aspecto era demacrado, con una palidez en el rostro y unas ojeras que impresionaron a Roberto. Aun así, trató de animarle.

—Me alegra ver que ya tiene mucho mejor aspecto que cuando le sacaron de esa finca, padre.

—Gracias, aunque todavía me siento bastante agotado y sin fuerzas.

—Verá cómo se recupera pronto.

—Eso espero.

—Fue una suerte que el inspector Barrios le encontrase. ¿Qué ocurrió? —preguntó acercándose al borde de la cama—. ¿Quiénes eran esos hombres que le secuestraron?

—No lo sé —respondió llevándose la mano a la frente.

—Tal vez prefiere que le dejemos descansar —comentó Eva.

—No, tranquilos, estoy bien. Es que a veces tengo sudores fríos, pero el médico ha dicho que se me pasará pronto. Además, me vendrá bien hablar con vosotros. Por cierto, ¿qué hacéis aquí?

—El párroco de Jerte me llamó en cuanto desapareció, tal y como usted le pidió —respondió Roberto.

—¿Yo? —respondió entrecerrando los ojos.

—Sí. El padre Francisco me dijo que le había dado usted mi teléfono para que me llamara si le ocurría algo.

—No recuerdo haber hecho eso, aunque mi mente me juega malas pasadas últimamente. Por eso lo anoto todo, para que no se me olvide nada. Imagino que serán cosas de la edad.

—Tampoco es tan mayor —dijo Eva—. Se le ve muy bien.

—¡Ay, hija! Eso eres tú, que me miras con buenos ojos. Cada vez noto más los años.

Los dos soltaron una pequeña carcajada, tras la cual Roberto recuperó el mando de la conversación.

—La cuestión es que el padre Francisco me llamó para decirme que usted había desaparecido. ¿Sabe por qué le secuestraron?

—Nunca me lo dijeron.

—¿Sabe al menos si trabajaban para alguien?

—La verdad es que no tengo ni idea.

—¿Por qué no nos cuenta lo que recuerda del secuestro? —le pidió Eva—. Cualquier detalle puede ser importante para averiguarlo.

El hombre asintió levemente antes de continuar.

—Ese día tenía pensado visitar de nuevo a los padres de Irene, la última víctima de suicidio. Esperaba que me contasen algo más que en mi primera visita sobre la vida de su hija. —El cura se frotó las sienes, como si eso le ayudase a recordar—. La cuestión es que estaba entrando en el pueblo de Jerte cuando un coche me dio un golpe por detrás. Me extrañó, porque tampoco había frenado de golpe, pero ya sabes que ahora la gente anda bastante acelerada y no respeta los límites de velocidad. —Hizo una breve pausa para tomar aire—. Aparqué a un lado de la carretera y me bajé para ver los desperfectos. Los ocupantes del otro vehículo también se bajaron y se acercaron a mí. En cuanto vi que tenían la cara cubierta con pasamontañas supe que había sido intencionado. Uno de ellos me apuntó con una pistola y me ordenó que no me moviese. El otro me agarró del brazo y me puso el cañón de su pistola en los riñones, mientras me decía que le acompañara a su coche sin gritar o me dispararía, así que obedecí.

—¿Por su acento recuerda si eran extranjeros?

—Hablaban en español perfectamente, sin acento, así que no creo que fueran extranjeros.

—¿Qué ocurrió después?

—Me vendaron los ojos y me llevaron a una casa donde me encerraron durante días. Menos mal que la Guardia Civil me encontró.

—En realidad fue el inspector Barrios quien lo hizo —aclaró Roberto—. Él fue quien le liberó.

—No tenía ni idea.

—Escuchó una conversación casual en un supermercado de la zona y eso le llevó hasta el lugar donde le retenían. Por desgracia, tuvo que disparar contra los secuestradores y los dos murieron.

—¡Dios santo! ¿Y el inspector Barrios?

—Por suerte no sufrió ningún daño.

—¡Gracias a Dios!

—¿Qué pasó durante el secuestro? —preguntó Eva—. ¿Tuvo oportunidad de hablar con los secuestradores?

—Nunca hablaron conmigo más de cuatro palabras, y menos todavía cuando intenté escaparme. Me tenían encerrado en una habitación que tenía una reja en la ventana. Un día descubrí que si rascaba el cemento de la pared donde estaba anclada la reja podía escapar por ella, pero me descubrieron y decidieron atarme a la cama y drogarme. A partir de ahí ya no sé lo que ocurrió. Solo recuerdo algunas imágenes de cuando me metieron en la ambulancia y de la llegada al hospital, pero todo es muy difuso.

—¿Cree que su secuestro tuvo algo que ver con su investigación de los suicidios? —preguntó Roberto.

—Yo no lo llamaría investigación. Solo hablé con el entorno de las víctimas. No soy detective.

—Tampoco lo hizo tan mal, por lo que vi en las notas de su agenda.

—¿La encontraste?

—Sí, estaba tirada en el interior de su coche. —Roberto la sacó del bolsillo de su cazadora y se la entregó, lo que hizo que el hombre sonriese—. Hizo un buen análisis de los suicidios.

—Solo me limité a tomar nota de lo que me contaron los familiares de las víctimas. Ellos fueron los que me proporcionaron los datos que constan en la agenda.

—¿Incluidas las notas de suicidio?

—Esas las obtuve a través de un contacto en la diócesis de Cáceres, un sacerdote amigo mío que tiene un sobrino en la comandancia de la Guardia Civil.

—Ya veo que es usted un hombre de recursos.

—Lo cierto es que vine aquí para demostrar que un demonio no era el causante de los suicidios y lo que me encontré fue que varias de las muertes no tenían explicación, como si alguien estuviese detrás de ellas.

—Nosotros hemos llegado a la misma conclusión —aseguró Roberto—. Incluso tenemos un sospechoso.

—¿De quién se trata?

—De un hombre llamado Alfonso Corrales, más conocido como Fonsi.

—No sé quién es.

—Hay motivos para sospechar que podría estar implicado al menos en tres de los suicidios, pero nadie parece interesado en investigarlo.

—Tampoco hay pruebas sólidas que lo demuestren —puntualizó Eva—, y nosotros no podemos obtenerlas. Es más, nos han pedido amablemente que abandonemos el país.

—¿Por qué motivo?

—Básicamente, por meter las narices donde no debíamos —respondió Roberto—. Fuimos al Servicio de Patología Forense para que yo pudiera conectarme con el cadáver de alguno de los secuestradores y así averiguar por qué le habían secuestrado y quién lo había ordenado.

—¿Y qué pasó?

—Que nos pillaron. No teníamos autorización para estar allí, así que, como dice Eva, nos han invitado amablemente a abandonar el país. Es lo que pasa cuando realizas una investigación sin ningún apoyo institucional.

—¿En serio? Al veros aquí pensé que el Vaticano os había enviado.

—Nada de eso, vine por mi cuenta al saber que usted había desaparecido.

—¿Y tú? —preguntó, mirando a Eva.

—Después de que atacaran a Roberto, fui a ver al obispo Braun para pedirle la ayuda del Vaticano, pero se negó a hacerlo, así que decidí venir.

—¿Te atacaron? —preguntó el cura mirándole con preocupación —. ¿Quién?

—No lo sé seguro, aunque eso no es lo peor de todo. He perdido mi don.

El cura le miró con ojos desorbitados.

—¿Qué quieres decir con que has perdido tu don?

—Pues que ya no siento nada al estar en el lugar de un crimen y que ya no puedo comunicarme con los muertos. Lo confirmé en la morgue, al tocar el cuerpo sin vida de uno de los secuestradores. Ya no tengo el don.

—¿Y cómo es eso posible?

—No estoy seguro. Cuando me atacaron, estuve clínicamente muerto durante un minuto, hasta que me reanimaron. No sé si fue eso o la droga que me inyectaron para acabar con mi vida. La cuestión es que ha desaparecido.

—No sabes cuánto lo lamento.

Roberto dibujó una vaga sonrisa.

—En realidad, he deseado tantas veces no tenerlo que en cierto modo me siento aliviado. Vuelvo a ser una persona normal.

El padre Miguel se quedó pensativo durante varios segundos, con la mirada en el techo, hasta que la fijó de nuevo en él.

—Tal vez sea una señal de Dios.

—¿Qué quiere decir?

—Has luchado contra el mal durante años, arriesgando tu vida y la de quienes más te importan. Puede que Dios haya decidido que es hora de que lleves una vida normal.

—Que no le parezca mal, padre, pero no creo que Dios tenga nada que ver en esto —aseguró Roberto.

—Dios tiene más que ver de lo que crees. Ambos sabemos que el mal se extiende por el mundo, pero de nada sirve luchar contra él cuando las leyes de los gobiernos protegen más a los criminales que a las víctimas. O instituciones como el Vaticano, que puede ayudar a cambiar las cosas, se desentienden de lo que está sucediendo. —El padre Miguel suspiró antes de continuar—. Si has perdido tu don es porque Dios quiere que a partir de ahora cuides de tu familia, por eso mi consejo es que regreséis a casa. Olvídate de los suicidios y de mi secuestro. Que lo investiguen las autoridades correspondientes y tú sigue con tu vida. Te has ganado ese derecho.

Roberto no supo qué decir ante esas palabras. Al mirar a Eva, vio en su expresión que ella pensaba lo mismo que el cura, por eso se limitó a sonreír.

Una enfermera irrumpió en ese momento en la habitación llevando una bolsa de suero en la mano.

—Siento interrumpir, pero deberían dejar que el paciente descanse.

—Claro, volveremos mañana —dijo Roberto.

—No hace falta —dijo el padre Miguel—. En cuanto me den el alta pienso regresar a Asturias, a mi parroquia, y seguiré con mi vida como hasta ahora. Vosotros debéis hacer lo mismo.

—Lo haremos.

—Quién sabe, puede que incluso me anime y os haga una visita este verano.

—¿Lo promete?

—Contad con ello.

Se despidieron de él y abandonaron la habitación en dirección a los ascensores.

—El padre Miguel tiene razón —dijo Eva—. Lo mejor es que nos olvidemos de una vez de todo lo que está ocurriendo aquí y que pensemos solo en nosotros. Si quieres, le daremos al sargento Llamazares toda la información que hemos reunido y que se ocupe de hacerla llegar a quien corresponda.

—¿En serio crees que alguien se ocupará de investigarlo?

—Creo que ese ya no es nuestro problema. Si en algo tiene razón el padre Miguel es en que ya has pagado un precio muy alto por tu

don. Ahora que ya no lo tienes, mereces llevar una vida normal. —Eva agarró su mano y sonrió—. Dormiremos esta noche en Jerte y mañana nos iremos a Madrid, donde buscaremos un hotel para pasar el resto del fin de semana, hasta coger nuestro vuelo el lunes. Podemos ver alguna obra de teatro, comer en un restaurante caro y hacer el amor hasta caer rendidos ¿Qué te parece el plan?

—Que me apunto a él sin dudarlo —respondió Roberto besando sus labios.

59

Eran casi las tres de la madrugada cuando Fonsi entró por la puerta de su casa. Lo hizo con cierta dificultad. Se notaba que había bebido en exceso esa noche, lo cual iba a facilitarle bastante la tarea a la persona que le observaba oculta por la oscuridad.

El recién llegado tanteó la pared en busca del interruptor situado junto a la puerta y lo pulsó repetidas veces, sin conseguir que la luz de la estancia se encendiera.

—¡Mierda! —protestó.

La luz de la calle apenas bañaba el interior, así que se dirigió al siguiente interruptor, situado a su derecha, al lado de la puerta de la cocina. Cruzó el salón, hasta que unos metros antes de llegar a su destino tropezó con una silla situada en su camino.

—¡Quién cojones ha puesto esto aquí! —protestó mientras se inclinaba hacia delante para llevarse la mano a la rodilla en la que se había golpeado.

Ese era el momento que había estado esperando la persona que le acechaba en las sombras para moverse. Salió de detrás de la librería situada junto a la ventana y recorrió con largas zancadas los pocos metros que le separaban de él.

Fonsi ni siquiera se dio cuenta de su presencia hasta que fue demasiado tarde. A pesar de la luz que se encendió a su espalda, recibió el primer golpe en la cabeza antes de que pudiese reaccionar.

El segundo lo derribó en el suelo de bruces, dejándolo medio inconsciente e incapaz de defenderse. El atacante levantó la barra de hierro con la que acababa de golpearle y la dejó caer con todas sus fuerzas sobre su cabeza, una y otra vez, poseído por una rabia imposible de dominar.

No contó el número de golpes. Su objetivo era arrebatarle la vida sin compasión y no paró hasta que tuvo la certeza de que estaba muerto. La luz de la linterna que llevaba en la frente iluminó el rostro sin vida de Fonsi, lo que le arrancó una sonrisa de satisfacción. Sabía que nadie le echaría de menos, aunque no lo había asesinado por eso.

Sin perder tiempo, regresó a la puerta de entrada a la casa y la cerró. Luego se quitó la mochila que llevaba en la espalda y sacó de uno de los bolsillos exteriores una bolsa de plástico. Envolvió la barra de hierro con ella y luego la metió de nuevo dentro de la mochila.

El siguiente paso era preparar la escena del crimen para que acusasen del asesinato a la persona que se había convertido en un verdadero quebradero de cabeza para él. De otro de los bolsillos de la mochila sacó un pasaporte y lo dejó caer en mitad de la estancia. Después cogió un pequeño botón de color blanco que guardaba en el mismo bolsillo y lo dejó en el suelo, junto a la mano derecha del cadáver.

Por último, se aseguró de que el calzado que llevaba puesto se manchara con la sangre de la víctima, que brotaba de su cabeza formando un charco sobre el suelo.

—Creo que no habrá duda de quién te ha asesinado —murmuró satisfecho.

Acto seguido buscó el teléfono de Fonsi, que encontró en uno de los bolsillos del pantalón. Al ver que se desbloqueaba con la huella dactilar, puso el dedo índice derecho de la víctima sobre el sensor y esperó a que se encendiese.

—Perfecto —escapó de sus labios mientras accedía al WhatsApp de la víctima.

La última conversación la había mantenido con el amigo con el que había quedado esa noche para tomar unas cervezas, así que le

mandó un mensaje y dejó el teléfono en el suelo, debajo de su mano.

Confiado en que todo había salido como tenía planeado, volvió a colocarse la mochila, apagó la luz de la linterna frontal antes de llegar a la puerta y salió de la casa dejándola abierta.

Dado que la vivienda se encontraba en la planta de arriba de la casa y que la escalera de bajada daba a la calle, prefirió descolgarse por la barandilla de la amplia terraza hasta el jardín. Una vez allí, lo recorrió en dirección contraria a la entrada y saltó por encima del muro para caer en un callejón que se encontraba al resguardo de miradas indiscretas. Lo recorrió con paso ágil, pasando entre casas en las que no parecía haber nadie, hasta que pudo girar a la izquierda y llegar al arco de entrada del parque Nogalón, donde había dejado su coche.

Tal y como esperaba, a esa hora la calle estaba desierta, así que se subió al vehículo y condujo con tranquilidad hacia la salida del pueblo. Lo hizo callejeando hasta alcanzar la carretera que cruzaba Jerte. Por suerte, no se cruzó con ningún vecino y, un par de minutos después, aparcó delante del complejo de apartamentos.

Ya solo quedaba un último paso para que el plan fuese perfecto y que la Guardia Civil tuviese un sospechoso claro al que acusar del crimen. Si todo salía bien, Roberto Fuentes terminaría en una celda de la que iba a tardar muchos años en salir.

SÁBADO, 28 DE MARZO

60

Roberto se despertó cuando ya era de día. Lo primero que hizo fue mirar a su lado para comprobar si Eva también dormía. La encontró bostezando y mirando su reloj.

—Parece que se nos han pegado las sábanas hoy —dijo ella con cara somnolienta.

—¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana.

—Pues sí que se nos han pegado —murmuró sorprendido.

—Será porque ambos lo necesitábamos.

Roberto se acercó a la cocina. Notaba la garganta reseca, una sensación que le recordó a la que sintió al despertarse en el hospital tras sufrir el ataque, así que se sirvió un vaso de agua del grifo y se lo tomó de un solo trago. Luego miró a Eva.

—Puedo ir a por el desayuno, mientras tú te preparas y haces la maleta.

—¿A qué hora tenemos que dejar el apartamento?

—A la que queramos. La dueña ha sido bastante amable. Cuando la llamé anoche para pagarle y despedirme, me dijo que podíamos irnos a la hora que quisiéramos. Hasta el lunes no entrarán a limpiar el apartamento para alquilarlo de nuevo.

—¿Te ha cobrado el fin de semana?

—Sí.

—Pues tan amable no ha sido.

Roberto se encogió de hombros.

—Nos ha hecho una buena rebaja por venir de parte del párroco del pueblo, así que al final es como si no nos hubiese cobrado el fin de semana.

—¿Barrios sabe que nos vamos hoy?

—Le mandé un mensaje anoche, pero no me ha respondido todavía. Espero que lo comprenda.

—Cada uno debemos seguir con nuestras vidas.

—¿A partir de qué hora podemos entrar en el hotel de Madrid?

—A partir de las dos de la tarde. Tenemos tiempo de desayunar en el pueblo antes de irnos, si te apetece —sugirió Eva.

—Me parece una buena idea, aunque mejor dejamos las maletas preparadas.

Primero se ducharon y, una vez vestidos, cada uno se ocupó de hacer su maleta. Roberto solo tuvo que recoger las cosas de aseo personal que tenía en el baño y un par de camisetas que había dejado encima de una silla, ya que el resto de la ropa seguía dentro de la maleta. Ni siquiera se había molestado en deshacerla desde su llegada al apartamento. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el bolsillo interior de rejilla estaba vacío.

—¿Y mi pasaporte? —murmuró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva mientras cerraba su maleta.

—Mi pasaporte. Lo dejé aquí, en este bolsillo de la maleta, y ahora no lo veo.

—¿Estás seguro?

—Míralo tú misma.

—Me refiero a si estás seguro de que lo trajiste —dijo acercándose a él.

—Sí. Lo metí en este bolsillo para no perderlo.

—No te hacía falta para venir a España.

—Lo sé, pero no sabía si podía necesitarlo.

Roberto rebuscó por toda la maleta, incluso sacó la ropa por si estaba entre ella. Estaba seguro de que lo había llevado consigo, así que comenzó a desdoblar la ropa, por si se encontraba entre alguna de las prendas.

Fue entonces cuando descubrió algo extraño. Uno de los polos de manga corta tenía el cuello rasgado y le faltaba uno de los tres botones. Lo más extraño era que no lo había usado desde que estaba allí y tampoco recordaba que estuviese roto al meterlo en la maleta.

—No lo entiendo —murmuró.

—¿Qué ocurre?

—Este polo.

Antes de que pudiese terminar la frase, alguien picó a la puerta del apartamento. Al acercarse y apartar la cortina, se encontró con que al otro lado estaba el teniente Arroyo, vestido de paisano y acompañado por dos guardias civiles de uniforme, situados a su espalda. En su mirada vio algo que no le gustó.

—Buenos días —saludó Roberto al abrir la puerta.

—¿Podemos entrar? —Su voz sonaba desafiante.

—Nos pilla a punto de irnos. Nos vamos a Madrid y el lunes regresamos a Roma, como nos pidió. Fue el primer vuelo con billetes que pudimos encontrar.

—Me temo que eso ya no va a ser posible.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva situándose a su lado.

—Creo que tu marido se va a quedar una larga temporada en España. Y no precisamente de vacaciones.

61

El teniente Arroyo levantó el papel que llevaba en la mano y lo puso delante de los ojos de Roberto.

—Esta es una orden de registro —dijo sin esconder una sonrisa de satisfacción—. El juez nos ha autorizado para registrar este apartamento.

—¿Por qué motivo? —preguntó Eva.

—Hace unas horas hemos encontrado el cuerpo sin vida de un hombre llamado Alfonso Corrales —respondió el teniente bajando el papel y clavando la mirada en Roberto—. Lo han asesinado y tenemos poderosas razones para pensar que estás implicado en su muerte.

—¡Será una broma! —exclamó él, desconcertado.

—Para nada. No estaría aquí con una orden de registro de ser así.

—¿A qué viene esto? —protestó Eva.

—Tengo que pediros que salgáis del apartamento ahora mismo para que mis hombres puedan registrarlo sin que exista alteración de cualquier prueba que encontremos.

Al decir eso, dos hombres con mono de protección blanco, a los que no había visto, se acercaron a la entrada, lo que hizo que Roberto comprendiese que aquello iba muy en serio.

—¿Por qué piensa que tengo algo que ver con esa muerte?

—Te lo explicaré a su debido tiempo.

—No pienso moverme de aquí hasta que me dé una respuesta.

—Rober, por favor —le rogó Eva agarrándole del brazo—. Es mejor no complicar más las cosas.

—Quiero una explicación de por qué soy sospechoso de esa muerte.

—¿Vas a obligarme a sacarte de aquí esposado? —preguntó el oficial. En su mirada se adivinaba que estaba deseando hacerlo.

—¿Acaso estoy detenido?

—Lo estarás si no nos dejas hacer nuestro trabajo. Sabes de sobra cómo funciona esto.

Durante unos segundos, Roberto lo miró a los ojos, intentando calibrar hasta qué punto podía tensar la situación. Tuvo la intuición de que no mucho. Además, resistirse podía considerarse un agravante, incluso una prueba de su culpabilidad, a ojos de un juez. Por ese motivo decidió que lo mejor que podía hacer de momento era obedecer.

—De acuerdo. ¿Puedo entrar al menos para recoger mi teléfono?

—Me temo que no —respondió el teniente haciéndose a un lado —. Salid los dos al jardín, por favor.

Roberto salió del apartamento, seguido de Eva, y se alejó unos metros de la entrada. Al mirar a su alrededor vio que en el jardín del complejo había desplegados media docena de guardias civiles. Uno de ellos era el sargento Llamazares, que miró a Roberto con preocupación. Estaba claro que aquello no iba bien.

—Registradlo todo al milímetro —ordenó el teniente a los dos hombres equipados con el traje de protección, que entraron de inmediato en el apartamento. Uno de ellos llevaba colgando del cuello una cámara de fotos y el otro un maletín en la mano.

Eva aprovechó que el oficial no estaba pendiente de ellos para decirle a Roberto en voz baja:

—No se te ocurra decir nada, pase lo que pase.

—Necesito saber qué está ocurriendo —protestó él.

—Está claro que tienen algo contra ti o el juez no habría firmado esa orden de registro.

—¿Y qué pueden tener? No nos hemos acercado a Fonsi en todo el día de ayer. Esto no tiene ningún sentido, a no ser que…

De pronto, dos hechos que esa mañana le habían parecido no tener explicación empezaron a tenerla en su mente. ¿Y si alguien le había preparado una encerrona?

—Es posible que necesite un abogado —murmuró al oído de Eva para que nadie más le escuchase.

—¿Por qué dices eso? Tú no has hecho nada.

—Eso no importa si las pruebas indican lo contrario y me temo que es lo que va a suceder.

—¿Qué quieres decir?

Antes de que respondiese a la pregunta, el teniente Arroyo se acercó a ellos y alzó la mano para llamar la atención de Llamazares.

—¡Sargento! —Este acudió a su encuentro de inmediato con rictus serio—. Quiero que se lleve al cabo Fuentes a las dependencias del puesto de Navaconcejo para que podamos hablar con más tranquilidad.

—¿Estoy detenido? —volvió a preguntar Roberto. De la respuesta que le diese dependería la actitud que tomase a partir de ese momento.

—No, solo quiero hacerle unas preguntas lejos de aquí.

—Yo no tengo nada que ver con la muerte de Fonsi. —Al momento se dio cuenta de que ese comentario sobraba. Estaba claro que el teniente tenía pruebas de peso contra él o no estarían registrando el apartamento del modo en que lo hacían.

—Eso ya lo veremos. Sargento, escóltele hasta el puesto de Navaconcejo.

—Yo voy con él —aseguró Eva.

—Como quieras, pero no podrás hacerlo en el coche de alquiler. También tenemos que registrarlo.

—¿Por qué? ¿Qué están buscando exactamente?

—Hablaremos de ello a su debido tiempo. Sargento, acompáñelos y que me esperen allí. Yo iré en cuanto me sea posible.

—A sus órdenes, mi teniente. —Llamazares señaló con la mano hacia la puerta de salida del complejo—. Vamos.

Varios guardias les escoltaron hasta el exterior, donde se encontraron con tres vehículos patrulla con los rotativos encendidos y un par de guardias en mitad de la carretera gestionando el tráfico. Un despliegue demasiado importante para no pensar que estaba ocurriendo algo grave.

—¿Qué está pasando, Llamazares? —preguntó Eva cuando llegaron a la altura de uno de los coches.

—Hablaremos al llegar al puesto —se limitó a decir el sargento abriendo la puerta trasera para que subiesen los dos.

—Dime al menos si vamos a necesitar un abogado.

Él la miró entrecerrando los ojos y asintió con la cabeza.

—Yo intentaría coger uno bueno. No os voy a engañar, la situación es bastante grave.

62

El puesto de la Guardia Civil en Navaconcejo era un edificio de dos plantas situado en mitad del pueblo, con la fachada de un color amarillo pastel y un mástil con la bandera de España a un lado. Aparcaron delante de la puerta y Llamazares los condujo al interior, hasta su oficina, donde los tres tomaron asiento.

—¿Qué puedes contarnos sobre lo que está sucediendo? —preguntó Eva.

—No mucho. Solo sé que asesinaron a Fonsi la pasada madrugada.

—¿Dónde?

—Dentro de su casa.

—¿Y cómo murió?

—No puedo decírtelo, forma parte de una investigación en curso. Tendréis que esperar a que venga el teniente y os ponga al corriente.

—Me gustaría saber a qué me enfrento antes de hablar con él —dijo Roberto.

—No puedo contaros más. Lo siento.

Roberto resopló. La situación empezaba a exasperarle.

—Llevo días intentando demostrar que Fonsi estaba implicado en varios de los suicidios que se han producido en el valle. ¿Por qué motivo iba yo a asesinarle?

—A mí no tienes que convencerme de tu inocencia. Yo solo me limito a cumplir las órdenes que he recibido del teniente Arroyo.

—Dinos algo que al menos nos ayude a saber en qué estamos metidos —le pidió Eva en tono casi de súplica—. ¿O te parece justo que traten a Roberto como a un delincuente, después de los años que lleva luchando contra asesinos como Fonsi?

—Claro que no.

—Pues ayúdanos a entender lo que está pasando.

El sargento se quedó unos segundos pensativo y luego se acercó a la puerta de la sala para cerrarla.

—Está bien —dijo regresando a su asiento—. Os diré lo que sé, pero que no salga de aquí.

—De acuerdo.

—Alrededor de las cuatro de la madrugada se recibió en Emergencias una llamada de un amigo de Fonsi. Al parecer, estuvieron juntos esa noche, tomando cervezas por el pueblo, y se despidieron poco antes de las tres. Fonsi se fue a casa a dormir y él se quedó un rato más. Media hora después, cuando se iba a dormir, recibió un mensaje de texto de Fonsi en el que le pedía ayuda porque le habían atacado. En principio pensó que era broma, pero al ver que no respondía a sus preguntas y tampoco a la llamada que le hizo, decidió acercarse a su casa para comprobar si se encontraba bien. Esa noche habían bebido bastante, en especial Fonsi. Al llegar se encontró la puerta abierta y la luz del interior apagada. Llamó a Fonsi y, al ver que no respondía, encendió la linterna de su teléfono y entró. Lo encontró tumbado sobre un charco de sangre. Después de comprobar que estaba muerto, llamó a Emergencias. —Hizo una breve pausa antes de continuar, como si quisiera repasar los hechos en su mente para no olvidarse de nada—. Recibí una llamada de Cáceres para que fuera a acordonar el lugar y asegurarme de que nadie más entrara en la casa hasta la llegada del teniente Arroyo y el juez para el levantamiento del cadáver.

—¿Por qué el teniente Arroyo?

—No lo sé. Desde el asesinato del alcalde parece que solo le llaman a él para cualquier muerte que ocurre en el valle.

—Ya lo veo.

—La cuestión es que pasé el resto de la noche controlando el acceso a la casa de la víctima con mi gente. No sé lo que ocurrió dentro, solo que el forense certificó la muerte, el juez decretó el levantamiento del cadáver y el equipo de Criminalística analizó el lugar. Permanecí allí toda la noche con mi gente, hasta que, cerca de las diez de la mañana, el teniente Arroyo se acercó a mí y me ordenó que le acompañase con varios hombres a vuestro apartamento.

—Para detenerme —añadió Roberto.

—No estás detenido, al menos de momento.

—Está claro que en casa de Fonsi encontraron algo que incrimina a Roberto —dijo Eva—. ¿Sabes qué puede ser?

—Lo siento, pero ya os dije que me mantuvieron al margen en todo momento —respondió Llamazares—. No tengo ni la menor idea de qué encontraron, aunque coincido contigo en que tuvo que ser algo lo bastante importante como para querer registrar vuestro apartamento.

Lo único que se le ocurría en ese momento a Roberto era que hubieran encontrado en la casa de Fonsi pruebas que lo implicaran en el crimen.

De ser así, aquel asunto pintaba bastante mal.

63

Si algo vio claro Roberto en los ojos del teniente Arroyo cuando se sentó frente a él fue una determinación que conocía muy bien. Era la misma que había experimentado cada vez que había interrogado a un sospechoso que sabía que era culpable. Aun así, trató de mantenerse sereno. Lo más importante era averiguar qué tenía en su contra.

Estaban los dos solos en la sala de interrogatorios. Eva se había quedado fuera a petición del teniente y él tampoco insistió para que no fuese así. Supuso que de ese modo el oficial se sentiría más cómodo y dispuesto a decirle qué pruebas había en su contra. En su mirada se adivinaba que estaba deseando hacerlo.

—Siento haberte hecho esperar.

—Imagino que tendría sus motivos —dijo Roberto aparentando tranquilidad, aunque por dentro no era así. Habían pasado más de dos horas desde que el sargento Llamazares los había llevado hasta el puesto de la Guardia Civil de Navaconcejo.

—Pues sí, tengo motivos. ¿Puedes decirme dónde estabas anoche entre las dos y las cuatro de la madrugada?

—Durmiendo, con mi mujer al lado. Puede preguntarle.

—Su testimonio no tiene validez, debido al parentesco.

—Pues no tengo otro. ¿Va a decirme ya por qué estoy aquí?

—Te vamos a acusar del asesinato de Alfonso Corrales.

La primera reacción de Roberto fue sonreír con ironía.

—Imagino que no habla en serio.

—¡Oh, claro que sí! —se jactó el oficial—. Y tenemos pruebas suficientes para demostrarlo.

—Permítame que lo dude. Es imposible que tenga ninguna prueba contra mí.

—Fuiste poco cuidadoso en la escena del crimen. Para empezar, dejaste tu pasaporte.

Así que ahí fue a parar mi pasaporte, pensó Roberto. Ahora ya estaba seguro de que alguien lo había extraído de su maleta.

—¿Cree que si yo hubiera matado a Fonsi habría sido tan estúpido como para dejar mi pasaporte tirado en su casa?

—Seguramente se te cayó durante el forcejeo. Tenías pensado irte hoy, así que no es tan descabellado pensar que lo llevaras contigo.

Para él sí lo era.

—Cualquiera pudo cogerlo de mi maleta y dejarlo ahí.

—No es la única prueba que hay en tu contra. Lo cierto es que el registro que hemos efectuado en el apartamento que tenías alquilado ha sido muy productivo. ¿Recuerdas ese polo de manga corta que llevabas puesto mientras asesinabas a Alfonso Corrales? Ese que guardaste en tu maleta, desgarrado, para que nadie lo encontrase. —Roberto contuvo la respiración—. Resulta que le falta un botón del cuello y encontramos uno idéntico junto al cadáver de la víctima.

No pudo evitar sonreír con ironía. Estaba claro que el asesino había preparado la escena para que él pareciese culpable. Sin embargo, solo eran pruebas circunstanciales. Cualquier abogado de medio pelo podía argumentar que el verdadero asesino las había dejado en el lugar del crimen para implicarle.

Harían falta pruebas incriminatorias más sólidas, como que la víctima tuviese su ADN debajo de sus uñas, fruto de la supuesta lucha que habían mantenido, o que sus huellas dactilares estuviesen en la escena del crimen, algo que era imposible.

—Esas pruebas no demuestran que yo lo asesinase —dijo llevado por la confianza de ese pensamiento.

—¿Eso crees?

—Sí.

—Por suerte para nosotros, no te deshiciste del arma del crimen y la hemos encontrado escondida en el maletero del coche que alquiló tu mujer en el aeropuerto de Madrid.

—¿De qué arma me habla?

—Imagino que tenías pensado tirarla en algún sitio de camino a Madrid.

—Le he preguntado de qué arma me está hablando.

El oficial tardó unos segundos en responder. Se veía que estaba disfrutando con la expresión de desconcierto que Roberto lucía en ese momento.

—La manivela del gato del coche —dijo finalmente.

—¡Será una broma! Los coches ya no llevan rueda de repuesto, ni tampoco gato.

—Este sí. Encontramos la barra de acero en el interior de una mochila, dentro de una bolsa de plástico y con restos de sangre que pronto demostraremos que pertenecen a la víctima. Lo mejor para ti en este momento sería confesar que lo mataste.

—Alguien tuvo que meter esa mochila en el maletero.

—Claro que sí. Y también dejó bajo tu cama unas zapatillas de deporte New Balance de color blanco, con la suela manchada de sangre, ¿verdad?

Roberto palideció al escuchar eso. Al salir de Roma llevaba puestas unas deportivas similares a las que describía, que decidió cambiar a su llegada a Jerte por el calzado de senderismo que llevaba en la maleta. Se había olvidado por completo de ellas, aunque estaba casi seguro de que las había metido en la maleta dentro de una bolsa de plástico. Ahora recordaba no haberlas visto mientras la vaciaba para buscar el pasaporte.

Alguien lo había preparado todo muy bien para acusarle, por eso decidió que lo mejor a partir de ese momento era no volver a abrir la boca si no estaba su abogado presente.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó el teniente Arroyo.

—No.

—Te conviene confesar lo antes posible y colaborar en el esclarecimiento de los hechos. Imagino que fuiste a verle para decirle que era un asesino y se enfrentó a ti. Quizá incluso lo mataste en defensa propia. —Al ver que Roberto no decía nada, añadió—: Confesar ahora el crimen, de forma voluntaria, te ayudaría en el juicio.

—No voy a decir nada más si no es en presencia de mi abogado.

El teniente se puso en pie al escuchar eso.

—En ese caso, Roberto Fuentes González, quedas detenido por el asesinato de Alfonso Corrales Suárez.

Y acto seguido le enumeró sus derechos.

64

Eva se dejó caer de forma pesada sobre el sofá de la habitación del hotel. Su cabeza estaba a punto de estallar. Las últimas horas habían sido tan tensas e irreales que todo su cuerpo estaba atenazado por los nervios.

No podía creerse que aquello estuviera pasando.

Roberto había sido detenido y trasladado desde el puesto de Navaconcejo hasta la comandancia de Cáceres. Por suerte, Llamazares se había ofrecido a llevarla hasta la ciudad, dado que no tenía coche propio. En realidad, ni siquiera tenía el bolso con su documentación, ya que todas sus pertenencias habían quedado en el apartamento de Jerte y ahora estaban en manos de los investigadores. Lo previsto era que recuperase la mayor parte de sus cosas al día siguiente, pero hasta entonces estaba con lo puesto, sin dinero ni tarjetas de crédito. Al menos tenía su teléfono, lo que iba a permitirle realizar pagos con él.

Decidió alojarse en un hotel muy cercano a la comandancia de la Guardia Civil y, una vez en la habitación, llamó a un abogado. El único que conocía, el que había ayudado a Roberto en Llanes, tras ser acusado también de asesinato. Por desgracia, su respuesta fue que le resultaba imposible llevar el caso, dado que acababan de operarle del corazón y estaba de baja.

No les quedaba otro remedio que aceptar un abogado de oficio para las diligencias previas, hasta que pudieran encontrar uno que le defendiese con garantías.

La impotencia de no poder hacer nada por Roberto era lo que más mortificaba a Eva. Ni siquiera le habían permitido verle o hablar con él antes de ser trasladado, y tampoco sabía qué pruebas tenían en su contra.

Por ese motivo, decidió hacer una búsqueda en Internet con su teléfono, para comprobar si algún medio de comunicación se había hecho eco de lo sucedido en Jerte. Quizá así se enterase de lo que estaba ocurriendo.

Se quedó helada al ver el titular de un periódico de tirada nacional.

«Roberto Fuentes, de supuesto médium a asesino despiadado».

Debajo había una foto de Roberto entrando en la parte de atrás de un vehículo patrulla con las manos esposadas. Supuso que había sido hecha al salir del puesto de la Guardia Civil de Navaconcejo, por alguno de los periodistas que quedaban por la zona. No obstante, lo peor no era la foto, sino el texto que seguía al titular.

«El que fuera investigador de la Guardia Civil ha sido detenido en el día de hoy, acusado del asesinato de un vecino de Jerte.

A.C.S. murió en su vivienda a causa de múltiples golpes en la cabeza, recibidos con un objeto contundente.

El crimen se produjo en la madrugada del viernes al sábado, cuando la víctima regresaba a su casa.

El asesino, que lo esperaba en el interior, lo atacó por la espalda, con un ensañamiento como hacía tiempo que no veían los investigadores, según aseguraron fuentes de la Guardia Civil.

Esas mismas fuentes han informado a este periódico de que no hay duda de la implicación de Roberto Fuentes en el crimen, aunque están investigando si actuó solo o con ayuda de alguien.

De momento ya está detenido en dependencias policiales y se espera que mañana pase a disposición del juez.

Recordemos que el detenido, Roberto Fuentes, se hizo famoso en todos los medios de comunicación hace tres años por

«presuntamente» ser capaz de resolver crímenes comunicándose con las víctimas una vez fallecidas.

El médium, que ya fue acusado de asesinato hace un año, residía actualmente en Roma con su familia.

Roberto Fuentes se encontraba en España llevando a cabo por su cuenta una investigación para la que no estaba autorizado.

Este periódico ha tenido acceso a imágenes en las que se le ve acosando y amenazando a la víctima en un restaurante de la localidad de Jerte, días antes de su muerte».

Eva sintió que se le paraba el corazón. A continuación había una foto en la que se veía a Roberto agarrando del brazo a Fonsi. Sin duda, estaba sacada en el restaurante donde trabajaba, la única vez que habían hablado con él. A esa imagen, ya de por sí incriminatoria, la acompañaba una segunda en la que se le veía a Roberto agarrando del cuello a Fonsi en plena calle.

—No puede ser —murmuró.

¿Cuándo había sucedido aquello? Era imposible que Roberto hubiese hecho algo así, entre otras cosas porque en todo momento había estado a su lado, al menos desde que habían empezado a investigar a Fonsi.

Revisó de nuevo esa última foto, intentando descubrir si estaba trucada, pero no podía agrandarla y la calidad tampoco era lo suficientemente buena como para descubrir si estaba retocada o creada con inteligencia artificial.

Lo que sí parecía claro era que el periodista tenía demasiada información de primera mano, lo que la llevó a pensar que alguien dentro de la Guardia Civil le había informado con detalle de los hechos.

En cuanto a la foto en la que Roberto sujetaba a Fonsi del brazo, sí que era real y tenía que haberla sacado alguien presente en el restaurante en el momento en que habían hablado con él. Quizás un periodista. Lo curioso era que Roberto había actuado así porque Fonsi la estaba agarrando a ella por la muñeca, pero esa circunstancia no se observaba en la foto.

Aquel asunto cada vez tenía más pinta de ser una conspiración para acusarle de un crimen que no había cometido, así que trató de

pensar quién podía ayudarles. En esta ocasión no podían contar con el apoyo del Vaticano, ni tampoco de nadie dentro de la institución de la Guardia Civil. Por primera vez estaban completamente solos, lo que hizo que sintiese un profundo sentimiento de culpa. Jamás tendría que haber permitido que Roberto regresara a España. Debería haberlo convencido para quedarse en Roma con ella y con los niños, en lugar de acudir en ayuda del padre Miguel.

Se levantó del sillón para caminar hasta el baño y darse una ducha que la despejase, pero a mitad de camino la angustia hizo presa de ella y cayó de rodillas al suelo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Nunca en su vida se había sentido tan sola y desamparada.

DOMINGO, 29 DE MARZO

65

La situación no mejoró al día siguiente. Más bien empeoró.

Tras vestirse para acudir a la comandancia de Cáceres, Eva echó un nuevo vistazo a las noticias en internet. El mismo medio nacional que el día anterior había publicado la noticia sobre la detención de Roberto ahora relataba en un nuevo artículo que llevaba días interrogando a testigos sin autorización e investigando varios suicidios que se habían producido en el Valle del Jerte los últimos meses.

«Hay personas que no pueden soportar dejar de ser protagonistas y que se inventan supuestos asesinatos para seguir en el candelero y no perder su fama», decía el periodista en un claro ataque a Roberto.

No obstante, eso no era lo más preocupante. En este segundo artículo se hablaba de que la Guardia Civil tenía pruebas definitivas contra el detenido y que existía un testigo que lo situaba cerca del lugar del crimen a la hora en que se había producido este. También se decía que las pruebas que había obtenido el laboratorio de Criminalística no dejaban lugar a las dudas sobre la autoría del asesinato.

Eva sintió que le faltaba el aire. Su vida había dado un vuelco en las últimas veinticuatro horas como jamás habría imaginado en la peor de sus pesadillas. Roberto ya no solo era sospechoso de un

homicidio, sino que la prensa ya lo había condenado, dejando entrever que los investigadores lo tenían todo atado para demostrar su culpabilidad. No entendía cómo habían conseguido reunir pruebas tan definitivas contra él, pero estaba decidida a averiguarlo.

Salió de la habitación del hotel con la firme convicción de hablar con él de una manera u otra, aunque fuese a riesgo de poner en peligro su trabajo.

Llegó a la entrada de la comandancia quince minutos más tarde, después de recorrer a pie la distancia que había desde su hotel. La comandancia estaba formada por varios edificios, así que se identificó ante el guardia que estaba en la garita y preguntó a qué edificio debía dirigirse para visitar a Roberto.

Fue necesario que el guardia hiciera una llamada telefónica y esperar más de diez minutos en la entrada hasta que un segundo guardia de uniforme acudiera para acompañarla hasta un edificio situado a la derecha de la entrada. Dentro se encontró un amplio recibidor, con un mostrador a un lado y un par de bancos enfrente. Le sorprendió descubrir sentado en uno de ellos al inspector Barrios, que se puso en pie en cuanto la vio y acudió a su encuentro.

—Eva, ¿cómo estás?

—¿Qué haces aquí? —preguntó con sequedad. Si algo tenía claro era que ya no podía fiarse de nadie.

—El teniente Arroyo me ha pedido que venga para tomarme declaración.

—¿Sobre qué?

—Imagino que quiere saber qué hicimos Roberto y yo desde que llegamos al Valle del Jerte. No puedo creer que piensen que él mató a Fonsi. ¡Es de locos! —exclamó abriendo los ojos de forma desmesurada—. ¿Ya tenéis abogado?

—De momento, no. El único que conozco no está disponible. He pensado aceptar uno de oficio durante las diligencias previas y conseguir otro más adelante cuando sepa realmente las acusaciones

a las que se enfrenta Roberto y las pruebas que tienen en su contra. Ha sido todo tan precipitado que no quiero cometer errores.

—Te entiendo. Ayer, cuando vi todos los coches de la Guardia Civil aparcados delante del complejo de apartamentos, no me lo podía creer.

—¿Estabas allí? —preguntó, extrañada de que no hubiese salido de su apartamento.

—No. Salí temprano a dar una vuelta por los alrededores del pueblo. Necesitaba despejar la cabeza, después de no haber pegado ojo en toda la noche. No dejo de darle vueltas a lo que sucedió en la finca cuando rescaté al padre Miguel y de preguntarme si tendría que haber hecho las cosas de otra manera. No debí entrar yo solo, sin pedir refuerzos, y mucho menos disparar a los dos secuestradores. Si te digo la verdad, perder el trabajo es lo que menos me preocupa en este momento.

Eva no dijo nada. Estaba demasiado preocupada por Roberto como para sentir ninguna empatía hacia él y su situación. Barrios debió de darse cuenta, porque enseguida retomó la conversación inicial.

—Pero ahora lo importante es Roberto. ¿En qué situación está?

—No lo sé. Primero lo trasladaron al puesto de Navaconcejo, donde el teniente Arroyo habló con Roberto a solas, y de allí lo trasladaron, ya detenido, a esta comandancia, sin permitirme siquiera hablar con él. Así que hoy he venido decidida a no irme hasta que lo consiga.

—Por lo que he leído en la prensa, tienen pruebas claras contra él.

—Eso he leído yo también. Me pregunto quién ha podido filtrar la información a la prensa y con qué fin.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Barrios.

—Está claro que quieren condenar a Roberto antes incluso de que se celebre el juicio.

—¿Te refieres a la prensa?

—No solo a ella.

—Si lo dices por los investigadores, te aseguro que pienso declarar que Roberto no tiene nada que ver con ese crimen —dijo

Barrios con voz firme—. Claro que estuvimos investigando sin autorización, pero tampoco hemos hecho nada ilegal. Tan solo hablamos con familiares y amigos de las víctimas. Lo que dice la prensa es falso. Roberto no acosó ni amenazó a Fonsi.

—El problema ahora mismo es demostrarlo.

—Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que sea.

Eva no tuvo claro si lo decía en serio o solo para quedar bien. De cualquier modo, asintió con la cabeza. No estaba en situación de rechazar ninguna ayuda, al menos de momento.

—¿Qué hace aquí, sargento? —escuchó de pronto una voz poderosa a su espalda.

Al girarse, se encontró con la mirada desafiante del teniente Arroyo.

—Quiero hablar con Roberto.

—Está detenido.

—Razón de más para que le vea.

—Podrá hacerlo mañana lunes, cuando se presente ante el juez.

—No voy a esperar hasta mañana. Soy su mujer y tengo derecho a visitarle. Espero que no sea necesario que llame a un abogado para que me permita hablar con él.

El oficial se mantuvo impasible.

—Si yo fuera usted le diría que se declarase culpable. Es lo mejor que puede hacer ahora mismo.

—Roberto es inocente y debería quedar en libertad sin cargos.

—Dudo mucho que el juez opine eso después de presentarle las pruebas que tenemos en su contra.

—¿A qué pruebas se refiere?

El oficial dejó escapar una breve risa.

—¿En serio piensa que voy a compartir con usted esa información?

—Estoy segura de que esas pruebas están manipuladas.

—Imaginaba que diría eso —replicó él con ironía.

Eva logró contener la rabia que crecía en su interior. Cualquier cosa que hiciera o dijese podía perjudicar a Roberto, por eso se limitó a insistir con su petición inicial.

—Tengo derecho a ver a mi marido y no voy a irme de aquí hasta conseguirlo.

El teniente la miró durante unos segundos, como si calibrase hasta qué punto hablaba en serio, y al final se encogió de hombros.

—Está bien, pero tendrá que esperar un rato. Antes tengo que hablar con el inspector Barrios. Cada cosa a su debido tiempo —aseguró haciendo un gesto con la mano para que el otro le siguiese hacia una puerta situada al fondo de la sala.

Al pasar al lado de Eva, Barrios le dijo en voz baja:

—No te preocupes, todo saldrá bien.

Ella les observó mientras se alejaban y se sentó en el banco. Por mucho que le costase admitirlo, nada indicaba que las cosas fueran a salir bien.

66

Roberto miró a Eva mientras entraba en la celda y sintió que algo se le rompía por dentro.

—Todo es culpa mía —murmuró, casi incapaz de pronunciar esas palabras.

Ella se acercó y lo primero que hizo fue abrazarle. Sentir su calor fue algo que le reconfortó como nunca hasta ese momento. No se imaginaba cuánto necesitaba tenerla a su lado y compartir con ella sus temores.

La puerta de la celda se cerró y ambos se quedaron solos en el interior.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Eva—. Lo que está ocurriendo no es culpa tuya.

—Sí que lo es. Nunca debí volver a España. Se lo he puesto en bandeja.

—¿El qué? ¿A quién?

Roberto mantuvo el abrazo durante unos segundos más y luego dio un paso atrás para mirarla a los ojos.

—Me han tendido una trampa y he caído como un estúpido.

—Es mejor que nos sentemos —dijo ella señalando el camastro.

—No puedo. No he pegado ojo en toda la noche dándole vueltas a la cabeza y la conclusión a la que llego una y otra vez es que lo

han preparado todo para que yo parezca culpable. Y esta vez no tengo escapatoria.

—Siempre la hay.

—No —la contradijo, negando con la cabeza—. El teniente Arroyo me contó las pruebas que tienen contra mí y te aseguro que esta vez lo tengo muy complicado para salir bien parado.

—¿A qué pruebas te refieres?

—Para empezar, en el lugar del crimen apareció mi pasaporte y un botón arrancado de uno de los polos que tengo en mi maleta.

—¿Cómo es eso posible?

—Muy sencillo: alguien entró en el apartamento y se lo llevó, aunque me temo que no es lo único que se llevaron. Las deportivas New Balance que traje conmigo han aparecido manchadas de sangre en el maletero del coche que alquilaste, junto con el arma del crimen.

—Eso es imposible. Las llaves del coche han estado conmigo en todo momento, excepto cuando nos íbamos a dormir, que las dejaba sobre la mesita.

—Quizá alguien entró y las cogió, o de algún modo consiguió abrir el maletero. Lo que está claro es que dejó todas esas pruebas para incriminarme.

—No solo las pruebas —dijo Eva, negando con la cabeza—. La prensa asegura que hay un testigo que te vio cerca del lugar del crimen.

—Eso es imposible.

—Lo sé. Tienes razón, todo parece perfectamente planeado para que termines en la cárcel. La pregunta es quién está detrás.

—¿Todavía lo dudas? Los mismos que estuvieron detrás del intento de implicarme en el crimen de Llanes. Tenía que haberte hecho caso y no regresar a España nunca. Les he puesto la oportunidad en bandeja.

—¿En serio crees que se trata de las mismas personas?

—He tenido toda la noche para analizar lo sucedido y estoy convencido de ello. Es más, es probable que el secuestro del padre Miguel solo fuera un cebo para traerme de vuelta. Y yo piqué como un estúpido.

Roberto se sentó en el camastro y se cubrió la cara con las manos. Estaba tan desesperado como abatido.

—No hagas eso, no te derrumbes —dijo Eva arrodillándose delante de él—. Ahora lo importante es que encontremos el modo de sacarte de aquí. Las pruebas que tienen contra ti son circunstanciales. Mientras tu ADN o tus huellas dactilares no aparezcan en el escenario del crimen o en el arma que se utilizó para asesinar a la víctima, no pueden acusarte de su muerte. Y ambos sabemos que eso es imposible. Saldremos de esta como hemos hecho otras veces. ¿De acuerdo? —Le retiró las manos para que centrase la mirada en ella—. No pienso parar hasta demostrar que eres inocente.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Encontrando al verdadero asesino de Fonsi.

Roberto negó con la cabeza de inmediato.

—No quiero que corras más riesgos. Es mejor que te mantengas al margen.

—Sabes de sobra que no voy a hacerlo. Pienso regresar a Jerte y averiguar quién cometió ese crimen.

—Hazme caso, por favor. Me moriría si te pasara algo. Tienes que regresar a casa con los niños.

—No pienso dejarte solo cuando más me necesitas —dijo abrazándole de nuevo—. Volveremos a casa juntos.

Roberto no tuvo fuerzas para intentar convencerla. Permanecieron así, en silencio, hasta que la puerta de la celda se abrió de nuevo y una voz captó la atención de ambos.

—El abogado de oficio está aquí.

67

Barrios salió del edificio conteniendo una sonrisa de satisfacción. No solo había dejado claro que no tenía nada que ver con en el asesinato de Fonsi, sino que logró ponerle la puntilla a Roberto.

—Estaba obsesionado con que los suicidios no eran voluntarios, que había un asesino detrás de cada muerte —le explicó al teniente Arroyo durante el interrogatorio—. Intenté hacerle ver que no era así y que se centrase en encontrar al padre Miguel, pero no quiso escucharme. Es más, me apartó de su investigación porque yo no estaba de acuerdo con que Fonsi era culpable de los suicidios. Roberto estaba decidido a que pagase por sus crímenes de una manera u otra.

—¿Crees que lo mató por eso? —preguntó el teniente Arroyo.

Conocedor de las pruebas que había contra Roberto, la respuesta que dio fue contundente.

—No tengo ninguna duda.

Eso hizo que el teniente Arroyo hinchase el pecho y sonriese con orgullo, antes de decir:

—Me aseguraré de que pase mucho tiempo entre rejas.

Barrios caminó hasta su coche y, solo cuando estuvo dentro, dibujó en sus labios una amplia sonrisa de satisfacción. Lo había conseguido. Ya no importaba si le suspendían de empleo y sueldo por su actuación durante la liberación del padre Miguel. Roberto

estaba detenido y gracias a eso iba a recibir el ansiado pago por sus servicios, lo que le ayudaría a comenzar una nueva vida lejos de allí. Por fin dejaría la Policía Nacional para disfrutar la vida que merecía.

Se disponía a arrancar cuando sintió vibrar el teléfono en su bolsillo. Al sacarlo, vio que acababa de recibir un mensaje de texto.

«Cementerio de soldados alemanes. Ahora. Tenemos que hablar».

Era el mismo número al que había enviado un mensaje el día anterior para comunicarle a Demian la detención de Roberto, acusado de asesinato.

—Parece que por fin voy a cobrar —murmuró mientras abría la aplicación de mapas.

El único cementerio con ese nombre se encontraba a una distancia de hora y media en coche, así que escribió la respuesta:

«Estoy en Cáceres. Tardaré un par de horas».

Eso le iba a permitir tener algo más de tiempo para llegar al lugar sin prisas.

La réplica no se hizo esperar.

«Que sea hora y media. No me hagas esperar».

No le gustó la urgencia con la que le reclamaba Demian, pero supuso que tendría sus motivos, por lo que se subió a su vehículo y se puso en marcha, siguiendo la ruta que le marcaba el teléfono móvil.

La conversación con él a través de WhatsApp del día anterior solo se había centrado en Roberto, por lo que supuso que esta vez le pediría explicaciones sobre lo ocurrido en la finca con los sicarios. Tenía que preparar un discurso en el que dejar claro que la muerte de ambos solo había sido un daño colateral, necesario para lograr que Roberto terminase en la cárcel. Si conseguía que Demian lo viera de ese modo, estaba seguro de que no tendría problema en cobrar el dinero acordado.

Las obras en un tramo de la carretera provocaron que llegase diez minutos más tarde de lo previsto. Aparcó en una pequeña explanada en el lado derecho de la calzada, delante de un pequeño muro de piedra y junto a un enorme todoterreno blanco de la marca Mercedes. Un hombre de aspecto fornido y vestido con un traje

oscuro fue a su encuentro en cuanto se bajó del coche. No se parecía a los sicarios con los que había tratado anteriormente. Este parecía mucho más profesional.

—Llegas tarde.

—Había tráfico —se justificó Barrios.

—Al jefe no le gusta que le hagan esperar.

—He venido lo más rápido que he podido.

—Sigue el camino hasta el cementerio —se limitó a decir el tipo, señalando con el dedo al otro lado del muro—. Te espera allí.

Barrios subió varios escalones y atravesó una pequeña portilla para recorrer un camino de piedra flanqueado por árboles, mientras vislumbraba a su derecha las primeras cruces del cementerio. Al final del recorrido se encontró con una pequeña edificación de piedra, donde le esperaba un segundo hombre trajeado.

Este no dijo nada. Se limitó a señalar las escaleras que descendían hasta una explanada de césped verde, muy cuidado, con más de un centenar de cruces de granito oscuro perfectamente alineadas. Al fondo, a unos treinta metros de distancia, distinguió a un hombre que le daba la espalda y mantenía la mirada fija en una de las cruces.

Mientras caminaba a su encuentro, se fijó en que todas las cruces tenían un nombre, un rango militar y dos fechas: la de nacimiento y la de fallecimiento. Todos eran alemanes, como cabía esperar por el nombre que recibía el cementerio.

Al escuchar sus pasos sobre la hierba, el hombre se giró y lo miró con cierta calidez. Barrios se detuvo a unos pocos pasos y lo analizó con detalle. Tenía alrededor de sesenta años, pelo grisáceo y vestía un traje elegante de color negro, con camisa blanca y corbata de rayas rojas y negras. A pesar de que su rostro estaba surcado por las arrugas, tenía un indudable atractivo. Era la primera vez que se veían en persona.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó Demian.

—En un cementerio —respondió Barrios.

—No es un cementerio cualquiera. ¿Sabes que aquí hay ciento ochenta cruces de militares alemanes de la Primera y la Segunda Guerra Mundial?

—No tenía ni idea.

Demian estiró el brazo para señalar la que tenía más cerca.

—No en todas las tumbas hay cuerpos. Algunas están vacías, aunque recuerdan el nombre de un militar fallecido, y otras, como esta, homenajean a un soldado desconocido. La mayoría eran marinos cuyos cuerpos llegaron a las costas españolas durante alguna de las dos grandes guerras, aunque también hay pilotos de aviación. El Gobierno alemán pidió que se les enterrase en los lugares donde se habían encontrado sus cuerpos, hasta que un organismo que vela por los cementerios de guerra alemanes decidió reunirlos a todos aquí, en la década de los ochenta. ¿No te parece una historia increíble?

—Sí que lo es.

—Los muertos merecen justicia y que se sepa la verdad. —Al decir eso le clavó la mirada con frialdad—. ¿Puedes decirme qué les ocurrió exactamente a mis dos hombres, los que custodiaban a ese cura?

—Lo cierto es que no estaban bien de la cabeza.

—No me gusta repetir las cosas dos veces.

Estaba claro que tendría que ser más convincente de lo que tenía previsto.

—Tuve que matarlos.

—¿Por qué?

—Iban a acabar con la vida del cura.

—¿Y eso nos perjudicaba de algún modo?

—La idea era secuestrarlo para atraer aquí a Roberto y ganarme su confianza —respondió Barrios—. No dije nada de asesinarlo después.

—Los planes cambian y el riesgo de que la Guardia Civil encontrase al cura era alto.

—No tanto como ellos le dieron a entender. No era necesario acabar con su vida.

—Me consultaron y yo estuve de acuerdo con esa decisión. ¿Y ahora vas a decirme de una puñetera vez lo que les ocurrió?

Barrios tomó aire antes de responder, consciente de lo mucho que se jugaba si su explicación no le convencía.

—Fui a verles para pedirles que me dieran más tiempo. La llegada de la mujer de Roberto hizo que ella le convenciese para apartarme de su lado y de la investigación que llevábamos a cabo, así que necesitaba tiempo para ganarme su confianza de nuevo. No sé muy bien qué ocurrió. Puede que hubiesen consumido algún tipo de droga, porque de pronto esos dos sicarios dijeron que iban a matarme a mí también. Sacaron sus armas y no me quedó más remedio que dispararles para defenderme.

En contra de lo esperado, Demian dejó escapar una leve sonrisa.

—Nunca creí que pudieras llegar tan lejos.

—Fue un acto instintivo, de supervivencia, pero decidí utilizarlo en nuestro beneficio. Sabía que presentarme como el liberador del padre Miguel serviría para ganarme de nuevo la confianza de Roberto.

—Sin embargo, no es esa la versión que le contaste a la Guardia Civil.

Estaba claro que Demian había tenido acceso a los informes de la investigación.

—Me inventé una historia que resultara convincente y que dejara claro que yo no tenía ninguna relación con ellos. Y parece que funcionó.

—Lo sé. —Demian asintió con la cabeza y le pasó la mano por encima de los hombros, mientras arrancaban a caminar juntos en dirección a la salida—. Lo importante es que supiste reaccionar cuando detuvieron a Roberto. Hiciste bien en contactarme de inmediato. Los periodistas que tengo en nómina se han encargado de airear en la prensa todo el asunto, adornándolo con esa foto que sacaste de Roberto cuando se enfrentó a tal Fonsi en el restaurante, además de la imagen creada por un genio en inteligencia artificial que trabaja para mí, en la que se ve a Roberto agarrándolo del cuello. ¡Es increíble lo que hace la tecnología hoy en día! —se jactó soltando una breve carcajada—. Incluso he conseguido que un vecino esté dispuesto a jurar ante el juez que vio a Roberto cerca del lugar del crimen poco después de que este se produjese.

—¿Y cómo lo ha hecho?

—Uno de mis periodistas dio con él y no le costó convencerlo. El dinero lo consigue todo.

—Ya veo.

—La cuestión es que pronto terminará todo. En cuanto Roberto ingrese en prisión me ocuparé de él y tú cobrarás lo acordado. Eso sí, quiero que sigas por aquí hasta que todo termine —añadió—. ¿Te supone un problema?

—Claro que no —dijo Barrios, a pesar de que estaba deseando largarse de allí lo antes posible.

Llegaron a las escaleras, donde Demian se detuvo para situarse delante de él.

—Puede que incluso te pague algo más, dado que me has ahorrado lo que tenía que pagarles a los dos hombres que te cargaste. A cambio, como ya he dicho, quiero tenerte cerca. Te he reservado una habitación en el hotel Palace de Cáceres y necesito que te quedes allí hasta que me ponga en contacto contigo.

—¿Y cuándo será eso?

—Depende de los días que tarde Roberto en entrar en prisión. Cuando esté muerto, volveremos a hablar y recibirás tu dinero. Hasta entonces, disfruta de los lujos que ofrece el hotel y no te dejes ver fuera de él. Es mejor que nadie sepa que estás allí. Y no me llames ni me mandes mensajes —puntualizó—. Yo contactaré contigo llegado el momento.

—De acuerdo.

—Antes de irte, aprovecha para dar una vuelta por este cementerio. Te enseñará la importancia de no caer en el olvido —comentó antes de subir los escalones que conducían a la salida.

Barrios supuso que no quería que salieran juntos del lugar, aunque, antes de perderlo de vista, le lanzó una pregunta que llevaba mucho tiempo rondándole la cabeza.

—¿Cuando termine todo me contará qué tiene contra Roberto?

Demian ni siquiera se volvió para mirarle.

68

Eva salió cabizbaja de la reunión con el abogado de oficio, después de que este no les hubiera dado demasiadas esperanzas de poder evitar el ingreso en prisión de Roberto. En realidad, ninguna esperanza. Al día siguiente se iba a presentar ante el juez y las pruebas de las que disponía el fiscal apuntaban a que lo más probable era que decretase su ingreso inmediato.

—Intentaré que eso no ocurra —había comentado el abogado, que por su edad, cercana a los sesenta, parecía tener experiencia en ese tipo de situaciones—, pero no prometo nada. Este va a ser un caso complicado, dadas las pruebas que hay en contra de su marido.

Sus palabras convencieron a Eva para buscar un abogado especializado en ese tipo de casos y con la experiencia suficiente para demostrar que era inocente. No obstante, el mejor modo de ayudar a Roberto era encontrar al verdadero asesino, por eso se juró a sí misma que no pararía hasta conseguirlo.

Mientras salía del edificio para abandonar la comandancia de Cáceres, trató de ordenar sus pensamientos y decidir qué pasos dar a partir de ese momento.

Lo primero era analizar todos los hechos y averiguar si tenían relación entre sí, empezando por el secuestro del padre Miguel. Si Roberto estaba en lo cierto al decir que el secuestro del padre Miguel tenía como objetivo atraerle a España, significaba que tanto

el intento de asesinato que había sufrido como la posterior implicación en el crimen de Fonsi los había realizado la misma persona. Alguien interesado en acabar con Roberto de un modo u otro.

¿Pero quién?

En los últimos tres años Roberto había sufrido varios intentos de destrozar tanto su vida profesional como personal. El más grave de todos fue que le implicasen en un crimen que no había cometido, como ahora. En aquella ocasión, además de demostrar su inocencia, se descubrió que el teniente al mando de la investigación había recibido una importante cantidad de dinero a cambio de detenerle por asesinato. Por suerte, Roberto recibió la ayuda necesaria para salir con éxito de aquella situación, aunque nunca se descubrió quién estaba detrás del soborno.

En esta ocasión parecía que ese enemigo misterioso había llegado mucho más lejos, intentando asesinarle primero y luego, al ver que había fallado, le había implicado en un nuevo crimen, del que esta vez parecía mucho más difícil que pudiera salir airoso. Sobre todo porque no tenían a nadie que les ayudase.

Pasaba junto al aparcamiento, cuando el sargento Llamazares bajó de uno de los vehículos patrulla y acudió a su encuentro. Iba de uniforme.

—Parece que he llegado justo cuando te ibas —dijo a modo de saludo.

—Vuelvo al hotel —le replicó ella sin muchas ganas de quedarse a hablar con él.

—He venido para devolverte tu documentación. Pedí a Criminalística que me avisasen cuando ya no la necesitaran y supuse que te vendría bien recuperarla cuanto antes. Toma —dijo alargando la mano para entregarle su bolso.

—¿Y la maleta con mi ropa?

—Lo siento, se la han quedado en el laboratorio para analizarla. Quieren descartar que estés implicada en el crimen.

—¡Esto es absurdo! ¿De verdad piensan que él mató a Fonsi?

Llamazares miró al interior del edificio antes de responder:

—Es mejor que hablemos lejos de aquí. Vamos, te llevaré al hotel. Tengo algo que contarte.

—Prefiero que me lo cuentes ahora.

No podía fiarse de nadie y mucho menos de las personas con las que Roberto se había relacionado desde que había llegado a España.

—De acuerdo —dijo él, quitándose la gorra para secarse la frente —. Las pruebas que han reunido los investigadores indican que Roberto es culpable.

—Esas pruebas son circunstanciales. Cualquiera pudo dejar su pasaporte y el botón de su camiseta en la escena del crimen. No demuestra que estuviese presente en el lugar. El asesino los dejó allí, del mismo modo que dejó en el maletero del coche el arma del crimen y las zapatillas de Roberto manchadas de sangre.

—El problema es que… —Antes de continuar, Llamazares miró de nuevo al edificio, como si quisiera asegurarse de que nadie más escuchaba sus palabras—. Han encontrado las huellas de Roberto en el arma del crimen —dijo, bajando el tono de su voz.

Esa información cayó como una losa sobre Eva.

—Eso es… ¡imposible!

—No lo es. Me lo ha dicho un compañero que está destinado aquí en la comandancia y que tuvo acceso al informe esta mañana. Esto, por supuesto, no puede salir de aquí o nos meterías a los dos en un problema.

Eva sintió como si el mundo se derrumbara a su alrededor. Incluso necesitó acercarse al coche y apoyarse en el capó para no caer al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó él, sujetándola del brazo.

Tardó unos segundos en ser capaz de responder.

—Sí. Yo no… —Tuvo que respirar hondo antes de continuar—. Eso no tiene sentido. Roberto y yo estuvimos juntos toda la noche. Incluso dormimos abrazados. Si hubiese salido del apartamento, yo me habría enterado.

—Lo único que puedo decirte es que sus huellas están en la barra de hierro con la que golpearon a la víctima. El laboratorio lo ha confirmado.

—Nada de esto tiene sentido —murmuró ella, negando con la cabeza.

—La barra pertenece a un gato de coche, de esos de tijera. Vamos, de los de toda la vida. La barra estaba dentro de una mochila en el maletero de tu coche de alquiler, envuelta en una bolsa de plástico. Quizás Roberto tocó la barra en algún momento sin darse cuenta al acceder al maletero —comentó Llamazares—. Sería la explicación más lógica.

—Ese coche no tiene rueda de repuesto —murmuró ella—. Recuerdo que se lo pregunté al de la agencia de alquiler y me dijo que solo llevaba un kit antipinchazos. ¿Por qué iba a tener entonces un gato? Es más, ni siquiera lo vi al abrir el maletero para dejar mi maleta dentro.

—Solo te digo lo que sé, que las huellas dactilares de Roberto están en la barra. Sin duda, eso no le ayuda, como tampoco que exista un testigo que lo ha identificado cerca del lugar del crimen.

Eva creyó estar viviendo una pesadilla.

—¿Has dicho un testigo? ¿Tienes idea de quién puede ser?

Llamazares asintió con la cabeza.

—Se llama Santiago. Es un hombre que vive en la misma calle de Fonsi, justo en la entrada al parque que hay junto al río. Ayer por la noche se presentó en el puesto de Navaconcejo diciendo que tenía información sobre el crimen de Fonsi. Según parece, esa noche no podía dormir, así que salió a la terraza a fumar. Desde allí vio a alguien pasar por debajo de su casa y subirse al coche que tenía aparcado enfrente, junto a la entrada del parque.

—¿Y fue capaz de reconocerlo de noche?

—Vio su foto en internet y dijo que estaba seguro de que era él. Que lo vio perfectamente gracias a las farolas que iluminan la calle.

—Miente.

—El teniente Arroyo habló con él en cuanto le avisé y se tomó muy en serio su testimonio.

—¿Qué me puedes contar de ese Santiago? ¿En qué trabaja? ¿Qué edad tiene?

—Alrededor de cincuenta años. Tenía un negocio que echó a perder y ahora está en el paro.

Una idea cruzó por la mente de Eva.

—¿Sabes si tenía alguna deuda?

—Me imagino que sí. Ya te digo que el negocio fracasó. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me gustaría hablar con él.

—¿Quieres que te lleve?

—Ahora que tengo mi documentación, alquilaré otro coche.

—No me importa llevarte, de verdad. De hecho, pensaba volver al valle ahora. —Hizo una breve pausa antes de decir—: Yo no creo que Roberto matase a Fonsi.

—¿Aunque las pruebas indiquen que sí?

—Seguí vuestra trayectoria cuando estabais en Oviedo y luego en Llanes. Hay mucha gente dentro de la Guardia Civil que no puede ver a Roberto. Eso es un hecho. Muchos dicen que es un farsante y otros que solo busca la fama, pero yo creo que lo único que quiere es meter entre rejas a los asesinos. Déjame que te ayude a demostrar su inocencia.

A pesar de que no podía confiar en nadie, Eva era consciente de que estaba sola y de que el tiempo corría en su contra. Necesitaba interrogar lo antes posible a ese hombre y demostrar que mentía. Eso podría ayudar a que Roberto no ingresase en prisión al día siguiente.

—Está bien. Llévame hasta allí.

69

Aparcaron el vehículo junto a la entrada al parque Nogalón, en Jerte. Al otro lado de la calle estaba la vivienda del supuesto testigo, una casa de dos plantas, con el garaje en la planta inferior y encima la planta habitada, con una amplia terraza desde la que se divisaba toda la calle. Accedieron a la vivienda por una escalera situada en un lateral de la fachada y llamaron al timbre situado junto a la puerta de entrada. Les abrió una chica joven que no aparentaba más de veinte años.

—¿Está Santiago en casa? —preguntó Llamazares.

Ella negó con la cabeza y se llevó a la boca la cuchara que sostenía en una mano. En la otra llevaba una tarrina grande de helado de chocolate.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —intervino Eva.

—Aquí no.

—¿Eres su hija?

—Eso dice mi madre.

Llevaba puesta una camiseta de tirantes que dejaba a la vista numerosos tatuajes en los brazos y el cuello. En el labio inferior llevaba un piercing y otro en la ceja izquierda. Por su expresión de hastío, no parecía que tuviera muchas ganas de hablar.

—¿Tu madre está en casa?

La joven soltó una breve carcajada.

—Mi madre se fue hace dos meses a Santander a visitar a su hermana y no ha vuelto desde entonces. Y no creo que vaya a hacerlo. No aguanta a mi padre.

—¿Tan difícil es la convivencia con él?

—Desde que echó a perder el negocio, está bastante inaguantable y se pasa la mayor parte del tiempo por los bares, bebiendo con sus amigos. Conmigo no se mete, porque no le hago ni caso, pero mi madre estaba amargada.

—Tengo entendido que tu padre tiene bastantes deudas —dijo Eva, esperando ver cómo reaccionaba.

—¿Para eso queréis hablar con él?

—En realidad quiero preguntarle por un hecho que sucedió hace dos noches: el asesinato de Alfonso Corrales.

—Fonsi —murmuró ella al escuchar su nombre.

—¿Lo conocías?

—Solo de vista. Vive aquí al lado.

—Tu padre le dijo a la Guardia Civil que esa noche no podía dormir, así que se levantó de madrugada para fumar en la terraza y vio al autor del crimen.

La joven frunció el ceño.

—¿Te refieres a la noche del viernes?

—Sí, la madrugada del viernes al sábado.

—Eso es imposible —dijo la joven negando con la cabeza.

—¿Por qué?

—Primero, porque mi padre dejó de fumar hace un año, después de sufrir un amago de infarto. Y, segundo, porque esa noche la pasó entera durmiendo y roncando en su habitación.

—¿Estás segura?

—Bastante. Llegué a las doce de tomar algo con mis amigas y estuve hasta tarde viendo una serie en la tele del salón. Tendría que haber pasado por delante de mí para salir a la terraza y no lo hizo.

—¿Hasta qué hora estuviste viendo la tele?

—Hasta las cuatro, más o menos, y, cuando me acosté, os aseguro que estaba roncando.

Eva sintió cómo su corazón se aceleraba. Como mínimo era una hora más tarde del asesinato de Fonsi, por lo que el testimonio del

padre era falso.

—¿Por casualidad viste a alguien a esas horas en la calle o escuchaste algún coche?

—Pues… —La joven se quedó pensativa unos segundos—. Un rato antes de acostarme me levanté para ir al baño y al pasar junto a la ventana vi un coche arrancar. Estaba aparcado delante de casa, al lado de la entrada al parque.

—¿Viste al conductor?

—No.

—¿Y recuerdas cómo era el coche?

—Un Nissan Micra de color blanco.

—Pareces muy segura.

—Es que el cura del pueblo tiene uno idéntico y me hace mucha gracia cuando lo veo pasar dentro de ese coche tan pequeño con forma de huevo, todo encogido.

—¿Te refieres al padre Francisco?

—Sí, aunque a esas horas dudo mucho que fuera él.

—Le preguntaremos por si acaso. Una última cosa. Eh… Perdona, no te he preguntado tu nombre.

—Susana.

—Por favor, Susana —dijo Eva con voz suave—, no le comentes nada a tu padre de lo que hemos hablado.

—No se preocupe, estará unos días fuera. Esta mañana me dijo que se iba a Madrid unos días para solucionar el tema de sus deudas con Hacienda. Fue extraño porque no quiso contarme nada más. Me dio trescientos euros para que me apañase hasta que él volviese y, cuando le pregunté si le había tocado la lotería, se rio. Para mí, mejor —añadió encogiéndose de hombros—, así tengo la casa para mí sola y puedo montar las fiestas que me apetezca.

Eva le dio las gracias y salió de la casa junto con Llamazares, en dirección al coche.

—Parece claro que Santiago mintió en su declaración —dijo el sargento.

—Me da que no es el único que miente en este pueblo.

70

Todavía quedaban algunos feligreses en las inmediaciones de la iglesia cuando llegaron, por lo que Eva supuso que no hacía mucho tiempo que había finalizado la misa de ese domingo. Una vez dentro del edificio, se encontraron con el padre Francisco saliendo de la sacristía, vestido ya con su ropa negra habitual.

—Buenos días, padre —le saludó el sargento Llamazares.

—Buenos días.

—Necesitamos que nos dedique unos minutos.

—No tengo mucho tiempo —dijo mirando el reloj de su muñeca —. Tengo que ir a…

—No va a ir a ningún sitio hasta que responda a unas preguntas —le interrumpió Eva con dureza.

Eso hizo que el párroco frunciese el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Imagino que me recuerda, soy la mujer de Roberto Fuentes. Estuvimos hablando hace unos días.

—Claro que la recuerdo. Me parece terrible lo de su marido. No puedo creerme que lo hayan acusado de asesinato.

—Él no asesinó a Fonsi. Por eso estoy aquí.

—No termino de entender —murmuró.

—¿Dónde estaba usted la madrugada del viernes al sábado?

El párroco tardó unos segundos en responder.

—Pues… durmiendo en mi casa, como todos los días. ¿No estará pensando que yo tuve algo que ver con la muerte de ese hombre?

—Su coche fue visto en las inmediaciones del lugar del crimen.

—Eso es imposible.

—¿No tiene usted un Nissan Micra blanco?

Al escuchar la pregunta, resopló.

—Ya no. Tenía uno, pero lo vendí al cambiarlo.

—¿Qué coche tiene ahora?

—Un Toyota de color rojo.

—¿Un todoterreno?

—No, un híbrido. Un Toyota Corolla —dijo tras dudar.

—¡Vaya! —fingió ella sorpresa—. Parece que en esta parroquia los feligreses son generosos con los donativos a la iglesia.

El párroco dibujó una sonrisa nerviosa.

—No tanto. Lo compré de segunda mano en un concesionario de Plasencia.

—¿Hace cuánto?

—La semana pasada. Me lo trajeron el martes, si mal no recuerdo.

—¿Y qué hizo con el coche viejo?

—Se lo vendí a un chaval del pueblo que suele hacerme algunos arreglos en la iglesia cuando lo necesito. Era un coche muy viejo y la verdad es que a él le venía muy bien.

—¿Cómo se llama ese chaval?

—Ramiro. Trabaja en los apartamentos Flor de Jerte.

—Es el que se encarga del mantenimiento y de alojar a los clientes —intervino Llamazares—. Seguramente lo habrás visto por allí.

Eva recordaba haber visto a un joven limpiando la piscina.

—Necesito hablar con él.

—Hoy es domingo, así que me imagino que no trabajará —respondió el párroco—, pero vive aquí cerca, al lado de la casa de los padres de Irene Castro.

—No sabía que fueran vecinos.

—En realidad, las casas no están pegadas la una a la otra. Hay un pequeño solar en medio que las separa.

—¿Sabes dónde es? —preguntó Eva mirando a Llamazares.

—Sí. Te acompaño hasta allí. Gracias por todo, padre.

—No hay de qué.

Eva se limitó a mirar a los ojos del hombre durante un par de segundos y luego siguió los pasos de Llamazares. Le habría gustado interrogar más a fondo al cura. Algo le decía que aquel hombre ocultaba algo, pero ahora lo prioritario era hablar con el joven para preguntarle por el coche.

Llegaron a la casa en la que vivía Ramiro un par de minutos después. Junto a ella, en el solar que la separaba de la casa de Irene Castro, estaba aparcado un Nissan Micra de color blanco.

—No tiene por qué ser el coche que vio Susana esa noche —comentó Llamazares cuando se detuvieron ante el vehículo—. Seguro que hay más como este en el valle.

—Soy consciente de ello, pero, ya que estamos aquí, me gustaría hablar con él.

—Puedo llamar al cuartel para que hagan una consulta a Tráfico y nos digan si hay algún otro vecino en el valle que tenga un coche de esta marca y color.

—Primero quiero hablar con Ramiro —insistió ella, acercándose a la puerta y pulsando el timbre.

El joven abrió la puerta enseguida.

—Buenos días —tomó la palabra el sargento Llamazares—. ¿Tienes un minuto para hablar con nosotros?

—Claro —respondió él forzando una sonrisa—. ¿Quieren pasar?

—Sí, mejor.

—¿Hay alguien más en casa? —preguntó Eva mientras seguían sus pasos al interior.

—Vivo solo desde que falleció mi madre.

La casa no era demasiado grande, como se podía adivinar desde el exterior. Un pequeño salón a la izquierda, la cocina a la derecha y unas estrechas escaleras al fondo que conducían a la planta de arriba.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó una vez que estuvieron en el salón.

—No, gracias —respondió Eva—. El coche que está aparcado fuera, al lado de la casa, es tuyo, ¿verdad?

—Sí.

—Tenemos entendido que te lo vendió el párroco del pueblo.

—Sí, hace unos días, aunque en realidad me lo regaló.

—Pues sí que es generoso.

—Es un buen hombre —aseguró con una sonrisa sincera—. El coche es bastante viejo y se enteró de que se me había estropeado la moto. Me dijo que me lo daba por una cantidad simbólica si yo me encargaba de los gastos del papeleo, porque se iba a comprar uno de segunda mano. Por supuesto, le dije que sí.

—¿Tienes una buena relación con él?

—Muy buena. Estuvo muy pendiente de mi madre cuando enfermó y siempre nos conseguía alguna ayuda de Cáritas. A cambio, le echo una mano en el mantenimiento de la iglesia siempre que lo necesita. Ya saben, cambiando las bombillas que se funden, pintando alguna pared con humedades o arreglando los bancos de madera que se estropean. Ese tipo de cosas. Y también le ayudo como monaguillo si lo necesita.

—Pareces un buen cristiano.

—Lo soy —dijo disimulando una sonrisa.

Eva decidió hacerle la pregunta que tenía en mente desde que habían llegado.

—¿Puedes decirme dónde estuviste la madrugada del viernes al sábado?

El joven se mantuvo tranquilo.

—Depende de la hora. Por la mañana estuve trabajando en los apartamentos, limpiando la piscina, y por la tarde fui a Plasencia a hacer unas compras y ver una película en el cine. Antes de volver a casa fui al *burguer* a cenar.

—¿Estabas con alguien?

—No.

—¿A qué hora llegaste?

—No estoy seguro. La peli terminó a las once, así que me imagino que llegaría alrededor de la una. Ya le digo que el coche es viejo, así que vine despacio.

—¿Y viniste directo a casa?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Alguien afirma que vio tu coche aparcado junto a la entrada del parque Nogalón.

—Pues no era mi coche, porque vine directo a casa. ¿Alguien dijo que reconoció mi coche? —preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Identificó la matrícula?

—No. Un testigo vio un coche como el tuyo abandonar el lugar más o menos a la hora que mataron a Alfonso Corrales —comentó Eva para observar su reacción.

—Le aseguro que no era yo —dijo con aparente tranquilidad—. El viernes ya empezaron a llegar los primeros turistas que han venido aquí a pasar la Semana Santa. A lo mejor era de alguno de ellos.

—Puede ser —tuvo que reconocer—. Una última pregunta, ¿trabajaste ayer sábado?

—No, este fin de semana me toca descansar. Por cierto, la dueña de los apartamentos me ha contado que la Guardia Civil ha precintado uno de los apartamentos y que de momento no se puede entrar.

—Así es.

—¿Es verdad que han detenido a ese hombre tan majo que estaba alojado en él?

—Solo lo están interrogando —intervino Llamazares.

—Espero que todo salga bien y lo suelten pronto.

—Gracias por atendernos —dijo Eva a modo de despedida.

Abandonaron la casa y caminaron hacia la iglesia para regresar al coche.

—Es un buen chaval —comentó Llamazares—. Y un currante. Tuvo que buscarse la vida después de que falleciera su madre.

—Me parece muy bien, pero de momento no lo voy a descartar como sospechoso.

—Ya te digo que es un buen chaval.

—También lo era Ted Bundy —murmuró ella de manera inconsciente.

71

Una vez de regreso en el coche patrulla, Llamazares le preguntó a Eva qué tenía pensado hacer a continuación.

—La verdad es que no tengo ni idea —reconoció ella.

No sabía muy bien qué camino tomar. Demostrar que el testigo que afirmaba haber visto a Roberto la noche del asesinato mentía era sencillo, solo necesitaba la declaración firmada de su hija, pero era insuficiente para demostrar su inocencia. El problema más grave era que sus huellas estuvieran en el arma del crimen, algo difícil de justificar y que le apuntaba directamente como autor.

—¿Por qué no comemos algo? —propuso Llamazares—. Se ve que lo necesitas.

El rugido en las tripas al hablar de comida le recordó a Eva que llevaba muchas horas sin meterse nada en el estómago. A pesar de que era la una del mediodía, le pareció buena idea comer.

—De acuerdo, pero me gustaría ir al restaurante El Fogón.

—¿Donde trabajaba Fonsi?

—Exacto.

Llamazares no tuvo inconveniente y unos minutos después entraban en el restaurante. Tras la barra Eva vio a un hombre de unos cincuenta años preparando un café en la maquina, mientras que en la zona del comedor se encontraba una camarera a la que no conocía, tomando nota a una pareja. Buscaba a Amanda, la

camarera que les había atendido en anteriores visitas, pero no la vio por ninguna parte. La idea era volver a hablar con ella, por eso se llevó una decepción.

—Hola —dijo la camarera acercándose a ellos—. ¿Venís a comer?

—Sí —respondió Llamazares—. ¿Tienes una mesa para dos?

—¿Tenéis reserva?

—No.

—Un momento, que voy a preguntar. Es domingo y la gente está de vacaciones, así que hay un montón de reservas.

Mientras esperaban, Eva siguió con la mirada sus pasos hasta la barra, donde habló con el hombre que la atendía. Eva supuso que sería el dueño. Justo en ese momento, la mujer que esperaba ver salió por la puerta que conducía a la cocina, llevando un plato en cada mano. No tenía buen aspecto. Se la veía cansada, con unas visibles ojeras que se marcaban bajo sus ojos, y apenas levantó la mirada del suelo mientras se dirigía al comedor.

—Nos queda una mesa —dijo la primera camarera, regresando—, pero tendría que quedar libre antes de las tres de la tarde.

—No hay problema —aseguró Llamazares—. En hora y media nos da tiempo de sobra a comer.

Ella les condujo hacia el fondo del comedor, aunque, antes de llegar a la mesa, Eva decidió ir al encuentro de su compañera.

—Enseguida voy —le dijo a Llamazares.

La alcanzó cuando estaba a punto de entrar de nuevo en la cocina.

—Perdona, Amanda, ¿tienes un minuto?

La joven se detuvo y giró la cabeza para mirarla.

—Ah… hola —murmuró sin mucha emoción.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, claro.

—Necesito hacerte unas preguntas.

—Lo siento, pero hoy estamos a tope. Es domingo y ha venido mucha gente a comer.

—No te entretendré mucho. Prometido.

—De acuerdo.

—Quería preguntarte por Fonsi.

Su rostro se contrajo al escuchar el nombre.

—Es horrible lo que le ha ocurrido. ¿Por qué querría alguien matarle de un modo tan horrible?

—No lo sé.

—Dicen que ya han detenido al que lo hizo. Espero que se pudra en la cárcel.

Estaba claro que no sabía que se trataba de Roberto.

—De momento no es seguro que lo hiciera esa persona, por eso estamos siguiendo otras pistas. ¿Sabes de alguien que pudiera desear la muerte de Fonsi? ¿Alguna persona con la que discutió o tal vez tuvo problemas serios?

—No sé —dijo la camarera bajando la mirada.

—Haz memoria, por favor, es importante.

—Bueno… —Dudó unos segundos—. Tanto como para desear su muerte, no creo. Es cierto que Fonsi no era precisamente alguien a quien le sobraran los amigos, sobre todo si bebía. De hecho, no hace mucho me lo encontré en Cabezuela del Valle. Yo había estado de cena con unas amigas en un restaurante del pueblo, celebrando mi cumpleaños, y después estuvimos tomando unas copas. Nos íbamos ya a casa cuando, al pasar por delante de un bar, nos encontramos con Fonsi en el suelo, con el labio partido. Al parecer, se había puesto bastante pesado con una chica que trabajaba en el bar y esta llamó a su novio, que lo sacó de allí a golpes. Nada grave, pero estaba tan borracho que no se tenía en pie, así que al final me dio tanta pena que lo llevé a mi casa. Mi hermano me ayudó a acostarlo en el sofá y pasó allí la noche.

—¿Recuerdas el nombre del bar?

—Bar Estilo. Es un pub, en realidad.

Eva decidió que merecía la pena acercarse para preguntar por el incidente.

—¿Y dices que no hace mucho que ocurrió eso?

—Fue la noche que esa chica saltó del campanario y se suicidó. El veintiocho de febrero.

—¿Te refieres a Irene Castro?

—Sí.

Eva la miró desconcertada.

—¿Estás segura de que no te confundes de día?

—Una no olvida un cumpleaños así.

Eso no tenía sentido. Tanto ella como Roberto estaban convencidos de que Fonsi era quien estaba detrás de varios de los suicidios ocurridos en el valle, incluido el de Irene.

¿Y si se habían equivocado y no era así?

—¿Conocías a Irene Castro? —preguntó para asegurarse.

—Sí, claro. Mi padre y el suyo son primos, aunque nosotras nunca tuvimos demasiada relación, más allá de saludarnos si nos cruzábamos por la calle.

—¿Alguna vez Fonsi te habló de ella? ¿Te comentó si le gustaba o algo parecido?

—Fonsi nunca hablaba conmigo de esas cosas.

—¡Amanda, deja ya de charlar! —alzó la voz el hombre que estaba detrás de la barra, llamando la atención de la camarera—. ¿No ves que hay varios clientes en el comedor esperando su comida?

—Ya voy, pesado —le respondió ella para luego dirigirse a Eva—. Lo siento, pero tengo que seguir con el trabajo.

La camarera volvió a la cocina sin darle tiempo a preguntarle nada más, así que Eva regresó junto a Llamazares, que notó la preocupación en su rostro en cuanto se sentó.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Parece que volvemos a la casilla de salida —se lamentó con voz apagada.

72

Eva apenas habló durante la comida. Se limitó a escuchar a Llamazares, que no se cansó de contarle anécdotas de su carrera profesional, a pesar de que ella no mostró demasiado interés. Estaba metida en sus pensamientos y en reordenar sus ideas.

Saber que Fonsi no había podido asesinar a Irene hizo que le entrasen las dudas y llegase incluso a plantearse si en realidad no había nadie detrás de los suicidios. Puede que todos los suicidios fueran voluntarios y el motivo por el que Roberto había soñado con Irene era porque se arrepentía de lo que había hecho.

El número de suicidios había aumentado mucho en los últimos años, sobre todo entre los jóvenes. Eso era un hecho, como también lo era que la gente cada vez socializaba menos. La mayor parte de las relaciones se realizaban a través de la pantalla que llevaban todo el día en la mano y que les mostraba lo maravillosa que era la vida de otras personas, en comparación con la suya.

La frustración, la pérdida de las ilusiones o la soledad eran a menudo las causas para que una persona se quitase la vida. ¿Por qué iba a ser diferente en el Valle del Jerte?

No estás pensando con claridad, se reprendió a sí misma. *Céntrate. ¿Olvidas que varias de las víctimas no tenían motivos para suicidarse?*

—Eva, ¿estás bien? —preguntó Llamazares sacándola de sus pensamientos—. No parecía que me estuvieses escuchando.

—Lo siento. Anoche apenas fui capaz de cerrar los ojos.

—Me imagino lo mal que lo estás pasando. —Él alargó la mano hacia ella, que, en cuanto notó el contacto en la suya, la retiró en un acto reflejo—. Perdona, no quería incomodarte.

—No pasa nada —le replicó con sequedad. Aquello era lo último que necesitaba.

—De verdad que no era mi intención hacerte sentir incómoda. Lo siento. Yo… estoy casado —balbuceó de manera atropellada mostrando el anillo que llevaba en el dedo anular de su mano derecha—. No quería molestarte.

—Es mejor que terminemos de comer. Debería regresar a Cáceres para descansar.

—Claro, como quieras.

No volvieron a cruzar una sola palabra más durante el resto de la comida. Cuando terminaron, llamaron a la camarera para pagar la cuenta.

—Yo te invito —se ofreció Llamazares.

—De eso nada, pagamos a medias.

—Insisto. Estás en mi pueblo y quiero invitarte.

A Eva no le apetecía discutir, así que asintió con la cabeza y se puso en pie.

—Gracias. Voy un momento al baño.

Justo antes de entrar en los aseos, una voz llamó su atención.

—Perdona.

Al girarse vio que se trataba de Amanda, la camarera con la que había hablado minutos antes.

—¿Qué ocurre?

Ella se acercó y le habló en voz baja, como si quisiera asegurarse de que nadie las escuchaba.

—Antes me preguntaste por Irene.

—Sí.

—No tuve tiempo de decírtelo, y tampoco sé si tiene importancia, pero ese guardia civil con el que estás salía con ella.

Eva la miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que eran novios. O al menos lo eran el día que los vi.

—No puede ser.

Eso no tenía sentido. Llamazares acababa de decirle que estaba casado.

—Te aseguro que sé bien lo que vi. Hace un par de meses fui a Cáceres a pasar el día con una amiga y los vi juntos de la mano por una de las calles del casco antiguo. Incluso se dieron un beso.

—¿Estás segura de que eran ellos?

La camarera asintió antes de responder.

—Muy segura. Se les veía muy enamorados, la verdad. Solo quería que lo supieras.

—Gracias —murmuró mientras Amanda se alejaba.

Antes de entrar en el baño, echó un vistazo a la mesa en la que esperaba Llamazares. En ese momento, hablaba con la camarera que les había atendido durante la comida. Su rostro dibujaba una amplia sonrisa.

Le costaba creer que se hubiese liado con alguien como Irene, al menos diez años más joven que él, y encima estando casado. Sin embargo, desde el primer momento había visto algo extraño en él y ahora empezaba a adivinar el motivo.

Cuando regresó del baño, se encontró con que la esperaba en la barra.

—¿Seguro que no quieres que nos quedemos en Jerte investigando? —preguntó Llamazares.

Eva lo miró fijamente a los ojos, intentando adivinar qué secretos ocultaba tras esa sonrisa afable que lucía.

—Prefiero regresar a Cáceres. ¿Te importa llevarme de vuelta a mi hotel?

—Claro que no. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

No dijo nada. Salieron del restaurante y cinco minutos después circulaban en dirección a la salida del pueblo.

Que Llamazares no hubiera comentado nada de su relación con Irene era cuando menos sospechoso. Si la camarera no había mentido, y en principio no tenía motivos para pensar que fuera así,

debía de existir una razón de peso para que él lo hubiera ocultado. Una aventura extramatrimonial con una chica mucho más joven era motivo suficiente para no contárselo a nadie, aunque quizás hubiera algo más.

—¿Cuántos años tienes, Llamazares? —preguntó mientras dejaban atrás el pueblo.

—Treinta y dos.

—No sabía que estabas casado.

—Sí, desde hace seis años.

—¿Y tienes hijos?

—Un niño de seis.

—Pues sí que tardasteis poco en decidiros.

—Ya, bueno —murmuró entre dientes—. Nos casamos cuando ella estaba embarazada.

—Los niños son adorables.

—Sí.

—¿Cómo lleva tu mujer que trabajes hoy domingo?

—Desde que me quedé al mando del puesto de Navaconcejo sabe que no tengo horarios fijos y menos con todo lo que ha ocurrido los últimos días. Somos el único puesto operativo en el Valle del Jerte, así que nos toca atender cualquier incidencia que se produzca.

—¿Vivís en Navaconcejo?

—Sí, en la casa cuartel, aunque estamos ahorrando para comprar un piso en Toledo, de donde es ella. La conocí cuando estuve allí destinado.

—La verdad es que no es fácil mantener una relación con nuestro trabajo y nuestros horarios —comentó Eva para observar su reacción.

—Se ha acostumbrado a hacer su vida mientras yo estoy trabajando. Sabe mantenerse ocupada. Tiene su grupo de amigas con las que queda todos los días y cada vez me necesita menos.

Lo dijo con un resentimiento que no le pasó desapercibido. Quizás eso explicase su relación con Irene, un hecho que lo colocaba en la lista de posibles sospechosos de su muerte. Tendría que averiguar más sobre esa relación, aunque eso sería más adelante.

Ahora debía llamar al abogado nada más llegar al hotel y comentarle lo del falso testigo que afirmaba haber visto a Roberto la noche del asesinato de Fonsi.

Quizá eso sirviera para que el juez no decretase su ingreso en prisión, aunque no tenía demasiadas esperanzas de poder evitarlo.

73

De camino al hotel, Eva no había dejado de darle vueltas a la posibilidad de que Llamazares estuviera relacionado con el suicidio de Irene Castro. Y no porque hubiera intervenido directamente en su muerte. Más bien, lo que se planteaba era que, de tratarse de un suicidio voluntario, él podría ser el motivo de que tomara esa terrible decisión. Tal vez Llamazares había decidido romper esa relación y ella no lo había soportado.

De cualquier modo, no era el momento ni el lugar adecuado para preguntarle por ello, así que no le mencionó nada del tema. Al llegar al hotel, Eva le dio las gracias por haberla ayudado y se despidió con cierta frialdad, a pesar de que él le dijo que lo llamase para cualquier cosa que necesitara.

En cuanto estuvo en su habitación, llamó al abogado de oficio.

—He estado investigando al testigo que afirma haber visto a Roberto la noche del crimen en las cercanías de la casa de la víctima y miente —le explicó de forma algo atropellada, lo que la obligó a respirar hondo y hablar más tranquila a partir de ese momento—. Su hija nos ha dicho que se pasó la noche durmiendo, así que es imposible que lo viese. Es más, ella sí que vio a un vehículo salir del lugar a esa hora, aunque no vio al conductor. Solo tengo la marca, el modelo y el color del coche.

—En ese caso, deberías hablar de ello con los investigadores.

—Me interesa más usarlo para convencer al juez de que no decrete el ingreso en prisión de Roberto.

—Es muy difícil que eso ocurra, por no decir imposible.

—¿Por qué? Le han tendido una trampa para culparle de un crimen que no ha cometido.

—Ya le expliqué esta mañana que el fiscal tiene pruebas suficientes para convencer al juez —le replicó el abogado—. Nada impedirá que mañana decrete su ingreso en prisión.

—¿Aunque un testigo mienta?

—Eso tendremos que demostrarlo durante el juicio.

—¿Y serviría para solicitar la libertad bajo fianza?

—Lo intentaré, pero seguro que el fiscal alega que existe riesgo de fuga y destrucción de pruebas, y le pedirá al juez el ingreso en prisión inmediato. Incluso, en el hipotético caso de que el juez le conceda la libertad provisional, seguro que la suma de dinero que exige es muy alta.

—¿Cuánto?

—No menos de cincuenta mil euros, aunque, teniendo en cuenta lo mediático que se ha vuelto su caso, lo más probable es que no baje de los cien mil.

Era imposible que Eva pudiese reunir tanto dinero en tan poco tiempo.

Fue en ese momento cuando cayó en la cuenta de algo.

—Imagino que lo enviarán a un centro penitenciario militar, dada su condición de guardia civil.

—Me temo que no, porque su delito es ordinario, no disciplinario —argumentó el abogado—, así que lo enviarán a un centro penitenciario para presos comunes. Lo que sí es probable, y exigiré que sea así, es que ingrese en un centro que disponga de módulos de seguridad para policías, guardias civiles y funcionarios de prisiones encarcelados. El más habitual suele ser el centro penitenciario que se encuentra en Madrid, aunque quizás el juez decida enviarlo a Morón de la Frontera, en Sevilla, por cercanía al lugar del juicio.

—¿Y dice que ese dispone de módulo de seguridad?

—Sí.

Al menos eso le dio la tranquilidad de saber que no estaría rodeado de presos comunes.

—¿A qué hora está previsto que se realice la audiencia ante el juez?

—En principio, será mañana lunes a las diez de la mañana.

—¿Puedo estar presente?

—Dentro de la sala, no, pero puede esperarle fuera, en el pasillo. Y sería bueno que le trajese algo de ropa para el juicio. Yo me encargaría de dársela para que se cambie antes de entrar en la sala.

—Toda su ropa está requisada y hoy es domingo. No sé dónde voy a encontrar algo que pueda ponerse.

—Pídasela prestada a algún amigo. Yo llegaré al juzgado alrededor de las nueve y media y podrá dármela allí.

—De acuerdo.

Eva se despidió de él y dejó el teléfono sobre la cama. No tenía ni idea de dónde iba a conseguir algo de ropa para Roberto. Todas las tiendas estarían cerradas y tampoco disponía de un coche con el que moverse. Aun así, alguna solución tenía que buscar porque no podía presentarse ante el juez con la misma ropa que llevaba puesta desde su detención. Arrugada y oliendo a sudor, como si fuera un vulgar delincuente.

La impotencia que sintió en esos momentos hizo que se tumbase en la cama y agarrase la almohada para abrazarse a ella como si fuese Roberto. Tenía tanto miedo de perderle que tuvo que esforzarse para no romper a llorar de nuevo. Lo logró gracias a que se centró en recordar cómo había sido el comienzo de su relación.

La primera definición que le vino a la mente fue «un choque de trenes». Tenía que reconocer que Roberto no le cayó nada bien la primera vez que habló con él. Le pareció un imbécil. Así de simple. Bien es cierto que tenía sus motivos para comportarse del modo en que lo hizo. Le habían obligado a regresar al pueblo del que había huido años atrás y, encima, estaba suspendido de empleo y sueldo, una situación nada agradable.

Con el paso de los días empezó a ver cosas positivas en él. Era una buena persona, algo que cada vez escaseaba más, estaba entregado a su trabajo y nunca se rendía.

Se sintió atraída por Roberto desde la primera vez que se besaron. A pesar de que fue un beso fingido para tender una trampa a la asesina a la que perseguían, algo despertó en ella. No obstante, sus caminos se separaron después de aquella investigación, aunque mantuvieron el contacto. Dos años más tarde les tocó trabajar juntos de nuevo y algo sucedió.

Podía echarle la culpa a que ambos habían bebido en exceso aquel día o a que en esos momentos ella se sentía vulnerable y necesitaba a alguien que la abrazase. Sin embargo, si algo tuvo claro cuando se despertó a su lado a la mañana siguiente fue que iba a ser difícil ignorar lo que sentía por él.

Como todas las relaciones, tuvo sus altibajos. Incluso durante un tiempo dejaron de verse, una ruptura temporal tras la cual volvieron convencidos de que nada ni nadie volvería a separarlos.

Y así fue.

Ese recuerdo hizo que se incorporase y se secase con el dorso de la mano las lágrimas que finalmente habían rodado por sus mejillas. No iba a rendirse. No podía.

Caminó hasta el baño, donde se lavó la cara. Mientras se miraba al espejo intentó sonreír.

—No te rindas, Eva. Él nunca lo haría.

Regresó a la habitación justo en el momento en que su teléfono comenzaba a sonar encima de la cama. Era una llamada de un número de móvil que no tenía registrado, así que respondió con desconfianza.

—¿Dígame?

—¿Es usted Eva Ruano? —preguntó una voz de hombre con acento italiano.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Solo nos hemos visto en una ocasión, a su llegada a Roma con Roberto Fuentes, así que no sé si se acordará de mí. Soy el arzobispo Lombardo.

Durante unos segundos, Eva contuvo la respiración. El hombre que había convencido a Roberto para trabajar para el Vaticano y luego se había marchado sin que volviesen a saber de él.

—¿Sigue ahí? —preguntó el arzobispo.

—Sí.

—Siento no haber llamado antes, pero acabo de enterarme de lo sucedido.

—¿A qué se refiere?

—A la detención de Roberto, por supuesto.

Ella sintió cómo la rabia la invadía por dentro.

—Nada de esto habría sucedido si el Vaticano le hubiera dado el apoyo que usted le prometió.

—Lo sé y soy consciente de ello, por eso la llamo. Necesito que hablemos.

—¿Para qué?

—Para sacar a Roberto del lío en el que está metido.

LUNES, 30 DE MARZO

74

Eva se presentó en el juzgado de Cáceres a las nueve y media del lunes, aunque no lo hizo sola. La acompañaba un hombre de unos cincuenta años, de traje impecable y semblante serio. Un par de pasos por detrás de ellos iba un hombre algo más mayor, con el cabello poblado de canas y gafas de montura fina, y una mujer muy guapa que aparentaba unos treinta años. Vestía un conjunto de falda y chaqueta muy sobrio y llevaba en una mano una funda de traje y en la otra una bolsa de viaje. Cuando el abogado de oficio vio llegar a Eva, se acercó de inmediato a recibirla.

—Veo que ha llegado puntual. ¿Ha traído un traje para su marido? —preguntó.

—He traído algo más. Le presento a nuestro abogado.

El de oficio la miró con sorpresa antes de preguntar:

—¿Ha conseguido un abogado para su marido?

—Augusto Garrido, abogado penalista —dijo el de traje impecable dando un paso hacia él y tendiéndole la mano, que el otro estrechó con ciertas dudas.

—¿Está al tanto de los hechos y de los cargos contra el detenido? —preguntó el de oficio.

—Lo estoy. Su mujer nos ha informado y esperaba que usted compartiera conmigo toda la información de la que dispone antes de entrar en la sala. ¿Hay algún sitio aquí donde nos podamos reunir?

—Sí, claro, hay una sala aquí al lado. En cuanto al traje…

—Mi ayudante se encargará de entregárselo a mi cliente.

—Está bien, vamos.

La reunión tuvo lugar en una sala anexa, con una pequeña mesa y dos sillas. Eva se mantuvo de pie mientras los dos abogados hablaban. El de oficio le entregó toda la información de la que disponía y la documentación que había reunido hasta el momento. A Eva no le pareció que hubiese hecho un mal trabajo, pero estaba claro que la gravedad de la situación requería un abogado penalista experto en ese tipo de situaciones y por fin tenían uno de prestigio, gracias al arzobispo Lombardo.

Durante la llamada telefónica que había recibido del arzobispo el día anterior, este le explicó que se había enterado de todo gracias a una llamada realizada por Giovanni, el ayudante del obispo Braun. Dado que anteriormente había trabajado para Lombardo, Giovanni decidió llamarle en cuanto vio en la prensa española que Roberto estaba detenido, acusado de asesinato.

A pesar de que ya no dirigía la Comisión para la Defensa de la Fe, el arzobispo Lombardo se ofreció a ayudarla en todo lo que estuviera en su mano. En un primer momento, Eva pensó que solo lo decía para quedar bien y que se olvidaría del tema nada más colgar. No fue así. Una hora después, recibió una llamada de un abogado penalista de Madrid que se ofreció a llevar la defensa de Roberto. Ese abogado, llamado Augusto Garrido, se presentó a las nueve de esa mañana en el hotel de Cáceres para recogerla, acompañado de una mujer a la que presentó como su ayudante y de un forense criminal que trabajaba para él.

—Tenga por seguro que sacaremos a su marido de la cárcel —había asegurado el abogado con pleno convencimiento—. No vamos a descansar hasta demostrar que no es el autor del crimen.

Tras la reunión a puerta cerrada entre los dos abogados en el juzgado, se dirigieron a la sala donde se iba a celebrar la vista previa. Eva no pudo entrar, pero al menos vio a Roberto entrar. Lo custodiaban dos guardias civiles y tenía las manos esposadas al frente, como un vulgar delincuente. Llevaba puesto un traje azul oscuro, una camisa blanca y una corbata muy sobria que mejoraban

mucho su aspecto, aunque presentaba unas profundas ojeras que la preocuparon. A Eva le partió el alma verlo en esa situación.

—Todo va a salir bien —murmuró él al pasar a su lado, antes de que lo metieran en la sala.

La sonrisa que dibujó fue de todo menos tranquilizadora.

75

La espera a que terminase la vista ante el juez se hizo eterna para Eva.

Se levantó en varias ocasiones del banco situado en el pasillo para caminar a lo largo de este. A pesar de que su nuevo abogado le había dicho que sería difícil obtener la libertad condicional para Roberto en esa audiencia, tenía la esperanza de que al final la razón predominase y el juez comprendiese que no era culpable de los cargos que se le imputaban.

No fue así.

Media hora después, Roberto salió de la sala escoltado por los mismos guardias civiles. Seguía esposado, aunque parecía más sereno que antes de entrar. Al cruzar la mirada con ella, sonrió.

—No te preocupes, estaré bien.

—Iré a visitarte en cuanto me lo permitan —aseguró ella, consciente de que el juez no le había dejado en libertad.

Le habría gustado abrazarle, pero solo pudo seguirle con la mirada hasta perderlo de vista. Poco después, Augusto Garrido se acercó a ella.

—Tenemos que hablar —aseguró el abogado penalista.

—Ya veo que la audiencia ha ido bastante mal.

—No tan bien como me habría gustado, esa es la verdad. De todas formas, acabamos de empezar y nos queda mucho trabajo por

delante. Vamos a hablar en un sitio más tranquilo.

Se reunieron en la misma sala donde habían estado antes de la vista ante el juez. Con ellos estaba la ayudante del abogado y el forense criminal que trabajaba para él.

—El juez ha decretado el ingreso de Roberto en el centro penitenciario de Morón de la Frontera —dijo el abogado en cuanto estuvieron los cuatro a puerta cerrada—. El traslado se realizará esta tarde.

—¿Podré verle antes?

—Me temo que no es posible.

Eso hizo que Eva se arrepintiese de no haberse abrazado a Roberto al salir de la sala, a pesar de estar custodiado. Iba a ser muy duro tener que visitarle en prisión.

—La audiencia se desarrolló como esperábamos —continuó el abogado con su explicación—. El fiscal enumeró las pruebas que había contra Roberto, empezando por las que se encontraron en el lugar del crimen: el pasaporte de Roberto y el famoso botón de su polo. Dentro de lo malo, no había huellas suyas por ninguna parte del apartamento, aunque el fiscal enseguida lo justificó con la posibilidad de que llevara guantes.

—Si llevaba guantes, ¿cómo podían estar sus huellas en el arma del crimen? —preguntó Eva.

—Fue una de mis alegaciones ante el juez, como el hecho improbable de que a Roberto se le cayera el pasaporte del bolsillo durante el ataque.

—¿Y qué dijo el juez al respecto?

—Se limitó a tomar nota de todo. También argumenté en defensa de Roberto que era imposible que la víctima le hubiera rasgado el polo y arrancado un botón sin mancharlo con su sangre, pero el fiscal defendió la teoría de que llevaba encima alguna prenda que lo protegía.

—Eso es absurdo.

—De cualquier modo, nuestro mayor problema es el hecho de que las huellas dactilares de Roberto estén en el arma del crimen. Puedo intentar demostrar que el resto de pruebas fueron colocadas

a propósito para incriminarle, pero el asunto de las huellas es nuestro mayor obstáculo para demostrar su inocencia.

—¿Pudo alguien poner sus huellas en la barra de algún modo?

—Solo si hubo un contacto directo —aseguró el forense—. Roberto tuvo que agarrar esa barra en algún momento porque no es una única huella lo que hay en ella, son varias.

—Os juro que Roberto no mató a ese hombre —aseguró ella apretando los dientes.

—No tiene que convencerme —retomó la palabra el abogado—. La cuestión es que el fiscal solicitó la prisión sin fianza por el riesgo de fuga y de manipulación de pruebas, tal y como esperábamos. Le hablé al juez del inestimable trabajo de Roberto estos años de atrás para resolver crímenes, los asesinos a los que había detenido y su compromiso con la justicia más allá del deber. Por desgracia, eso no sirvió para que le concediese la libertad bajo fianza, aunque sí he conseguido que me conceda una nueva audiencia dentro de una semana, en la que intentaré crear una duda razonable sobre las pruebas presentadas por el fiscal, incluida la presencia de sus huellas en el arma del crimen.

—Empezaré a trabajar en ello en cuanto tenga acceso a las pruebas —le secundó el forense criminal.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Eva.

—En un par de horas. Eso sí —añadió el abogado—, lo que más nos beneficiaría sería tener un sospechoso del crimen que no fuera Roberto.

—Estoy en ello, aunque no está resultando fácil.

—Tal vez pueda ayudar con eso en cuanto estudie las pruebas con detenimiento —intervino el forense.

—Tenemos mucho trabajo por delante y el tiempo corre —aseguró Augusto Garrido—. Lo primero es alojarnos juntos.

—He cogido una habitación en un hotel cercano a la comandancia de la Guardia Civil en Cáceres —dijo Eva.

—Es mejor que estemos todos juntos y en un lugar más privado e íntimo, donde la prensa no pueda encontrarnos. —Al decir eso, miró a su ayudante—. ¿Tenemos ya uno?

—Sí, ya me he ocupado. Podemos instalarnos cuando queramos.

—Pues vamos allá. Pasaremos por tu hotel para que recojas las cosas que tengas allí.

—No tengo nada más que lo que llevo encima.

—En ese caso mi ayudante se hará cargo de la factura.

—Con respecto a eso… —Eva hizo una breve pausa—. Hay un tema del que no hemos hablado todavía: sus honorarios.

No tenía inconveniente en gastar el dinero que fuera necesario para sacar a Roberto de la cárcel, pero necesitaba saber de qué cantidad estaban hablando para ver cómo lo gestionaba.

—No tienes que preocuparte por eso. El arzobispo Lombardo se ocupará de las facturas.

—¿El arzobispo?

—El dinero no es un problema, así que centrémonos en demostrar que Roberto no cometió ese crimen —dijo el abogado juntando las manos como si rezase—. Dios sabe que es inocente. Busquemos la manera de que el resto del mundo también lo sepa.

76

La noche caía sobre la ciudad de Cáceres, mientras Eva observaba el casco antiguo desde la amplia terraza. Nada le habría gustado más en ese momento que estar paseando por las calles empedradas agarrada del brazo de Roberto. Un pensamiento que hizo que una lágrima rodara por su mejilla. No era justo lo que estaba sucediendo. Después de años trabajando juntos para hacer justicia por las víctimas, le costaba aceptar que a esa hora Roberto ya estuviera camino de una prisión.

—Ya podemos empezar —escuchó la voz del abogado a su espalda.

Eva se reunió con Augusto Garrido en el interior de la suite. Sin duda, aquel hombre no reparaba en gastos. Se encontraban en la suite de un hotel de cinco estrellas, un palacio del siglo XVI en el que estaban alojados tanto él como el resto de su pequeño equipo, incluido el conductor del vehículo que los había traído desde Madrid. Eva también ocupó una habitación, a pesar de que se conformaba con el hotel de tres estrellas en el que había dormido el día anterior. Tendría que dar las gracias al arzobispo Lombardo porque aquello iba mucho más allá de la ayuda que esperaba de él.

Dentro de la suite había una mesa amplia llena de papeles, con cuatro sillas alrededor. El forense se puso en pie en cuanto la vio entrar.

—¿Empezamos? —preguntó.

—Ponnos al día —le pidió el abogado, apoyado en el pequeño minibar de la estancia con una copa en la mano.

Sentada al lado del forense estaba la ayudante, con un ordenador portátil en el que no dejaba de teclear.

—He leído el informe de Criminalística —comenzó a explicar el forense— y he revisado las pruebas que hallaron tanto en el lugar del crimen como en vuestro apartamento y en el coche de alquiler. También he analizado los resultados de la autopsia. Si hay algo que parece bastante claro es que le tendieron una trampa a tu marido.

—¿En qué te basas? —preguntó interesada por saber cómo había llegado a esa conclusión.

—Para empezar, nadie comete un asesinato y se lleva consigo su pasaporte en el bolsillo, que casualmente abandona en la escena del crimen sin darse cuenta. Luego deja el arma del crimen y sus zapatillas de deporte manchadas de sangre en el maletero del coche, en vez de deshacerse de todo. Y, por último, se va a dormir como si no hubiese ocurrido nada. Alguien que se ha enfrentado a muchos asesinos, ha reunido pruebas contra ellos y sabe cómo actúan habría sido mucho más listo y cuidadoso. Cualquier persona con dos dedos de frente pensaría que le han tendido una trampa.

—Cualquiera menos el teniente a cargo de la investigación.

—Olvidemos a ese inútil y pensemos cómo llegaron esas pruebas a sus manos. Para empezar, estoy convencido de que alguien tuvo que entrar en vuestro apartamento antes del crimen para llevarse el pasaporte y el calzado de Roberto y también para rasgar el cuello de su polo de manga corta y arrancar uno de los botones. Por eso una de las primeras preguntas que debemos hacernos es quién pudo tener acceso al apartamento. Aunque hay otra todavía más importante.

—¿Cuál?

—Dices que el coche de alquiler estaba cerrado.

—Sí.

—Y que las llaves las tenías contigo.

—Las dejé sobre la mesita durante la noche, al lado de la cama.

—En ese caso, alguien tuvo que cogerlas después de cometer el crimen para dejar la mochila en el maletero. Es muy probable incluso que fuese en ese momento, mientras dormíais, cuando puso las huellas de Roberto en el arma del crimen.

—No puede ser. Nos habríamos despertado —dijo Eva negando con la cabeza.

—A no ser que no pudierais.

—¿Qué quieres decir?

—Una droga os pudo incapacitar, bien suministrada en un líquido que tomasteis o con algún tipo de aerosol, como el que usan los ladrones para dormir a las víctimas.

Eva se quedó pensativa unos segundos, tras los cuales asintió levemente con la cabeza.

—Recuerdo que esa noche dormí bastante profunda y los dos nos despertamos tarde. Dormimos diez horas por lo menos. Además, por la mañana tenía una extraña sequedad en la garganta.

—Apostaría a que el asesino entró y os roció algún tipo de compuesto químico que os dejó inconscientes.

—¿Y no hay forma de demostrarlo?

—Han pasado demasiadas horas para encontrarlo en vuestra sangre, pero no todo son malas noticias —prosiguió el forense—. El gato que estaba en el maletero del coche de alquiler, cuya barra se usó para matar a Alfonso Corrales, no pertenece a ese vehículo.

—¿Podemos demostrarlo?

—Explícaselo tú, Bárbara.

La ayudante del abogado tomó la palabra.

—He hablado con la agencia de alquiler de Barajas que te alquiló el coche y me han confirmado que no iba equipado con ningún gato.

—¡Lo sabía! —celebró Eva.

—Realicé una búsqueda del fabricante, a partir del número de serie que puede verse claramente en las fotos —dijo la ayudante señalando la pantalla de su ordenador—, y se trata de un equipamiento que solo está presente en varios modelos de la marca Nissan.

Eva contuvo la respiración al escuchar eso.

—¿Qué modelos? —preguntó.

La joven deslizó el dedo por la pantalla hasta encontrar lo que buscaba.

—Almera, Primera y Micra.

—¡Joder!

—¿Qué ocurre?

—Conozco a alguien que trabaja en el complejo de apartamentos donde estábamos alojados y que seguro que tiene acceso a ellos. Y, además, tiene un Nissan Micra.

—Podría ser nuestro asesino —dijo el abogado, dejando el vaso a un lado y acercándose a ella.

—Pero no tiene sentido —murmuró Eva—. ¿Por qué motivo iba a hacer algo así?

—Al salir del juzgado me contaste que ya habían intentado implicar a Roberto en un crimen hace un año y que pagaron mucho dinero a un teniente de la Guardia Civil para que lo acusase.

—Así es.

—Puede que en esta ocasión haya sucedido lo mismo. Pudieron pagar a ese trabajador para que accediese a vuestro apartamento y dejase las pruebas en contra de Roberto. Podríamos demostrarlo accediendo a sus cuentas.

—Si está implicado, iré a verle mañana y le haré confesar —aseguró Eva apretando los dientes.

—No puedes hacer eso —la contradijo el abogado—. Sin autorización para investigar, cualquier confesión que obtengas de él no sería válida en un juicio.

—Soy consciente de ello, pero no me voy a quedar de brazos cruzados mientras Roberto está en la cárcel.

—¿No hay nadie en la Guardia Civil de quien puedas echar mano? ¿Alguien que pueda dar validez legal a las pruebas que obtengas?

—La última persona a la que recurriría es el teniente Arroyo, dado que está al mando de la investigación contra mi marido. Sin embargo… —Eva se tomó unos segundos para analizar la idea que se le acababa de cruzar por la mente—. Hay un guardia civil que parece convencido de la inocencia de Roberto, pero no sé hasta qué punto puedo confiar en él.

—Tu marido está en la cárcel acusado de asesinato. No creo que tengamos mucho margen de maniobra.

Ella asintió con la cabeza y luego sacó su teléfono del bolsillo para llamarle. Tendría que arriesgarse, tal y como decía el abogado.

MARTES, 31 DE MARZO

77

Roberto se sentó en el camastro y miró a su alrededor. El tamaño de la celda no estaba tan mal como temía. Unos quince metros cuadrados, con una litera, una mesa pegada a la pared con espacio para dos sillas y una estantería con un total de ocho estantes. Su compañero se estaba lavando la cara en el lavabo de acero inoxidable situado al lado de la puerta. La puerta que se había cerrado al caer la noche, privándole de la ansiada libertad.

—Imagino que no habrás pasado una buena noche —dijo su compañero de celda acercándose a la estantería para coger una camiseta.

—En peores plazas he toreado —murmuró Roberto bajándose de la litera superior.

En cuanto sus pies tocaron el suelo, se acercó a la ventana y miró a través de los barrotes. Lo único que se veía al otro lado era el ala de la prisión donde se encontraban los presos comunes.

—La primera noche siempre es dura, pero te acostumbras. Verás que esto no es tan malo.

Su nombre era Mauro. Medía metro noventa, tenía treinta años y el pelo rapado al cero. Pesaba más de cien kilos de puro músculo, por lo que supuso que no debía de tener problemas para hacerse respetar dentro de la cárcel.

La noche anterior no habían cruzado demasiadas palabras. Roberto no estaba para charlas y Mauro se limitó a darle la bienvenida a su nueva casa, prometiendo ayudarle en todo lo que estuviese en su mano para que su estancia allí fuese lo más cómoda posible. No esperaba necesitarla. Tal y como había decretado el juez, se encontraba en un ala de la prisión en la que solo había policías, guardias civiles y funcionarios de prisiones condenados por algún delito, por lo que allí estaría más seguro que si hubiera compartido espacio con presos comunes. Al menos, a priori.

—Todavía no me has contado qué haces aquí —dijo Mauro, captando su atención.

—Estoy pendiente de juicio —respondió Roberto, mientras se calzaba.

—¿Qué has hecho para que te encierren?

—¿Acaso importa?

—Bastante. Los violadores no están bien vistos aquí dentro y los pedófilos mucho menos todavía, como en cualquier otra prisión. Espero que no seas de esos. —Al ver que Roberto no respondía, preguntó—: ¿Estás implicado en tráfico de drogas, sobornos, has golpeado a un detenido?

Vio que no iba a parar hasta tener una respuesta, así que le respondió.

—Estoy aquí por asesinato.

El preso arrugó la frente.

—Eso parece serio.

—No soy culpable, te lo aseguro.

—En ese caso dormiré más tranquilo por la noche —dijo Mauro, soltando una carcajada a continuación.

—¿Y tú? —le preguntó antes de que el otro continuase con su interrogatorio.

—Homicidio involuntario. Pertenecía a un equipo del GEO de la Policía Nacional y maté a un civil por error durante un asalto. Me echaron del Cuerpo y me cayeron diez años de condena, de los que ya he cumplido los tres primeros. En la vida, los errores se pagan.

—Ya —murmuró Roberto sin mucha emoción. Él había cometido muchos errores a lo largo de su vida, pero ninguno que justificase la

situación en la que se encontraba.

—¿Eres policía? Tu cara me resulta conocida.

—Soy guardia civil. Y antes de eso fui militar profesional.

—¿En serio? ¿En qué unidad?

—Operaciones Especiales.

—¿Un compañero boina verde? ¡Qué sorpresa! —exclamó dibujando en el rostro una amplia sonrisa—. Yo estuve dos años en la BOEL, la Bandera de Operaciones Especiales de la Legión.

—La conozco. Coincidí con gente de la BOEL en alguna ocasión.

—Dos boinas verdes en la misma celda —dijo tendiéndole una mano que Roberto no dudó en estrechar—. Creo que vamos a formar un buen binomio aquí dentro.

El comentario le arrancó una sonrisa a Roberto. Después de todo, parecía que había tenido suerte con su compañero de celda, aunque esperaba no pasar demasiado tiempo allí.

Media hora más tarde ambos estaban sentados en el comedor, desayunando. Un vistazo general le sirvió a Roberto para comprobar que la mayoría de los presos se sentaban formando pequeños grupos, separados unos de otros.

—La vida aquí no está tan mal —comentó Mauro, situado frente a él—. Tenemos tiempo para hacer deporte, para leer e incluso para estudiar. Más de uno está aprovechando para sacarse una carrera aquí dentro.

—No es eso lo que tengo en mente.

—También hay talleres y trabajos manuales, si te gusta más eso. Es importante tener la mente ocupada. Lo bueno de esto —dijo mirando a su alrededor— es que nos mantienen separados de los presos comunes. Aunque hayamos quebrantado la ley, no pueden juntarnos con los otros delincuentes, a no ser que nos lleven a la enfermería, claro. Allí nos atienden a todos por igual, aunque en distintas habitaciones, y siempre hay algún funcionario presente para que no haya problemas. No es buena idea que nos junten, ni

siquiera en un partido de fútbol. —Al decir eso, soltó una risa nerviosa que llamó la atención de Roberto.

—¿A qué te refieres?

—El año pasado, al nuevo director no se le ocurrió otra cosa que organizar un campeonato de fútbol entre presos en el que participamos los de nuestra ala, y la cosa no terminó demasiado bien. El resultado del primer y único partido que se celebró fue de un par de conmociones cerebrales, varias luxaciones, una tibia rota y numerosas contusiones.

Mientras escuchaba el relato que siguió a ese resumen, Roberto se fijó en que varios de los presos repartidos por las distintas mesas le estaban observando. Desconocía si lo hacían porque le conocían o por ser nuevo en la prisión, pero hubo uno de ellos en especial que captó su atención. Era de pequeña estatura, tenía los ojos saltones y el cabello oscuro y rizado. Resultaba difícil adivinar su edad con exactitud, porque estaba bastante demacrado. No le gustó el modo desafiante en que clavaba la mirada en él, por eso no dudó en preguntar:

—¿Conoces a ese que está en la mesa del fondo? El delgaducho de ojos saltones y pelo rizado.

Mauro se giró para echarle un vistazo y luego siguió comiendo.

—Lo llamamos el Rata. Terminó aquí acusado de colaborar con narcotraficantes. Por su cara verás que no solo se dejaba sobornar, sino que también consumía —afirmó dejando escapar una carcajada silenciosa.

Una vez que terminaron de desayunar, dejaron la bandeja en uno de los carros destinados a ese fin y se encaminaron a la salida del comedor. Antes de llegar, un funcionario de prisiones se acercó a ellos.

—Acompáñame —ordenó dirigiéndose a Roberto—. Tienes una visita.

—¿De mi mujer? —preguntó, ilusionado.

—Las visitas de familiares son más tarde. Me han dicho que se trata de tu abogado. Acompáñame.

Espero que traiga buenas noticias, pensó.

El día anterior no había tenido mucho tiempo para hablar con su nuevo abogado, aunque solo el hecho de que lo hubiera contratado el arzobispo Lombardo le dio cierta tranquilidad. Al menos, Eva y él ya no estaban solos, y si alguien podía mover los hilos necesarios para sacarle de prisión, sin duda, era el arzobispo.

Esperaba que no tardara mucho en conseguirlo.

Siguió al funcionario, que lo condujo hasta la sala de visitas, una especie de locutorio con cabinas separadas por mamparas de cristal. Al llegar a la que le indicó, se encontró al otro lado del cristal con una persona de mirada desafiante que no se parecía en nada a su abogado.

A pesar de que no lo reconoció, la sonrisa que dibujaba le dejó claro el grado de satisfacción que sentía por verle allí dentro. Lo confirmó en cuanto tomó asiento frente a él y escuchó su voz por primera vez a través del interfono.

—Hola, Roberto. —La sonrisa de sus labios se amplió—. No te imaginas las veces que he soñado con verte encerrado en prisión.

78

Eva se reunió con Llamazares en la terraza de una de las cafeterías situadas en la plaza Mayor de Cáceres. Tras la llamada telefónica de la noche anterior, habían quedado en verse ese martes a las diez de la mañana. Se presentó puntual y vestido de civil.

—Gracias por venir —dijo Eva, incorporándose de la silla en la que estaba sentada para estrecharle la mano—. Espero no haberte importunado por pedirte que vinieras hasta aquí.

—Para nada, hoy me he cogido el día libre para acompañar a mi mujer a Plasencia a hacer unas compras. La he dejado allí y le he prometido que volvería a tiempo para comer juntos.

—Imagino que estará cabreada por estropearos el día.

—Tranquila, ya ni siquiera se molesta en cabrearse conmigo —dijo con un gesto de resignación—. De todas formas, me intrigó mucho tu llamada de anoche y que me dijeras que me necesitabas para sacar a Roberto de la cárcel, por eso he venido.

—Así es. Siéntate, por favor. ¿Quieres un café?

—De momento, no. ¿En qué puedo ayudarte?

—Sé de sobra que el teniente Arroyo es quien lleva la investigación del asesinato de Fonsi y que ninguno de los dos podemos inmiscuirnos en ella.

—Así es.

—De lo que quiero hablar contigo es de otra investigación que sí es cosa tuya, si no me equivoco: los suicidios del valle.

Llamazares la miró algo perplejo.

—Bueno… Sí, en cierto modo. Yo me ocupé de las diligencias previas de cada una de las muertes, pero no entiendo qué tiene que ver eso con la detención de Roberto.

—Más de lo que crees. Necesito que me acompañes de nuevo a hablar con Cristina, la hija del alcalde de Jerte. Estando tú presente, cualquier cosa que me cuente tendrá validez ante un juez.

—¿Y sobre qué quieres preguntarle?

—Cristina e Irene Castro eran muy amigas. Cuando hablamos con ella en su casa, creo que me ocultó algo y es importante que descubra lo que es.

—No termino de ver por dónde vas.

—Dijo que Irene se veía aquí en Cáceres con alguien. Mantenía una relación en secreto y creo que Cristina mintió al decir que no sabía quién era.

A pesar de que Llamazares trató de mantenerse impasible, el modo en que bajó la mirada lo delató.

—¿Y qué importancia puede tener eso?

—Puede que esa persona tenga algo que ver con la muerte de Irene.

—¿En qué sentido? —preguntó Llamazares levantando la mirada.

—Pudo ser quien la empujó desde el campanario.

En realidad Eva no creía eso, pero quería ver su reacción. Esta no se hizo esperar.

—Durante la investigación no descubrí nada extraño —dijo pasándose la mano por la frente, en la que asomaron las primeras gotas de sudor. De pronto, se le veía incómodo.

—Quizás porque no buscaste bien.

—¿Qué quieres decir?

Eva decidió que ya no era necesario dar más rodeos. En su cara podía ver que la camarera del restaurante El Fogón no había mentido al decir que los había visto juntos.

—Sé que mantenías una relación en secreto con Irene —dijo mirándole directamente a los ojos.

Él fingió sentirse molesto por la acusación.

—¿Quién te ha dicho esa mentira?

—Tengo una testigo que te vio paseando por esta ciudad de la mano con Irene. Os reconoció a los dos e incluso os vio besaros. No tiene duda de que erais vosotros. —Al ver que no se atrevía a contradecirla, agregó—: Imagino que pensasteis que veros en Cáceres disminuía las posibilidades de que alguien os descubriera juntos.

—Estás equivocada —replicó con voz apagada y poco convencimiento.

—Sabes de sobra que no. Si estamos hablando ahora es porque estoy decidida a meter entre rejas a la persona que la empujó a suicidarse.

—¿En serio crees que fui yo?

La desesperación asomó en los ojos de Llamazares.

—La verdad es que no —respondió pasados unos segundos.

—¿Y por qué me estás acusando?

—Solo quería ver tu reacción.

Lejos de relajarse, pareció más enfadado todavía.

—¿A qué coño estás jugando?

—Necesito conocer la verdad sobre tu relación con Irene para descartar que se suicidase de forma voluntaria y confirmar que hubo alguien que la obligó a saltar aquella noche.

—¿Quién?

—Tengo a alguien en mente, pero, para demostrar que fue él, antes tengo que saber si puedo confiar en ti.

—¿Acaso no te lo he demostrado hasta ahora?

—Me ocultaste tu relación con Irene. Quiero saber por qué y qué fue lo que ocurrió entre vosotros. —Él se quedó callado, como si no terminase de fiarse de ella, por eso añadió—: ¿La querías?

Una mueca de dolor contrajo el rostro de Llamazares al escuchar la pregunta. Pasados unos segundos, comenzó a hablar.

—Irene era una chica frágil… y con problemas. —Su voz se quebró ligeramente, pero fue capaz de continuar—. La relación con sus padres no era buena. El padre tiene mal carácter y es bastante machista. En cuanto a la madre, es una mujer sumisa que se refugia

en la religión para huir de la vida que lleva. No era el mejor ambiente para una chica a la que le costaba afrontar los problemas desde pequeña.

—¿Por eso creíste que se había suicidado?

Él se frotó la cara con ambas manos, como si eso sirviese para borrar la culpa que sentía.

—Yo… cometí un grave error. —Tomó aire durante unos segundos y luego continuó algo más calmado—. Nunca debí empezar esa relación con ella.

—¿Cómo ocurrió?

—Las cosas con mi mujer no iban bien. En realidad, nuestra relación nunca ha funcionado. Nos casamos porque ella se quedó embarazada. Apenas nos conocíamos y eso se notó con el tiempo. Descubrimos que no éramos almas gemelas. Había cariño, eso sí, pero éramos demasiado diferentes. Solo nos unía nuestra hija, y si continuamos juntos es por ella. Nuestra relación se ha ido enfriando, hasta el punto de que cada uno ha terminado haciendo su vida casi por separado. Yo me refugié en el trabajo y ella se pasa la mayor parte del tiempo con sus amigas, como ya te conté. Eso sí, jamás le fui infiel, hasta que conocí a Irene.

—¿Cómo la conociste?

—Las pasadas Navidades se presentó en el puesto de Navaconcejo para poner una denuncia contra Fonsi.

—Así que es cierto que lo hizo.

Llamazares asintió con la cabeza antes de continuar.

—Dijo que Fonsi la acosaba y que le tenía miedo. Estaba tan asustada que hablé con ella a solas en mi despacho para tranquilizarla y que se sintiera más cómoda. Hablamos durante más de una hora. Lo cierto es que necesitaba a alguien con quien desahogarse y por algún motivo me eligió a mí. Me contó que se sentía atrapada en su vida y que deseaba huir de Jerte en cuanto terminase los estudios para no volver nunca. Yo le conté que a mí me había ocurrido lo mismo, que por eso me metí en la Guardia Civil, y eso hizo que me mirase de un modo muy especial, como hacía mucho que no me miraba ninguna mujer. Irene era muy guapa —murmuró con una breve sonrisa cargada de melancolía—. La

cuestión es que le prometí que hablaría con Fonsi para que la dejara en paz. No me costó mucho conseguirlo. Visité a Fonsi en su casa y solo tuve que decirle que una denuncia por acoso podía arruinarle la vida para que prometiese no volver a acercarse a ella. Luego llamé a Irene por teléfono para decirle que ya no tenía que preocuparse más por él y me propuso invitarme a una copa para darme las gracias. Mi respuesta fue que no hacía falta y ahí quedó la cosa, hasta que un par de semanas después la encontré aquí de forma casual.

—¿Te refieres a Cáceres? —preguntó Eva para que no se detuviese en su relato.

—Sí. Vine a una cena de despedida de un antiguo jefe mío que se jubilaba y cogí una habitación de hotel para esa noche, por si acaso bebía. Estuvimos en varios bares de copas, hasta que en el último de ellos me encontré con Irene. Estaba sola y a punto de marcharse a la residencia en la que estaba alojada, pero al verme me propuso invitarme a esa copa que me había prometido. —Llamazares suspiró—. Te aseguro que yo no lo busqué. Empezamos a hablar y sentí una conexión con ella como jamás había sentido con otra mujer. Sé que pensarás que es lo que dicen todos los tíos cuando engañan a su mujer, pero te juro que fue así. Irene me hizo sentir como si tuviera veinte años de nuevo.

—Y terminasteis en tu hotel —supuso Eva, a lo que él asintió con la cabeza.

—Después de eso empezamos a vernos un par de días a la semana, siempre en Cáceres y a escondidas. Quedábamos en un pequeño hotel del casco antiguo, donde nadie nos podía descubrir, aunque es cierto que pronto nos confiamos y perdimos el miedo a dejarnos ver juntos. Hasta que al cabo de cinco semanas me di cuenta de que aquello era una locura y decidí romper la relación.

—¿Cómo se lo tomó ella?

—Mejor de lo que yo esperaba, quizá porque no fui lo bastante claro. Cuando rompí con ella, le dije que necesitaba tiempo para aclarar mis ideas. Estaba casado y con una hija. No podía romper con todo de un día para otro. Irene me gustaba mucho, pero no tanto como para tirarlo todo por la borda. El problema era que tenía miedo de su reacción. No quería que su carácter frágil la llevara a

deprimirse, por eso no corté el contacto con ella. Hablábamos casi todos los días.

—¿Por teléfono?

—No, desde el principio utilizábamos una aplicación de mensajería de esas que borra los mensajes al minuto, para que nadie nos descubriese. —Llamazares se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y resopló—. Fue un error que mantuviese el contacto después de que rompiéramos porque eso hizo que se ilusionase con que volvería con ella.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que lo dejasteis hasta que perdió la vida?

—Dos semanas. Yo… —De pronto, la culpa asomó en sus ojos—. Dos días antes me mandó un mensaje, diciéndome que iba a ir a casa el fin de semana y que necesitaba hablar conmigo. Le dije que era mejor que no nos viéramos más. Estaba convencido de que mi mujer sospechaba algo y necesitaba distanciarme de Irene lo máximo posible.

—Y creíste que eso la había llevado al suicidio —supuso Eva.

—Sí. No te puedes imaginar lo culpable que me sentí al saber lo que había hecho. Pensé que la culpa era mía. —Llamazares tomó aire con fuerza y luego preguntó—: ¿De verdad sigues creyendo que alguien pudo quitarle la vida?

—Sí, y te necesito para demostrarlo. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

La respuesta no se hizo esperar.

—Por supuesto.

79

Roberto miró a la persona que tenía al otro lado del cristal. Aparentaba alrededor de los sesenta años, rostro atractivo, a pesar de las arrugas, y traje impecable que le daban aspecto de persona adinerada. El modo que tuvo de recibirle, diciendo que se alegraba de verle allí encerrado, hizo que se pusiera a la defensiva desde el primer momento.

—¿Quién eres tú? Está claro que no eres mi abogado.

El hombre no perdió la sonrisa.

—Quería asegurarme de que aceptaras hablar conmigo.

—¿Sobre qué? ¿Quién eres?

—Puedes llamarme Demian.

—¿Como el niño de *La profecía*?

—Parecido —respondió soltando una breve carcajada.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Disfrutar de este momento como se merece y mirarte a los ojos antes de que abandones este mundo.

Roberto mantuvo la calma ante la amenaza. Necesitaba saber quién era en realidad aquel hombre.

—¿Nos conocemos de algo?

—Más de lo que crees. Lo cierto es que llevo mucho tiempo esperando este momento, por eso quiero saborearlo como se merece. Verte así, encarcelado y derrotado, es algo con lo que he

soñado muchas veces. Ni te imaginas lo que me ha costado conseguirlo.

Roberto empezó a atar cabos, aunque prefirió hacerse el tonto para forzarle a hablar.

—Me temo que no entiendo.

—Reconozco que fui demasiado blando contigo al principio. Pensé que desvelar tu don en la prensa haría que todo tu mundo se derrumbase y que eso te volvería más vulnerable y fácil de derrotar. Por desgracia, escapaste de mi alcance durante dos años, hasta que volviste a tu trabajo en la Guardia Civil. Fue entonces cuando surgió la oportunidad de acusarte de asesinato, mi primer intento para que terminases en la cárcel, pero lograste salir impune.

Eso le confirmó que tenía ante sí a la persona que llevaba los últimos años actuando en la sombra para arruinar su vida. Por un momento deseó atravesar el cristal y partirle el cuello, pero prefirió mantener la calma lo máximo posible.

—Me libré porque era inocente —se limitó a decir.

Demian negó con la cabeza.

—Te libraste porque había gente protegiéndote, pero ya no es así. No sabes el placer que me produce verte ahora aquí encerrado.

—¿Tú eres el culpable de que me hayan acusado de asesinato?

—En buena parte —se jactó.

—¿Por qué? —preguntó Roberto—. ¿Qué te he hecho para que estés tan obsesionado conmigo?

—¿Es que no lo sabes?

—Si lo supiera, no lo preguntaría. ¿De qué nos conocemos?

—En realidad, nunca nos hemos visto en persona, pero arruinaste la vida de mi familia, por eso voy a hacer lo mismo contigo.

Roberto se esforzó en adivinar de quién podía tratarse o en qué momento sus caminos se habían cruzado, pero no lo consiguió. De todas las investigaciones que había llevado a cabo, no lograba que encajara en ninguna, por eso optó por provocarle.

—Me temo que me confundes con otro.

—¿Es que ya te has olvidado del Club Sella?

Roberto contuvo la respiración. Por supuesto que recordaba el Club Sella. Era una organización secreta formada por hombres poderosos que celebraban fiestas en las que pagaban a chicas jóvenes por mantener sexo con ellos. Algunas incluso eran menores de edad. Descubrió las actividades que realizaban durante su primera investigación en Nueva de Llanes, donde el club tenía una de sus sedes. Varios de sus miembros fueron detenidos y el caso saltó a la prensa, provocando un escándalo a nivel nacional. No todos los implicados terminaron en la cárcel, pero la imagen pública de muchos de ellos quedó destruida. Se preguntó si Demian sería uno de ellos.

—Recuerdo muy bien el Club Sella y las actividades que llevaba a cabo —dijo mirándole a los ojos—. Muchos empresarios y políticos que se creían intocables pagaron por ello. ¿Fuiste uno de los imputados?

El hombre se recostó en el respaldo del asiento y sonrió con frialdad.

—No tendría que responder, pero, teniendo en cuenta dónde estás y lo que te va a ocurrir en breve, creo que lo haré. No, yo no pertenecía al Club Sella, pero mi hermano, sí. ¡Y tú arruinaste su vida! —exclamó apretando los dientes y señalándole con el dedo.

—Si pertenecía al Club, se la arruinó él solo.

—Todo fue por tu culpa. No tienes ni idea de lo que desencadenaron tus acciones. La prensa arrastró a mi hermano por el fango y destruyó su imagen pública. Perdió varias empresas de las que tenía, algunas pertenecientes a nuestra familia desde hace generaciones. Fue tal la humillación que sufrió que, antes del juicio, no soportó más la vergüenza y decidió quitarse la vida.

Roberto por fin comprendió de dónde surgía ese odio hacia él.

—Yo no tengo la culpa de lo que hizo tu hermano —le replicó, consciente de que eso desataría su furia—. Debería haberlo pensado antes de abusar de menores.

—Por supuesto que tienes la culpa. ¡Tú eres el culpable de todo! —exclamó Demian apretando el puño delante de su cara—. Roberto Fuentes, el gran investigador que se creía intocable. Vas a morir y esta vez nadie podrá impedirlo.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora? Seguro que has tenido oportunidades de sobra para matarme.

—Matarte habría sido demasiado fácil. Antes necesitaba verte humillado y tu imagen pública destruida para siempre. Que sintieras la misma vergüenza que mi hermano. Por fin lo he conseguido, aunque reconozco que no ha sido fácil. Me ha costado mucho dinero seguir tus pasos y estar al tanto de tus movimientos. Todo con la esperanza de que se presentase de nuevo la oportunidad para destruirte. Tu colega lo ha hecho posible y se ha ganado hasta el último euro que voy a pagarle. Gracias a él por fin podré saborear mi victoria.

—Si tanto me odias, deberías hacerlo tú mismo. Sal de detrás de ese cristal y quítame la vida con tus propias manos, si puedes.

El hombre soltó una sonora carcajada.

—No voy a mancharme las manos con tu sangre. Esto no es una cuestión de honor, es venganza —aseguró poniéndose en pie—. Solo quería mirarte a la cara y decirte que nunca saldrás vivo de esta prisión. Aunque ese abogado caro que tienes consiga que te den la libertad condicional, ya será demasiado tarde para ti. Pronto abandonarás este mundo para siempre. ¡Vas a pagar por lo que hiciste!

Demian se alejó y Roberto solo pudo seguirle con la mirada, impotente, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

Tenía que encontrar el modo de salir de allí cuanto antes.

80

Eva y Llamazares acudieron a la Facultad de Derecho de Cáceres, en la que estudiaba Cristina, la hija del alcalde. Su madre fue quien les proporcionó su teléfono, después de que el sargento la llamase. Los dos primeros intentos no obtuvieron respuesta, pero, pasados diez minutos, la joven les devolvió la llamada y aceptó verlos en la cafetería de la facultad.

—Pensamos que estarías en casa con tu madre y no aquí en la universidad—dijo Llamazares cuando se reunieron con ella y ocuparon una de las mesas.

—Necesitaba volver a la rutina diaria —se justificó Cristina. En su rostro se apreciaba que no había dormido mucho durante los últimos días—. Los periodistas no dejan de acosarnos, sobre todo desde que se filtró la vida secreta que llevaba mi padre a espaldas nuestras. Si habéis venido para preguntarme por eso, no tengo nada que decir.

—Tranquila, estamos aquí por otro asunto —dijo Eva—. Queremos hablar de Irene Castro, no de tu padre.

Ella apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente y parpadeó un par de veces.

—¿Qué queréis saber ahora?

Eva se inclinó hacia delante para mirarla a los ojos.

—Necesito que me digas si Irene tuvo problemas con alguien. Me hablaste de Fonsi, de cómo la acosaba, y de un novio que la engañó

con otra chica hace un par de años.

—Así es.

—¿Qué puedes contarme de Ramiro?

—¿Ramiro? —preguntó, extrañada.

—Su vecino. ¿Lo conoces?

—Sí, pero no sé qué quieres que te cuente de él.

—¿Cómo era su relación con Irene? ¿Eran amigos? —Al ver cómo Cristina torcía el gesto, Eva intuyó que había algo más—. ¿Qué ocurre?

—A Irene no le caía nada bien Ramiro.

—¿Y eso por qué?

—Decía que le daba mal rollo. Su madre y la de Ramiro eran muy amigas y desde niños les decían que hacían muy buena pareja. Eso a Irene la ponía enferma y nunca quiso nada con él. Luego, cuando murió la madre de Ramiro, empezó a ponerse un poco pesado con ella. Imagino que fue porque se sentía solo. Quiso invitarla a salir varias veces, pero Irene lo rechazó.

—¿Y cómo se tomó Ramiro ese rechazo?

—La última vez bastante mal, la verdad. Irene estaba ya tan cansada que se puso bastante borde con él. Le dijo que era un vicioso y que sabía que la espiaba por la ventana. Sus casas están separadas por un pequeño solar y la ventana de la habitación de la madre de Ramiro estaba frente a la de Irene. Le dijo que sabía que se escondía detrás de las cortinas para espiarla y que nunca saldría con un mirón como él.

—¿Cuál fue la reacción de Ramiro?

—Se puso a llorar como un niño, lo que hizo que a Irene le entrara la risa. Al menos eso fue lo que me contó ella, porque yo no estaba presente. Imagino que fue un poco humillante.

—¿Qué ocurrió después?

—No volvió a acercarse a ella, incluso la evitaba si se cruzaban por la calle.

—¿Recuerdas cuándo sucedió ese incidente?

—Durante las pasadas Navidades. Fue en la época en la que Fonsi también la acosaba, por eso Irene reaccionó de ese modo. En el fondo, creo que Ramiro no tenía malas intenciones, solo le

gustaba Irene, pero ella no se lo tomó bien. Me dio pena por él, la verdad. Es un chico que no lo ha tenido nada fácil en la vida.

—¿Lo dices porque su madre falleció de cáncer?

—No solo por eso. Su padre los abandonó cuando él era pequeño y su madre tuvo que ponerse a trabajar en lo que pudo para sacarlo adelante. Luego, cuando enfermó de cáncer, el dueño del bar en el que trabajaba de cocinera le rescindió el contrato y Ramiro tuvo que dejar los estudios para ayudarla a pagar los gastos de la casa. El tío se comportó como un cabrón, la verdad. Imagino que por eso al final el karma se lo hizo pagar.

—¿Por qué dices eso?

—Se arruinó y luego terminó suicidándose.

Eva contuvo la respiración durante unos segundos, antes de preguntar:

—¿Te refieres al dueño del bar de Cabezuela del Valle que se ahorcó?

—El mismo.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

—¿Estás segura de que echó a la madre de Ramiro del bar cuando enfermó?

—Es lo que me contó mi tía Sole, que se entera de todo lo que ocurre en el valle.

—¿Dónde podemos encontrar a tu tía?

—Tiene una peluquería en Cabezuela del Valle, frente al centro de salud del pueblo. Puedo darte su teléfono.

—No hace falta, iremos a verla. Muchas gracias por tu ayuda, Cristina.

En cuanto se pusieron en pie, la joven preguntó:

—¿Ya habéis averiguado quién era su novio secreto? Ese con el que se veía aquí, en Cáceres.

—Estamos en ello. Gracias por todo.

Eva y Llamazares salieron de la cafetería y caminaron hacia la puerta de salida del edificio.

—¿En serio crees que Ramiro tiene algo que ver en la muerte de Irene? —preguntó él con expresión preocupada.

—Puede que no solo con esa.

—¿Qué quieres decir?

Eva se detuvo y le miró a los ojos.

—Una de las claves para atrapar a un asesino en serie es averiguar qué motivos tenía para matar a sus víctimas. A veces ese motivo es personal y quiero averiguar si en este caso es así.

—¿Cómo?

—Investigando su pasado —respondió ella, reemprendiendo la marcha—. Veamos qué nos puede contar la tía de Cristina.

81

Roberto no dejó de pensar en Demian de regreso a su celda. Mientras recorría el pasillo que conducía a ella, le dio vueltas en su cabeza una y otra vez a cada palabra que había salido de los labios de aquel hombre. Solo un psicópata era capaz de desear su muerte del modo en que él lo había expresado.

«¡Vas a pagar por lo que hiciste!».

Esas habían sido sus palabras, dichas con una rabia que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones.

Y todo porque su hermano se había suicidado, incapaz de soportar la vergüenza de ser imputado por los delitos que se cometían dentro del club Sella, donde hombres ricos y poderosos pensaban que su dinero les permitía hacer lo que quisieran.

—Entra —le dijo el funcionario que le había llevado de vuelta a su celda.

La puerta se cerró a su espalda en cuanto entró, aunque apenas percibió el sonido. Centró la mirada en la ventana situada al fondo de la celda y caminó hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó Mauro, que en ese momento estaba lavándose las manos en el lavabo—. ¿Qué te ocurre?

Roberto no respondió. Al llegar a la ventana, miró a través de los barrotes, deseando poder atravesarlos para huir de allí. Necesitaba

avisar a Eva lo antes posible del peligro que corrían tanto ella como los niños.

«*Me arruinaste la vida y la de mi familia, por eso voy a hacer lo mismo contigo».*

Alguien tan loco como Demian, con esa rabia y ese odio que sentía hacia él, no se iba a conformar con verle muerto. Podía hacer daño a su familia, algo que no estaba dispuesto a permitir. Tenía que encontrar el modo de comunicarse con Eva.

—Mauro, necesito hacer una llamada —dijo, girándose para mirarle—. ¿Cómo podría…?

No llegó a terminar la frase. Algo le golpeó en la frente con tanta violencia que sintió las piernas flojear y se tambaleó hacia el lado donde se encontraba la litera. En un acto reflejo, se agarró a ella para no caer al suelo, pero entonces recibió un segundo golpe con mayor fuerza que el anterior y se desplomó de forma pesada.

Tirado en el suelo, vio a Mauro de pie junto a él. En la mano derecha sostenía el grifo del lavabo, que levantó sobre su cabeza, a la vez que apretaba los dientes.

Fue en ese momento cuando Roberto comprendió que Demian no había mentido al decir que no saldría vivo de prisión. Lo que nunca se imaginó fue que el encargado de quitarle la vida sería su compañero de celda.

—Lo siento, no es nada personal —rugió Mauro al tiempo que descendía la mano con fuerza.

Roberto no tuvo tiempo de ver pasar su vida por delante de sus ojos. Tras el golpe final, se vio arrastrado a la más profunda oscuridad.

82

Eva y Llamazares llegaron a Cabezuela del Valle pasadas las doce de la mañana. Soledad, tía de Cristina y hermana del alcalde, tenía su peluquería justo enfrente del centro de salud. En ese momento no había ninguna clienta en el interior, por lo que la mujer se mostró dispuesta a responder a sus preguntas en cuanto se identificaron.

—Te conozco. Tú eres el nieto de Mari Carmen, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a Llamazares.

—Sí.

—Mi abuela y la tuya eran muy amigas. Te marchaste de Jerte muy joven.

Su sobrina no había mentido al decir que estaba al tanto de todo lo que ocurría en el valle.

—Ahora llevo unos años viviendo en Navaconcejo —explicó él.

—Lo sé. —Tenía cincuenta años y el pelo teñido de rubio con algunas mechas de color morado, que le daban un aire más moderno—. ¿Habéis venido porque por fin me vais a hacer caso?

—¿Con respecto a qué?

—Pues a la muerte de mi hermano David. ¿Qué otra cosa va a ser? —preguntó en tono malhumorado—. Se lo dije a ese teniente cuando vino a hablar conmigo después de detener a Víctor Amado. Eso de que mató a mi hermano porque se acostaba con su mujer es una soberana estupidez.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque Víctor Amado es homosexual. —Al ver la cara de sorpresa de ambos, añadió—: Incluso mantenía una relación con un empresario de Plasencia.

—Parece que está bien enterada —comentó Eva, que no supo si dar mucho crédito a esa información.

—Lo mejor de tener una peluquería es que una se entera de todo. —Aunque trató de evitarlo, se le escapó una sonrisa.

—Sin embargo, la mujer de Víctor asegura que lo mató él.

—Esa tía es una sinvergüenza —aseguró recuperando su rictus serio—. Víctor la conoció en unas vacaciones en Brasil hace un par de años y se la trajo consigo. Fue un matrimonio de conveniencia para poder llevar una doble vida. De cara a todo el mundo, casarse con esa brasileña lo convirtió en un hombre hetero, mientras que en la intimidad se veía con otros hombres.

—¿A día de hoy todavía hay gente que sigue haciendo eso? —se sorprendió Eva.

—¿El qué, casarse por conveniencia? Este es un pueblo pequeño y la madre de Víctor estaba harta de escuchar rumores sobre la hombría de su hijo desde que era pequeño. Es una mujer muy mayor y lo convenció para acallar las habladurías de una vez por todas.

—¿Pero cuánto años tiene Víctor?

—Pasa de los cuarenta.

—Pues sí que tardó. ¿Y su mujer estaba de acuerdo?

—Pues claro. Víctor le daba todo lo que quería y ella también mantenía relaciones en secreto con otros hombres, aunque al final esas cosas se saben. Él sabía de sobra lo que hacía su mujer y estoy convencida de que sabía que mantenía una relación con mi hermano desde hacía tiempo, por eso no tiene lógica que lo asesinara.

—Pues fue su mujer quien lo acusó del asesinato —intervino Llamazares.

—Porque le quiere sacar todo lo que tiene. Ella estaba cansada de llevar esa doble vida y quería divorciarse, algo a lo que Víctor no estaba dispuesto. Un día, no hace mucho, estaba tan harto de que le insistiese tanto con el tema del divorcio que le dijo que si se

divorciaba de él no se llevaría nada. Al parecer, se casaron con separación de bienes, así que no tenía derecho a quedarse con la casa ni con nada.

—Y todo eso lo sabe porque… —dijo Eva dejando el final de la frase en el aire.

—Ella se lo contó a mi hermano para que la ayudara, pero David le dijo que no entendía de esos temas y que lo mejor era que se buscara un abogado. La noche que asesinaron a mi hermano fue a verla para decirle que era mejor que dejasen de verse una temporada.

—¿Cree que ella mató a su hermano? —preguntó Llamazares.

—Para nada. Lo que sí creo es que el asesinato fue una oportunidad de oro para quedarse con todo. Acusó a su marido y así ella podía disfrutar de lo que tenía sin falta de divorciarse.

—¿Y todo esto lo sabe el teniente Arroyo, el que investiga la muerte de su hermano? —preguntó Eva.

—¡Por supuesto que lo sabe! —exclamó ofendida—. Pero no le interesó lo más mínimo. Espero que ahora vosotros hagáis algo, porque para eso habéis venido, ¿no?

Ellos dos se miraron y fue Eva la que respondió:

—En realidad hemos venido por otro tema. Necesito que me hable de un chaval del pueblo llamado Ramiro.

—¿El hijo de Pilar?

—Pues… la verdad es que no sé cómo se llama su madre. El chico trabaja en los apartamentos Flor de Jerte.

—Sí, es el hijo de Pilar. ¿Qué pasa con él?

Eva tuvo cuidado en elegir bien las palabras.

—Hemos estado hablando con su sobrina Cristina y nos contó que a la madre de Ramiro la echaron del trabajo cuando enfermó de cáncer.

—¡Pobre mujer! —se lamentó con voz apagada—. Hay personas que solo vienen a este mundo a sufrir. ¡Con todo lo que tuvo que luchar para sacar adelante a su hijo después de que los abandonase su marido!

—¿Qué puede contarnos de eso?

—Julio era un cabrón desalmado que no se ocupaba de su mujer ni de su hijo. Se había jubilado muy joven en la mina por culpa de un accidente que le dejó cojo, y se vinieron a vivir aquí, a Cabezuela del Valle, a la casa que Pilar había heredado de su abuela. Julio apenas estaba en casa la mayor parte del día. Se juntó con un amigo que era tan borracho y putero como él, y andaba siempre por ahí gastándose la mayor parte del dinero de la pensión, por lo que Pilar lo pasaba muy mal para mantener a su hijo. Hasta que un día Julio desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Se largó con una que vivía en el pueblo de Piornal, una golfa que volvió meses después, sola. Imagino que Julio se cansó de ella, aunque nunca volvió por aquí. Dicen que vive en algún pueblo de Asturias.

—¿Y Ramiro y su madre?

—Lo pasaron muy mal, sobre todo Pilar. Y no solo por la vergüenza que supone que tu marido te abandone por otra. Alguna gente del pueblo empezó a criticarla y al final decidió vender la casa e irse a vivir con su hijo a Jerte.

—¿Por qué la criticaban?

—Decían que era tonta, que su marido la engañaba con otras y que no se enteraba de nada. Incluso su propia vecina llegó a decir que su marido la había abandonado porque era una histérica que siempre estaba gritando. ¡Menuda serpiente! Ella fue la mayor culpable de que se largase del pueblo. Pero bueno, como decía mi abuela, al final Dios castiga sin palo ni piedra.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que terminó suicidándose.

—¿Se refiere a su vecina?

—Sí. Se llamaba Paquita y todo el mundo sabe que tenía lengua de serpiente.

Eva empezó a encajar las piezas en su mente, por eso preguntó:

—¿Sabe cómo se llamaba la mujer con la que se lio el marido de Pilar?

—Se lio con unas cuantas.

—Me refiero a la que mujer con la que se largó de aquí, la de Piornal.

—¡Ah, esa! —exclamó—. Se llamaba Lucía.

—¿Lucía Lago?

—Creo que sí. Es la que dicen que se ahorcó en la cascada del Caozo. Otra que tampoco debía de tener la conciencia muy tranquila por todos los hombres con los que se estuvo acostando durante años.

Eva trató de contener la emoción que sentía en ese momento para que la mujer no se diese cuenta de lo que estaba pensando.

—Es curioso —murmuró entonces Soledad.

—¿El qué?

—Que Paquita y Lucía se suicidaran de la misma manera y con solo unas semanas de diferencia.

—Esas cosas ocurren en lugares apartados como este valle —dijo Eva para desviar su atención—. Se producen suicidios por imitación.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que una persona se quita la vida de un determinado modo y otras que desean hacer lo mismo copian el método.

—No lo había escuchado nunca —dijo la mujer arrugando la frente—. Ahora que lo pienso…

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva al ver que se quedaba pensativa.

—Carlos era el compañero de juergas de Julio. Pilar decía que era el culpable de que su marido se hubiera largado dejándola sola con su hijo. Y también se suicidó hace poco. ¿Qué es lo que está pasando? ¿Por eso habéis venido a preguntarme por Ramiro? ¿Creéis que él tiene algo que ver con esas muertes?

—Claro que no —respondió en un vano intento de que no atase cabos.

Lo que menos interesaba en ese momento era que una mujer como ella, acostumbrada a pregonar los chismes del pueblo, se diera cuenta de que sospechaban de la implicación de Ramiro en los suicidios.

—Porque nunca terminé de creerme eso de que los suicidios eran voluntarios —prosiguió la mujer—. Demasiada gente se ha quitado la vida en este valle en los últimos meses como para no pensar que

hay algo extraño. Lo que no entiendo es por qué la Guardia Civil no lo ha investigado —dijo mirando directamente a Llamazares.

—Para eso estamos aquí —comentó Eva para captar su atención —. Una última pregunta. ¿Cómo era la relación de Ramiro con su hermano, el alcalde?

Ella captó al momento la intención de la pregunta.

—¿Quieres saber si tuvo algún problema con él?

—Sí

—Discutieron el día antes del asesinato de mi hermano, aunque fue por una tontería que no tuvo demasiada importancia.

—De todas formas, me gustaría saber qué ocurrió.

—Al lado de la casa de Ramiro hay un pequeño solar que pertenece al Ayuntamiento, en el que no se puede construir. El dueño de un restaurante cercano le propuso a mi hermano alquilarlo para aparcar una furgoneta pequeña de reparto. Ese dinero le viene bien al Ayuntamiento para pagar a un socorrista durante el verano en la piscina fluvial, así que mi hermano dijo que lo llevaría al próximo pleno para aprobarlo. La cuestión es que Ramiro se presentó ese día en el Ayuntamiento para decirle a mi hermano que acababa de comprar un coche y que tenía más derecho que el otro a aparcar allí. David le dijo que ya se había comprometido con el dueño del restaurante y que no iba a echarse atrás. Entonces Ramiro lo llamó cacique y mi hermano le dijo que si aparcaba en el solar lo denunciaría a la Guardia Civil.

—¿Y qué pasó?

—Al final, Ramiro entró en razón y le pidió a mi hermano un plazo de una semana para buscar otro sitio para aparcar el coche. Como digo, fue una tontería.

A Eva no se lo pareció, pero no quiso ahondar más en el tema. Justo en ese momento una clienta entró en la peluquería, así que se despidió de Soledad de forma algo apresurada, dándole las gracias por atenderles, y abandonó el local con paso apresurado.

—¿Estás bien? —preguntó Llamazares alcanzándola al llegar al coche—. Has salido casi a la carrera de la peluquería.

—Creo que ya tenemos a nuestro asesino —afirmó, deteniéndose.

—¿Te refieres a Ramiro?

—Sí.

—Sinceramente, me cuesta creer que un chaval de veintidós años sea capaz de hacer algo así.

—No puedes imaginarte lo que es capaz de hacer alguien dominado por el odio y la rabia.

—Ya, pero…

Eva se llevó el dedo índice a los labios al ver que dos vecinas se acercaban caminando, lo que hizo que Llamazares obedeciera.

—Es mejor que hablemos dentro del coche. —En cuanto se subieron y cerraron las puertas, ella comentó—: Ya te dije que cada asesino tiene un motivo para llevar a cabo sus crímenes y que descubrirlo es la clave para demostrar su culpabilidad. En el caso de Ramiro, cada vez lo tengo más claro

—Está bien, te escucho.

—Paquita, Lucía, Sergio y Carlos eran personas que de un modo u otro habían hecho daño a su madre. Paquita la criticó por todo el pueblo, obligándola a marcharse a vivir a Jerte. Lucía se acostaba con su padre y Carlos era su compañero de juergas. Por culpa de los dos su padre los abandonó. Y luego está Sergio, que echó del bar a su madre cuando enfermó. A sus ojos, todos merecían un castigo.

—Me cuesta creer que alguien pueda asesinar por algo así.

—Ten en cuenta que un psicópata no ve el mundo ni a las personas como tú o como yo. Puede que Ramiro llevase años fantaseando con la idea de asesinar a todo el que había humillado a su madre y, cuando decidió dar el paso, se sintió poderoso y ya no quiso parar —explicó Eva, ante la atenta mirada de Llamazares, que parecía desconcertado con su explicación—. El problema es que un asesino en serie de este tipo empieza matando por una justificación, pero esta se desvirtúa con el paso del tiempo y llega un momento en que arrebatar otra vida ya no le supone un problema.

—¿Qué quieres decir?

—Asesinó al alcalde porque quiso quitarle el sitio donde aparcaba el coche.

—¿Y a Irene? ¿Por qué a ella?

—No solo lo rechazó, además lo humilló.

—¡Maldito cabrón! —exclamó con rabia.

—A alguien así hay que pararlo cuanto antes o seguirá matando.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo?

—Reuniendo pruebas que demuestren sin ninguna duda su culpabilidad.

—Dime lo que necesitas. Haré lo necesario para atraparle.

—Antes tienes que ser consciente de que podrías meterte en problemas. Podrías poner en peligro tu carrera.

—Me da igual. Ahora mismo solo quiero hacer justicia por Irene… y por el resto de las víctimas también —añadió pasados unos segundos.

—En ese caso, vamos allá.

83

Roberto abrió los ojos y miró a su alrededor. Se encontraba tumbado en una cama, dentro de una habitación con paredes blancas y una ventana con barrotes situada un par de metros a su izquierda.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó una voz.

Al mirar a la derecha vio a un joven enfermero que le sonreía de forma afable.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, confuso.

—Te mareaste y te golpeaste en la cabeza al caer.

En un primer momento no fue capaz de recordar nada de lo sucedido. Todo estaba envuelto en una bruma, a través de la cual solo distinguía algunas imágenes. Se vio en el suelo, como decía el enfermero. De pie, a su lado, había una persona cuyo rostro no fue capaz de distinguir y que alzó la mano sobre su cabeza. ¿Quizás para ayudarle? No. La figura bajó la mano con violencia y le golpeó con algo que sujetaba en ella.

Y entonces lo recordó todo.

—Me golpeó —murmuró con voz débil.

—¿Quién?

—Mi compañero de celda.

—Eso no puede ser. Tu compañero fue quien avisó para que te trajeran aquí.

Roberto negó con la cabeza. Si algo tenía claro era que Mauro le había golpeado antes de perder la consciencia. Estaba seguro de ello.

—Necesito hablar con algún funcionario.

—Es mejor que descanses.

—Tengo que ver a un funcionario. Es importante —insistió.

—El médico vendrá en unos minutos a verte. Lo importante ahora es que ya estás consciente y que no parece un golpe serio.

—Pero…

—No te preocupes y descansa.

El enfermero se alejó y desapareció por una puerta situada al fondo, que cerró al salir. Roberto se incorporó ligeramente para mirar a su alrededor y vio que en la habitación había un total de cuatro camas. La suya era la única ocupada, así que apoyó la cabeza en la almohada de nuevo e intentó tranquilizarse.

Nada parecía tener sentido. No entendía por qué su compañero de celda le había atacado, para luego avisar de que estaba herido. Podía haber acabado con su vida allí mismo, dentro de la celda, sin que nadie se lo impidiese. Tenía su vida en las manos y, en lugar de arrebatársela, había avisado para que lo llevasen a la enfermería. ¿Por qué?

Algo se le escapaba.

No habían pasado ni cinco minutos desde la marcha del enfermero cuando la puerta se abrió de nuevo. Pensó que era el médico, tal y como le había dicho que haría, pero quien entró fue un hombre vestido con un camisón de paciente. Tenía un llamativo tatuaje de serpiente en el cuello, así como varios más a lo largo de ambos brazos.

No obstante, lo que más le llamó la atención de él fue que en la mano derecha portaba algo metálico, una especie de punzón que sostenía con firmeza mientras se acercaba a su cama con paso apresurado. Lo que vio en su mirada hizo que comprendiese de inmediato lo que iba a suceder.

La amenaza de Demian resonó en su cabeza: *«Nunca saldrás vivo de esta prisión».*

Ahora lo comprendía. El objetivo del ataque de su compañero de celda no era acabar con su vida, sino que lo trasladasen a la enfermería, donde un preso común se encargaría de hacerlo.

Si algo había aprendido Roberto a lo largo de los años era que el cuerpo humano estaba diseñado para enfrentarse al peligro. Los niveles de adrenalina se disparaban ante una situación en la que la vida estaba en riesgo, haciendo que los dolores desaparecieran y los músculos funcionasen a su máximo rendimiento.

—Demian te manda recuerdos —dijo el preso abalanzándose sobre él.

Su primer error fue confiarse y pensar que Roberto estaba indefenso por el hecho de estar tumbado en una cama. El segundo, que agarrase el punzón como si fuera un puñal y que tratase de hundírselo en el corazón en un movimiento de arriba abajo. Eso le dio a Roberto las décimas de segundo que necesitaba para rodar al lado contrario de la cama y caer al suelo, mientras el punzón se clavaba en el colchón.

Acto seguido, se puso en pie y miró a su rival a los ojos. A pesar de haber fallado en su primer intento, estaba claro que no iba a rendirse, así que Roberto agarró la cama por el somier y tiró de ella hacia arriba con todas sus fuerzas para voltearla y usarla como barrera. Por suerte, era una cama bastante más sencilla y menos pesada que la de otros hospitales, aunque de poco le iba a servir.

—Estás muerto, mamón de mierda —dijo el atacante con un acento sudamericano.

Roberto rodeó la cama con el objetivo de alcanzar la puerta y salir al pasillo para pedir ayuda, pero el atacante lo intuyó y le cortó el paso, moviéndose con rapidez.

Los dos se detuvieron y se miraron a solo un par de pasos de distancia.

—Te voy a matar.

—¡Socorro, ayuda! —gritó Roberto con todas sus fuerzas, con la esperanza de que algún funcionario lo escuchase y acudiese en su ayuda.

—Nadie va a venir a salvarte —dijo el otro sonriendo con frialdad.

Roberto estaba indefenso, sin nada en las manos con lo que repeler el ataque, aunque vio la duda asomar en los ojos del atacante. Una vez perdido el factor sorpresa, parecía no tener claro cómo realizar su segundo ataque. Eso le dio tiempo para pensar cómo repelerlo, mientras adoptaba una posición defensiva, con una pierna más retrasada que la otra y los puños a la altura del pecho.

La mejor forma de derribar un árbol es cortándolo, escuchó en su cabeza las palabras de su instructor de defensa personal dos décadas atrás.

Y eso fue lo que hizo.

El atacante dio un paso hacia él, a la vez que retrasaba la mano en la que empuñaba el punzón, lista para lanzarla hacia su cuerpo, esta vez en un movimiento horizontal. Esa confianza fue la que aprovechó Roberto para lanzarle una patada circular a la rodilla de la pierna que tenía más adelantada, justo cuando apoyaba todo el peso del cuerpo en ella. El impacto provocó que perdiese el equilibrio y cayese al suelo de costado.

Antes de que pudiera reaccionar, Roberto saltó por encima de él y salió de la habitación a la carrera. Al llegar al pasillo no vio a ningún funcionario, así que corrió hacia la puerta situada al fondo, a unos veinte metros, mientras a izquierda y derecha se sucedían las puertas que llevaban a otras habitaciones. Estaba a mitad de camino cuando un funcionario de prisiones salió de una de ellas y, al verle, le dio el alto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó echando mano del mango de su porra, aunque sin extraerla de la sujeción del cinto.

—Han intentado matarme —respondió Roberto deteniéndose a pocos pasos de él.

—¿Quién?

Antes de que pudiese responder a la pregunta, el sudamericano salió al pasillo y se acercó cojeando, mostrando el punzón que llevaba en la mano derecha.

—Ese —dijo señalándolo con el dedo—. Acaba de atacarme en mi habitación.

—Yo no veo a nadie.

Al escuchar eso, Roberto se puso de nuevo en tensión y miró al funcionario, que ya sostenía la porra en la mano y la elevaba por encima de su cabeza en actitud amenazante.

¡Cómo he sido tan estúpido!, se dijo a sí mismo.

Tenía que habérselo imaginado.

Demian no había dicho a la ligera que no saldría vivo de la cárcel. Estaba claro que había diseñado un plan perfecto para acabar con su vida, el cual incluía sobornar a todo el que hiciera falta para conseguirlo.

Cuando la porra del funcionario descendió hacia su cabeza supo que salir de aquella con vida iba a ser mucho más difícil de lo que esperaba.

84

No era la primera vez que Roberto se enfrentaba a una situación límite. De hecho, su vida había estado en peligro más veces de las que le habría gustado. El problema era que nunca antes se había sentido tan indefenso como en ese momento.

Cuando vio la porra descender hacia su cabeza, su reacción fue la de levantar el antebrazo para protegerse, aunque no lo hizo para detener el golpe en seco. Colocó el brazo en un ángulo de cuarenta y cinco grados y dio un paso lateral a su izquierda, consiguiendo con ello que la porra se deslizase por el antebrazo sin alcanzarle en la cabeza. Al no impactar, la fuerza del ataque hizo que el guardia se desequilibrase, una oportunidad que Roberto no dejó pasar.

Al ver que se inclinaba hacia delante, le lanzó un rodillazo que le impactó de lleno en la cara y le derribó en el suelo de costado, a la vez que soltaba la porra de su mano. Roberto la recogió y se apropió también del bote de gas pimienta que llevaba al cinto. Luego se volvió hacia el preso que le había atacado en la habitación, que se detuvo a pocos pasos para blandir el punzón en el aire.

—¡Voy a rajarte de arriba abajo!

Esta vez Roberto no esperó al ataque. Dio un par de pasos hacia él y le roció la cara con el gas, provocando que el preso comenzase a gritar, mientras se llevaba las manos a la cara para frotarse los ojos.

—¡Que te jodan! —exclamó Roberto antes de darle un golpe con la porra en la cabeza con todas sus fuerzas, que lo tumbó en el suelo medio inconsciente.

El estado de excitación que sentía en ese momento era tal que miró a sus dos atacantes con la porra en alto decidiendo quién recibiría el siguiente golpe.

No llegó a darlo.

De pronto, sin saber muy bien de dónde habían salido, media docena de funcionarios aparecieron en el pasillo con la porra en la mano.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó el que iba en cabeza.

Estaba claro que eran demasiados para enfrentarse a ellos, pero pensaba vender muy cara su vida.

—¿Por qué has atacado a ese guardia? —preguntó el que encabezaba el grupo.

Eso hizo recapacitar a Roberto. Si el objetivo de los guardias era acabar con su vida, no tenía lógica que le preguntaran qué estaba sucediendo. Además, por mucho que Demian hubiera planeado el ataque, dudaba que fuera capaz de sobornar a todos los funcionarios de la prisión. Por ese motivo decidió jugársela.

Dejó caer al suelo la porra y el aerosol, y levantó las manos por encima de su cabeza.

—Solo intentaba fugarme —dijo en voz alta para que le escuchasen bien—, pero ya veo que infravaloré la seguridad de esta prisión.

—¡Arrodíllate y pon las manos detrás de la cabeza! —gritó otro de los funcionarios.

Así lo hizo. Colocó las manos como le habían pedido y clavó ambas rodillas en el suelo. Dos de ellos se acercaron a la carrera para ponerle las esposas, sin que él ofreciera ninguna resistencia. Acto seguido, lo agarraron de los brazos y se lo llevaron de allí.

Antes de abandonar el lugar, Roberto miró hacia atrás y comprobó cómo también esposaban al preso y atendían al funcionario que le había atacado. Sangraba por el tabique nasal y le lanzó una mirada de odio.

Minutos después Roberto entraba en una pequeña celda, sin ventanas ni mobiliario ninguno.

—Vas a pasar aquí una buena temporada —dijo el funcionario que le quitó las esposas y le empujó al interior—. Te aseguro que se te van a quitar las ganas de volver a intentar fugarte.

Roberto no dijo nada. Al menos allí dentro estaba a salvo, sin riesgo de que otro preso le atacase.

Estaba claro que, a partir de ese día, la vida en la cárcel iba a ser mucho más dura de lo que esperaba.

MIÉRCOLES, 1 DE ABRIL

85

Eva sabía que la mejor prueba para condenar a un asesino era obtener su confesión. También era lo más difícil. La gran mayoría de ellos negaban su culpabilidad hasta el día de su muerte, aunque las pruebas en su contra fueran tan claras que no dejaran lugar a la duda. Incluso cuando los pillaban junto al cadáver con el arma del crimen en la mano y la ropa llena de sangre, muchos decían que ellos no lo habían hecho.

Sin embargo, algunos necesitaban confesarlo todo. A veces lo hacían porque no soportaban más tiempo la culpa. Otras, se sentían tan orgullosos de lo que habían hecho que deseaban que todo el mundo lo supiera.

Se decía que el ego era el mayor enemigo de la mayoría de los asesinos en serie, por eso Eva estaba decidida a atacarlo. El problema era que no sabía todavía en cuál de los dos perfiles encajaba Ramiro. Necesitaba obtener de él una confesión y no tenía claro cómo conseguirla.

El experto en sacar confesiones a los sospechosos era Roberto. Gracias a su don, sabía por dónde atacarles y en varias ocasiones ella había sido testigo de cómo conseguía que se derrumbaran y terminaran confesándolo todo.

Por desgracia, esta vez no podía contar con su ayuda.

O tal vez sí.

Pasaban unos minutos de las diez de la mañana cuando Eva entró en el complejo de apartamentos A, acompañada del sargento Llamazares y dos guardias civiles más. Los tres vestían de uniforme y se quedaron unos metros por detrás de ella, custodiando la única puerta de salida y a la espera de una señal suya.

Unos minutos antes, Eva había hablado por teléfono con la dueña de los apartamentos y esta le había confirmado que Ramiro se encontraba en el complejo instalando unas luces alrededor de la piscina. Allí lo encontró, atornillando una luz solar a la barandilla que perimetraba la piscina.

—Buenos días.

—Ah, buenos días —le devolvió el joven el saludo, forzando una sonrisa—. No esperaba volver a verla por aquí.

—¿Y eso por qué? —preguntó Eva deteniéndose solo a un par de pasos de él.

—Por todo el jaleo que se ha montado. Además, la habitación sigue precintada. De hecho, ayer estuvieron aquí dos guardias civiles registrándola de nuevo y me dijeron que todavía no se podía usar.

Llamazares había ordenado ese registro, siguiendo una corazonada de Eva.

—No vengo buscando alojamiento. De hecho, tengo pensado regresar pronto a casa, en cuanto liberen a Roberto.

La sorpresa asomó en sus ojos, a pesar de que intentó disimularla.

—¿Van a soltarlo?

—Eso es lo que sucede cuando alguien es inocente y los investigadores tienen pruebas sólidas contra el verdadero culpable. —Hizo una breve pausa para ver si reaccionaba de algún modo, pero no fue así. Ramiro se limitó a mirarla con fingido desinterés, por eso decidió empezar a acorralarlo—. Imagino que sabes que Roberto tiene un don.

—¿Un don?

—¿No has leído nada en la prensa sobre él?

—La verdad es que no.

—Me sorprende. Pensé que sabías que puede hablar con las víctimas de un asesinato una vez fallecidas, solo con tocar sus

cuerpos.

No hubo reacción por su parte, ni siquiera de sorpresa. Se limitó a mirarla como si estuviese esperando a que ella le explicase adónde quería llegar con ese comentario.

Roberto solía utilizar un truco para descolocar a los culpables durante un interrogatorio. Utilizaba algún dato que había obtenido gracias a su don, algo que solo sabían la víctima y su asesino. Eva decidió usarlo en este caso.

—Además de hablar con las víctimas, Roberto también sueña con ellas y estas le muestran lo que ocurrió en el momento en que murieron. Lo normal es que vea el crimen a través de los ojos de la víctima, lo que le permite descubrir la identidad de su asesino. —Esta vez sí que consiguió una reacción por parte del joven, que contuvo la respiración, dejando claro que iba por el buen camino—. Ayer lo visité en la cárcel y me contó con pelos y señales cómo había muerto Irene Castro.

No era cierto. Eva se había pasado el día anterior y parte de la noche intentando reunir pruebas con las que demostrar que Roberto no era culpable del asesinato que le había llevado a prisión.

Al ver que Ramiro se mantenía callado, añadió:

—Imagino que sabes de quién te hablo, ¿no?

—Sí, claro. Irene era mi vecina —murmuró él.

—Antes de saltar del campanario, Irene le pidió a Dios que acogiese su alma, pero lo hizo de un modo algo extraño: realizando una pausa entre frase y frase. Como si alguien le dictara lo que debía decir.

Ramiro tragó saliva y, por primera vez desde que había empezado la conversación, el miedo asomó en sus ojos.

—Los sueños no son reales —murmuró.

—Los de Roberto sí lo son.

El joven miró a la espalda de Eva para observar a los guardias civiles que le bloqueaban la salida del complejo. Esa reacción hizo que ella decidiese apretarle más.

—Lo que Roberto vio en su sueño no es válido ante un juez, pero las pruebas materiales sí. En el registro que se hizo ayer del

apartamento en el que estuvo alojado Roberto desde que llegó aquí hemos encontrado una prueba definitiva.

La cuestión que más había obsesionado a Eva desde el principio era el motivo por el que habían atacado a Roberto en su apartamento, inyectándole una sobredosis de ácido gamma-hidroxibutírico.

La única explicación que le encajaba era que el asesino del alcalde quisiera impedir que Roberto se comunicase con su cadáver y averiguara quién le había arrebatado la vida. Pero, ¿cómo sabía el asesino que Llamazares había llamado a Roberto para solicitar su ayuda?

Tras pensar en distintas posibilidades, se le ocurrió una que al final resultó ser la correcta.

—Durante el registro de ayer, los agentes descubrieron algo que se les había pasado a los de Criminalística —explicó Eva—, sobre todo porque ellos solo buscaban pruebas contra Roberto. ¿Adivinas qué es?

—No.

—Oculto en el techo, dentro de un detector de humo falso situado en el centro de la habitación, encontraron un micrófono GSM, equipado con una tarjeta SIM para poder acceder a él desde un teléfono. ¡Tu teléfono!

Ramiro se quedó en silencio durante unos segundos, hasta que finalmente replicó apretando los dientes:

—¡Eso es mentira!

—No lo es. A primera hora de esta mañana hemos contactado con el vendedor, una tienda de venta *online* con sede en Barcelona que nos ha dado los datos de los compradores de los últimos años, entre los que aparece tu nombre.

—Eso no es un delito.

—Escuchar y grabar las conversaciones de las personas sin su consentimiento sí lo es, aunque no tan grave como cometer seis asesinatos.

Por primera vez, Ramiro mostró su verdadera cara.

—Es una acusación demasiado grave para hacerla sin pruebas —dijo sonriendo con frialdad.

—No te quepa duda de que no estaría delante de ti en este momento si no las tuviera.

86

Ramiro volvió a mirar por encima del hombro de Eva, como si calibrase las posibilidades que tenía de huir del lugar.

—Imagino que la idea para cometer el primer crimen se te ocurrió cuando supiste que un anciano se había ahorcado en el pueblo de El Torno —dijo Eva, captando su atención de nuevo—. Seguro que en tu mente llevabas tiempo fantaseando con la idea de castigar a todos aquellos que os habían hecho daño a tu madre y a ti, pero no sabías cómo hacerlo y salir impune. Ese suicidio te mostró cómo llevarlos a cabo sin que nadie sospechase de ti.

—¿De verdad cree que yo maté a alguien?

—La primera fue Paquita, la vecina de Cabezuela del Valle que criticó a tu madre por todo el pueblo, obligándola incluso a dejar su casa y venir a vivir a Jerte. Sé de sobra lo dañina que puede ser la gente como ella. Difunden rumores y mentiras sin importarles el daño que causan con ello.

—Si se colgó de un árbol fue porque le remordía la conciencia —dijo el joven.

—Lucía Lago tenía que ser la siguiente —prosiguió Eva, ignorando su comentario—. La mujer con la que tu padre se largó de casa para no regresar más y abandonaros a tu madre y a ti.

—No sé quién es esa mujer.

—Claro que lo sabes, al igual que conocías a Carlos del Amo, compañero de borracheras de tu padre y que, según tu madre, era el culpable de que se dejase arrastrar por la mala vida.

El joven apretó los dientes.

—Presume de que sabe mucho de la vida de mi madre, pero no sabe nada de ella.

—Sé que era una mujer con una gran fortaleza, que luchó para sacarte adelante a pesar de todas las dificultades que encontró en su camino. Lo dio todo por ti y no merecía lo que le ocurrió. Por eso el peor de todos fue Sergio Arias, un hombre sin alma ni escrúpulos que tuvo la poca decencia de echar a tu madre del bar al enterarse de que estaba enferma de cáncer. No te culpo de que deseases verlo muerto.

—Una cosa es desearlo y otra muy distinta hacerlo.

—Toda esa gente le había hecho daño a tu madre, merecían ser castigados, lo comprendo. Pero Irene… ¿Por qué ella? ¿Solo porque te despreció? —Al ver que no decía nada, añadió—: La llevaste a ese campanario y la obligaste a saltar, después de que repitiese las palabras que tú le dictaste.

—¿Qué palabras?

—Acoge en tu reino, Señor, a esta humilde pecadora. Que la luz de la nueva vida guíe mis pasos y acoge mi alma, junto a la de aquellos que emprendieron este camino antes que yo. Alabado sea el nombre del Creador.

Eva se lo había aprendido de memoria, convencida de que Ramiro no se mostraría impasible al escucharlo.

Así fue.

—¿Dónde ha escuchado eso? —preguntó, palideciendo visiblemente.

—Ya te he dicho que Roberto soñó con la muerte de Irene.

—Si fuera verdad, sabría que saltó sola del campanario.

—Porque tú se lo ordenaste.

Ramiro se repuso y soltó una risa nerviosa.

—¿Y cómo iba yo a conseguir que me hiciera caso?

—Con la misma droga que usaste para intentar matar a Roberto y que te sirvió para llevar a cabo los crímenes sin dejar huella: ácido

gamma-hidroxibutírico. Una sustancia con una gran capacidad de sedación y amnesia, que se puede usar tanto en aerosol como en forma líquida, inyectándola o mezclándola con otro líquido. Muchos violadores la usan por su capacidad para manejar la voluntad de sus víctimas.

La carcajada que soltó el joven fue más sonora que la anterior.

—¿Pretende hacerme creer que le dije a Irene que saltara desde lo alto del campanario y ella lo hizo? —se jactó—. ¿Es eso lo que me está diciendo?

—No solo a ella. Paquita, Lucía, Carlos y Sergio se ahorcaron ellos mismos después de que tú les suministraras la droga y controlaras su voluntad. El único con el que no pudiste fue con Diego Soler, el alcalde del pueblo. —Ramiro borró la sonrisa de la cara—. Su muerte no salió como esperabas. Se defendió, luchó por su vida y lo lanzaste del puente de forma tan precipitada que no pudiste borrar tus huellas.

—¿Qué huellas?

—Lo descubrirás en el juicio. —No existían pruebas incriminatorias contra él, pero necesitaba llevarlo al límite para que confesara—. Lo que está claro es que sabías que Roberto tenía un don y decidiste acabar con su vida, después de escuchar a través del micrófono de su apartamento que iba a ayudar a identificar al asesino del alcalde. Por desgracia para ti, los médicos lograron salvarlo, aunque no tardó en presentarse una nueva oportunidad para deshacerte de él. Un nuevo crimen con el que lograrías además alejar cualquier sospecha de ti.

—Al principio dijo que yo había matado a seis personas, si no entendí mal.

—Es cierto, perdona, debería haber incluido a Fonsi en esa lista. Un crimen del que habrías salido impune, de no cometer un error imperdonable.

—Estoy deseando escucharlo —la desafió, dejando asomar una sonrisa en sus labios.

—Reconozco que lo planeaste bastante bien. Entraste en nuestro apartamento antes de cometer el crimen y cogiste el calzado de Roberto, su pasaporte y un botón de uno de sus polos; gracias a que

tienes acceso a las llaves de repuesto de cada uno de los apartamentos del complejo. La dueña lo ha confirmado. Tras cometer el crimen, regresaste aquí, nos rociaste con la droga en aerosol para que no despertáramos, pusiste las huellas de Roberto en el arma del crimen y la dejaste en el maletero del coche junto con el calzado y el gato. Ese fue el único error que cometiste.

—No termino de entenderlo.

—El gato tiene un número de serie y en la Nissan son muy metódicos para esas cosas, imagino que porque son japoneses. Lo tienen todo anotado en sus bases de datos, hasta el número de serie de cada tuerca. —La ayudante del abogado era quien había obtenido esa información el día anterior—. El gato pertenece al coche que te regaló el párroco de Jerte y gracias a eso pudimos cerrar el círculo alrededor tuyo. Sabemos que eres culpable.

Por tercera vez, el joven miró en dirección a la puerta de salida del complejo, donde Llamazares y los dos guardias esperaban la orden para actuar.

—Parece que lo sabe todo.

Eva ya solo necesitaba que Ramiro confesase la verdad de lo que había hecho. Tenía las pruebas que lo demostraban y sabía el motivo, pero hacía falta que lo reconociese, y eso solo lo lograría si mostraba la suficiente empatía para que confiase en ella.

—Créeme, si alguien entiende lo que has hecho, soy yo —dijo, captando toda su atención de nuevo—. Puedo ayudarte.

—¿En serio? ¿Como nos ayudaron a mi madre y a mí? —le replicó apretando los dientes—. La gente se piensa que puede hacer daño a los demás sin pagar por ello. Creen que pueden mentir, insultar, despreciar, incluso arruinar la vida de otras personas sin que eso tenga consecuencias. Pues yo les he demostrado que se equivocaban. Sí, los maté a todos, tal y como ha dicho, y no me arrepiento. Volvería a hacerlo si fuera necesario, a ellos y a cualquier otro que se cruce en mi camino y crea que está por encima de mí.

Eva respiró aliviada. Gracias al micrófono que llevaba oculto en la ropa, la confesión había quedado grabada. Ahora solo faltaba detenerle, por eso giró la cabeza a su espalda para mirar a

Llamazares y asintió. Era la señal acordada para efectuar la detención.

Sin embargo, ocurrió algo que no esperaba. Al volver la vista hacia Ramiro vio cómo este daba un paso hacia ella y la atacaba con un movimiento rápido que no supo predecir ni detener.

—No voy a ir a la cárcel —gruñó Ramiro mientras el destornillador que sostenía en su mano se clavaba con fuerza en el pecho de Eva, a la altura del corazón.

Mientras ella se desplomaba en el suelo, el joven se dio la vuelta y corrió hacia el muro situado a su espalda, al lado contrario del complejo donde se encontraban Llamazares y los dos guardias, que corrieron hacia él.

Antes de que nadie pudiera alcanzarle, se encaramó encima y desapareció al otro lado del muro.

87

Eva tenía varios cojines detrás de la espalda que la mantenían ligeramente incorporada en la cama. En el dorso de la mano derecha le habían puesto una vía conectada a un gotero y por el cuello del camisón salían varios cables, conectados a un monitor que controlaba su ritmo cardíaco.

—Según me ha contado tu compañero, el sargento Llamazares, has tenido mucha suerte —le dijo la médica, situada a los pies de la cama—. Dice que el chaleco antibalas que llevabas debajo de la ropa no estaba preparado para ataques de armas punzantes, pero la punta del destornillador debió de impactar sobre una costura reforzada porque no llegó a atravesarlo. Solo te rompió una costilla.

A Eva eso ya le parecía bastante, teniendo en cuenta que aquello no debería haber ocurrido. Estaba tan concentrada en arrancarle una confesión a Ramiro que no fue consciente de que este empuñaba un destornillador en la mano derecha mientras hablaban y que podía usarlo para atacarla antes de huir. Como así fue.

Por suerte, Ramiro no había llegado demasiado lejos. Varios hombres de Llamazares se habían posicionado a lo largo de todo el perímetro exterior del complejo y lograron detenerle en cuanto puso los pies al otro lado del muro.

Ahora estaba detenido y esperaba en una celda a pasar a disposición judicial.

—¿Cuándo podré salir del hospital? —preguntó Eva.

—Estarás un mínimo de veinticuatro horas en observación, quizá cuarenta y ocho.

—Necesito salir antes para interrogar al detenido. Es importante.

Habían transcurrido unas tres horas desde el ataque. En ese tiempo, una ambulancia la había trasladado hasta el hospital más cercano, situado en Plasencia. El fuerte dolor en el pecho y la posibilidad de que sufriese una perforación en el pulmón provocaron su entrada en urgencias, donde la atendieron con rapidez. Una vez realizadas las radiografías pertinentes, fue trasladada a planta, donde en ese momento la médica la ponía al corriente de su situación.

—Me temo que no va a ser posible que te demos el alta hoy. No existe riesgo de neumotórax, pero al recibir un impacto tan fuerte en el área cardíaca, tenemos que asegurarnos de que no tienes arritmias, por eso te hemos conectado todos esos cables.

—Me encuentro bien, ya no me duele el pecho.

—Gracias al analgésico que te estamos suministrando por vía intravenosa. Y, por favor, procura no moverte demasiado. No queremos que la costilla rota se desplace y perfore la pleura.

—Lo tendré en cuenta —murmuró, resignada.

—Descansa y procura dormir. Se te ve en la cara que lo necesitas.

Eva sabía que estaba en lo cierto. La noche anterior apenas había pegado ojo analizando todo lo que tenían contra Ramiro y diseñando el mejor modo de arrancarle una confesión.

En cuanto la médica abandonó la habitación, trató de acomodarse mejor en la cama, aunque el simple movimiento de intentar colocar mejor una de las almohadas le arrancó de los labios una queja de dolor. Eso hizo que cerrara los ojos e intentara relajarse.

Cuando abrió los ojos de nuevo, una enfermera entraba en ese momento en la habitación llevando una bandeja en las manos.

—Es hora de comer.

Dedujo que había dormido un par de horas al menos.

—Ahora mismo no tengo hambre.

—Sería bueno que comiera algo —dijo la enfermera, posando la bandeja en la mesa con ruedas que dejó al lado de su cama—. No hay prisa. En una hora regresaré a por ella.

Eva le echó un vistazo a la bandeja mientras salía. Sopa, pescado hervido y un yogur.

—En peores plazas he toreado —murmuró repitiendo la frase que siempre utilizaba Roberto.

Eso hizo que se acordase de él. A esa hora Llamazares ya se habría puesto en contacto con sus superiores para explicarles lo sucedido y la detención del verdadero asesino del alcalde de Jerte. Entre la grabación que Eva había obtenido con su confesión y las pruebas recopiladas en las últimas veinticuatro horas, tenía que ser suficiente para que el juez decretase el ingreso en prisión de Ramiro y emitiese una orden para registrar su casa y su coche. De ahí a la liberación de Roberto no deberían transcurrir más de veinticuatro horas.

Por eso, cuando vio entrar a Augusto Garrido por la puerta de la habitación, lo miró expectante, a la espera de buenas noticias.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondió ella—. Solo ha sido un pequeño susto.

—No es lo que acaba de decirme la doctora. La encontré en el pasillo y dice que tienes una costilla rota. Que ha sido una suerte que no se haya visto afectado ningún órgano interno. ¿Qué ocurrió?

—Necesitaba que Ramiro reconociese que había asesinado a todas esas personas, incluido el alcalde. Lo conseguí —dijo orgullosa —, junto con una grabación en la que declara abiertamente ser el autor de los crímenes. Con las pruebas que hemos reunido debería ser suficiente para que el juez libere a Roberto lo antes posible.

—En cuanto el sargento Llamazares me llamó para ponerme al corriente de la detención del sospechoso me he puesto con ello, aunque antes necesito contarte algo.

Al ver que el abogado ensombrecía el rostro, todas las alarmas saltaron dentro de la cabeza de Eva.

—¿Qué ocurre?

—Antes de contártelo, quiero que sepas que Roberto está bien.

—¿Y por qué no debería estarlo?

—Ha pasado algo en el centro penitenciario de Sevilla.

Ella se incorporó hacia delante, lo que le provocó un nuevo pinchazo en el pecho que la paralizó durante unos segundos.

—¿Le ha ocurrido algo… a Roberto? —acertó a preguntar, notando cómo le faltaba el aire.

—Sí, pero está bien. No te preocupes, es un hombre con recursos.

Eva volvió a recostarse, mientras sentía un mareo que achacó a la medicación.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar.

El abogado rodeó la cama y se situó a su lado.

—Roberto ha sufrido un ataque dentro de la cárcel, del que parece que ha logrado salir ileso.

—¿Cómo es posible? ¿No se suponía que estaba separado de los presos comunes?

—Así es, pero no sé qué ha pasado. Mandé a mi ayudante esta mañana a Sevilla para hacerle una visita y que viera qué tal se encontraba, y le dijeron que estaba aislado en una celda de castigo.

—¿Por qué motivo?

—Intentó escaparse.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Eva—. ¿Por qué iba a fugarse de la cárcel?

—Es lo mismo que yo me pregunté, por eso me puse en contacto con un amigo funcionario que conozco dentro de la prisión. Me explicó que trasladaron a Roberto a la enfermería porque su compañero avisó de que estaba inconsciente y sangraba por la cabeza —relató el abogado—. No está claro si se pelearon entre ellos. La cuestión es que lo llevaron a la enfermería, donde un preso común se coló en su habitación y lo atacó con un punzón.

—¡Dios mío! —exclamó Eva, horrorizada—. ¿Cómo puede suceder algo así en una prisión?

—No lo sé. Mi amigo solo sabe que varios funcionarios detuvieron a Roberto y lo metieron en una celda de castigo, donde lleva encerrado desde ayer. Créeme, es más seguro que permanezca allí un tiempo; de ese modo, ningún otro preso podrá atentar contra su vida.

—Hay que sacarlo de allí lo antes posible.

—Estoy en ello. Ya me he puesto en contacto con el juez para solicitar una reunión en la que exigiré su inmediata puesta en libertad. He quedado en reunirme con él y con el fiscal en el juzgado de Cáceres dentro de dos horas —dijo mirando su reloj de muñeca —. Basándome en el ataque que ha sufrido Roberto en prisión, en la detención del sospechoso y en las pruebas que has reunido contra él, además de su confesión, confío en que el juez le conceda al menos la libertad bajo fianza. —Al decir eso, agarró la mano de Eva —. Voy a sacarle de allí, te lo prometo.

Eso hizo que Eva sonriese emocionada. Incluso tuvo que esforzarse para no romper a llorar.

—Gracias —murmuró.

—A ti es a quien hay que dar las gracias. Has hecho un gran trabajo demostrando su inocencia y ahora me toca a mí hacer el resto. Te garantizo que mañana será Roberto quien agarre tu mano.

El abogado se despidió de ella y abandonó la habitación, mientras Eva cerraba los ojos de nuevo, con la esperanza de que Roberto estuviera pronto a su lado.

88

Permanecer en una celda de castigo, sin luz, ventanas, camastro y sin saber cuánto tiempo transcurría, podía ser duro para la mayoría de las personas. Para Roberto se convirtió en una oportunidad para pensar y analizar el desarrollo de los hechos desde que había recibido aquella primera llamada del padre Miguel semanas atrás, pidiéndole ayuda.

Una de las personas de las que más había aprendido a lo largo de su carrera era el agente Ayala, del FBI, con el que había trabajado en los Estados Unidos y posteriormente en Europa, formando parte de un grupo de investigación de la Interpol.

—En ocasiones tenemos la verdad delante de nuestras narices, pero no la vemos porque no somos capaces de dar un paso atrás — le había dicho Ayala en una ocasión.

Eso fue lo que hizo mientras permanecía encerrado entre aquellas cuatro paredes. Demian aseguró que se había gastado mucho dinero en seguir sus movimientos y que, gracias a su «colega», había conseguido su objetivo de verle en prisión. En ese momento, pensó que se refería al teniente Arroyo, compañero de la Guardia Civil. Sin embargo, ahora se planteó si en realidad el sentido que quería darle a esa palabra no era la de compañero de trabajo, sino «amigo».

No tardó mucho en juntar las piezas. En cuanto volvió la vista atrás y analizó los sucesos de los últimos días, un único nombre cruzó por su mente.

—Se ha ganado hasta el último euro que voy a pagarle —había asegurado Demian.

Así que lo había hecho por eso, por algo tan ruin y despreciable como el dinero.

¿Cómo había estado tan ciego?

Todo ese tiempo teniéndolo a su lado, sin darse cuenta de que en realidad estaba esperando una oportunidad para lograr que lo metieran en la cárcel.

Aunque lo más terrible era pensar que había sido capaz de cometer un asesinato para conseguirlo.

Necesitaba hablar con Eva cuanto antes y avisarla antes de que la traicionase también a ella, por ese motivo se puso a golpear la puerta de la celda, primero con las manos y luego dando patadas.

—¡Tengo que salir de aquí! ¡Necesito hacer una llamada! —gritó desesperado.

Sabía que nadie le haría caso, pero tenía que intentarlo. Pasado un tiempo que no supo calcular, decidió desistir y se sentó al fondo, con la espalda apoyada en la pared. Lo volvería a intentar en unos minutos.

Por suerte, no hizo falta. La puerta se abrió y un funcionario apareció tras ella, iluminado por la luz del pasillo.

—Vamos, acompáñame.

—¿Adónde?

—A la sala de visitas. Alguien quiere hablar contigo.

—¿Quién?

—No me lo han dicho.

—¿Es mi mujer?

—Ya te he dicho que no lo sé.

Deseó con todas sus fuerzas que fuese ella. Eso le daría la oportunidad de avisarla del peligro al que se enfrentaba. Al que ambos se enfrentaban.

Salió de la celda con decisión, aunque tuvo que cubrirse los ojos durante unos segundos hasta que se acostumbró a las luces del

pasillo. El funcionario no se encontraba solo, le acompañaban otros dos, que le esposaron con las manos a la espalda. Si los tres funcionarios estaban en nómina de Demian, no les iba a costar mucho quitarle la vida. Por suerte, se limitaron a agarrarlo uno por cada brazo y conducirlo a lo largo de diferentes pasillos.

Le extrañó que no le llevaran a una de las cabinas como la vez anterior, sino a una sala independiente, equipada con una mesa y una silla a cada lado. Augusto Garrido estaba sentado de espaldas a la puerta.

—Hola, Roberto —le saludó poniéndose en pie, para luego dirigirse a uno de los funcionarios—. ¿Pueden quitarle las esposas?

—Lo siento, pero eso no es posible. Ha intentado fugarse.

Sentaron a Roberto al otro lado de la mesa, le quitaron momentáneamente una de las esposas y las fijaron a la argolla situada en el borde, con las manos al frente.

—Quiero hablar con mi cliente a solas —exigió el abogado.

—No hay problema, pero recuerde que esta sala tiene cámaras —dijo el mismo funcionario señalando con el dedo una de las paredes —. Si le entrega algo o se acerca a él de manera sospechosa, entraremos y lo sacaremos de aquí.

—No será necesario.

El abogado tomó asiento frente a Roberto, que esperó a que los funcionarios salieran de la sala para decir:

—Es mentira que intentara fugarme. Quisieron matarme.

—Lo sé. Tengo un amigo aquí dentro que me explicó que te atacaron en tu celda y luego en la enfermería. ¿Estás bien?

—Por suerte, fui capaz de defenderme.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Antes de contarte nada, necesito que avises a Eva de que está en peligro.

—¿Por qué?

—Ayer vino a visitarme alguien. Me dijeron que era mi abogado, pero en realidad era el hombre que lo organizó todo. El hombre que ha intentado estos últimos tres años arruinar mi vida y que es el culpable de que yo esté en prisión. Se hace llamar Demian y es

quien ordenó asesinar a Fonsi y dejar las pruebas en mi contra. Incluso sé quién le ayudó.

—Me temo que te equivocas.

—¿Cómo?

—Eva ha detenido esta mañana al asesino de Fonsi. Su nombre es Ramiro y trabajaba en el complejo de apartamentos donde estabais alojados.

—No puede ser.

—Te aseguro que ha reunido pruebas suficientes contra él. No solo asesinó a Fonsi, sino también al alcalde y a otras cinco personas que la Guardia Civil creía que se habían suicidado. Además, él fue quien intentó asesinarte inyectándote la droga.

—No… no lo entiendo —murmuró confuso.

—Eva te lo explicará todo con detalle cuando os veáis. Lo importante es que tenemos pruebas para demostrar tu inocencia.

—Entonces, ¿va a sacarme de aquí?

—Es lo que intento. Antes de venir, he mantenido una reunión con el juez y el fiscal para tu inmediata puesta en libertad. He presentado las pruebas que Eva me proporcionó y el fiscal no ha tenido más remedio que admitirlas.

—¿Eso quiere decir que van a soltarme ya?

—Hay un problema: tu intento de fuga.

—Ya le he dicho que no intenté fugarme. Les dije eso a los funcionarios para salvar la vida.

—Cuéntame lo que sucedió.

Roberto asintió con la cabeza antes de comenzar su relato.

—Cuando me reuní con Demian, me dijo que no saldría vivo de la cárcel y que moriría muy pronto. No fue una amenaza dicha solo para asustarme. Al regresar a la celda, mi compañero me atacó y me golpeó varias veces en la cabeza, hasta dejarme inconsciente. Pudo matarme con sus propias manos, pero lo que hizo fue avisar para que me llevasen a la enfermería.

—¿Por qué motivo? No lo entiendo.

—Para que fuese un preso común el que acabase con mi vida, alguien a quien no le importaría pasar unos cuantos años más en prisión si le pagaban bien. El atacante llevaba puesto un camisón de

paciente y entró en mi habitación dispuesto a matarme con un punzón. Por suerte, logré escapar, pero al llegar al pasillo me encontré con un funcionario que, en lugar de ayudarme, intentó golpearme con su porra. —Roberto hizo una breve pausa, consciente de que fuera de la sala estaban escuchando todo lo que decía—. Logré esquivarlo, lo derribé de un rodillazo y usé el gas pimienta que llevaba en el cinto y su porra para dejar también fuera de combate al preso. Fue entonces cuando aparecieron más funcionarios por el pasillo, así que decidí no ofrecer resistencia y entregarme. Dije que estaba intentando fugarme porque imaginé que en una celda de castigo estaría más seguro.

El abogado apoyó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Algo como lo que me has contado no es posible sin sobornar a varios funcionarios del centro penitenciario —dijo en voz baja, como si temiese que alguien los escuchase.

—Lo sé.

—Escúchame bien, Roberto. Voy a sacarte de aquí lo antes posible, aunque para eso voy a tener que hablar con el arzobispo Lombardo. Llegados a este punto, creo que es el único que puede ayudarte ahora mismo. Es una persona influyente, con ciertos contactos que podrían agilizar bastante las cosas.

—Espero que esas influencias sirvan para algo más que sacarme de prisión.

—¿Qué quieres decir?

—Sé cómo acabar con Demian para siempre, pero yo solo no puedo, por eso necesito que me ponga en contacto con la gente que es capaz de hacerlo.

El abogado asintió con la cabeza.

—¿Qué necesitas que le diga?

Por primera vez desde que había empezado la charla, Roberto sonrió.

JUEVES, 2 DE ABRIL

89

Eva notó la calidez de una mano agarrando la suya y abrió los ojos. De pie, a su lado, estaba Roberto, mirándola con una amplia sonrisa reflejada en el rostro.

—¿Estoy soñando? —preguntó.

—No, estoy aquí de verdad. El juez decidió retirar los cargos contra mí esta mañana y me han soltado.

—¿En serio?

—Estoy libre —dijo sentándose en el borde de la cama e inclinándose para besar sus labios—. ¿Qué tal estás?

—Mejor, aunque la medicación para el dolor me mantiene adormilada desde ayer, que ingresé en el hospital. ¿Qué hora es?

—Las ocho de la tarde.

Ella le acarició la mejilla.

—No sabes cómo me alegro de verte. Parece que el abogado ha cumplido su palabra de sacarte de la cárcel.

—Tú hiciste la mayor parte del trabajo. Descubriste al verdadero asesino y eso ha hecho que todo dé un vuelco en las últimas veinticuatro horas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué me he perdido?

—Ayer por la tarde, Criminalística realizó un registro de la vivienda de Ramiro y encontraron pruebas suficientes de su culpabilidad. En primer lugar, varias dosis de la droga que utilizaba

para someter a sus víctimas, tanto en aerosol como en líquido. También unos guantes con restos de sangre que suponen que llevaba puestos durante los crímenes, en especial el de Fonsi. Y distintos tipos de cuerdas que coinciden con las que se usaron para simular los suicidios. Aunque la prueba más clara es el diario que Ramiro guardaba en su habitación —añadió Roberto—. Un diario en el que volcaba toda su rabia y explicaba con todo detalle cómo y por qué había matado a cada una de las personas. Las asaltaba rociándoles la cara con el aerosol y a partir de ese momento conseguía que obedecieran su voluntad. Incluso se jactó de lo fácil que resultaba ordenarles que ellos mismos se colocaran la soga alrededor del cuello y luego saltaran. El asesinato del alcalde fue el único que no salió como esperaba. Falló al intentar rociarle la cara y tuvo que golpear su cabeza contra la barandilla para dejarlo inconsciente y arrojar luego su cuerpo por el puente con una cuerda atada al cuello. Los odiaba a todos, incluso a Irene, a la que dictó las palabras que yo escuché de sus labios en mis sueños, solo por el placer de humillarla.

—Está claro que su mente está enferma —murmuró Eva—. ¿Se sabe de dónde sacó la droga?

—Lo están investigando. Creen que se la proporcionó alguien con quien jugaba por internet desde su casa, pero todavía no lo han identificado. En cuanto al plan para inculparme de la muerte de Fonsi, también lo dejó por escrito —prosiguió Roberto—. En realidad no tenía nada en contra de Fonsi, solo le pareció que era el mejor modo de alejar cualquier sospecha de él.

—Se enteró de muchas cosas gracias a que tenía un micrófono oculto en el apartamento.

—Lo sé, el abogado me lo contó. También me dijo que te enfrentaste a Ramiro y lograste grabar cómo lo confesaba todo.

—Aunque me confié en exceso. Pensé que un chaleco antibalas era suficiente para protegerme —dijo Eva llevándose la mano al corazón—, pero no contaba con que me apuñalara en el pecho con un destornillador. Un error que casi pago muy caro.

—Por suerte, no ha sido así —aseguró acariciando su mejilla—. En cuanto te den el alta, volveremos a casa.

—Lo estoy deseando. ¿Tú estás bien? El abogado me dijo que te habían atacado en la prisión y que luego intentaste fugarte.

—En realidad, es más complicado que todo eso. Verás… —Roberto se tomó unos segundos antes de continuar—. He conocido a la persona que ha estado tras los intentos de arruinarme la vida estos tres últimos años. El que hizo que la prensa sacase a la luz mi don y que luego pagó a aquel teniente en Llanes para que me acusase de asesinato.

—¿Y quién es?

—Se hace llamar Demian, aunque dudo que sea su verdadero nombre. ¿Recuerdas el Club Sella, durante nuestro primer caso juntos en Nueva de Llanes?

—Sí.

—Se ve que su hermano estaba implicado y decidió quitarse la vida antes de que lo condenasen por ello. Por eso quería verme en prisión y acabar allí con mi vida, sin que nadie pudiera relacionarle con mi muerte. Esta vez no lo ha conseguido, aunque seguro que lo intentará de nuevo.

—En ese caso, hay que impedírselo como sea —dijo ella, notando cómo el corazón le latía con fuerza contra el pecho.

—No te preocupes, ya me estoy ocupando. Tengo un plan para desenmascararle y voy a contar con ayuda para llevarlo a cabo.

—¿Qué plan? ¿Quién te va a ayudar?

—Te lo contaré a su debido tiempo. Ahora tienes que descansar.

—No voy a descansar hasta que sepa qué tienes planeado en esa cabeza tuya.

Él soltó una breve carcajada.

—Te lo diré en cuanto confirme algunas cosas.

—Está bien. Solo espero que no vuelvas a dejarme sola.

—Será por muy poco tiempo y luego regresaremos a por los niños.

—¿Regresar a por ellos? ¿Qué quieres decir?

—He tenido tiempo para pensar en muchas cosas encerrado en esa celda de castigo. En ti, en mí, en los niños, en lo que nos ha ocurrido los últimos años… Quiero empezar de cero en un lugar lo bastante alejado para dejar todo esto atrás.

—¿Roma no te parece lo suficientemente lejos?

Roberto la miró de un modo que ella conocía muy bien.

—He decidido dejar la Guardia Civil, y esta vez para siempre. Sé que te pido mucho, renunciando a una carrera que te ha costado mucho conseguir y a un trabajo que aseguraría nuestro futuro y el de los niños. Sin embargo, ahora que he perdido mi don, es la oportunidad de llevar una vida normal, y me gustaría hacerlo en un lugar donde no nos conozca nadie y nuestros hijos puedan crecer sin peligro.

—¿Por qué tengo la impresión de que ya has decidido qué lugar será ese?

—No haré nada de esto si tú no estás de acuerdo. Lo más importante para mí es que estemos juntos y…

Eva puso la mano sobre sus labios para que no siguiese hablando.

—No hace falta que me convenzas. Lo de Roma era provisional, ambos lo sabemos, y mi futuro laboral no me preocupa, solo la seguridad de nuestra familia y que los cuatro seamos felices. Perdón, los cinco —rectificó—. No quiero olvidarme de Sella.

—Buscaremos un lugar tranquilo en el que vivir.

—Eso ya sería una novedad en nuestras vidas —dijo ella riendo y besando los labios que él le ofreció.

90

Roberto recibió una videollamada cuando la noche ya había caído sobre la ciudad de Cáceres. Eva se había quedado dormida, así que se metió en el baño para no despertarla y procuró no elevar demasiado el tono de su voz.

A través de la pantalla, observó el rostro del comandante Soria, vestido con su uniforme verde, que le hablaba desde Madrid. Tras un breve saludo inicial, se presentó como comandante al mando de uno de los principales grupos de investigación de la UCO.

Roberto esperaba una llamada de ese tipo, aunque no sabía quién la iba a realizar. Nada más salir de prisión había hablado por teléfono con el arzobispo Lombardo, que le mostró todo su apoyo y puso a su disposición su amplia red de influencias en España. El abogado Augusto Garrido ya le había puesto al corriente de todo lo sucedido, por lo que se entendieron rápido. Roberto le explicó lo que necesitaba y la importancia de tratar con alguien de máxima confianza. Parecía que el comandante Soria era el hombre designado.

—Fue una mala noticia que abandonases la UCO, Fuentes —aseguró el comandante tras la presentación inicial—. Muchos asesinos dejaron de campar a sus anchas por nuestro país gracias a ti y eso es algo que nadie te reconoció como merecías.

—Nunca busqué ese reconocimiento.

—Lo sé, por eso me alegra que ahora podamos trabajar juntos. Antes de nada quiero decirte que me une una gran amistad al arzobispo Lombardo y me he tomado muy en serio toda la información que me ha llegado a través de él. Es más, no ha podido llegar en mejor momento. —El hombre mostró a la cámara varios papeles que sostenía en las manos—. Me explico. Leonardo Palacios Soto es la verdadera identidad del hombre que te visitó en la cárcel y que se presentó como Demian. Lo hemos identificado gracias a las cámaras de seguridad de la prisión. No le sirvió de mucho sobornar al director y a varios funcionarios. En cuanto les hemos apretado un poco, todos confesaron que les habían pagado cien mil euros por cabeza para permitir que te asesinasen dentro de la cárcel. El problema es que recibieron esas órdenes y el dinero a través de un intermediario y en ningún momento tuvieron contacto con Leonardo Palacios, así que no podemos imputarle ese delito.

—¿Quiere decir que no puede detenerle por eso?

—No, aunque no es el único delito que ha cometido. Llevamos varios años investigándolo por blanqueo de capitales, evasión de impuestos, cohecho, tráfico de influencias y alzamiento de bienes. Si no lo hemos detenido a día de hoy es porque el fiscal del caso quería tenerlo todo bien atado, con testigos y pruebas suficientes para que no pueda salir impune. Lo tenemos prácticamente todo, solo necesito un motivo para detenerlo y meterlo entre rejas. Y, según tu abogado, puedes ayudarme con eso.

—Así es. ¿Qué le parecería detenerlo por inducción al asesinato y secuestro? —preguntó Roberto.

—Suena bastante bien.

—Lo mejor de todo es que puedo conseguir un testigo que declare contra él, aunque necesitaré algo de apoyo para conseguirlo.

—Tendrás lo que necesites. Hemos localizado a Leonardo Palacios y ya tengo un equipo de vigilancia encima de él. Está alojado en una finca situada a varios kilómetros de Plasencia, en un lugar apartado. También tengo alertados a dos grupos de asalto para llevar a cabo la detención en cuanto tenga la orden firmada por el juez, pero para eso necesito tu ayuda y la confesión de ese testigo.

Roberto le proporcionó los datos para que pudiera localizarlo, a lo que el comandante tomó la debida nota.

—Pondré a mi gente con ello y mañana a primera hora iremos a por él —aseguró—. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Estoy deseando acabar con esto lo antes posible.

—¿Dónde vas a pasar la noche?

—En el hospital, con mi mujer.

—Pediré que envíen algún agente para protegeros.

—No creo que sea necesario.

—Claro que lo es. Han atentado contra tu vida en la cárcel y nada indica que no vayan a intentarlo de nuevo. ¿Qué hospital es?

—Virgen del Puerto, en Plasencia.

—Te conseguiré protección y mañana a primera hora hablaremos en persona.

—¿Va a venir hasta aquí?

—Créeme, llevo años esperando detener a ese cabrón. No me lo perdería por nada del mundo.

—Gracias por su ayuda, mi comandante.

—No tienes que dármelas. Ojalá mañana podamos celebrarlo juntos.

Roberto también esperaba que fuera así.

VIERNES, 3 DE ABRIL

91

Barrios bajó al comedor dispuesto a disfrutar de un buen desayuno. Era lo que más le gustaba del hotel en el que estaba hospedado: el servicio de restaurante. Había otras cosas que no estaban mal, como la sauna, la piscina o los canales de televisión. Incluso había pasado algún rato en el gimnasio haciendo bicicleta. Sin embargo, el aburrimiento ya había hecho presa de él y, después de cinco días allí encerrado, necesitaba salir de aquel edificio. En cuanto desayunara tenía pensado salir a dar una vuelta por el casco antiguo, desoyendo la orden de Demian. Desde la reunión en el cementerio cinco días atrás, no había vuelto a saber nada de él, ni mensajes ni llamadas, y esa espera le estaba matando.

En ningún medio de comunicación encontró nada referente a que hubiera muerto un preso en el centro penitenciario de Sevilla, aunque supuso que ese tipo de noticias no solían publicarse. De cualquier modo, solo podría quedarse dos días más en Cáceres. El lunes debía presentarse en la comisaría de Jaca tras su larga ausencia, así que esperaba que Demian se pusiera en contacto antes de eso. Estaba en juego el cobro de una sustanciosa cantidad de dinero que arreglaría su futuro para siempre y lo que menos se le pasaba por la cabeza era que no le pagara.

Serpenteó entre las mesas hasta encontrar una vacía al fondo del comedor. Dejó la chaqueta en el respaldo de la silla y luego se

acercó a las mesas de autoservicio, donde se sirvió un buen plato con fiambre, queso y dos cruasanes. También se llenó una taza grande de café solo.

Una vez de regreso a la mesa, comenzó a desayunar con la vista fija en el plato. Untó el interior de uno de los cruasanes con mantequilla y se lo llevó a la boca justo cuando una figura se plantaba delante de él.

—Buenos días.

A punto estuvo de caérsele el cuchillo de la mano al ver de quién se trataba.

—¿Roberto? —preguntó, incapaz de ocultar su desconcierto.

—Pareces sorprendido de verme.

—Pues… claro que lo estoy —dijo poniéndose en pie y forzando una sonrisa que ni él mismo se creyó—. Es decir, me alegro de verte fuera de prisión. ¿Cómo… cómo has salido? —tartamudeó.

—Eva descubrió quién era el verdadero asesino de Fonsi.

—¿En serio? No he visto nada de eso en la prensa.

—Es porque la prensa todavía no ha tenido conocimiento de ello y no se ha hecho público, hasta que caigan todas las piezas del tablero.

—Creo que no termino de entenderte.

—Ramiro era quien estaba detrás de cada uno de los suicidios del valle —comenzó a explicar Roberto sentándose frente a él y haciendo un gesto con la mano para que se sentara también, como así hizo.

—¿Te refieres al chaval que trabaja en el complejo de apartamentos de Jerte?

—Sí. Eva descubrió que tenía motivos para ver muertas a cada una de las víctimas y logró su confesión. Es un poco largo de explicar, pero lo importante es que reconoció haberlos matado a todos, incluidos el alcalde y a Fonsi. A este último lo asesinó para que toda la culpa recayera sobre mí.

—¡Menudo cabrón! —exclamó Barrios entre dientes.

—Sin embargo, hubo alguien más que sacó beneficio de mi detención.

—¿Quién?

—La persona que ordenó secuestrar al padre Miguel para traerme de vuelta a España. Imagino que el plan era que yo cometiese algún error durante la investigación que me llevara a la cárcel, donde intentaron asesinarme.

Si Roberto estaba delante de él en ese momento, quería decir que el plan había fallado.

—¿Han intentado matarte? —fingió sorpresa.

Roberto le miró a los ojos y dibujó una sonrisa que le cortó la respiración.

—Un hombre interesante ese tal Demian. Después de tanto tiempo intentando arruinarme la vida, al final pude verle cara a cara. ¿Sabes que me visitó en prisión?

—¿Hablas en serio?

—Estaba tan seguro de que iba a morir allí dentro que no tuvo reparos en contarme quiénes eran todas las personas que le habían ayudado a conseguirlo. Me sorprendió que una de ellas fuera un amigo en el que yo confiaba.

A pesar de que intentó evitarlo, Barrios comenzó a palidecer. ¿Cómo era posible que Demian se hubiera ido de la lengua de ese modo?

—Pensé en venir a verte ayer —prosiguió Roberto—, después de que mi abogado consiguiera mi libertad, pero necesitaba comprobar algunas cosas antes de mirarte a los ojos.

—No termino de entenderte —dijo, tragando saliva.

—Por cierto, por si te lo preguntas, te hemos localizado gracias al registro del hotel. Un poco caro para tu sueldo de policía, ¿no?

Las pulsaciones de Barrios se aceleraron. Intuía que Roberto estaba jugando con él, por eso trató de mantener la compostura. Lo que menos le interesaba en ese momento era desmoronarse.

—Quería disfrutar de estos últimos días de vacaciones.

—Pues espero que lo hayas hecho, porque van a ser los últimos en mucho tiempo.

—Creo que no te sigo.

—Empecemos por tu viaje a Londres. Cuando nos encontramos en el aeropuerto de Barajas me dijiste que acababas de aterrizar.

—Así es. Estuve viendo a un primo mío que vive en Londres.

—Me mentiste.

—¿Cómo dices?

—¿Sabes por qué lo sé? Por tu pistola.

—¿Qué pasa con ella?

—La llevabas encima cuando llegamos a Jerte. De hecho, la usaste para liberar al padre Miguel.

—Así es.

—El problema es que no tiene sentido que viajaras a Londres con tu arma reglamentaria encima, dado que es necesario un permiso internacional para poder hacerlo. Lo sé porque he trabajado con la Interpol y conozco los protocolos. Alguien que se va de vacaciones no puede viajar armado, deberías saberlo. —Roberto hablaba con una seguridad que le heló la sangre—. Aun así, hemos hablado con todas las aerolíneas que realizaron vuelos de Londres a Madrid ese día y no viajaste en ninguna de ellas.

—Me temo que se han equivocado.

—El que te has equivocado eres tú al tomarme por estúpido. Hemos obtenido los datos de posicionamiento de tu teléfono móvil de las últimas semanas. Sabemos que nunca saliste de España y que estuviste en la casa donde tenían secuestrado al padre Miguel el día antes de liberarle. Incluso sabemos que el domingo pasado, un día después de mi detención, visitaste el cementerio de soldados alemanes situado cerca del monasterio de Yuste. Me pregunto con quién te reuniste allí.

A pesar de sentirse completamente acorralado, Barrios trató de defenderse.

—Eso no demuestra nada.

—Demuestra mucho, aunque voy a contarte algo que te ayudará a decidir de qué parte te interesa estar en este asunto. —Roberto se inclinó hacia delante para mirarle directamente a los ojos—. Cuando hablé con Demian, me dijo algo muy interesante: «Tu colega se ha ganado hasta el último euro que voy a pagarle». Hemos descubierto que ya te realizó un pago hace unos meses, después de nuestra primera investigación juntos. Imagino que fue un pago por informarle de mis movimientos. Eso ya es motivo suficiente para meterte entre rejas una temporada, así que mi pregunta es: ¿qué

hará Demian cuando sepa que te hemos detenido? ¿Crees que te permitirá vivir mucho tiempo en prisión?

Barrios no tuvo que esforzarse para adivinar la respuesta.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Que nos ayudes.

—¿A quiénes?

—Pronto lo sabrás. Ahora mismo lo mejor es que continuemos hablando en otro lugar.

Barrios echó un vistazo al comedor y vio que varios ojos estaban posados en él: un tipo situado junto a la puerta y dos más sentados en una mesa cercana.

—Imagino que no has venido solo —murmuró.

—Imaginas bien. ¿Nos vamos? —preguntó Roberto a la vez que se ponía en pie.

Los hombres de la mesa también se incorporaron y se situaron a ambos lados de Barrios. A pesar de que todos vestían ropa de paisano, por su aspecto intuyó que eran guardias civiles.

Si algo tuvo claro en ese momento fue que ya podía despedirse de la vida de lujo con la que había soñado durante los últimos meses. La oportunidad de tener una vida mejor se había esfumado para siempre. Ahora debía preocuparse de su vida y de que Demian no tuviera la oportunidad de acabar con ella.

—Te ayudaré en todo lo que necesites —dijo mientras caminaba al lado de Roberto—, a cambio de protección.

—La tendrás si nos ayudas.

92

A Roberto le habría encantado participar de forma activa en la detención de Demian, pero el comandante Soria le dio dos motivos bastante convincentes para no hacerlo.

—No estás autorizado para formar parte del operativo y, sobre todo, temo lo que serías capaz de hacerle si se resiste.

En eso no se equivocaba. Le habría encantado tener una pistola en la mano y que Demian se resistiese durante el arresto para hacerle pagar por todo el sufrimiento que le había causado, tanto a él como a su familia. Por desgracia, eso habría provocado que regresara a prisión, por eso aceptó ser un mero testigo de la detención desde el coche del comandante.

A través de la radio escuchó cómo los agentes que lo vigilaban de incógnito informaban de sus movimientos. Demian poseía una finca a veinte kilómetros de Plasencia, cerca de la autovía A-66. Un lugar tranquilo y apartado, protegido por un muro de tres metros de altura, con varias cámaras de seguridad y sensores a lo largo del perímetro. Por ese motivo lo vigilaban desde una distancia prudencial y con unos medios que les permitían observar sin ser detectados.

—La imagen del dron muestra que ya van a salir —escuchó en la radio del vehículo.

Roberto, sentado en el asiento de atrás del coche patrulla, miró por encima del hombro del comandante y vio en la imagen cenital que recibía en el iPad que sostenía en las manos. El equipo de seguridad de Demian estaba metiendo las maletas en uno de los dos coches que había en el interior de la finca, frente a la puerta principal de la vivienda.

El motivo de esa huida había sido provocado de forma hábil por el comandante Soria. Apenas una hora antes, la prensa había hecho pública la detención de Ramiro como autor del asesinato del alcalde de Jerte, así como la puesta en libertad de Roberto. El operativo ya llevaba montado desde la noche anterior, a la espera de actuar. Lo previsible era que Demian decidiera abandonar Plasencia una vez tuviese conocimiento de que su plan había fallado estrepitosamente, como así estaba sucediendo.

Dos equipos del Grupo de Acción Rápida estaban preparados para detenerle fuera de la finca, donde el riesgo de tiroteo con los cuatro hombres que lo protegían sería bastante menor. Existía una única carretera que iba desde la finca hasta la incorporación a la autovía, por lo que era relativamente fácil montar una emboscada a mitad del recorrido.

—Ya salen —informó por radio el agente que manejaba el dron—. El objetivo va en el segundo vehículo.

—Todos preparados —ordenó el comandante a continuación—. Que no se nos escape.

Roberto observó el transcurso de los hechos a través de la pantalla, mientras los nervios y la ansiedad le atenazaban el estómago. Necesitaba que la detención fuera un éxito.

En cuanto los dos vehículos abandonaron en hilera la finca, los equipos actuaron con rapidez. Un equipo del Grupo de Acción Rápida bloqueó la carretera a trescientos metros de la casa, atravesando dos vehículos todoterreno en ella y cruzando una cadena de pinchos de una cuneta a otra. Un segundo equipo, oculto en una arboleda cercana con acceso a la carretera, se situó tras el último coche de la comitiva, bloqueando la posible vía de escape. Una maniobra perfecta que terminó en pocos minutos con la rendición de Demian y sus hombres sin ofrecer ninguna resistencia.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Roberto cuando la cámara del dron hizo zoom y pudo ver la cara de desconcierto del hombre que había amenazado su vida y la de su familia, mientras dos agentes lo tumbaban bocabajo en el suelo y le ponían las esposas.

—Ya lo tenemos —dijo el comandante Soria devolviéndole la sonrisa—. Tu familia y tú podréis dormir tranquilos.

—Antes necesito mirarle a la cara y decirle que pagará por todo el daño que nos ha hecho —murmuró entre dientes.

93

Dos horas después, el hombre que había intentado arruinar su vida y la de su familia permanecía sentado en una sala de interrogatorios de la comandancia de Cáceres, acompañado de su abogado. Con aparente serenidad, escuchó de labios del comandante Soria la lectura de los cargos que se le imputaban. Su reacción fue de indiferencia. Durante el interrogatorio posterior, se negó a responder a ninguna de las preguntas, por consejo de su abogado. Algo que no sorprendió a nadie y menos a Roberto, que observaba la escena a través de los monitores de una sala anexa.

Cuando el comandante salió al pasillo, Roberto acudió a reunirse con él.

—Era previsible que no dijese nada —dijo el oficial—, así que le he concedido unos minutos para hablar con su abogado. Luego lo trasladaremos al juzgado para que pase a disposición judicial.

—¿Podría entrar para hablar con él un minuto?

El comandante frunció el ceño ante esa petición de Roberto.

—Ya te dije que no podías intervenir en el proceso.

—Solo quiero mantener una breve conversación.

—No ha querido hablar conmigo y tampoco lo va a hacer contigo.

—No necesito que hable. Solo quiero que me escuche.

—¿Y qué esperas conseguir con eso?

—Proteger a mi familia —aseguró Roberto.

—¿Cómo?

—Eso es cosa mía.

—Su abogado no te dejará hablar con él y menos a solas.

—Yo creo que sí. La gente con un ego tan grande como el suyo desea reírse a la cara de los demás para que vean lo importante que es. Quiero darle la oportunidad de que lo haga.

—Está bien, pero procura no tocarle ni un pelo. Solo nos falta que su abogado nos acuse de acoso policial.

—No se preocupe, le prometo que no me acercaré a menos de un metro. No es la primera vez que me enfrento a gente como Demian.

El comandante Soria asintió con la cabeza y Roberto entró en la sala de interrogatorios, cerrando la puerta a su espalda. La expresión de desconcierto de Demian al verle hizo que una sonrisa se dibujase en sus labios mientras se aproximaba.

—¿Te sorprende verme aquí?

—No puede hablar con mi cliente —dijo el abogado poniéndose en pie, a lo que Demian reaccionó agarrándole del brazo.

—Tranquilo, siéntate. Tengo curiosidad por saber qué quiere.

—Disfrutar de este momento —aseguró Roberto, deteniéndose a un par de metros de la mesa tras la cual los dos estaban sentados, mirándole de frente.

—¿En serio crees que voy a ingresar en prisión? —se burló Demian.

—Me temo que vas a estar allí más tiempo del que te crees.

—Te equivocas. En cuanto veamos al juez, mi abogado pagará la fianza y mañana estaré en casa a la hora de cenar.

—Los dos sabemos que eso no va a suceder. Vas a pasar muchos años a la sombra.

El hombre soltó una sonora carcajada que inundó la sala.

—No tienes ni puta idea de lo importante que soy ni de la gente con la que me codeo. —Al decir eso, su abogado le susurró algo al oído, que él ignoró alzando la mano para que se callara—. Ellos son los primeros interesados en que yo no entre en prisión.

—¿Eso crees?

—Estoy seguro.

—¿Y no te has planteado que a tus amigos lo que menos les va a interesar es que te relacionen con ellos? —Demian no dijo nada, lo que le animó a continuar—. Tengo una propuesta.

—No pienso hacer ningún trato contigo.

—La propuesta no va dirigida a ti, sino a tu abogado.

—¿A mí? —respondió el hombre, desconcertado.

—Durante años he usado mi don para atrapar a asesinos y psicópatas. Es una cruzada a la que he dedicado una parte de mi vida y que deseo dejar atrás para dedicarme a mi familia. Quiero irme lejos de aquí para empezar de cero, pero estoy dispuesto a renunciar a todo eso si me obligan.

—No termino de entenderte —murmuró el abogado.

—Puede que su cliente tenga amigos muy importantes, pero le aseguro que no lo son tanto como los que me apoyan a mí. Personas que tienen la ley de su parte y que cuentan con la ayuda de políticos, cuerpos policiales y jueces. Y el hecho de que su cliente esté aquí ahora es prueba de ello.

—Solo estás fanfarroneando —dijo Demian.

Roberto lo ignoró y centró la mirada en el abogado.

—Estoy dispuesto a usar mi don para meter en la cárcel a todos esos amigos de los que presume su cliente y no descansar hasta conseguirlo.

—¡Eres un mentiroso! —exclamó Demian poniéndose en pie y señalándole con el dedo—. ¿Crees que no sé que has perdido tu don? Barrios me lo contó.

—Barrios solo te contó lo que querías oír para cobrar el dinero que le habías prometido. Nunca perdí mi don.

—Mientes.

—En ese caso, no tendrás inconveniente en estrecharme la mano.

Al decir eso, Roberto dio un paso hacia adelante y alargó la mano hacia él. Demian se limitó a mirarla como si fuese una barra de hierro candente, tal y como esperaba.

—Esta conversación ha terminado —dijo sentándose de nuevo.

—Ya tiene una propuesta que transmitir a sus amigos —prosiguió Roberto dirigiéndose de nuevo al abogado—. Si me dejan en paz,

me olvidaré de ellos. Podrán seguir con sus negocios y yo viviré tan lejos de aquí que nunca supondré una amenaza para ellos. En caso contrario, no quieran descubrir lo que soy capaz de hacer.

El abogado asintió levemente con la cabeza, tras lo cual Roberto les dio la espalda y se dirigió a la salida. Antes de salir, se volvió una última vez para mirar a Demian. En sus ojos vio que la rabia le invadía.

—Volveremos a vernos —aseguró el hombre apretando los dientes.

—Yo creo que no —le replicó antes de cerrar la puerta a su espalda.

Una vez en el exterior, Roberto tomó aire y trató de recuperar el ritmo normal de sus pulsaciones. Había sido un encuentro breve, pero intenso.

—¿Estás bien? —preguntó el comandante Soria saliendo de la sala anexa desde la que había presenciado toda la conversación.

—Mejor que antes de entrar.

—¿Crees que vas a conseguir algo?

—Por la mirada del abogado, espero que sí. Esos amigos de los que presume Demian no creo que lo apoyen una vez ingrese en prisión.

—Y, aunque lo hicieran —añadió el oficial—, las pruebas que tenemos contra él son demasiado abrumadoras como para que se libre de la cárcel.

—Lo único que me preocupa ahora es que mi familia esté a salvo.

—¿De verdad piensas empezar de cero en otro lugar? —preguntó el comandante—. ¿Vas a dejar la Guardia Civil?

—Esa es la decisión que he tomado.

—¿Y no hay nada que te haga cambiar de opinión? —El hombre posó la mano en su hombro, de forma cariñosa—. Me encantaría tenerte en mi grupo de investigación. Tenemos mucho trabajo por delante y muchos Demian a los que detener.

—Yo ya he hecho mi parte, a pesar de que no siempre se me haya reconocido por ello. Ahora les toca a otros hacer la suya.

—Te entiendo. La verdad es que vivimos en un país en el que cada vez hay más gente que se cree que está por encima de la ley, por eso entiendo que quieras llevarte a tu familia lejos de aquí. Al menos quiero que sepas que puedes recurrir a mí si algún día decides regresar.

—Gracias por el ofrecimiento.

—A ti por ayudarnos —dijo el comandante estrechándole la mano a continuación—. Por cierto, eso que dijo Demian sobre tu don… ¿Es cierto que lo has perdido?

Roberto se limitó a sonreír y caminó a la salida sin mirar atrás.

Una nueva vida empezaba para él.

SÁBADO, 4 DE ABRIL

94

Roberto apretó la mano de Eva, mientras la observaba sentado en el borde de su cama, en la habitación del hospital de Plasencia.

—¿Entonces te parece bien?

—Sabes que cualquier cosa que signifique estar juntos me parece bien —respondió ella esbozando una sonrisa—. Eso es lo más importante para mí. Eso y que nuestra familia esté unida y a salvo.

—Creo que allí lo estaremos y, si no es así, siempre podemos buscar otro lugar. Incluso regresar a España.

Eva negó con la cabeza.

—Creo que has elegido bien y que nuestros hijos tendrán más oportunidades allí que aquí.

—¿Aunque esté un poco lejos?

—Especialmente si está lejos de aquí. Estabas en lo cierto —dijo ella apretando su mano—. Es hora de dejar atrás este trabajo y empezar de cero. La propuesta que te ha hecho el arzobispo Lombardo me parece muy buena.

—A mí también, pero quiero que los dos estemos de acuerdo.

—Lo estamos.

Roberto se inclinó y besó sus labios. Un beso delicado y cargado de amor, que fue interrumpido por una voz que les habló desde la puerta.

—Perdón, no quería molestar. Puedo volver más tarde.

Roberto se separó de ella y sonrió al ver al recién llegado.

—Buenos días, padre. ¿Ya le han dado el alta?

—Hace unos minutos —respondió el padre Miguel, aproximándose a ellos—. Me vuelvo a Asturias, pero antes quería despedirme.

—¿No le apetece quedarse por aquí unos días más?

Lo dijo con una ironía que el cura captó de inmediato.

—Tengo una parroquia que me espera. Además, como te dije ayer cuando me visitaste en mi habitación, tengo ganas de respirar el aire del mar. Puede que incluso me atreva a darme un baño en la playa de Cuevas del Mar.

—El agua del mar es excelente para las heridas. Yo siempre que me caía de la bici de crío me daba un baño en la playa y las heridas de mis rodillas se curaban más rápido.

—Mis heridas son más bien internas.

Roberto entendió al momento a qué se refería.

—Sé que es difícil recuperarse mentalmente después de sufrir un secuestro, pero piense que hay mucha gente que le aprecia y que se alegrará de verle bien.

—¿Te refieres a los feligreses?

—No solo a ellos. Ha ayudado usted a mucha gente a lo largo de su vida. No deje que esta mala experiencia empañe esos buenos recuerdos.

—Lo intentaré —dijo acercándose al pie de la cama—. Roberto, quiero darte las gracias de nuevo por haber venido hasta aquí para buscarme.

—Era lo menos que podía hacer.

—Pusiste en juego tu vida por mí.

—Por suerte, todo salió bien y la persona que estaba detrás de todo ya no podrá hacer daño a nadie más.

—Sí, lo he visto esta mañana en las noticias. Está claro que la justicia divina termina alcanzando a todo el que hace el mal.

—El karma no perdona —añadió él dejando escapar una sonrisa.

A las siete de la mañana, Roberto había recibido una llamada del comandante Soria para comunicarle una noticia que, aunque inesperada, en el fondo deseaba recibir.

—Quiero que lo sepas antes de que se haga público en todos los medios de comunicación —le había dicho el oficial.

Demian, o Leonardo Palacios Soto, como lo conocía el resto del mundo, no había sobrevivido a su primera noche en prisión.

Tras decretar el juez su ingreso en prisión, sin posibilidad de libertad bajo fianza, fue trasladado al centro penitenciario de Cáceres. Pocas horas después fue atacado por varios presos mientras hacía cola en el comedor para recoger la cena. Recibió varias puñaladas, una de las cuales le alcanzó el corazón. Murió sobre un charco de sangre antes de poder siquiera defenderse.

Lo primero que Roberto sintió al conocer la noticia fue alivio. El peor enemigo al que se había enfrentado hasta el momento estaba muerto. Ya no podría hacerles más daño a él o a su familia. Un justo castigo para alguien a quien el deseo de venganza había cegado de un modo que incluso le costaba comprender.

Supuso que su asesinato era cosa de esos amigos de los que Demian tanto presumía, esos que pensaba que le protegerían y le sacarían de la cárcel, dado que lo conocía todo sobre sus negocios. Estaba claro que no los conocía tan bien como pensaba y no había sido consciente de que no podían arriesgarse a que hiciese un trato con las autoridades para librarse de la cárcel. Su sentencia de muerte estaba firmada desde el momento de su detención.

Si Roberto había tenido algo que ver en su muerte era algo que nunca llegaría a saber. Su amenaza velada al abogado de Demian, respecto a lo que haría si no le dejaban en paz, era también un mensaje que sus amigos habían captado con claridad: «Si mi familia y yo estamos a salvo, os dejaré en paz».

Y el mejor modo de conseguirlo era eliminando a Demian de la partida.

—¿Qué se sabe del padre Francisco? —preguntó el cura, sacándole de sus pensamientos.

—Su caso está en manos de la Guardia Civil. Y me imagino que también de la Iglesia.

—No sabes cómo lamento que por mi culpa…

—Usted no tuvo la culpa, padre —le interrumpió Roberto—. Fue él quien le utilizó para lograr sus propios fines. Quién iba a pensar

que todo lo había hecho por dinero.

Barrios no era la única persona a la que había sobornado Demian. Según descubrió la Guardia Civil, el párroco de Jerte recibió una importante suma de dinero a cambio de llamar por teléfono a Roberto para comunicarle la desaparición del padre Miguel. Dinero que utilizó para llenar las arcas de su parroquia y reparar el tejado de su iglesia, pero también para comprarse un coche nuevo. No de segunda mano, como había asegurado.

El plan del párroco de Jerte era utilizar los suicidios del valle para conseguir ese dinero, después de que instancias superiores de la Iglesia se lo hubieran denegado en repetidas ocasiones. La existencia de un demonio que poseía a las víctimas creyó que le ayudaría a lograr su objetivo.

La idea la sacó de un artículo que encontró en internet, en el que se hablaba de unas posesiones en el Valle del Jerte durante la Edad Media, probablemente el mismo que había leído Roberto de camino al lugar.

Recurrió al obispado primero y luego al Vaticano, pensando que alguien se implicaría en los sucesos y de ese modo conseguiría dinero para financiar las misas y exorcismos necesarios para expulsar al demonio del valle. Al ver que no era así y que nadie le creía, optó por contactar con el padre Miguel, cuyo pasado como exorcista creyó que le daría la credibilidad que necesitaba.

Finalmente, cuando recibió una llamada telefónica en la que le proponían pagarle una buena suma de dinero a cambio de solicitar la ayuda de Roberto, no dudó en aceptar.

—Que lo destituyan de la parroquia es lo menos grave que le podría pasar —comentó el padre Miguel.

—De todas formas, son asuntos que ya escapan a nuestro control. ¿Cuándo regresa a Asturias?

—Cojo un tren para Sevilla en un par de horas y de ahí un vuelo a Asturias. ¿Vosotros qué vais a hacer? Imagino que regresaréis a Roma.

—Solo para hacer las maletas —dijo Roberto con una media sonrisa.

—¿Vais a aceptar la propuesta de la que me hablaste ayer?

Roberto miró a Eva, que asintió con la cabeza.

—Hemos decidido empezar de cero lejos de aquí —comentó ella.

—Me alegro. Los dos sois muy jóvenes todavía y creo que allí vuestros hijos tendrán más oportunidades.

—Eso pensamos también. Recuerde que prometió visitarnos.

—Eso lo dije cuando pensaba que seguiríais en Roma —dijo, sonriendo—. Ahora me pilla bastante lejos, aunque nunca se sabe. Quizá el día que me jubile me acerque a saludaros.

—No sabía que los curas se jubilaran —le replicó Roberto soltando una breve carcajada.

—Hasta Dios Nuestro Señor descansó el séptimo día. Yo también tendré que descansar, llegado el momento —le replicó riendo a su vez.

Acto seguido, el padre Miguel se despidió de ellos deseándoles lo mejor para la nueva vida que iban a iniciar.

Roberto no pudo evitar emocionarse al estrecharle la mano. Era mucho lo que le unía a aquel hombre, por eso esperaba que no fuera la última vez que se vieran.

95

Eva recibió el alta médica a media mañana, por lo que Roberto y ella decidieron viajar a Madrid para coger el avión que despegaba a última hora de la tarde con destino a Roma. El abogado Augusto Garrido puso a su disposición su chófer y su coche para llevarles hasta el aeropuerto de Madrid. Incluso se ocupó de gestionar los billetes.

Minutos antes de abandonar el hospital recibieron la visita del sargento Llamazares, al que agradecieron su ayuda para la detención de Ramiro, especialmente Eva.

—Espero que todo te vaya bien, Llamazares —le había dicho ella al despedirse.

Él la miró con aire triste y dijo con una leve sonrisa:

—Mi mujer y yo hemos decidido sentarnos a hablar de nuestro futuro. Si algo me ha enseñado la pérdida de Irene es que solo se vive una vez y ambos merecemos ser felices, aunque eso suponga separar nuestros caminos.

Unas horas más tarde, cuando ya se encontraban en el aeropuerto de Madrid esperando el embarque, Roberto recibió una llamada del comandante Soria.

—¿Ya estás de vuelta en Roma?

—Espero hacerlo pronto. El avión despega en media hora —le respondió.

—En ese caso te alegrará saber que la investigación va mucho mejor de lo que esperábamos. Un equipo de la UCO ha registrado la vivienda de Leonardo Palacios en Madrid y tenemos multitud de pruebas que demuestran sus actividades delictivas. Las suyas y las de otras personas —dijo con un tono de profunda satisfacción.

—Es una buena noticia.

—Aunque lo hayan asesinado en la cárcel, los documentos que estamos encontrando en su casa van a permitir que caiga más gente. Te lo comento porque nos quedan muchos meses por delante de investigación y nos vendría muy bien contar con tu ayuda. Por tu expediente, sé que antes de investigar crímenes participaste en alguna operación de este tipo y…

—Lo siento, no me interesa —le cortó Roberto de forma más brusca de lo necesario, lo que le obligó a añadir—: Le agradezco que haya pensado en mí, mi comandante, pero ya le dije que estoy decidido a abandonar la Guardia Civil.

—Pensé que quizás cambiarías de opinión, una vez retiraran los cargos en tu contra.

—Ha sido una decisión bien meditada y que ya no tiene vuelta atrás. Creo que he sacrificado demasiado estos años y es hora de que piense solo en mi bienestar y en el de mi familia.

—Me parece bien, pero tenía que intentarlo… otra vez —dijo soltando una breve risa—. De todas formas, me reitero en que puedes contactar conmigo si algún día lo necesitas.

—Hay una cosa que sí me gustaría saber antes de irme y es la situación del inspector Barrios. ¿Sabe qué va a pasar con él?

—Su confesión de que Demian estaba implicado en el secuestro del cura y que incluso ordenó su asesinato nos permitió detenerle, algo que el fiscal tendrá en cuenta. No obstante, siguen sin aclararse las circunstancias del tiroteo en el que murieron los dos sicarios. Lo más probable es que no pase mucho tiempo en la cárcel, aunque seguro que lo expulsan del Cuerpo Nacional de Policía. Es lo que ocurre cuando la ambición nubla el juicio de las personas.

Roberto no sintió pena por él. Le pareció poco castigo para alguien dispuesto a sacrificar las vidas de otras personas, en especial la suya, a cambio de dinero.

Se despidió del comandante y acto seguido agarró de la mano a Eva, mientras la fila de embarque comenzaba a avanzar.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

—Sí. Parece que Demian no es el único que va a caer. En su casa han encontrado mucha documentación que implica a otras personas en sus oscuros negocios. Seguramente, son los mismos a los que les interesaba que muriese antes de llegar al juicio.

—Y te han pedido que te quedes a ayudarles, ¿verdad?

—Sí, pero ya le he dicho al comandante Soria que lo dejo. Creo que es hora de cerrar un ciclo en nuestras vidas y empezar otro. Hemos detenido a muchos asesinos y criminales y, aun así, me encerraron en una celda sin concederme el beneficio de la duda.

—Si lo dices por el teniente Arroyo…

—No lo digo solo por él. Al menos tuvo la decencia de llamarme para disculparse por haberme detenido injustamente. Lo digo porque estoy cansado de remar contracorriente. Lo único que quiero ahora es vivir feliz al lado de mi familia.

—¿Y si recuperas tu don algún día?

—Esta decisión no tiene nada que ver con mi don, sino con sentir que lo que hago sirve de algo y que no soy el único interesado en acabar con el mal que se extiende por este mundo. Estoy cansado, Eva. Cansado de sacrificarme y de poner en riesgo la vida de la gente que quiero para que luego a nadie le importe.

—A las víctimas sí que les importa. Y a sus familiares, también.

—Lo sé, pero otros tendrán que hacer nuestro trabajo. Nosotros ya hemos sacrificado bastante por él, ¿no te parece? —Lo dijo con una rabia que no fue capaz de contener.

—Está bien, pero no te enfades conmigo. Sabes que te apoyo. Solo quiero que estés convencido y que no hagas esto solo por mí y por los niños.

—También lo hago por mí. Además, estoy ilusionado con nuestra nueva vida.

—Yo también lo estoy y seguro que los niños se van a poner muy contentos cuando se lo contemos —aseguró ella besando sus labios —. Y si las cosas no salen como esperamos, siempre podremos volver a Asturias.

Roberto no dijo nada. A pesar de que Asturias era su tierra y de que nunca se desligaría de ella, su deseo era dejar atrás su pasado y comenzar de una nueva vida muy lejos de allí.

Esperaba conseguirlo.

EPÍLOGO

Roberto contempló las tranquilas aguas del lago Wallowa. Desde que había pisado por primera vez aquel lugar situado en el territorio más salvaje de Oregón, se sentía conectado a él de un modo difícil de explicar. Era como si su alma formara parte de todo cuanto le rodeaba, proporcionándole una paz que llevaba mucho tiempo sin experimentar.

Hacía tres meses que había llegado con su familia a los Estados Unidos, aunque no había tenido la oportunidad de realizar ese viaje hasta ese día. Vivían en Washington D. C., donde el arzobispo Lombardo desempeñaba ahora sus funciones de nuncio. Es decir, de embajador del Vaticano.

La propuesta del arzobispo había sido imposible de rechazar. Puso a disposición de Roberto y su familia una casa propiedad de la Iglesia, la típica casa americana con dos plantas y jardín delantero, situada en un barrio tranquilo y cercano al colegio en el que matricularon a sus hijos. También les ofreció, tanto a Eva como a él, trabajar para el Vaticano como asesores. Su labor consistía en ocuparse de la seguridad interna del edificio que ocupaba la Nunciatura Apostólica del Vaticano, dado que la seguridad exterior era competencia del Servicio Secreto de los Estados Unidos. Un puesto con poca carga de trabajo, muy bien pagado y que les permitía pasar bastante tiempo con sus hijos.

Después de tres meses viviendo en los Estados Unidos, los cuatro se habían habituado muy bien a su nueva vida. Los niños estaban muy contentos con el nuevo colegio y los amigos que estaban haciendo. El idioma no parecía ser un obstáculo para ellos, ya que cada vez lo hablaban con mayor fluidez. Eva estaba encantada con su nueva casa y con el grupo de amigas a las que conoció en el barrio residencial, con las que tomaba café un par de veces a la semana. Incluso Sella disfrutaba de su nuevo hogar y de los paseos que daban a diario por el parque de Glover Archbold, situado cerca de casa.

En resumen, se sentían parte de una comunidad y de un país que les había acogido con los brazos abiertos, dejando atrás un pasado que parecía ya enterrado entre recuerdos.

El viaje a Oregón que empezaba ese día había sido idea de Eva. Aprovechando las vacaciones escolares de los niños, le propuso a Roberto cogerse unos días para viajar juntos hasta el lago Wallowa. El plan era navegar en canoa y pasear por unos parajes donde la naturaleza no había sido invadida por la masificación industrial. Cogieron las maletas, un avión y se alojaron en el mismo hotel donde habían estado cuatro años antes, cuando Eva estaba embarazada de Emily.

Llegaron de noche, así que esa mañana, mientras los niños dormían y Eva deshacía las maletas, Roberto decidió dar un paseo hasta el lago.

Echó de menos a Sella, que se había quedado al cuidado de unos vecinos para no hacerla pasar por el mal trago de viajar en avión. Bastante mal lo había pasado en el viaje de España a los Estados Unidos.

De camino al lago, Roberto pasó junto a un lugar que conocía muy bien: la cabaña de Alce Blanco, convertida en tienda de artículos para turistas ya desde su anterior visita. Le llamó la atención no ver el cartel de «Sweat Lodge», por eso se asomó a la parte de atrás del edificio. La cabaña de sudor ya no existía, había desaparecido. Nada quedaba de la construcción en forma de cúpula usada por los nativos para realizar una ceremonia de purificación y de conexión con los espíritus.

Alce Blanco era el chamán con el que Roberto había realizado esa ceremonia, en la que su don evolucionó de un modo que nunca imaginó. No solo su percepción aumentó, sino que después de esa ceremonia pudo comunicarse con los cadáveres con solo posar su mano sobre ellos, lo que utilizó para detener a muchos asesinos a partir de ese día.

Le decepcionó no ver la cabaña. Y no porque desease recuperar su don. De hecho, su vida ahora era tan normal como la de millones de personas. Ya no soñaba con víctimas ni sentía nada especial al estar en un lugar donde se hubiera cometido un crimen. Nada de presentimientos o intuiciones.

Y, sin embargo, desde que había perdido el don, sentía un vacío en su interior que no podía explicar, como si le hubiesen arrancado una parte de su cuerpo.

Decidió continuar su camino en dirección al lago, al igual que hacían algunos turistas que iban en sus vehículos siguiendo su misma dirección. El cielo estaba completamente despejado y azul, lo que aventuraba un espléndido día.

Estaba cerca de llegar a su destino cuando ocurrió algo que le sobrecogió. Un intenso viento comenzó a soplar, acariciando su rostro y meciendo las copas de los árboles, que emitieron un sonido similar al de un susurro. Incluso creyó escuchar una voz que pronunciaba su nombre.

Roberto… Roberto…

Tan solo duró unos segundos y, tal como había llegado, el viento desapareció, dejándole desconcertado y preguntándose si se lo había imaginado. Incluso miró a su alrededor para comprobar si alguien más había sido testigo de ese fenómeno, pero descubrió que estaba completamente solo.

Finalmente, decidió que lo mejor era continuar hasta el aparcamiento situado al pie del lago, donde a esa hora temprana de la mañana había ya una veintena de coches. Varias familias comenzaban a ocupar las mesas de pícnic situadas en el césped, con sus neveras y bolsas de comida, mientras otras clavaban las primeras sombrillas en la zona de baño situada a la derecha.

Roberto se acercó a la orilla y se quedó allí de pie, observando cómo el horizonte se reflejaba en la superficie del lago. Sin duda, aquel era un lugar que le transmitía una paz como muy pocos que hubiera conocido antes. Incluso cerró los ojos y dejó su mente en blanco para disfrutar del momento.

—No estaba seguro de que fueras tú —le sobresaltó una voz a su espalda que hablaba en perfecto español—. ¿Qué haces aquí, Rober?

Al escuchar su nombre, se giró y se encontró con un rostro que conocía muy bien. Era el agente Ayala, del FBI, con el que había trabajado en el pasado y la persona gracias a la cual viajó a los Estados Unidos por primera vez. Vestía pantalón corto y camiseta, y se le veía sudoroso, como si viniera de hacer deporte.

Por un momento, Roberto no supo cómo reaccionar. Llevaba tres meses viviendo en el país y solo en ese momento cayó en la cuenta de que no había tenido la deferencia de comunicarse con él. Ni siquiera de llamarle por teléfono. Un error imperdonable que ahora no sabía cómo justificar.

Por suerte, Ayala se acercó y le dio un abrazo antes de que dijera nada.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

—Y yo a ti —respondió Roberto.

El agente lo soltó y dio un paso atrás para mirarle a los ojos.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás de vacaciones?

—No exactamente. Yo… —Roberto no supo muy bien cómo decirlo—. Ahora vivo en Washington D. C. con mi familia.

—¡Me tomas el pelo!

—Es una historia bastante larga. La versión corta es que he dejado la Guardia Civil y ahora trabajo como asesor de seguridad para el Vaticano, en la Nunciatura de Washington.

—¡Vaya, menudo cambio! ¿Cómo has conseguido algo así?

—Trabajé para el Vaticano hace unos meses e hice amistad con el arzobispo que ahora ocupa el puesto de nuncio. Nos ha ofrecido trabajo a Eva y a mí, así que nos hemos venido a vivir a los Estados Unidos con los niños.

—¿Y qué pasa con vuestro trabajo en la Guardia Civil?

—Ya te dije que es una historia larga de explicar.

—Pues estoy deseando que me la cuentes tomando una cerveza —dijo Ayala, soltando una carcajada a continuación—. ¿Estás aquí con la familia?

—Sí, hemos decidido cogernos unos días de vacaciones.

—Pues ha sido una casualidad que nos encontremos aquí. Yo acabo de regresar de Tokio, después de pasar allí cuatro meses. El Gobierno japonés quiere crear un grupo de investigación al estilo del FBI y necesitaba asesoramiento en cuanto a organización, manejo de datos, especialización de agentes y esas cosas. No quiero aburrirte con los detalles —aseguró poniendo la mano sobre su hombro.

Roberto forzó una sonrisa y finalmente decidió sincerarse.

—Lo siento, debería haberte llamado al llegar a Washington.

—¡Tonterías! Seguro que tenías muchas cosas de las que ocuparte. Además, ahora que vamos a ser vecinos, tendremos tiempo para vernos.

—¿Vecinos?

—Tienes delante de ti al nuevo subdirector de la Academia del FBI en Quantico.

—¡Madre mía! Enhorabuena.

—Gracias, aunque todavía no he tomado posesión del cargo. Me he cogido una semana de vacaciones. En Japón conocí a una mujer increíble y le propuse que se viniera conmigo.

—¿Te has casado?

—*¡Oh, my God!* No pienso volver a caer en ese error, aunque la relación tiene futuro —aseguró con una leve risa.

—Me alegro y estoy deseando conocerla.

—Prefirió esperarme en el hotel, mientras yo salía a correr un rato. ¿Por qué no vienes y te la presento?

—Encantado. Mi familia también está allí.

—Pues así nos saludamos todos.

Caminaron juntos en dirección al hotel, mientras Ayala le contaba que le apetecía un trabajo tranquilo en la Academia, sin tanto estrés ni viajes de un lado para otro del país persiguiendo criminales.

—Creo que es hora de que siente el culo en una silla.

—Sin duda, te lo has ganado.

—La Academia de Quantico está a una hora de distancia de Washington D. C., así que podremos vernos con más frecuencia. Incluso podrías ayudarnos, si el trabajo en la Nunciatura te aburre.

—¿Ayudarnos en qué? —preguntó Roberto.

—Como asesor externo o como profesor adjunto. Tienes experiencia en perseguir y atrapar asesinos en serie. Podrías hablar de los perfiles de asesinos a los que te has enfrentado estos años. Te pagaríamos bien y no estarías obligado a hablar de tu don, obviamente.

—Ya, la cuestión es que… —Roberto bajó la mirada al suelo, sin terminar la frase.

—¿Qué ocurre?

—Ha ocurrido algo con mi don. —Hizo una breve pausa—. Lo he perdido.

—¡¿Cómo que lo has perdido?! —exclamó Ayala, agarrándole del brazo para que se detuviera.

—Pues que ya no tengo el don.

—¿Qué ha pasado?

—Estuve a punto de morir. De hecho llegué a estar clínicamente muerto durante un minuto hasta que me reanimaron. Cuando desperté el don había desaparecido.

—¿Estás seguro?

—Bastante.

—¡Joder, menuda putada!

—Puede que no tanta. Es decir, he ayudado a muchas víctimas y detenido a sus asesinos gracias a mi don —aclaró antes de seguir—, pero también me ha exigido muchos sacrificios.

—Lo sé. ¿Por eso has vuelto aquí, a Wallowa? ¿Para recuperarlo?

—No —respondió a la vez que negaba con la cabeza—. Eva y yo estuvimos aquí hace unos años con mi hijo, cuando ella estaba embarazada de Emily.

—Sí, lo recuerdo.

—Se enamoró de este lugar, al igual que yo la primera vez que vine, y queríamos volver con los niños.

—Os entiendo. Este lugar es precioso, cargado de una energía que hasta yo soy capaz de sentir. ¿Y por qué no intentas recuperarlo? Tu don apareció después de una ceremonia en una cabaña de sudor.

—Ese don ya lo tenía. En realidad, esa ceremonia lo que hizo fue que evolucionara, permitiéndome hablar con las víctimas al tocar sus cuerpos sin vida.

—Es cierto, pero puede que si lo intentas…

—La cabaña de sudor en la que Alce Blanco realizó la ceremonia ya no existe y lo cierto es que tampoco sé si quiero recuperar mi don. Me he acostumbrado a llevar una vida normal, junto a mi familia, sin todo aquello que a menudo me atormentaba.

—Te entiendo. Si alguien se merece llevar una vida tranquila, sin duda eres tú. La cuestión es si esos espíritus que acudían a ti en busca de ayuda dejarán de buscarte.

—De momento lo han hecho y espero que siga siendo así.

Reanudaron la marcha, mientras Ayala cambiaba de tema y le hablaba sobre los preocupantes cambios políticos de su país, que estaban golpeando a casi todas las instituciones gubernamentales, el FBI entre ellas.

Estaban ya cerca del hotel cuando, de pronto, una joven salió de una cabaña de madera situada a unos cincuenta metros de la carretera.

—¡Socorro! —gritó en inglés alzando los brazos para llamar su atención—. ¡Por favor, que alguien me ayude!

Los dos corrieron de inmediato a su encuentro.

—¿Qué sucede? —preguntó Ayala al llegar a su altura.

La joven tenía los ojos llenos de lágrimas y la cara descompuesta.

—Mi amiga… está muerta —dijo con voz entrecortada, casi incapaz de respirar.

—¿Qué le ha ocurrido?

—He vuelto del lago y la he encontrado tirada en el suelo, con la cabeza cubierta de sangre. Creo que la han… asesinado.

—¿Tienes un teléfono encima?

—Sí.

—Pues llama a Emergencias y quédate aquí con mi amigo. Yo voy a entrar.

Roberto ni siquiera miró a la chica. En ese momento, un frío helador le recorrió la espalda, una sensación que conocía muy bien y que creía haber dejado atrás.

Por ese motivo, siguió los pasos del agente.

Conforme se acercó a la entrada, la atmósfera se volvió cada vez más pesada, impidiéndole casi respirar, así que metió la mano dentro del cuello de su camiseta y agarró su amuleto con el Pájaro Trueno, que seguía colgando de él. Eso hizo que la presión que sentía en el pecho se rebajara y sus músculos se relajaran, permitiéndole caminar con más soltura.

Al asomarse a la puerta, se encontró con una estancia principal, un salón con un sofá de cuero negro a cuyo pie estaba tendida bocarriba una joven que no pasaría de los veinte años. Sus ojos estaban abiertos, pero ya no había vida en ellos.

Roberto la observó sin moverse de la entrada. Tenía la cabeza empapada de sangre y estaba desnuda de cintura para abajo. Aquel no era modo de perder la vida. No era justo para alguien tan joven como ella ni tampoco para los familiares y amigos que llorarían su pérdida.

Ese pensamiento hizo que se decidiera a entrar y se situó al lado de Ayala, que observaba a la joven a un metro de distancia.

—Está muerta y parece un homicidio —murmuró el agente—. Espero que quien lo haya hecho pague por ello.

—Lo hará —dijo Roberto dando un paso al frente y arrodillándose junto al cuerpo de la joven.

Todas las víctimas necesitaban justicia. Era lo único que les daba paz a ellas y a sus seres queridos.

Tomó aire en una respiración profunda, puso su mano sobre el pecho de la joven y entonces resonó en su cabeza la voz que esperaba oír:

—Ayúdame, Roberto.

NOTA DEL AUTOR

Ha sido un largo camino.

Nueve novelas en las que he sufrido y me he emocionado junto a Roberto Fuentes.

Un personaje del que no resulta fácil despedirse.

Afronté esta novela con el convencimiento de que sería la última de la serie, hasta que, al terminar el epílogo, una voz me susurró:

Ya que has llegado hasta aquí… quizá estarías dispuesto a viajar un poco más lejos.

Por ese motivo, esta novela no va a ser la última de la serie. De hecho, después de leer el final, habrás adivinado que son varios los caminos que se presentan ante Roberto.

¿Y si acepta la propuesta de Ayala de colaborar con el FBI?

¿Y si trabajar para el Vaticano le introduce en un mundo de intrigas y delitos como nunca había conocido hasta ahora?

¿Y si algo le empuja a regresar a España para trabajar de nuevo en la UCO?

Todas estas ideas son atractivas y darían para varias novelas, por eso es una decisión que no deseo tomar solo.

Quiero que tú, lector o lectora que me has acompañado hasta aquí, seas partícipe de esta decisión.

Por eso te animo a que me des tu opinión.

Puedes hacerlo a través de la encuesta que encontrarás en el siguiente enlace:

https://albertomeneses.es/encuesta-roberto

También puedes enviarme un correo y contarme tus impresiones sobre la novela que acabas de leer, la serie completa o hacia dónde te gustaría que se encaminara la vida de Roberto y su familia. Puedes hacerlo en la siguiente dirección:

alberto.meneses@hotmail.es

Me encantaría conocer tu opinión, de un modo u otro.

Porque, sin ti, nada de esto sería posible.

Gracias por acompañarme en este sueño.

Alberto.

QUERIDO LECTOR

Gracias por leer **El valle de los suicidios.**

No olvides dejar tu comentario al final de este libro o en la página de compra de Amazon.

Tu opinión es importante para mí. Me ayudará a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan la novela.

NOVELA GRATIS



Suscríbete a mi lista y consigue gratis **El precio de la culpa,** la precuela de la serie Roberto Fuentes.

Lista de correo de Alberto Meneses

https://geni.us/milibrogratis



Descubre el inicio de la nueva serie de Alberto Meneses.



LA SENDA DEL OLVIDO

A veces el olvido es la única forma de tener un futuro.

Decenas de mujeres mueren cada año a manos de sus parejas, sin que la ley ni las instituciones puedan impedirlo.

Harta de esa situación, Bianca decide buscar otro modo de ayudar a las víctimas de maltrato, proporcionándoles una nueva identidad y una vida diferente.

El problema es que borrar su rastro no es tan fácil como cree.

La amenaza de un marido, desesperado por encontrar a su mujer, hace que viaje al Reino Unido para asegurarse de que no consigue dar con su paradero.

Una vez allí, su camino se cruza con el de Mario, un exconvicto que busca a su hermana, posible víctima de las desapariciones de mujeres que se están produciendo en la ciudad de Londres.

La amistad de Bianca con ella la empuja a ayudarle en la búsqueda, iniciando así una investigación en la que tendrán que superar sus diferencias y trabajar unidos para encontrarla.

¿Podrán conseguirlo antes de que sea demasiado tarde?

Descubre el inicio de la nueva serie de Alberto Meneses.



CICATRICES DEL PASADO

Verónica es subinspectora de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos del Cuerpo Nacional de Policía.

Después de resolver su primer caso importante, una nueva investigación la llevará junto a su compañero, el inspector Vallejo, a la ciudad de León, donde la hija del rector de la universidad lleva desaparecida una semana sin que se tenga ninguna pista sobre su paradero.

¿Existe relación entre esta desaparición y un crimen cometido pocas semanas atrás? ¿Es posible que un asesino en serie esté asolando León?

Solo la venganza puede cerrar algunas heridas.



CUANDO CESE LA LLUVIA

Un año después de que el asesino en serie conocido como el Rompecorazones fuese ejecutado, varias personas implicadas en su condena aparecen muertas en extrañas circunstancias.

La Policía se verá obligada a recurrir al ex inspector Fran Merino, apartado del servicio por sus problemas de adicción tras la trágica muerte de su mujer.

Comienza así una carrera en la que deberá atrapar al culpable antes de que vuelva a asesinar, mientras sufre una lucha interna para que

el deseo de venganza no arruine su vida.

CONTACTO CON EL AUTOR

Si tienes cualquier problema con la visualización de esta edición, o si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo al siguiente correo electrónico:

alberto.meneses@hotmail.es

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:



ACERCA DEL AUTOR

En mi página web podrás conocer todo sobre mis novelas, así como futuros proyectos, noticias y ayudas al escritor:

https://albertomeneses.es

También puedes formar parte de mi grupo de lectores en Facebook y compartir tus impresiones con otros lectores, así como estar al tanto de mis nuevos trabajos.

Grupo de lectores de Alberto Meneses



OTRAS OBRAS DEL AUTOR

SERIE ROBERTO FUENTES:

1. Los muertos no se ahogan

2. Déjame morir

3. El cazador de lágrimas

4. Devoradores de espíritus

5. Profanación

6. Las voces de los muertos

7. El legado del mal

8. Otra tumba olvidada

9. El valle de los suicidios

PACK LIBROS 1-3

PACK LIBROS 4-6

SERIE VERÓNICA CUEVAS:

1. Cicatrices del pasado

2. La justicia del inocente

3. Donde habitan los demonios

4. Una bala nunca miente

5. El asesino de corazones

6. El ocaso de la verdad

PACK LIBROS 1-3

SERIE FRAN MERINO:

1. Cuando cese la lluvia

2. Tiempos de oscuridad

PACK BILOGÍA FRAN MERINO

SERIE VIDAS OCULTAS

1. La senda del olvido

PACK EXCLUSIVO

Colección Thriller Policíaco: Novela 1 de cada serie

